242/A

LA FAMILIA
DE CAXTON.

M

LA FAMILIA
DE CAZOM.

242

1425

LA FAMILIA

DE CAXTON,

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR SIR EDUARDO LYTTON BULWER.

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. JOSÉ TORA.

BIBLIOTECA
Facultad Medicina
CADIZ

TOMO *I*

Sevilla.—1855.

IMP. DE LA LIBERTAD, CENTINELA DE ANDALUCIA
Calle de los Lobaros.

LA FAMILIA
DE CARLOS.

POR M. A. DE LOS RIOS.

TOMO I.

Sevilla.-1858.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

¡Señor! ¡señor! por fin ha sido un niño! Mi padre se hallaba absorvido en la lectura.

«Un niño, dijo de pronto levantando los ojos y evidentemente embarazado. ¿Qué quiere decir un niño?

Al hacer mi padre esta pregunta, no trataba en manera alguna de suscitar una cuestion filosófica, ni menos de pedir á la buena mujer que acababa de introducirse en su gabinete, la solucion del misterio fisiológico y pricológico, del enigma, cuya significacion no han podido aun encontrar los sábios á saber: *qué cosa es el hombre;* porque el primer diccionario que se ha conocido, nos dice que un muchacho es un ni-

ño varon... es decir, el jóven varon del hombre. Cualquiera que trate de buscar el fondo de las cosas, y de conocer científicamente, qué quiere decir un niño, debe estar antes en disposicion de definir lo que es el hombre.

Pero mi padre habia leido el Buffon, Monboddo, el Obispo de Berkeley, el profesor Combe, los autores materialistas de la escuela de Epicurio, los epiritualistas de la Zenon, etc., etc. Como estos, podia él á su vez, partiendo de la consabida proposicion de que un niño es el jóven varon del hombre, decirse asi mismo: «El hombre es un estómago; luego un niño es un jóven estómago.

—El hombre es un cerebro; luego un niño será un jóven cerebro varon.

—El hombre es una máquina; luego un niño es una jóven máquina varon.

—El hombre es un mono rabon luego un niño es un monito sin cola.

—El hombre es una combinacion de gas; luego un niño será una jóven combinacion de gas varon.

—El hombre es una apariencia; luego un niño es una jóven apariencia varon.» Y asi hasta lo infinito.

Sin embargo, si ninguna de estas deficiones hubiese podido satisfacer completamente á mi padre, estoy persuadido de que no hubiera recurrido en ningun caso á la señora Gervasia para encontrar una nueva.

Pero la casualidad quiso que en aquel momento se hallase mi padre ocupado en meditar sobre la importante cuestion siguiente: ¿Quién compuso la Iliada? ¿Fué Homero, ó solo se formaria de una coleccion de baladas de diferentes autores, compiladas y corregidas por un comité de hombres de buen gusto, bajo aquel amable tirano llamado Pisístrato?—Aquellas palabras, *es un niño*, que sonaron repentinamente en el oido de mi padre, respondian mal al monólogo de su discusion mental. Al preguntarse á si mismo: *qué es un niño*, hacia á su vez una pregunta vaga, la de un hombre interrumpido y sorprendido.

—¡Dios mio! mi amo, esclamó la señora Gervasia; ¿pregunta V. qué es un niño? ¡Qué ha de ser sino el recien nacido!

—¡El recien nacido!... repitió mi padre levantándose. ¡Cómo! quiere V. decir acaso que Catalina... vamos...

—Es claro, dijo la señora Gervasia ha-

ciendo una reverencia: no he visto en mi vida un angelito mas hermoso.

—¡Pobre Catalina! dijo mi padre con semblante compasivo. ¡Tan pronto! ¡con tal rapidéz! añadió con acento de sorpresa;... ¡si nos casamos el otro dia!

—¡El otro dia! esclamó la señora Gervasia escandalizada. Dios me bendiga: pero, señor, ¡si hace ya mas de diez meses!

¡Diez meses! repitió mi padre exhalando un suspiro. ¡Diez meses, y aun no he concluido cincuenta páginas de mi refutacion á la monstruosa teoria de Wolfe! ¡En diez meses, un niño completo!... manos, piés, ojos, orejas, narices, etc., etc., mientras que el pobre hijo de mi imaginacion (al pronunciar mi padre estas palabras pasó enfáticamente la mano por la frente) aun no tiene uno de sus dedos concluidos! ¡Oh! ¡mi mujer es un ángel! ¡Dios la conserve y me dé fuerzas para soportar esta bendicion!

—Pero señor, ¿no quiere V. ver al recien nacido? Vamos, vamos señor; y la buena Gervasia cogió cariñosamente á mi padre del brazo.

—¡Verle! si, sin duda, dijo mi padre con bondad. ¡Mirarle! ¡si, si! es lo menos que

puede hacer en obsequio de Catalina, despues de haber padecido la pobre tanto!

Entonces mi padre, poniéndose la bata con dignidad, siguió á la señora Gervasia, que le introdujo en una pieza del piso principal, cuidadosamente entornada.

—Cómo te encuentras, querida mia? dijo mi padre con acento de compasiva ternura al acercarse casi á tientas á la cama.

—Ahora, algo mejor, murmuró una débil voz.

Al mismo tiempo la señora Gervasia, atrayendo á mi padre hácia un lado, levantó una cubierta que ocultaba una pequeña cuna, y acercando una luz á algunas líneas de una nariz mal configurada aun, esclamó:

—Mírele Vd., y bendígale.

—Ciertamente, señora Gervasia, le bendigo, dijo mi padre: debo bendecirle.—¡Bendito seas!... Hé aquí como venimos al mundo; colorados, muy colorados, avergonzándonos de todas las locuras que estamos destinados á hacer en él.

Sentóse mi padre en la silla de la enfermera: agrupáronse las mujeres en su rededor, y él siguió contemplando el contenido de la cuna: por último dijo con el to-

no de un hombre que sueña: «¡Y Homero se pareció á esto!»

Sin duda por efecto de la proximidad de la luz á sus órganos visuales, la imágen de Homero hizo oir en aquel momento las primeras notas poco melodiosas de la naturaleza.

—Homero cantó mucho mejor cuando era mas crecidito, observó D. Bernardo, el comadron, que se hallaba ocupado en alguna operacion misteriosa en un rincon de la sala.

Mi padre se tapó los oidos.

—Los cuerpos pequeños pueden hacer mucho ruido, dijo filosóficamente; cuanto mas pequeños son, mayor es el ruido que pueden hacer.

Al pronunciar estas palabras, inclinóse hácia la cabecera de la cama, y tomando la blanca mano que se le presentaba, murmuró algunas palabras, las cuales hubieron de ser muy del agrado de la persona á quien iban dirigidas, porque desprendiéndose la blanca mano de la suya, estrechó con su brazo el cuello de mi padre: acercóse este mas, y el sonido de un beso resonó en la silenciosa estancia.

—¡Señor Caxton! esclamó don Bernardo

con aire de reconvencion: molestais á la enferma y conviene que os retireis.

Incorporose mi padre, y volviéndose hácia el comadron con semblante tranquilo, enjugóse los ojos con el reverso de la mano, y sin meter ruido tomó la puerta y desapareció.

—¡Me parece, dijo una buena mujer que se hallaba sentada al otro estremo de la cama, que don Agustin pudiera haber manifestado más alegria... mas sensibilidad, quiero decir... al ver á su hijo... y á una criatura como esa! Pero todos los hombres están cortados por una misma tijera, amiga mia: creedme, nada sienten.

—Pobre Agustin, dijo mi madre dejando escapar un débil suspiro, ¡cuán mal le juzgais!

—Señora, interrumpió el comadron, dirigiéndose á mi madre, ahora necesita Vd. tranquilidad y sosiego para descansar: debe Vd. quedarse sola.

—D. Bernardo, esclamó mi madre cuya mano hizo bambolear las cortinas, ruego á V. que vea si el señor Caxton necesita alguna cosa, y decidle al mismo tiempo que no se impaciente por verme, pues ya pronto podré bajar... ¿no es verdad?

—Sí, si permaneceis tranquila, señora.

—Desempeñad bien mi encargo, D. Bernardo, y V. tambien Gervasia.

—Bien señora.

—Temo no olvideis todos á vuestro amo; querida Gervasia, no se olvide V. de orear su gorro de dormir.

Estas mujeres son unas escelentes criaturas; decia consigo mismo el comadron, despues de haberlas hecho salir á todas del gabinete, escepto á la señora Gervasia y á la enferma, á cuyo tiempo se dirigió al cuarto de mi padre. Habiendo encontrado al criado en el corredor,=Juan, le dijo, lleva la cena á la estancia de tu amo, y haznos una buena ponchada.

CAPITULO II.

—

—Señor Caxton, ¿como se las compuso V. para casarse? preguntó bruscamente D. Bernardo á mi padre, al llenar un vaso de ponche.

Semejante pregunta hubiera podido incomodar sin duda á mas de un hombre razonable; pero mi padre, que no se dejaba llevar por el menor sentimiento de susceptibilidad.

—D. Bernardo, le respondió, dejando su libro y apoyando confidencialmente su dedo sobre el brazo del cómadron:—Don Bernardo, yo mismo me admiraria de saber cómo he podido casarme.

El comadron era un practicante alegre, robusto, un tanto repleto, con una bonita dentadura, que aumentaba el encanto de su franca jovialidad. Sobre todo, era D. Bernardo un filósofo á su manera, que habia estudiado la naturaleza

humana curando sus enfermedades, y repitiendo á menudo que el mismo señor Caxton era el libro mas instructivo de cuantos contenia su biblioteca. El comadron soltó la carcajada con el mas franco reir del mundo, y se frotó las manos.

Mi padre prosiguió tranquilamente con el tono de un moralista.

—Amigo mio, tres son los grandes acontecimientos que se cuentan en la vida del hombre: el nacimiento, el matrimonio y la muerte. ¡Cuán pocos hombres hay que sepan como nacieron! ¡Cuán pocos saben cómo mueren! Pero aunque supongo que habrá muchos que puedan esplicarse el fenómeno intermedio... por mi parte me reconozco incapaz de ello.

—No os casásteis por interés, luego lo hicísteis por amor; y en verdad que vuestra jóven esposa es tan linda como buena.

—¡Ah! dijo mi padre, ya me acuerdo....

—Bien, señor Caxton; veamos esclamó el comadron entusiasmado... ¿cómo se consumó vuestra boda.

Mi padre dilató su respuesta como lo te-

nia de costumbre, y al darla parecia mas bien contestarse á si mismo, que responder á D. Bernardo.

—El hombre mas honrado y apreciable del mundo, dijo entre dientes, un pozo de erudicion, *abyssus eruditionis*, y pensar que me lega la única fortuna que podia dejar á su muerte, mas bien que á su propia sangre y á su propia carne. ¡Juan y Catalina! Si, toda su fortuna, todos sus libros latinos, griegos, hebreos, todos los que yo podia recibir de su mano desfalleciente... ¡Cuánto no le debo!

—¿A quién? preguntó el comadron. ¿De quién me acabais de hablar?

—Si, amigo, dijo mi padre, que parecia salir de un letargo, tal era Gil Fibbets profesor de artes, *sol scientiarum*, sol de ciencia, maestro del humilde discípulo á quien os dirigis, y padre de la pobre Catalina. Dejóme sus Elzeviros (1) y me dejó tambien á su hija, huérfana.

—¡Ah! ¿como esposa?

---

(1) El autor se refiere sin duda á las obras así denominadas que dieron á la estampa los célebres impresores holandeses de este nombre, desde mediados del siglo XVI. Luis Elzevier imprimió en Ley desde 1595 á 1617 y fué el primero que distinguió la *u* de *v*, y la *i* de la *j*. Sucedió-

—No, como pupila: vino pues á vivir conmigo: esto nada tenia de particular; pero nuestros vecinos trataron de probar lo contrario, y la viuda Battar me dijo que peligraba la reputacion de la jóven huérfana. ¿Qué debia hacer en semejante caso? ¡Ah! sí, ahora me acuerdo de todo: caséme con ella á fin de que la hija de mi antiguo amigo tuviese un hogar en donde albergarse, y un seguro para su inocencia: ¡póbre niña! me ví obligado á imponerle la proteccion de un triste marido como yo, de un solitario que vive en su biblioteca como la tórtola en su nido. ¡Ay amigo! este nido era cuanto podia ofrecer á la jóven Catalina.

---

le su hijo Isaac, imprimiendo desde 1617 á 1628. Abrahan y Buenaventura se asociaron, y produjeron muy bellas ediciones desde 1628 á 1654. Juan y Daniel siguieron asociados hasta 1660, y fueron los últimos impresores de su familia. Tambien brillaron en Utrech y en el Haya algunos miembros de esta familia. La divisa que llevaban sus ediciones era un árbol, á cuyo lado se hallaba un hombre de pié, y estas palabras: *Non solus*. Sus obras mas célebres fueron el Virgilio, Terencio, Nuevo Testamento en griego la Imitacion de Jesucristo y el Cuerpo de derecho.

(*Nota del traductor.*)

—Señor Caxton, dijo D. Bernardo con entusiasmo, os felicito con toda la efusion de mi alma por tan feliz acontecimiento, y empezó á columpiarse en su asiento tan vivamente, que derramó una cucharada de ponche abrasando, en las piernas de mi padre.—Teneis muy buen corazon, amigo mio, y ya comprendo por qué vuestra esposa os ama tanto. Aunque pareceis un hombre frio, veo asomar las lágrimas á vuestros ojos.

—Lo creo, repuso mi padre frotándose las piernas, como que el ponche estaba ardiendo.

—Y vuestro hijo, añadió el comadron que en su cordial emocion no se apercibió del baño que acababa de dar á su interlocutor, será el consuelo de su padre y de su madre, la paloma de paz de vuestra arca doméstica.

—No lo dudo, respondió mi padre con aire lamentable. Solo que estas palomas, cuando acaban de nacer son pájaros muy vocingleros.

Non talium avium cantus somnium reducunt. De todos modos, peor librados pudiéramos haber salido: Leda tuvo dos gemelos.

—Y hasta la señora Bárbara, la semana anterior, dijo el comadron. ¡Quién sabe lo que el porvenir os tiene reservado! Bebo á la salud de vuestro heredero, y á la de los hermanos y hermanas que seguirán.

—¡Hermanos y hermanas! Estoy seguro que Catalina no piensa en eso, esclamó mi padre casi indignado: es una mujer demasiado buena: por una vez pase, pero dos... ¿qué sería de mi? ¿dónde iriamos á parar? Hace tres dias que se ha introducido el mayor desórden en mis papeles; todas mis plumas, que tenia muy bien cortadas, han desaparecido, cuando yo no puedo absolutamente escribir con una pluma blanda; necesito *cuspiden dusiusculam*—y el panadero ha venido dos veces á traerme su cuenta. Las Ilithyae son divinidades importunas, amigo D. Bernardo.

—¿Las qué preguntó el comadron.

—Las Ilithyae, respondió mi padre sonriéndose; teneis obligacion de saberlo. Las Ilithyae son demonios hembras que presidian antiguamente en los nacimientos; tomaron su nombre de Juno: ved, si no, á Homero, libro XI. Entre paréntesis, ¿criaremos á mi descendiente como á Hector, ó como Astinax. *Videlicet*, mas claro, ¿será

lactado por su madre ó por una nodriza?

—¿Que prefiere V., don Agustin? preguntó el comadron deshaciendo con la cuchara un terron de azúcar en el vaso. En este punto, siempre he creido de mi deber consultar ante todo las intenciones del padre.

—Pues le buscaremos una nodriza; una nodriza, dijo mi padre, que lo pasee en brazos, y le enseñe los primeros rudimentos del canto llano. Amigo mio he leido cuanto se ha escrito sobre la conveniencia de que las madres lacten ó no á sus hijos; pero mi pobre Catalina se halla tan delicada y es tan sensible, que una campesina sanota y robusta me parece será mucho mejor para los nervios del niño y para los de su madre, ahora y despues. ¡Ay amigo! ¡cuanta falta me hace mi pobre Catalina! ¿Cuándo estará en disposicion de levantarse?

—¡Oh! antes de quince dias.

—Entonces ya podrá ir á la escuela, mi primogénito, por supuesto acompañado de la nodriza, y volverán las cosas á su estado normal, dijo mi padre con un aire de alegria misteriosa que le era peculiar.

¿A la escuela... y acaba de nacer?

—Nunca es demasiado pronto para ir á la escuela, repuso mi padre con tono de convicción: esta es la opinion de Helvecio y tambien la mia.

CAPITULO III.

—Me han referido que yo era un muchacho asombroso; estoy persuadido de ello: sin embargo nunca supe de mí mismo los detalles que se narran en el anterior capitulo. Segun me han contado en distintas ocasiones, tanto don Bernardo como la señora Gervasia, la conducta que observó mi padre en mi nacimiento produjo notable impresion en cuantos lo presenciaron. Parécememe hallarme en presencia de mi padre, contemplándole con su bata de color oscuro, con su sonrisa particular entre espresiva y cándida, declarándose del parecer de Helvecio para mandarme á la escuela cuando apenas abrí los ojos al mundo. Solo mi madre podia vanagloriar-

se de conocer á fondo á mi padre. Lo unos le tenian por un sábio, los otros le miraban como un hombre privado de sentido comun. Semejante á Demócrito, habíase acostumbrado al desprecio y á la admiracion como dice Hipócrates en su epístola á Damageto. Los eclesiásticos de las inmediaciones le respetaban como á un sábio, como una enciclopedia viva; las señoras se burlaban de él como de un pedante distraido que ignoraba las principales reglas de la galantería. Era querido de los pobres por sus caritativas limosnas, pero al mismo tiempo se mofaban de su debilidad, que era causa de que le engañasen tan fácilmente. Sin embargo, los propietarios y labradores convenian en que frecuentemente les daba buenos consejos en materias agronómicas; en cuanto á las ocupaciones comunes de la vida, se mostraba incapáz de obrar por sí mismo, dejando que mi madre lo hiciese todo, seguro de caer en la trampa y de salir burlado, si en algo queria mezclarse directamente. No obstante, si en algunos de estos negocios era consultado por cualquiera otra persona, se animaba su mirada, brillaba su frente con una clari-

repentina, y el deseo de ser útil á sus semejantes le trasformaba en otro individuo prudente, profundo y práctico. Demasiado frio y apático si se trataba solo de sus propios intereses, cuando apelaban los demas á su noble corazon y á sus sentimientos generosos, todas las ruedas de la máquina recibian el impulso del resorte principal.

¿Tiene nada de estraño que semejante carácter fuese un problema insoluble? Solo á los ojos de mi pobre madre era Agustin Caxton el mejor y el mas grande de los seres humanos. ¿Quién mejor que ella pudiera conocerle? Le habia estudiado con la tierna inspiracion de su corazon; adivinaba todas las espresiones de su fisonomía, y sabia nueve veces al dia lo que iba á decir antes que él desplegase sus lábios. Pero tambien se encerraban en este hombre estraordinario secretos impenetrables y profundidades, á las que jamás habia podido descender su espíritu de mujer. Asi pues, solia suceder que al oir sus monólogos y medias palabras, se pornia á dudar de su propia inteligencia de la supuesta simplicidad de su marido y Retratábase entonces en su semblante una

especie de ironía comprimida, y cuanto en este estado decia, podia tomarse por muy grave ó por muy estravagante, segun las personas que le escuchaban.

Será menester que diga que no fui á la escuela, al menos á lo que D. Bernardo entendia por tal, cuando acababa de nacer? En efecto, el cuarto que ocupaba con mi nodriza estaba muy retirado, y la perspicacia de mi madre adoptó muy oportunamente una doble puerta, por cuyo medio mi padre si queria, podia olvidarse enteramente de mi existencia. Pero esta existencia venia algunas veces á ofrecerse de repente á su imaginacion, como sucedió el dia de mi bautizo, porque mi padre era demasiado amante del reposo, para no aborrecer cuanto se asemejase á ceremonias y espectáculos públicos. Así fué, que no pudo menos de sobresaltarse al saber que se disponia un acto solemne, en el cual esperaban verle representar el principal papel. Por muy distraido que estuviese, no pasaron para él desapercibidas algunas palabras repetidas en voz baja, sobre la conveniencia de aprovecharse de la permanencia del obispo en un pueblo inmediato, y acerca de la necesidad de encargar doce vasos de helado. En

efecto, al ver que se le intimaba la rendicion consultándole acerca de la eleccion de los padrinos, comprendió que habia llegado el momento supremo, y que no habia mas medio de salvacion que el tomar una resolucion enérjica y decisiva. Habiendo dicho mi madre el dia fijado por la familia, contestóle su esposo, aparentando acordarse repentinamente de un negocio del mayor interés, que en el mismo dia tenia que evacuar á veinte millas de su residencia, relativo á una venta de libros que debia verificarse por espacio de cuatro dias, y á la cual le era absolutamente imposible faltar. Mi madre que ya habia empezado á quitar las fundas de los sillones del salon, se contentó con suspirar, diciendo con apagada voz que se temia fuese interpretada la ausencia de mi padre, y mirada con estrañeza.

—¿No sería mejor aplazar el bautizo?

—No, no, querida Catalina, respondió mi padre; ¿no se ha de hacer, mas tarde ó mas temprano? El obispo se pasará muy bien sin mí. No señales otro dia, pues apostaria á que el comisionado tendria la malicia de diferir tambien la venta. Estoy intimamente convencido de que esta venta y el bautizo deben verificarse simultáneamente.

No hubo ya que replicar; pero yo creo que mi madre no terminó tan alegremente el *toillete* de su magnífico salon. Cinco años despues no hubiera sucedido lo mismo: mi madre habria dado un beso á mi padre diciéndole: No *te vayas*, y él no se hubiera ido. Pero en aquella época era aun muy jóven y muy tímida, y el hombre intrépido no habia esperimentado aun la metamórfosis de la civilizacion doméstica. Al punto fué tomada la silla de posta, y el saco de noche colocado en el cajon.

—Amigo mio, decia mi madre la víspera de esta hegira, os olvidais de una cosa; dispensadme si os molesto, pero es muy importante: ¿qué nombre pondremos al niño? ¿Se llamará Agustin?

¿Agustin? dijo mi padre; pero si ese es mi nombre...

—¿Y no quereis que vuestro hijo se llame como su padre?

—No, repuso mi padre con viveza: nos confundiriamos. ¿Cómo nos habian de distinguir? Yo mismo perderia la identidad de mi persona: me figuraria estar enrredando con los juguetes, y que la señora Gervasia me llevaba en brazos á la nodriza.

Mi madre se sonrió: despues llevando

su mano, que era muy linda por cierto, al hombro de mi padre, y mirándole con ternura, le dijo:—No hay cuidado que os tomen por otro, ni aun por vuestro hijo, querido Agustin; pero si preferis otro nombre, decidmelo.

—Samuel, dijo mi padre: el ilustre doctor Parr se llamó Samuel.

—¡Qué nombre tan estraño!...

—Mi padre, sin oir la esclamacion, prosiguió:—Sí, Samuel ó Salomon.

—Arturo, es un nombre muy lindo, dijo mi madre á su vez, ó Eduardo, Enrique, Cárlos, Roberto. ¿Cuál elegís?

Pisistrato, replicó mi padre con desdén, y respondiendo á una pregunta que se hacia á sí mismo mentalmente, y no á la de mi madre. ¡Quien! ¿Pisistrato?

—Pisistrato es un bonito nombre, dijo mi madre; Pisistrato Caxton!... gracias, amigo; se llamará Pisistrato.

—¡Cómo! ¡me contradices! ¿Te haces del partido de Wolfe, de Heyne, y de Vico? ¿Quieres sostener que las rapsodias....

—No, Agustin, no: en verdad que me das miedo.

Mi padre exaló un suspiro y se reclinó en el sillon. Mi madre, tomando brios, añadió.

—Pisistrato, es un poco largo, pero lo abreviaremos: lo haremos Sisty.

¡*Siste viator*!...murmuró mi padre es algo vulgar.

No, Sisty solo: gracias, amigo.

Al regresar mi padre cuatro dias despues de la venta de libros, supo positivamente que su hijo y heredero llevaba el memorable nombre del tirano de Atenas y del compilador presunto de los poemas de Horacio. Al oir decir que semejante nombre habia sido sugerido por él mismo, exaltóse tanto como pudiera exaltarse un hombre de su carácter tranquilo. Esto es una infamia, esclamó, Pisistrato bautizado! Pisistrato que vivia seiscientos años antes del nacimiento de Jesucristo! ¡Dios mio! Señora, me habeis hecho padre de un anacronismo.

Mi madre se anegó en lágrimas, pero el mal era irremediable. Anacronismo fui entonces, y anacronismo seré hasta el fin de este capítulo.

CAPITULO IV.

—Regularmente, señor axton, no tardareis en ocuparos vos mismo de la educacion de vuestro hijo, decia D. Bernardo

—Es muy natural, le contestó mi padre: vos habreis leido á Martin Scriblero.

—No os comprendo, D. Agustin.

—Luego mi amigo D. Bernardo no ha leido á Martin Scriblero?

—Demos de barato que lo haya leido... ¿Y qué tenemos con eso?

—Tenemos, amigo D. Bernardo, prosiguió mi padre familiarmente, que vos sabeis que aunque un sábio sea las mas veces un necio, nunca lo será en un grado mas superlativo que cuando desfigure la primera página virgen de la historia

humana, introduciendo en ella los lugares comunes de su pedantismo. Un sábio, amigo mio, ó al menos un sábio como yo, es entre todos los hombres el menos apto para enseñar á los niños. Una madre, con tal que sea tierna y sensible, es la mejor preceptora de sus hijos.

—En verdad, Sr Caxton, á despecho de Helvecio, á quien citásteis la noche del nacimiento del niño..... creo que teneis razon.

—Estoy persuadido de ello dijo mi padre; tan lleno de satisfaccion por lo menos, como pudiese estarlo un pobre mortal de una cosa cualquiera. Soy de la opinion de Helvecio en cuanto á que la educacion del niño debe empezar desde su nacimiento ¿pero de qué manera? Hé aquí la dificultad. ¡Enviadle al punto á la escuela Muy bien: ya le tenemos en la escuela con sus dos grandes principios, la naturaleza y el amor. Tened en cuenta que la infancia y el génio tienen de comun el hallarse predominados por un mismo órgano, el de la curiosidad: dejad marchar al niño, y como este tiene el mismo punto de partida que el génio, hallará tambien lo que el génio encuentra. Cierto autor griego nos habla de un hombre que con el fin de ahorrar á sus abejas un

viaje inútil al monte Hymeto, les cortó las alas, y colocó á la puerta de su morada las mas hermosas flores que pudo encontrar. Las pobres abejas no dieron miel. De la misma manera, amigo mio, si quisiese enseñar á mi hijo, le cortaria las alas y le daria las flores que el mismo debe encontrar. Abandonémosle por ahora á la naturaleza, y á la que la representa, á su madre.

Al hablar así mi padre, señaló con el dedo á su heredero, que se arrastraba por el césped y formaba un ramillete de margaritas, ufano con las caricias que con voz melodiosa le prodigaba su madre.

—Segun veo, dijo D. Bernardo, no os presentaré una cuenta muy larga de las visitas que haga á vuestro hijo.

Gracias á estas doctrinas ajenas de un padre tan sábio, fuí prosperando y aprendí á deletrear y hacer garabatos por los cuidados que de comun acuerdo me prodigaban mi madre y la señora Gervasia. Esta última pertenecia á una antigua raza (la de las criadas fieles) que ya va desapareciendo: á la de las narradoras de historietas y casos raros. Antes de criarme habia criado á mi madre, y su afeccion á la familia se habia estrechado con los nuevos lazos de una nue-

va generacion. Nacida en un pueblo cercano á la costa, distinguíase, como todas las mujeres que pasan su juventud cerca de las playas, por una supersticion que rayaba en lo fabuloso, y sabia una multitud de cuentos y hechos maravillosos. Antes que hubiese yo cumplido seis años, era ya un erudito en esa literatura primitiva, en la que se encuentran las leyendas de todos los pueblos: el *Gato calzado*, *Fortunio Fortunato*, *etc.*, tradicciones ó fábulas que como los proverbios son igualmente familiares, en diversas versiones, al tímido adorador de Budha y á los hijos más feroces del Thor. Puedo decir sin vanidad que, si se me hubiese sujetado á un exámen de aquellas obras de imaginacion, habria conquistado gloriosamente mis grados.

Mi madre concibió por último algunas dudas acerca de la utilidad de una erudicion tan fantástica, y lo consultó con mi padre.

—Querida Catalina, le contestó éste con aquel tono de voz dudoso para mi madre misma, que no sabia si le hablaba formalmente ó se chanceaba: en todas esas fábulas podrian fácilmente descubrir ciertos filósofos significaciones simbólicas de la mas alta moralidad. Yo mismo he conseguido

descubrir toda la sabiduría del Egipto en el *Gato calzado*, ¿qué importa? El *Gato calzado* es un cuento inocente que distrae su imaginacion: todo lo que aviva la curiosidad es sábio, siendo cosa inocente; todo cuanto recrea el ánimo en la edad tierna, se convierte mas tarde en amor ó en ciencia. Así pues, déjate de cavilaciones, y no abrigues el menor temor ecerca de tu hijo.

Pero yo te haría un agravio, ó tú, el mejor de los padres, si dejase suponer al lector, que en el fondo de tu corazon permanecias indiferente al porvenir de tu importuno heredero y sucesor, solo porque te mostraste tan frio en mi nacimiento, y tan descuidado en mi primera educacion. A medida que fuí creciendo, pude convencerme mas y mas de que la vista paternal no se habia separado de mí un momento. Tengo muy vivo en la memoria el recuerdo de un incidente que se me representa hoy dia como una crísis de mi vida de niño, como el lazo tangible entre mi corazon y aquella alma tangrande y tranquila.

Hallábase mi padre sentado en la verde alfombra casi delante de nuestra casa, con su sombrero de paja sobre los ojos (estábamos en junio) y el libro sobre las rodillas.

De repente se cae un lindo jarro de flores azul y blanco, colocado en la ventana de un cuarto principal, y viene á estrellarse delante de él, esparciéndose los pedazos por entre sus piernas. Sublime en sus estudios, como Arquimedes en el sitio de Siracusa, mi padre continúa leyendo. *Impavidum ferient ruinæ.*

—¡Ay, Dios mio! esclama mi madre que trabajaba en el patio: ¡mi pobre jarro! ¡tanto como lo estimaba! ¿Quién ha podido causar este daño? ¡Gervásia! ¡Gervásia!

La señora Gervásia asomó la cabeza por la fatal ventana, para responder al llamamiento, y bajó al punto pálida y alterada.

—¡Ah! dijo mi madre con pena: hubiera preferido mil veces haber perdido todas las plantas del invernadero, ó que se hubiera hecho pedazos mi mejor tetera, ó mis escogidos vasos del Japon. ¡Este pobre geránique yo misma habia cuidado tanto, y el precioso jarro de flores que Caxton me compró en el último aniversario de mi nacimiento! Solo ese maldito muchacho puede haber causado tanto daño.

La señora Gervásia temia mucho á mi padre: la causa la ignoro, como no fuese la de que las personas amigas de hablar y con-

versar tienen por lo regular miedo á las silenciosas y taciturnas: lanzó aquella una mirada á mi madre, que llamó la atencion de esta y esclamó de repente—No, señora, no ha sido este querido niño, Dios le bendiga: yo lo he hecho.

=¡Vos! ¡Cómo habeis podido ser tan descuidada cuando sabeis el aprecio en que tenia á mi jarro, señora Gervasia!

La buena mujer empezó á llorar.

=No engañes á la mamá, esclamó á su vez con voz atiplada el señorito Sisty, apareciendo en la escena con la frente bronceada. No regañeis á Gervásia, mamá; yo he sido el que ha roto el jarro.

=¡Silencio! esclamó la doméstica, mas aterrada que al principio, y volviendo sus espantados ojos hácia mi padre, que resueltamente se habia quitado el sombrero y presenciaba aquella escena con gran seriedad.

=¡Silencio! Si lo ha roto, ha sido sin querer y por una casualidad. ¿No es cierto, señorito Sisty? Hablad pues (añadió en voz baja) ó papá se va á enfadar.

=Pues bien, dijo mi madre, creo que ha sido una casualidad; pero ten cuidado otra vez, hijo mio; conozco que sientes haberme

ocasionado este disgusto: vamos, ven y te daré un abrazo para que se te pase el mal humor.

=No, mamá; no debeis abrazarme, porque no lo merezco: he dejado caer el jarro de propio intento.

=¡Hola! ¿Y por qué? preguntó mi padre incorporándose y dirigiéndose hácia mí.

La señora Gervásia temblaba como la hoja en el árbol.

=Por reirme, contesté meneando la cabeza: si, por ver la cara que os ponia papá. Esta es la verdad: ahora castigadme, castigadme.

Mi padre arrojó su libro á cincuenta pasos sobre la yerba, agachóse, me tomó en sus brazos, y me dijo: Hijo mio, has hecho mal. Tú lo repararás, acordándote toda tu vida de que tu padre da gracias á Dios de que le haya dado un hijo que se atreve á decir la verdad sin temor de ser castigado. ¡Ah! señora Gervásia, tratad de enseñarle aun otra fábula del mismo género, y nos separamos para siempre.

Este episódio me reveló que mi padre y yo nos amábamos mútuamente, y desde aquel dia empezó á conversar conmigo. Si me encontraba en el jardin no se contentaba

ya con dirigirme á su paso una sonrisa y una inclinacion de cabeza: deteníase, guardaba su libro en el bolsillo, y aunque su conversacion fuese superior á mi inteligencia, sin saber cómo, me hallaba mejor, mas feliz y menos niño, cuando conseguia descubrir el sentido de sus palabras; tal influencia ejercian en mi imaginacion los medios de que se valia para sugerirme las ideas en vez de darme una leccion, para meterme las cosas en la cabeza dejándolas despues fermentar en ella como problemas por resolver. Citaré por ejemplo la continuacion de la historia del geránio y del jarro roto.

Don Bernardo, viejo solteron, nada avaro, me hacia frecuentemente algunos regalos. Algun tiempo despues de la aventura que acabo de contar, trájome uno de mucho mas valor que las chucherías que comunmente se dan á los niños. Consistia esta fineza en un bonito juego de dominó de marfil, embutido de preciosas labores y dorados. Aquel dominó constituia mi felicidad: no dejaba nunca de jugar una partida con la señora Gervasia, y al acostarme lo guardaba cuidadosamente en la bolsa, que colocaba debajo de la almohada.

—¡Hola! esclamó mi padre un dia que

me sorprendió en el salon ocupado en alinear mis paralelógramos de marfil; ¡parece que prefieres el dominó á todos tus demas juegos!

—Sí, sí, papá.

—¿Luego sentirias mucho que tu mamá se divirtiese cogiendo la bolsa y arrojándola por la ventana para hacerla pedazos?

Yo fijé en mi padre una mirada suplicante y nada contesté.

—Tal vez te considerarias muy feliz, prosigió el autor de mis dias, si alguna de aquellas buenas hadas de que suelen hablarte, trasformase de repente esta bolsa de dóminós en un bonito gerámio, colocado en un lindo jarro azul y blanco para que pudieras tener la sastifaccion de colocarlo en la ventana de tu mamá.

—¡Oh! Sí, papá mio, yo me alegraria mucho, respondí á mi padre con los ojos arrasados en lágrimas.

—Te creo, hijo mio pero los buenos deseos no reparan las malas acciones; antes bien las buenas acciones son las que reparan la malas.

Hablando así mi padre, cerró la puerta y se fué. No me seria fácil describir

hasta qué grado llegó la turbacion que se apoderó de mi tierna cabeza por el aforismo enigmático de mi padre: pero desde aquel dia no volví á jugar al dominó. Hallóme al siguiente sentado al pié de un árbol en el jardin, y deteniéndose, fijó en mí sus bellos y apacibles ojos.

—Hijo mio, me dijo, voy á llegarme paseando hasta el pueblo ¿quieres acompañarme? Apropósito; toma el juego de dominó, pues pienso enseñarlo á algun amigo.

Eché á correr á casa en busca de mi bolsa, y partimos. No estaba yo poco orgulloso de viajar de aquella manera por un camino real con mi padre.

—Papá, le dije acordándome de la víspera; ¿ahora ya no hay hadas?

—¿Y á qué viene esa pregunta?

—Porque no habiéndolas, será imposible que mi dominó se convierta en geranio, y en jarro azul y blanco.

—Amigo; me dijo mi padre, poniéndome la mano en el hombro, todo el que quiere obrar bien lleva consigo dos hadas: una aquí (y puso el dedo en mi corazon), y la otra aquí, añadió, tocándome en la frente.

—No os entiendo, papá.

—Esperaré á que me entiendas, Pisistrato. ¡Qué nombre.!

Detúvose mi padre en casa de un jardinero florista, y despue de haber examinado las flores, me enseño un geránio doble.

—¡Ah! este es muchos mas bonito que el otro que tu mamá apreciaba tanto... ¿Cuanto vale?

—Siete schelines, contestó el jardinero.

Consultó mi padre el bolsillo en donde llevaba el dinero: hoy no puedo comprarlo dijo, y salimos.

Detuvímonos otra vez á la entrada del pueblo en un almacen de porcelanas.

—¿Teneis un jarro para flores como el que os compré el año pasado? preguntó mi padre al dueño. ¡Ah! hé aquí uno que tiene marcado tres schelines. Sí, es su precio. Pues bien hijo, el dia del aniversario de tu mamá se lo compraremos. Será preciso esperar algunos meses, y podemos muy bien esperar, señor Sisty; porque la verdad, que florece cada año, vale mas que un pobre geranio, así como una promesa cumplida vale más que un plinto de ventana.

Yo bajé la cabeza; volví á levantarla, pero el júbilo de mi corazon parecia ahogarme.

—Vengo á que ajustemos cuentas, dijo mi padre al entrar en una tienda de un fabricante de papel, de aquellos que venden en las provincias toda clase de artículos de lujo. Y á propósito, añadió mientras el mercader hojeaba su registro, creo que mi chico puede enseñaros una bolsa que contiene un juego de dominó que ha recibido de Francia. Enséñasela añadió dirigiéndose á mí.

Exhibí mi tesoro, y el comerciante al examinarlo no pudo menos de manifestar su admiracion.

—Siempre es bueno prosiguió mi padre, saber el valor de una cosa, al menos por si llega el caso de que piense uno desbacerse de ella. Veamos, pues, señor tendero, si mi hijo llegase á cansarse de su dominó, ¿cuánto le podríais dar por él?.

—¡Oh! respondió el fabricante de papel, le daría diez y ocho schelines, y tal vez mas, si tomaba en cambio algunos de mis artículos.

—¡Diez y ocho schelines! dijo mi padre: ¡vos le daríais diez y ocho schelines! Ea, corriente: hijo mio, si alguna vez quieres vender tu dominó, te autorizo para ello.

Mi padre pagó su cuenta y salió. Yo hice de manera que saliese delante de mí para

quedarme en la tienda, y despues de algunos minutos me incorporé con él en la calle.

—¡Papá! ¡papá! esclamé batiendo entrambas manos, ya podemos comprar el geránio y el jarro para las flores... Y saqué un puñado de schelines de mi bolsillo.

—¿No tenia yo razon? dijo mi padre restregándose los ojos con su pañuelo: has encontrado las dos hadas.

¡Oh cuán lleno de orgullo y de satisfaccion me sentí, despues de haber colocado el jarro en la ventana, y cuando asiendo del brazo á mi madre la conduje á su cuarto.

—El, él lo ha comprado, y con dinero suyo, la dijo mi padre. Las buenas acciones han reparado las malas.

—¡Cómo así! esclamó mi madre, despues que lo supo todo. ¡Y tu pobre bolsa de dominós, que en tanta estima tenias! Mañana iremos al pueblo y la volveremos á comprar, ¿pedirán por ella el doble?

¿Volveremos á comprarla, Pisistrato? me preguntó mi padre.

—¡Oh no, no; eso estaria muy mal hecho, respondí ocultando la cara entre sus brazos.

—Querida esposa, dijo mi padre en tono solemne: hé aquí la primera leccion que doy á nuestro hijo; he querido enseñarle la san-

ta felicidad de un sacrificio personal... ojalá que se aproveche de ella hasta el último dia de su vida.

Tal fué la historia del geránio y del jarro roto.

CAPITULO V.

—

Apenas hube entrado en la edad de siete á ocho años, cuando se operó en mí un cambio que tal vez llenará de admiracion á los padres que disfrutan de la inquieta felicidad de tener un hijo único: abandonome la vivacidad ordinaria de la infancia, y me volví quieto, pensativo y caviloso. La falta de compañeros de mi edad, la sociedad que me rodeaba, de entendimientos mas maduros que el mio, alternando con una soledad completa, dieron alguna precocidad, ya á mi imaginacion, ó ya á mi razon. Las fábulas estrañas que solia contarme mi buena Gervasia durante nuestros paseos en las noches de verano, ó al amor de la lumbre en las de invierno; el esfuerzo que hacia mi tierna inteligencia para comprender toda la grave sabiduría que encerraban las leccio-

nes indirectas de mi padre: todas estas cosas contribuian á alimentar mi gusto por lo fantástico, me embelesaban como una lucha entre el sueño y el despertar en medio de nuestros delirios de la mañana. Así, pues, empecé ya á imitar y á reproducir lo que mas me habia llamado la atencion, llenando de confusos ensayos de cuentos, las páginas en blancos de mis cuadernos destinados á los ejercicios de gramática y aritmética. Hallábase mi alma mas agitada aun por la intensidad de mis afecciones domésticas, porque habia en ella alguna cosa de pena y de quebranto, por mi tierno cariño hácia mis padres: algunas veces lloraba al pensar en lo que inútilmente hubiera querido hacer para reconocer la bondad de aquellos á quienes tanto amaba: les creaba: peligros imaginarios que hubiera querido correr por salvarlos: aquellos sentimientos escitaban vivamente mis nervios. Las escenas de la naturaleza me afectaban estraordinariamente, y esperimentaba una especie de curiosidad inquieta por analizar el misterio de mis lágrimas y de mis goces; venia luego á confundirse con aquel sentimiento metafisico la ambicion de saber, y hubiera querido que mi padre me esplicase la química y la astronomía, ó que

D. Bernardo, que era un ardiente botánico, me revelase los misterios de la vida de las flores. Por último me decidí por la música, y ella sola vino á ser mi pasion favorita: mi madre habia nacido filarmónica, y se acompañaba con un gusto tan esquisito, que hubiera sido imposible oir su voz sin sentirse uno profundamente conmovido. Finalmente, aunque muger é hija de sábio, una vez dueña de sí misma, se abandonó á su instinto musical, olvidando por perfeccionarse en él, los libros y demás artes de adorno. Esto produjo en mi una melancolia fantástica que me hacia pasar las horas enteras escuchándola, y como consecuencia de la trasformacion que aquel régimen imprimió en mi carácter de niño, poco á poco empezó á resentirse mi temperamento. La naturaleza habia hecho de mi un niño robusto y vivo, pero proto echaron de ver mis padres que la palidéz se habia apoderado de mis sonrosados semblante: una languidéz y debilidad suma me produgeron fuertes dolores de cabeza y de estómago, y al punto mandaron llamar al médico de la familia.

—Tónicos, dijo D. Bernardo; que no se le deje estudiar mucho; que juegue y se distraiga al aire libre. A ver, acércate, amigo

mio; este órgano se desarrolla demasiado. Y D. Bernardo, que tambien se preciaba un poco de frenólogo, puso la mano sobre mi frente. ¡Oh! sí, sí, añadió, hé aquí la protuberancia del idealismo.

Mi padre habia abandonado sus manuscritos, y se paseaba por el cuarto con las manos atrás, pero no dijo una palabra hasta que hubo marchado D. Bernardo.

—Querida Catalina, dijo entonces á mi madre, en cuyo seno descansaba yo mi órgano del idealismo: es preciso llevar á Pisístrato á un colegio.

—Dios nos libre, Agustin; ¡á su edad!

—Tiene ya cerca de nueve años.

—¡Está ya tan adelantado!

—Razon de mas para llevarlo á un colegio.

—No os entiendo bien, amigo mio. Confieso que no me siento en disposicion de poderle enseñar nada; pero vos sois tan instruido.....

Mi padre, tomando la mano de mi madre, ni tú ni yo, le dijo, podemos enseñarle nada ahora, Catalina. En el colegio encontrará maestros....

—Algunos pedagogos que saben mucho menos que vos.

—Al contrario, condiscípulos que volverán á hacer de él un niño. ¿No te acuerdas querida, de aquellos avellanos plantados por nuestro jardinero? Ya tenian tres años, y tú echabas cuentas sobre la cosecha de avellanas que ibas á recoger, cuando una hermosa mañana aparecieron cortados al nivel de la tierra. Te viste contrariada en tus deseos y en tus esperanzas; y ¿que te dijo el jardinero? «Señora, el árbol no debe dar demasiado pronto el fruto.“ Pues bien, ¿qué debemos hacer ahora nosotros? retardar la produccion para que la planta dure.

—Iré al colegio, dige yo á mi padre, levantando lánguidamente la cabeza y sonriéndome con tristeza. Todo lo habia comprendido al punto. y la voz de mi vida misma pareció haber dado aquella respuesta.

CAPITULO VI.

—

Un año despues de haber sido propuesta y llevada á cabo esta determinacion, volví á la casa paterna durante las vacaciones.

—¿Por qué no hemos de ser justos con Sisty? dijo mi madre. Creo que va no es un niño tan inteligente como antes de ir al colegio. Quisiera que le examinases, Agustin.

—Ya le he examinado, Catalina, y he visto con satisfaccion que se encuentra cabalmente en el estado que yo esperaba, de lo cual me felicito.

—¡Como! ¿Crees realmente que haya hecho algunos adelantos? dijo mi madre.

—A estas horas ya casi no se acuerda una palabra de botánica, dijo D. Bernardo.

—¡Era tan aficionado á la música el hijo

de mi alma! añadió mi madre suspirando. Pero ¡ay Dios mio! ¿qué ruido es ese?

—La artilleria de tu hijo, que está abriendo brecha junto á la ventana, y gracias que sea alli, á pesar del mucho ruido, y no siga sirviéndole de blanco, como sucedió ayer, la cabeza de D. Bernardo.

—De lo cual puede dar fé mi oreja izquierda, que aun se resiente por haberle alcanzado uno de los proyectiles, dijo D. Bernardo. Sin embargo, ¿estais satisfecho de él, D. Agustin?

—Lo estoy, y creo que el chico se ha vuelto tan atolondrado y tan ignorante como un niño de su edad, observó mi padre con mucho contento.

—Que es lo que decis, mi querido Agustin? ¿Ignorante?

—Sí; ¿fué acaso á otra cosa al colegio? replicó mi padre? Observando despues cierta sorpresa en la fisonomia de su esposa y en la de D. Bernardo, levantose y se colocó frente á la chimenea con una mano metida en su chaleco, segun tenia de costumbre cuando se dignaba esponer sus sistemas filosóficos algo mas detalladamente.

—D. Bernardo, dijo dirigiéndose al cirujano, contais con una numerosa clientela.

=Tal vez demasiado numerosa, respondió este un tanto engreido. Me veré precisado á buscar un ayudante.

—Habreis observado en las familias, cuya salud se os confia, que casi todas poseen en su seno, lo que el padre, la madre, el tio y la tia proclaman, un niño precoz, un niño maravilloso.

—Uno al menos respondió D. Bernardo sonriendose.

Fácil es pretender, prosiguió mi padre, que esto sea éfecto del amor paternal... pero no, no es esta la causa. Examinad vos mismo á un niño, y quedareis atónito de su ávida curiosidad, de su sagaz viveza, de su inteligencia y de su fina penetracion. Alguna que otra vez os encontrareis con cierta imaginacion vastamente desarrollada: el chien podrá tener una aptitud completa para las matemáticas; y os trazará un modelo de un buque de vapor; ó tendrá un oido poético, y os compondrá un poéma como los que aprendió de memoria en sus *Lecciones oratoriass* ó manifestará su gusto por la botánica, como Pisistrato, ó mucha disposicion para el piano. En suma, vos mismo, D. Bernardo, le plocamaríais un niño-fenómeno.

=En efecto, respondió el comadron, hay

mucha verdad en cuanto acabais de decir: el niño Tomás Dóbs, es un portento, lo mismo que Francisco Topes: en cuanto á Joaquinito Stixes, quiero que vengais conmigo cualquier dia á oirle discurrir sobre la historia natural, y os admiraréis al ver cómo maneja su pequeño microscopio.

=¡Libreme Dios! dijo mi padre; pero dejadme acabar. Estos *thaumata* ó portentos, ¿hasta cuándo duran, amigo don Bernardo? Hasta que el niño es enviado á un colegio, y entonces de una manera ó de otra los *thaumata* se desvanecen con el aire, como los fantasmas con el canto del gallo. Un año despues de hallarse el niño en el colegio, ya no os importunan los padres, tías y tios con sus gestos y sus señas: el niño estraordinario se ha convertido en un chicuelo muy comun. ¿Nó es así, don Bernardo?

=En verdad que teneis razon, don Agustin. ¿Cómo os las componeis para ser un observador tan sagaz, cuando al parecer nunca..

=¡Chit! interrumpió mi padre: y volviéndose hácia mi madre, cuya inquietud era visible añadió en ademan consolador; tranquilízate, querida, esto se halla sábiamente dispuesto. y todo se encamina al mejor fin.

=La falta deberá ser del colegio, dijo mi

madre meneando la cabeza.

—No: consiste en la necesidad del colegio, Catalina, en su utilidad. Deja en su casa paterna á uno de esos niños portentos, á esos prodigios de la fuerza de Sisty, y verás como engorda su cabeza al paso que se adelgaza su cnerpo: ¿nó es así don Bernardo? Esto llega hasta el estremo de robar el entendimiento su nutricion al cuerpo, y de que el cuerpo á su vez empobrezca al entendimiento ó le vuelva enfermizo. Mira aquel hermoso roble que se destaca de la yerba: si lo hubiese criado un chino, á los cinco años hubiera sido un árbol en miniatura, y á los ciento lo hubiera podido colocar en tu mesa en una copa, manteniéndose á la misma altura en que se hallaba á los cinco. Primero, un objeto curioso como árbol precoz; despues curioso tambien como árbol enano. No, no: la prueba del talento es la escuela: volved al futuro enano á su naturaleza de niño, y dejad al niño robusto y sano que crezca lenta y naturalmente. Si se le niega la talla, no por eso será menos hombre, y esto ya vale mas que ser toda su vida un Joaquin Stixes.

En aquel momento me lancé en el cuarto sofocado, con el semblante encendido, der-

ramando salud, y sintiendo latir en mí u corazon de niño. ¡Ah! mamá, esclamé, ya he remontado mi cometa, y va tan alta..... venid, venid á verla, y V. tambien papá.

—Vamos allá, respondió mi padre; pero para eso no hay necesidád de que grites tanto; las cometas para ascender no meten ningun ruido, y ya ves que no por eso dejan de remontarse hasta las nubes. Vamos, pues, ¿y mi sombrero? ¡Ah! gracias, hijo mio.

—Catalina, dijo mi padre contemplando la cometa que, sujeta por medio del bramante á una estaca que yo habia clavado en tierra, se cernia tranquila en el espacio; ¿quién sabe si nuestro cometa llegará á lanzarse algun dia á esa altura? La naturaleza humana dispone para elevarse de instintos mucho mas fuertes que algunos pliegos de papel pegados á un armazon de cañas: ténlo siempre presente; para evitar que se pierda en el espacio, es presiso sujetarla suavemente á la tierra; y observa además, querida mia, que á medida que se eleva á mayor altura, es preciso ir dándole mas cuerda.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

Apenas habia cumplido doce años, y me hallaba ya á la cabeza de la escuela elemental, á la cual habia sido destinado. Viendo mi familia que sabia cuanto era posible aprender en aquella limitada esfera, buscó otra mas digna de mi tierna ambicion. Durante los dos últimos años habia recobrado mi aficion al estudio; pero una aficion vigorosa y activa, estimulada por la emulacion, y hasta alentada por algun éxito en la contienda. Ya no se cuidaba mi padre de enfrenar mis destellos intelectuales; y tal era la veneracion y respeto que profesaba á la ciencia, que no podia menos de vislumbrar que yo seria un sábio, si es que esto fuefs, posible

aunque solía repetirme algunas veces con cierta tristeza: «Hijo mio, ocúpate de los libros, pero que ellos no te ocupen á tí; lee para vivir, pero no vivas para leer: bastante hay para una familia con un esclavo de la erudicion; mi servidumbre no debe ser una esclavitud hereditaria.

Buscando pues mi padre una academia ó colegio de nombradía, llegó á sus oídos la fama del instituto filelenо del doctor Herman.

El ilustre doctor Herman, hijo de un profesor de música aleman, establecido en Inglaterra, habia completado su propia educacion en la universidad de Boun; pero considerando el saber como una mercancia demasiado comun en aquel mercado, para poder vender allí el suyo al precio en que lo estimaba, y sustentando además ciertas teorías de libertad política que le atraian á la Inglaterra, resolvió fundar en el suelo británico una escuela destinada á formar época en la historia del entendimiento humano. El doctor Herman era uno de los primeros reformadores de la enseñanza moderna, los cuales se han multiplicado entre nosotros de algun tiempo á esta parte, y tal vez hubieran conseguido cantar victoria sobre nuestros grandes colegios clásicos, si estos, obran-

do con mucha cordura, no hubiesen tomado algunas de las buenas ideas que se encuentran entre las quiméricas innobaciones de las instituciones rivales.

El doctor Herman había publicado obras muy eruditas contra todos los métodos preexistentes: la que mas llamó la atencion, atacaba la *infame ficcion* del arte de deletrear. ¿Inventó jamás el autor de todas las falsedades decepcion mas absurda, mas falsa y engañosa que aquella, por medio de la cual confundimos los instintos mas claros de la verdad en nuestros malditos sistemas de deletrear? Tal era el exordio de este célebre tratado. Por ejemplo, en el monosílabo *cat*, (en francés *chat*), ¿cómo se atreverá nadie á proponer á un niño que reasuma por *cat* los sonidos que producen las tres letras c, a, t, y que se pronuncian en inglés ci-eh-ti? Luego será *cieti* y no *cat* lo que deberá decir el discípulo. ¿Cómo podria prosperar un sistema de educacion que empieza por una falsedad tan monstruosa, que solo el oido basta para contradecirla? ¿Deberémos admirarnos de que el alfabeto cause la desesperacion de las madres?

Por este ejemplo podrá conocer el lector, que, en su teoría de la educacion, el doctor

heterodoxa. Habia llegado aquella fama á su apogeo, cuando una hermosa mañana me vi depositado bajo el hospitalario techo del doctor Herman, con todo mi equipaje en regla, y con una esquisita torta por vía de provision en mi baul.

Entre las diferentes rarezas del doctor Herman, una fijaba particularmente su atencion, observándola mas fielmente que los estatutos primordiales del castigo no corporal. Y en efecto esta era la causa por qué habia hecho inscribir con caractéres de oro en el frontispicio de su establecimiento estas imponentes palabras:

Instituto fileleno.

Pertenecia este hombre singular á aquella categoria de sábios que declaran hoy la guerra á nuestros mitólogos populares, y trastornan todas las tradiciones que los maestros de Eton y de Harrou atribuyen á los nombres domésticos de la historia antigua. En una palabra, procuraba conducir á su pureza escolar la ortografía mutilada de los apelativos griegos. Su indignacion estallaba cuando los niños confundian á Zeo con Júpiter, á Mes con Marte, á las deidades griegas con las romanas. Su rigurosa doctrina sobre la distincion de estas dos cla-

ses de personages, nos valia de contínuos epitetos nada alagüeños.

«¡Cómo! apostrofaba á algun estudiante novicio que no habia olvidado aun su anterior gramática basada sobre el modelo antiguo, ¿qué entiende V. por la traduccion del Zeo en Júpiter? ¿pues qué, acaso el Dios del Olimpo con su águila y su égida, el Dios amoroso, irascible y despidiendo nubes, tiene algo que ver con Júpiter grave, solemne y moral del capitolio romano, con el Dios Optimo Máximo? Vamos, señor Sempkins, conteste V. á esta pregunta. El jóven Sempkins se guardaba muy bien de contradecir al doctor Herman. Y ¿cómo puede V., proseguia este, volviéndose y emprendiéndola con otro discípulo culpable, cómo ha podido V., caballerito, traducir el Ares de Homero por el audaz y vulgarísimo Marte? Ares, señor Joaquinito, Ares que ahullaba como diez mil hombres cuando estaba herido, ó como ahullará V. mismo, si le atrapo diciendo otra vez Marte. ¡Ares que cubria siete plectros de tierra, Ares el homicida, confundido con Marte ó *Marvors*, con Marte, el augusto protector de Roma! Señor Joaquinito, V. debia avergonzarse de sí propio. Y exaltándose repentinamente hasta el entusiasmo, y

dejándose llevar de las guturales de su pronunciacion alemana, el bueno del doctor levantaba sus manos cubiertas de grandes sortijas, y esclamaba: «¿Y tú, tú *Aphroditè*; tú que convierte á Adonis en Anemoneo, eres llamado Venus por este mocosuelo? ¡Vénus que presidia en los funerales y en las cloacas! ¡Qué horror, Dios mio! Venga V. aquí, señor Budderfiel: es preciso que V. reciba el condigno castigo que merece su torpeza.»

Como nuestro institutor fileleno sometia á su purismo arqueológico todos los nombres propios griegos, no era provable que el mio malhadado se escapase á su perspicasia. El primer tema que le presenté, llevaba la firma de Pisítratus Caxton, con una rúbrica muy historiada. ¡Y su padre se tiene por sábio! dijo el doctor con desden. Su nombre, señorito, es griego, y como tal tendrá V. la bondad de escribir con una *e* y una *o*: *P*, *E*, *I*, *S*, *I*, *S*, *T*, *R*, *A*, *T*, *O*, S; acuerdese V. tambien de poner siempre el acento sobre la *i*. ¿A qué podrá V. aspirar, señor Caxton, si ni aun en su propio nombre se fija? ¿Si olvida V. de la *e*, de la *o* y del acento? ¡Ah! téngalo V. en cuenta; que no vea en lo sucesivo sus viles corupciones!

¡Dios mio! ¡*Pi*, cuando el nombre se escribe *Pei*!

La primera vez que escribí á mi padre insinuándole modestamente que me hallaba bastante escaso de numerario, que una raqueta me distraeria mucho, y que la diosa favorita de los estudiantes era *moneta diva moneta* (griega ó romana, poco me importaba), esperimenté una especie de orgullo clásico al firmar *vuestro afectuoso Peisistrato*: el correo inmediato abatió algun tanto mi triunfo escolar: hé aquí la carta que me trajo.

Mi querido hijo: Prefiero mis antiguos amigos Tucídides y Pisístratos. Estoy familiarizado con Horacio, y no conocia á Horatio sino por Horatio Coclés. Pisístrato puede jugar á la pelota, pero no hallo ninguna autoridad griega que me permita suponer que este juego estuviese en uso en tiempo de Peisistratos. Me consideraria feliz enviándote un dracma ú otra cualquiera moneda, pero no poseo ninguna que circulase en Atenas en la época en que Pisístratus se escribia alli Peisistratos, Tu padre que te estima,

A. Caxton.

Esta fué la primera dificultad que produjo aquel triste anacronismo que tan profética-mente deploró mi Padre. Sin embargo, no hay como la esperiencia para demostrar la utilidad de los compromisos en este mundo perecedero. Peisístratos continuó firmando temas; y una segunda carta de Pisistratos me valió la remesa de la raqueta.

CAPITULO II.

—

Podria yo tener diez y seis años cuando conocí al hermano de mi madre, que se hallaba instalado entre nuestros lares domésticos: en dicha época llegué á mi casa paterna para pasar en ella el tiempo de vacaciones. El tio Joaquin, como le llamaban familiarmente en casa, era un charlatan entusiasta que habia disipado tres pequeñas fortunas, por hacer una grande.

El tio Joaquin era un especulador, pero en todas sus especulaciones afectaba no tener nunca en cuenta sus intereses como objeto primordial de ellas: el único móvil que guiaba su corazon era siempre la felicidad de sus semejantes; pero ¡ah! ¿quién puede en este pícaro mundo contar con sus semejantes? Al salir de menor edad heredó el

tio Joaquin de su abuelo materno seis mil libras: parecióle que sus semejantes eran víctimas de la ambicion desmedida y de la mala fé de los sastres. Estos artistas, á quienes una antigua locucion inglesa llama novenas partes de hombres, se resarcian con usura de su existencia fraccionaria pidiendo nueve veces mas de lo que debieran haber pedido por los vestidos que la civilizacion y tal vez el cambio de clima, hacen mas preciosos para nosotros, que para nuestros ascendientes los Pictos. El tio Joaquin fundó por pura filantropia *una gran compañía de ropería nacional y filantrópica*, que tomó á su cargo abastecer al público de pantalones del mejor paño de Sajonia, á siete schelines el par; de fraques de paño superfino, á dos libras, y de chalecos á tanto por docena. Todas estas piezas debian confeccionarse al vapor. Por este medio se iba á acabar con los pícaros de los sastres, y la humanidad se vestiria con un beneficio en limpio de treinta por ciento en provecho de los filántropos (pero esta era una consideracion meramente secundaria). A despecho del objeto evidentemente caritativo de esta especulacion cristiana, y á pesar tambien de los cálculos incontrastables en que se halla-

ba basada, la compañía murió víctima de la ignorancia y de la ingratitud de nuestros semejantes. Solo le quedó al tio Joaquin de sus seis mil libras, un cincuenta por ciento sobre la propiedad de una pequeña máquina de vapor, un gran surtido de pantalones y las deudas personales de los directores de la compañía filantrópica.

El tio Joaquin desapareció y empezó á viajar. El mismo sentimiento de filantropía que habia caracterizado al especulador, caracterizó al viajero, que corrió en su persona los mismos azares que habia corrido en su bolsa. El tio Joaquin tenia una propension natural á cuanto tuviera por objeto ayudar al débil y socorrer al desvalido. Así es que si cualquiera raza ó nacion se hallaba abatida en el mundo, mi buen tio se arrojaba el primero al lado opuesto de la balanza para levantarla. Polacos, griegos (estos se hallaban entonces en guerra con los turcos), mejicanos y españoles, vieron sucesivamente al tio Joaquin mezclarse en todas sus escisiones y querellas, y tomar parte en todas sus contiendas. Líbreme Dios de ponerte en ridículo, pobre tio Joaquin, por tu generosa predileccion hácia los infortunados; pero ¡ah! acaso ignorabas que

cada vez que una nacion se halla en la desgracia, se hace siempre una especulacion. La causa polaca y la griega, la mejicana como la española, han llevado siempre en pos de sí empréstitos y suscriciones. Cuando los patriotas del continente empuñan con una mano la espada, procuran por lo general deslizar suavemente la otra en los bolsillos de sus vecinos. El tio Joaquin se fué á Grecia, de allí pasó á España, y de España á Méjico: nadie pone duda que su presencia debió ser muy útil en aquellos afligidos paises, puesto que al regresar se trajo la prueba incontrastable de su gratitud, bajo la forma de tres mil libras. Despues apareció un prospecto de la nueva, grande, nacional y bienhechora compañia de *Seguros*, para las clases industriales.

Aquel precioso documento proclamaba ante todo las inmensas ventajas que la sociedad reportaria de la creacion de las compañías de seguros: denunciaba despues lo usurario de las cuotas que se exigian por los establecimientos existentes, y la imposibilidad de aplicarlos á satisfacer las necesidades del honrado artesano; por último declaraba, que el único móvil que habia impulsado á los fundadores de la nueva com-

pañía, eran las intenciones mas puras y filantrópicas, y el deseo de moralizar al pueblo, demostrando que el *mínimun* del beneficio que podria prometerse cada suscritor, no bajaria de un veinte y cuatro y medio por ciento.

La compañía se inauguró bajo los mas felices auspicios, nombrándose á un larzobispo presidente del consejo de administracion, pero con la cláusula precisa de que no habia de dar mas que su nombre. El tio Joaquin, designado por los nombres y títulos enfónicos de «célebre filántropo Joaquin Tibbets» era su secretario honorario; y el capital quedó fijado en dos millones de libras esterlinas. Pero tal era la ignorancia de las clases industriales, y preveyeron estas tan mal el beneficio que podrian reportar entregando semanalmente un schelin desde los veinte y uno á los cincuenta años, para asegurar á la vejez una pension anual de diez y ocho libras, que la compañía se deshizo como el humo, desvaneciéndose tambien con ella las tres mil libras de mi tio Joaquin. Ya no se le vió mas en el mundo, ni se oyó hablar de él por espacio de tres años. Ocultóse su existencia en una nube tan densa, que á la muerte de una tia suya

que le dejó una pequeña quinta en el pais de Cornouailles, fué preciso hacer insertar en los periódicos el siguiente *aviso*: «Que si Joaquin Tibbets queria presentarse en casa de los señores Brunel y Tinde de Lolhbury desde las diez de la mañana á las cuatro de la tarde, se le daria un aviso del mayor interés.» Este anuncio obró un encanto mágico, y el tio Joaquin se apareció al punto, tomando posesion de su linda quinta con una satisfaccion indecible. Prosperó en ella el nuevo propietario los dos primeros años, salvo el esperimento de treinta acres de tierra de trigo, que ahumados científicamente por dos preparaciones químicas, costaron á su poseedor una cosecha, cuyas espigas salieron llenas de manchas negras como si hubiesen pasado las viruelas. Desgraciadamente el tio Joaqnin descubrió un dia una mina de carbon en un lindo sembrado de nabos: la semana siguiente ya se hallaba la casa llena de ingenieros y naturalistas. No habria pasado un mes cuando apareció un prospecto, redactado con el mejor estilo, del tio Joaquin; el prospecto de la gran compañía nacional «del carbon *antimonopolizado*, fundada en obsequio de los pequeños rentistas de

Lóndres, para competir con el monstruoso monopolio de Newcastle.»

«Se acaba de descubrir una mina del mejor carbon en los dominios del célebre filántropo Joaquin Tibbets, la cual ha sido reconocida por el eminente ingeniero Gil Compás, y segun su dictámen promete una esplotacion inagotable á las miras bienhechoras de las personas caritativas y á las riquezas del capitalista. Se ha calculado que el mejor carbon puede darse en la embocadura del Támesis á diez y ocho schelines la carga, lo que dará una utilidad de cuarenta y ocho por ciento por lo menos á los accionistas. El importe de las acciones de cincuenta libras se entregará en cinco plazos: el capital será de un millon. Admiten suscriciones en Lolhbury, los señores Blunt, y Tin.»

Los proyectistas de la estofa del tio Joaquin podian en esta ocasion hallar en él un punto de apoyo sólido; pues les ofrecia tierras, mina y carbon. El capital y los accionistas respondieron al llamamiento. Se hallaba el tio Joaquin tan persuadido de que tenia asegurada su fortuna, y era además tan vehemente su deseo de arruinar el monstruoso monopolio de Newcastle, que

no quiso admitir una considerable oferta que se le dirigió para adquirir la propiedad del criadero: así quedóse siendo el primer accionista, y se estableció en Lóndres; echó carruaje, y dió varios convites á sus cólegas del comité de administracion. Los progresos de la compañía fueron en aumento por espacio de tres años, quedando encargado de la direccion de los trabajos de la mina el eminente ingeniero Gil Compás, el cual dió generalmente á los suscritores el beneficio de un veinte por ciento. Las acciones se hallaban á un ciento por ciento, cuando una hermosa mañana, en el momento que menos se esperaba, Gil Compás se trasladó á los Estados-Unidos, campo mucho mas vasto para un génio como el suyo: encontráronse con que la mina se hallaba inundada hacia mas de un año, y con que el señor Compás habia pagado á sus accionistas los dividendos con su propio capital. Cúpole esta vez á mi tio la satisfaccion de quedar arruinado con muy buena compañia; con tres doctores en teología, dos miembros de la cámara de los Comunes, un lord de Escocia y un director de la compañia de Indias.

Poco tiempo despues de este fatal acon-

tecimiento, el tio Joaquin, tan ardiente y emprendedor como siempre, se acordó súbitamente de su hermana la señora de Caxton, y no sabiendo adonde ir á comer, esperó hallar un asilo bajo el hospitalario techo de mi padre. No he visto jamás en el mundo un hombre mas simpático que el tio Joaquin: los hombres un tanto repletos son mucho mas populares que los flacos, y desde luego parece que su aspecto revela un carácter jovial, y un tanto agradable. ¿Qué conspiracion no se malograria teniendo á su frente un gefe de semblante famélico como el de Casio? Si los patriótas de Roma hubiesen podido contar con el tio Joaquin, no hubieran tal vez suministrado á Shaskpeare argumento para una tragedia. El tio Joaquin disfrutaba de una robustéz elegante, pues ni era corpulento, ni aveso, ni vastus, lo cual, segun Ciceron, sienta mal á un orador. Nada de esto: bajo los contornos de su bien formado cuerpo desaparecia toda especie de surcos, y las líneas que imprime el tiempo en los semblantes. Pero sobre todo, ¡qué sonrisa tan franca y seductora la suya! ¡Con qué elegancia británica se frotaba las manos, las lucidas manos, en las que uno no podia menos de depositar su dinero cuando se dirigia filantrópicamente

á su bolsa! A nadie mejor que á mi buen tio se podia aplicar aquella frase latina: «*Sedem animae in extremis digistis habet.*" ¡Ah! ¡sí! él llevaba el corazon en la mano.

Observan algunos críticos que pocas personas han reunido en igual grado de desarrollo las facultades de imaginacion, las científicas y las reflexivas. Feliz aquel, esclama Schiller, feliz aquel que á las luces del hombre de mundo, añade el calor del entusiasmo." Luces y calor poseía el tio Joaquin en igual grado, armonía perfecta de entusiasmo seductor y cálculos convincente. Dicæopolo en los *Arkanenses* al presentar á un personaje llamado Nicharco, decia al aurditorio: «Es pequeño, lo confieso, pero en él no hay nada perdido; lo que no tiene de loco tiene de astuto». Parodiando este cumplimiento equívoco, puedo yo decir tambien, que aunque el tio Joaquin no fuese un gigante, todo en él se hallaba aprovechado; lo que no tenia de aritmético lo tenia de filántropo. El filántropo Howvard y Cocker, el rival del Barém francés, le hubieran estimado igualmente. La presencia del tio Joaquin era sumnmente agradable; su semblante de un claro sonronsado, su boca pequeña, y blanca la dentadura; ade-

más se afeitaba con constante frecuencia y muy concienzudamente: su pelo, en otro tiempo de un rubio ceniciento, se habia vuelto cano, lo cual daba cierto aspecto respetable á su fisonomía. Segun la opinion del *comadron* los órganos de la *constructividad* y de la *idcalidad* se habia desarrollado prodigiosamente en el cráneo del tio Joaquin, y aquellas protuberancias daban ensanche á su frente. Además, la estatura del tio Joaquin era de cinco piés y ocho pulgadas; la talla mas conveniente á un hombre activo y de negocios. Vestia siempre de negro, pero para dar mas realce alpaño gastaba botonadura dorada con una pequeña cruz enlazada á una corona, estampada en su superficie. A cierta distancia se parecian aquellos botones á los que usan los empleados en la real casa, y el tio Joaquin tenia el aspecto de todo un cortesano. Llevaba una corbata blanca sin almidonar, que sujetaba con una espiga de diamantes, la cual le suministraba un texto de observaciones sobre ciertas minas de Méjico, cuyo recuerdo le hacia lamentar de continuo, el que no hubiesen sido esplotadas por una gran compañia nacional del Reino-Unido. Su chaleco de por la mañana era agamuzado, y el que llevaba

por la noche, de terciopelo bordado: otro texto de un proyecto para fundar una sociedad destinada á perfeccionar las manufactura inglesas. Su pantalon era de un color llamado vulgarmente papel de estraza, y en vez de botas, que decia ser incómodas para el ejercicio, llevaba botitos cortos á la americana, y zapatos con la punta cuadrada. La cadena de su reloj se hallaba adornada con un sin número de sellos cada uno de los cuales representaba el emblema de alguna compañía difunta.

¿Qué de estraño tenia, pues, que el tio Joaquin cautivase mi corazon? Siempre habia sido el hermano querido de mi madre, la cual se acordaba continuamente de que le aconsejó en una ocasion que rifase en beneficios de los deshollinadores, una gran muñeca, regalo de su madrina que habia costado dos libras (dociento reales,) fijando en veinte el número de billetes que debian entrar en suerte á seis peniques (seeenta céntimos) cada uno. Pero dijo el tio Joaquin: ¡qué socorro será para los deshollinadores una recaudacion diez schelines! Tal era mi buen tio, y si mi madre le queria tan entrañablemente, mi padre no le iba en zaga, lo cual era otra prueba evidente del talento

seductor de mi tio. Sin embargo, es digno de observarse que cuando un sabio que vive en el retiro se interesa alguna vez por un hombre activo, se halla mas dispuesto á admirarle que otro hombre alguno. Sus simpatias por semejante compañero entretenian á un mismo tiempo su curiosidad y su indolencia. Podia viajar con él, y formar proyectos juntos, combatir con él, y entrambos dirigirse en busca de las aventuras que le habian relevados sus libros.. y todo esto sin abandonar su poltrona. Mi padre decia que cuando oia hablar al tio Joaquin, le parecia estar escuchando á Ulices: el tio Joaquin habia estado en Grecia y en el Asia menor; sus piés habian pisado el llano en donde fué Trolla, habia comido higos de Marathon, cazado liebres en el Peloponeso, y se habia bebido tres azumbres de cerbeza en la cumbre de la gran Pirámide.

El tio Joaquin era, pues, para mi padre, un libro tan ameno como instructivo, y en efecto, mi padre lo miraba como un libro que tomaba depues de comer, del mismo modo que hubiera podido coger en tomo de Dodwall ó de Pausanias. Yo creo ciertamente que los sabios que no salen de sus estudio, no dejan de ser por esto una raza eminentemente

curiosa y agitada y activa si se les comprende bien. Recordemos, si no, lo que el caprichoso anciano Burton decia de sí mismo: «En mi vida de colegial, allándome encerrado como un monje, y apartado de la vida bulliciosa y agitada del mundo, veía y oía cuanto por fuera pasaba, cómo corrian los demas unos á pié, otros á caballo, y cómo bullian y se atormentaban así en el campo como en la ciudad.» Esta cita prueba mi proposicion; con la diferiencia de que los sabios empleaban su actividad á su modo, ya conspirado con Augusto, ó combatiendo con César. ó oyendo á América con Colon, ó ya cambiado la faz del mundo como Alejandro, Atila y Mahoma. ¿Cuál es, pues, la misteriosa atraccion que se ejerce en ellos, entre la parte estrema y antípoda de la máquina humana, y la parte enchida de un sillon? Este enigma será resuelto sin duda á sastisfaccion de la ciencia por los progreso del mermerismo. Por mi parte creo que estas imaginaciones tan vivas, estos cerebros tan volátines, hallarán allí providencialmente un contrapeso natural, sin el cual el órden establecido en el universo se veria frecuentements comprometido. Abandono el exámen de esta conjetura á la metafisica y á la fisica esperimental.

Yo me hallaba mucho mas entusiasmado con el tio Joaquin que mi padre, porque además de la infinidad de bonitos juegos de manos que sabia, escamoteaba con una agilidad pasmosa, hacia bailar una zarabanda á un mañojo de llaves, y si se le entregaba una moneda de plata se convertia en sus manos en una pieza de un sueldo. Tal vez fuese ménos diestro cuando se trataba de convertir mis sueldo en medias coronas.

Emprendiamos juntos largas caminatas, y en medio de la conversacion mas alegre y festiva, el tio Joaquin, representaba siempre el papel de observador. Deteníase para examinar la naturaleza del terreno, llenando mis bolsillos (los mios antes que los suyos) de gruesos guijarros, de yeso y de piedresitas, para analizarlo á nuestro regreso, por medio del aparato químico que habia pedido prestado á D. Bernardo. Parábase á la puerta de una choza y hacia alto de una hora, contemplando lleno de admiracion y entusiasmo á las tiernas niñas que tejian sombreros de paja, y despues se introducia en las quintas para proponer á los arrendadores la creacion de una «compañía nacional de sombreros de paja». Pero ¡ah! aquella inteligencia tan fértil en recursos

se perdió en el suelo ingrato á donde el tio Joaquin habia ido á parar. No consiguió convencer á un solo propietario, de que sus campos eran ricos en minerales, ni á un solo arrendador, de las ventajas que le reportaria la fabricacion de sombreros de paja por medio de una asociacion. El tio Joaquin, pues, semejante á un ogro que despues de devastar el pais vecino, lanza sus hambrientos ojos sobre sus propios hijos, viéndose amenazado por el ambre, no tuvo incoveniente en satisfacer su apetito á espensas de mi pobre padre.

CAPITULO II.

Gozábamos por aquel tiempo de lo que comunmente suele llamarse una existencia tranquila, sin pretension alguna á la ostentacion. Al pié de un pueblo grande se levantaba nuestra residencia con sus muros de ladrillo rogizo, que databa del reinado de la reina Ana. La casa tenia enfrente una balaustrada, cuyo uso se ignoró siempre, pues solo la ocupaba nuestro hermoso gato Ralf, para tomar el aire: pero aquella balaustrada adornaba la casa como á tantas otras, cuya construccion era del reinado de Isabel y hasta del de la reina Victoria. Dividíase dicha balaustrada en dos contrafuertes, en cada uno de los cuales se hallaba colocada una bola de piedra. Distinguíase la casa por un arquitrave de for-

ma triangular, bajo el cual se hallaba un nicho destinado probablemente á alguna estátua; pero esta se hallaba ausente. Un poco mas arriba habia una ventana adornada con columnas estriadas, cual pertenecia á la habitacion de mi madre, llamando sobre todo la atencion la lindísima puerta de la calle que conducia á las habitaciones principales. Todas las ventanas tenian pulidos marcos, incrustrados de labores y caprichosos adornos esculpidos en relieve, que daban al edificio un aspecto de solidez y bienestar que en realidad tenia, pues la parte de comodidad y aseo interior no habia sido menos atendida en su construccion que la de ornato esterior. La puerta del jardin se hallaba montada sobre dos columnas coronadas de lindos jarros. Tal vez en un dia de lluvia hubiera sido un inconveniente el tener que atravesar la calle de árboles que conducia á la salida en busca del carruaje; pero esta objecion no era para nosotros de ningun valor, porque no lo teniamos. Veiase á la derecha de la casa un pequeño prado, una ermita, un estanque y un modesto invernadero que contenia clavellinas, rosales, girasoles, etc. etc. A la izquierda se estendia la puerta en medio de un cercado,

que producia las mejores manzanas del pais, dividida por tres senderos, uno de los cuales, el mas largo, terminaba en una cerca que todos los veranos se cubria de frutas, de peras y de albérchigos dorados por el sol y de un sabor esquisito. Este sendero era el favorito de mi padre: por él divagaba de contínuo el autor de mis dias, cuando el buen tiempo se lo permitia, con su libro en la mano, parándose una veces en ademán contemplativo, otras tomando apuntes con su lápiz, gesticulando ó entregándose á sus soliloquios: si no se le eucontraba en su gavinete, allí se dirigia en su busca mi madre, segura de encontrarlo. En las *expediciones ambulantes*, como él las llamaba, llevaba regularmente un compañero tan estraordinario, que aun esponiéndome á las esclamaciones de incredulidad y menosprecio, me decido á darlo á conocer. Sin embargo, juro y protesto no decir mas que la verdad, y no tener el menor deseo de imitar las exageraciones ridículas de los novelistas modernos. Un dia en que mi madre consiguió de M. Caxton el que la acompañase á dar un paseo hasta el mercado, pasaron por una pradera en la cual les llamó la atencion una multitud de chiquillos

que con gran bulla y algazara se divertian apedreando á un pato cojo. Por lo visto el desgraciado animal debia ser conducido al mercado, cuando hechó de ver su deeño no solo su cojera, sino que se hallaba además atacado de algun mal. Como quiera que fuese, el arrendador habia delarado que el pato para nada servia, y accediendo á las repetidas instancias de los muchachos, se lo habia dado para que se entretuviesen inocentemente y no pensansen en hacer otro daño mayor. Segun declaracion de mi madre, nunca como en aquella ocasion habia visto á su dueño y señor tan animado. Lanzóse mi padre en medio de la turba de chiquillos, púsolos en dispersion, y dueño del campo, se apoderó del pato, el cual apenas llegó á casa fué colocado en una cesta cerca de la lumbre, alimentado y medicinado hasta lograr que volviese á la vida y restableciese su salud. Entonces se le soltó en el estanque. Tal era el reconocimiento del pato hácia su libertador, que siempre que mi padre aparecia en la puerta, apenas le distinguia, saltaba fuera del estanque y salia á su encuentro cogeando (pues la cogera no se le pudo curar enteramente), hasta acercarse á las tapias de

la huerta. Al llegar allí se paraba, las mas veces espiando gravemente los movimientos de su amo; otras le seguia paso á paso; pero de todas maneras nunca lo abandonaba, hasta que al retirarse aquel le hacia algunas caricias con su mano, despues de lo cual, haciendo oir el ánade de su despedida, se retiraba á su elemento natural.

Las principales piezas de la sala, es decir, el gabinete, el comedor (habia ademas otro pequeño para mi madre) y el magnífico salon que no se abria sino en ocaciones estraordinarias, tenian sus ventanas al Mediodia. El edificio se hallaba rodeado de álamos, de abetos y de robles, escepto en la parte meridional; de manera que estaba al abrigo tanto de los rigores del invierno, como de los ardores del sol en el verano. La señora Gervasia, nuestra principal criada en dignidad y categoría, desempeñaba el triple cargo de aya, doncella y ama de llaves. Tenia ademas dos mujeres á sus inmediatas órdenes, un jardinero y un criado. Las posesiones de mi padre no daban á este mucho que hacer respecto al cultivo; sus tierras mas considerables consistian en pastos arrendados á renta fija; la renta con que

contaba procedia de intereses de quince mil libras, mas de un millon de reales impuestos tanto en papel de tres por ciento, como en hipotecas, y su importe bastaba para hacer frente á los gastos de la casa, para satisfacer su manía por los libros antiguos, pagar mi educacion, y ofrecer de vez en cuando una comida y con mas frecuencia el té á nuestros vecinos. Mi madre tenia cierta vanidad en decir que nuestra sociedad era muy escogida: componíase esta principalmente del cura y su familia, de dos señores que frisaban ya en los cuarenta y se daban mucha importancia, de un antiguo empleado en la compañía de las Indias, que vivia en una casa blanca en la cima de la colina; de cinco ó seis hidalguillos con sus esposas, y del amigo D. Bernardo, siempre solteron. Cambiábase, sin embargo, una vez al año, tarjetas y comidas con ciertos aristócratas que inspiraban á mi madre un respeto muy inútil, aunque declaraban que eran las mejores personas del mundo, y colocaba sus tarjetas en el espejo del salon. Ya se vé, pues, que vivíamos y nos hallábamos montados bajo un pié brillante, con la consideracion que se debe á una mediana fortuna á un apellido respetable... y á un ori-

gen honrroso... Pero no es mi ánimo en esta ocasion describir nuestra genealogía, y por lo mismo me contentaré con decir que hasta nuestros vecinos mas orgullosos hablaban siempre de nosotros como de una familia antigua, aunque toda la vanidad genealógica de mi padre consistía en alabar á Guillermo Caxton, impresor bajo el reinado de Eduardo IV: *clarum et venerabile nomen*!!! antecesor, con cuyo recuerdo podia un hombre de letras legítimamente enorgullecerse.

—«*Heus*! esclamó un dia mi padre interrumpiendo súbitamente la lectura de los diálogos de Erasmo: *Salve, multum jucundissime.*»

Este clásico saludo iba dirigido al tio Joaquin, que áun sin ser erudito sabia bastante latin para responder: *salve tantumdem, mi frater.*

Mi padre se sonrrió en señal de aprobacion.

—Veo, prosiguió diciéndole, que comprende V. la urbanidad, ó la política, como ahora se llama. No hay duda que es cosa muy graciosa el llamar hermano al marido de vuestra hermana. Erasmo hace el elogio de esta fórmula en el principio de su libro

titulado *salutandi formulae*; y en verdad, añadió mi padre con aire pensativo, no hay una gran diferencia entre la afeccion y la política. Mi autor observa aquí muy oportunamente, que es un acto de cortesía el saludar en ciertas ocaciones. Debe saludarse, por ejemplo, al que bosteza, al que tiene hipo, al que estornuda, al que tose; pues este es el único medio por el cual puede uno demostrar el interés que se toma por su salud; porque el que bosteza puede dislocarse una quijada, el hipo es por lo comun síntoma de una enfermedad peligrosa, el estornudo afecta las venas de la cabeza, y á la tos unas veces es una afeccion de bronquitis ó pulmonar, y otras una afeccion ganglionar.

—En efecto, esclamó el tio Joaquin, tan cierto es cuanto acaba V. de decir, que los turcons saludan siempre al que estornuda, si bien es verdad que aquel pueblo es estremadamente cortés y atento. Pero querido hermano, me he quedado atónito y lleno de admiracion al contemplar sus magníficos manzanos: no he visto en mi vida otros mejores, y eso que me precio de conocedor de la materia. Pero es una lástima; se podria establecer un plantel de sidra en este con-

dado. En primer lugar debia V. mismo encargarse del cultivo de las tierras, despues mejorarlas y arrendarlas ventajosamente, con el objeto de formar un total de cien acres. Establece V. un plantel en grande escala; tengo echados todos mis cálculos, y es un negocio prodigioso. supongamos cuarenta árboles por acre, por término medio, á un schelin, seis peniques, por árbol. Cuatro mil árboles por cien acres, tres mil libras. Trabajo de labor ó cultivo; pongamos diez libras de acre, total para cien acres, mil libras. Paguemos las escavas para impedir el que se pierda la sávia en un terreno malo... ¡Oh! ya ve V. que no se me olvidan las cosas mas insignificantes; siempre he sido lo mismo. Contemos tambien con los ladrillos y argamasa, á peniques por escava. Para cuatro mil árboles ó cien acres, ascenderá todo á cien libras. Añádase ahora la renta de la tierra á treinta schelines el acre, ciento cincuenta libras: he aquí el total.—Al pronunciar el tio Joaquin estas palabras recapitulaba todos los *item* con sus dedos:

Arboles.....	300 libras.
Trabajo.....	1,000
Escabas enlosadas.	100
Renta.....	150
	1,550 libras.

Hé aquí todos los gastos. Vengamos ahora á las utilidades: los planteles en el condado de Kentrealizan cien libras por acre, algunos hasta ciento cincuenta; pero seamos moderados, pongamos solo cincuenta por acre, y el beneficio por año, sobre nn capital de mil quinientas cincuenta libras, será de cinco mil. Cinco mil libras anuales; fije V. en esto la vista, hermano Caxton. Deduzcamos el diez por ciento, ó quinientas libras por año entre salario del jardinero, beneficio de tierras y demas, y el producto líquido ascenderá aun á cuatro mil quinientas libras. Amigo mio, está hecha su fortuna; sí, la tiene V. hecha, y le doy por ello la enorabuena. Y el tio Joaquin se frotaba las manos alegremente.

—En verdad padre mio, repuso prontamente el jóven Pisistrato, que no habia perdido una sílaba, ni un guarismo de aquellos alagüeños cálculos, que siendo eso así, vamos á ser tan ricos como el Sr. Rollick.

¡Oh! ¿comprará V. entonces una trailla de perros para los zorros.

—Y una biblioteca escogida, añadió el tio Joaquin, que aplicaba sus conocimientos de la naturaleza humana á su papel de incitador. Va á venderse muy en breve la librería de mi amigo el arzobispo.

Mi padre respiraba tranquilamente mirándonos tan pronto al uno como al otro: despues colocando su mano izquierda sobre mi cabeza, y enseñando con la derecha su Erasmo al tio Joaquin, con aire de reconvencion, tomó por fin la palabra y dijo:

—¡Ah! hermano, ya ve V. cuán fácilmente se siembran ávidos deseos en una imaginacion jóven y sin esperiencia!

=Se muestra V. demasiado severo, hermano. Pero vea V. como el pobre muchacho baja la cabeza. ¡Es tan natural á su edad el entusiasmo, «la esperanza placentera dirigida por la imaginacion» como dijo el poeta. Por último, el porvenir de esta encantadora criatura exige de V. el que no deje escapar la ocasion que se le presenta de una riqueza segura. No lo dude V.; se encontrará con un plantel de manzanos, y cada año irá mejorando y dando mayor ensanche á su plan-

tacion, tomando en arrendamiento algunos acres de tierra y hasta comprándolos, ¿Y por qué nó? ¡Ah! querido hermano, dentro de veinte años puede V. cubrir de manzanos la mitad del condado; pero limitémonos á dos mil acres. En este caso puede V contar con un beneficio líquido por año de noventa mil libras, la renta de un duque. Puede V. creerme, solo falta que se determine.

=Pero hay la dificultad, repuse yo queriendo echarla de perspicaz, que los árboles no dan fruto en un año. Me acuerdo muy bien del dia en qué se plantó nuestro último manzano, hace cinco años: a los tres se mantenía muy pequeño, y hasta el otoño pasado no hemos podido probar sus manzanas.

=¡Qué muchacho tan inteligente, que cabeza tan bien organizada! Hermano, confio en que hará honor á su gran fortuna, dijo el tio Joaquin con aire de aprobacion. Tienes razon, sobrino; pero entre tanto cubriremos el terreno, como lo está el del condado de Kent, de grosellas y de bersas. Sin embargo, en vista de que no somos unos grandes capitalistas, me temo que nos hemos de ver obligados á ceder una parte de

nuestros provechos para disminuir los desembolsos. Escúchame pues, Pisístrato (mírelo V. bien hermano, tal como V. lo ve, con su aire de sencillez, me parece que ha nacido con una cuchara de plata en la boca como dice el adagio): entérate bien Pisístrato, de los misterios de la especulacion. Tu padre comprará á la mayor brevedad posible, y sin chistar, el terreno en cuestion, y entonces, ¡zás! echamos á volar nuestros prospectos y fundamos una compañía. Una compañía puede esperar cinco años para cubrir un dividendo; sin embargo cada año aumenta el valor de sus acciones. Tu padre, toma por ejemplo cincuenta acciones á cincuenta libras cada una; no realizando mas que una suma de dos libras por accion, vende treinta y cinco acciones al ciento por ciento, se reserva las quince restantes, y es un hombre rico, aunque no tanto como si se hubiera quedado con todas. ¿Qué dice V. á esto, hermano Caxton? *Visne edere pomum?* ¿Quiere V. comer manzanas? como decimos en el colegio.

=No me hace falta un schelin mas de lo que poseo, respondió mi padre con tono resuelto. Mi esposa no me querría ya, mi dinero de nada me serviría y mi hijo se vol-

veria la mitad mas delicado, y diez veces menos estudioso.

=¡Pero, hermano! interrumpió el tio Joaquin que no se entregaba tan fácilmente y reservaba su gran argumento para el último estremo: ¡cómo se olvida V. de sus deberes para con sus semejantes, de los progresos que harian las produciones de su pais, y del inmenso beneficio que reportarían por aquel medio las clases laboriosas poniendo á su alcance la sana bebida de la cidra! ¿Si solo se tratase de su fortuna, hubiera yo emitido semejante proposicion? No es ese mi carácter. Pero se trata del público, de la humanidad y de nuestros semejantes. ¡Ah! hermano, seria la Inglaterra lo que es en el dia, si hombres como V. no hubiesen puesto de su parte un poco de filantropía y de especulacion.

=¡Hola! ¡Con que es decir, esclamó mi padre, quo la Inglaterra vera comprometida su prosperidad, si Agustin Caxton no se convierte en traficante de manzanas! Escúcheme V., querido Joaquin. Me recuerda V. un diálogo de este libro.... espere V. un poco, hélo aquí: *Pamphagus et Cocles.*» Cocles reconocia á su amigo, mucho tiempo ausente, por su nariz abultada y prominen-

te. Pamphagus le dijo un tanto amostazado que él no tenia por qué avergonzarse de su nariz. ¿Cómo avergonzarse de su nariz? replicó Cocles; ciertamente que no. En mi vida he visto una nariz que pueda aplicarse á usos tan diversos.=¡Cómo! esclamó Pamphagus, cuya curiosidad se habia despertado, esplíquese V.: ¿á qué usos? Entonces Cocles con una elocuencia tan concluyente y tan rápida como la de V. *(lepidissime frater)* enumeró todos los medios de utilizar un tan vasto desarrollo del órgano nasal. Si la bodega estaba llena, podia sorberse el vino como con una trompa de elefante; si se perdian los fuelles, podria suplir su falta y encender la lumbre; si la luz de la lámpara le incomodaba, le serviria de pantalla. Llevaba consigo una escelente trompeta para un heraldo, un clarin para las batallas, un azadon para cavar la tierra, un áncora para detener un navío en medio de una deshecha borrasca, etc., hasta que Pamphagus esclamó: «Soy el mas feliz de los mortales! hasta hoy habia ignorado que tuviese en medio de mi cara un mueble tan precioso.» Al llegar aquí detúvose mi padre y empezó á silvar; pero este esfuerzo musical espiró en sus lábios y añadió riéndose: aplique V.

el cuento á mis manzanos, querido Joaquin: mas vale que los abandonemos á su natural destino que es el de suministrárnos buñuelos y ricas tortas.

Por de pronto el tio Joaquin se manifestó un tanto disgustado, pero acabó por soltar la carcajada, diciendo para su capote que no habia descubierto aun el flaco de mi padre.

Confieso que el venerado autor de mis dias ganó mucho en mi estimacion desde aquel dia. Empecé yo á conocer entonces que un hombre, por muy erudito que sea, aun puede tener sentido comun. En efecto, sea que la visita del tio Joaquin hubiese sido un estímulo para sus facultades, casi extinguidas, ó sea que yo mismo, menos jóven y con una imaginacion mas despejada, pudiese penetrar mas claramente su caracter; lo cierto es, que desde aquellas vacaciones contraje con mi padre una intimidad mas familiar que la que hasta entónces habiá existido entre los dos. Frecuentemente desertaba de las peregrinaciones mas lejanas del tio Joaquin, abandonaba las partidas de campo y las de juego, por gozar de un tranquilo paseo con mi padre por lo mas retirado del jardin, algunas veces taciturno y

pensando en el porvenir, mientras él se acordaba del pasado, pero recompensando ampliamente, cuando suspendiendo su lectura dejaba escapar de sus lábios los tesoros de una erudicion variada, que se hacia deleitable por sus agudos comentarios y por aquella sátira socrática, que hubiese sido aun mas viva si hubiera querido aguzar su ingenio maliciosamente. Algunas veces su verbosidad se hacia elocuente; apoderándose de algun sentimiento heróico de sus autores antiguos, erguíase, brillaba como el fulgor del rayo, y reconocíase entonces que no habia sido originaria y esclusivamente destinado por la Providencia para permanecer perdido en el ignorado retiro en donde pasaba inocentes y tranquilos sus dias.

CAPITULO IV.

—

—Pero, señores, ¿puede prolongarse por mas tiempo el estado en que nos encontramos? En este caso se llevó el diablo al condado. Nuestras opiniones no se hallan representadas en el parlamento ni fuera de él. El maldito *Mercurio* del condado, se muestra hostil á la causa. No contamos ni con un solo periódico que represente nuestras ideas, y en donde poder espresar los sentimientos de la clase respetable.

Pronunciábase este discurso en una de las estraordinarias comidas dadas por M. Caxton á los grandes personages de las inmediaciones, y el orador no era otro que el señor Rollick, de Rollick-hall, presi-

dente de las sesiones trimestrales del condado.

Confieso (porque se me permitia en aquella ocasion por la vez primera, no solo asistir á la mesa con nuestros convidados, sino tambien sentarme entre las señoras, en atencion á mi edad y á mi promesa de abstenerme de llenar mi vaso), confieso, repito, inocente de mí, que me hubiera visto muy apurado para adivinar qué interés repentino podia hacer levantar al tio Joaquin la cabeza, al hablarse de un periódico. Semejante al caballo de Job cuando oía resonar el clarin guerrero, vile ganar atrevidamente el espacio que le separaba del señor Rollick. ¿Cuál podria ser su objeto? Pero un espíritu de aquella fuerza no era fácil de ser sondeado por un muchacho de mi edad. Nadie podria decir del tio Joaquin y de las profundidades de su ingenio, lo que decia San Gregorio de las aguas del Jordan: «un cordero puede vadearlas.»

—Ni un periódico, continuó el señor Rollick, para defender los derechos de... Antes de acabar esta última frase, mi tio se me acercó al oido y me preguntó en voz baja: ¿A qué partido político pertenece?

—Lo ignoro, le respondí yo. El tio Joa-

quin se asió con intencion de la primera fórmula que su memoria le presentaba, siempre la primera, y añadió con una intencion nasal: ¡los derechos de nuestros desgraciados semejantes!

Mi padre se rascó la frente con el dedo índice como acostumbraba á hacerlo cuando su imaginacion se hallaba preocupada con alguua duda: los demas convidados se miraron unos á otros.

«¡Nuestros desgraciados semejantes! esclamó desdeñosamente el señor Rollick; ¿y qué tenemos que ver con nuestros desgraciados semejantes?

El tio Joaquin, aun no habia encontrado la pista. Temiendo precipitarse demasiado pronto, iba reprimiéndose y midiendo sus pasos;—quiero decir, nuestros respetables semejantes;—y le vino á la memoria que un periódico del condado debia naturalmente representar el interés agrícola; porque si el señor Rollick maldecia de *Mercurio*, debia consistir en que seria unos de aquellos políticos que empezaban ya á tratar de *vampiro* el interés agrícola. Animado con este pretendido descubrimiento, el tio Joaquin, creyendo seguir la corriente, tomó la dalabra para reproducir cuántas necedades

hemos oido desde las primeras sesiones de Convet-Garden y en el salon comercial de Manchester. (1)

Sí, respetables semejantes son esos hombres que ofrecen al pais el doble tributo de su capital y de su industria. ¿Qué valen los hidalguillos del campo comparados con nuestros ricos mercaderes? ¿Qué interés agrícola es ese que pretende ser el sosten del pais?

—¡Cómo, qué pretende! esclamó Rollick, que lo es realidad. Con respecto á los manufactureros que han comprado el *Mercurio*.....

—¡Mentecatos! ¡Comprar ellos el *Mercurio*! esclamó á su vez el tio Joaquin interrumpiendo á su interlocutor, cuando comprendió por último el papel que le tocaba desempeñar.—Caballero, tenga V. entendido que esto forma parte de un sistema diabólico, de un complot de capitalistas á quienes es preciso denunciar atrevidamen-

---

(1) El mismo M. Cobden ha tenido la buena fé de confesar que cuando comenzó su propaganda, él y sus cólegas sentaron algunos absurdos. (*sad rubbish*)

te: sí, lo repito; ¿qué interés agrícola es ese que se proponen arruinar, que declaran ya asesinado, y al que denominan un *vampiro*? ¡Y quienes son esas sanguijuelas; esos venenosos usinócratas! Nuestros semejantes, caballero. Yo puedo sin temor llamar nuestros infortunados semejantes á los miembros de esa clase que sufre y paga, y de la cual V. mismo es uno de los mas bellos ornamentos. ¿Quién mejor que V. puede merecer nuestro simpático apoyo y nuestros esfuerzos protectores? ¿Quién mejor podrá obtenerlo, que un caballero propietario como V., que con una renta de cinco mil libras se vé precisado á sostener la familia, á tener trailas de perros, á mantener toda la poblacion con el impuesto de los pobres, y á la Iglesia con el diezmo, á sostener la justicia, las cárceles y magistrados con el impuesto local, y los caminos con el derecho de portazgo? ¡Y todo esto aunque se halle esquilmado por los impuestos hipotecarios, por la usura del judio, por la esplotacion costosa de sus bosques, por el cultivo de sus tierras, y por los cuidados que exigen la cria de su ganado y sus buenos pastos! Paso por alto los procesos que se suscitan por la proteccion de sus derechos, y los malos ratos

que le proporciona la gente con quien se las ha de haber, como los pillos que conspiran contra sus intereses, los cazadores que furtivamente se introducen en sus sotos, los ladrones de carneros y de perros; bedeles y sacristanes, jardineros, guardabosques, etc. etc. Si algun ser existe en el mundo que pueda llamarse nuestro infortunado semejante, es sin duda alguna un propietario de provincia con grandes posesiones.

Mi padre pensaba evidentemente estar escuchando una escelente paródia, porque al trevés del movimiento de sus lábios, ví la risa en el fondo de su corazon.

El señor Rollick dió durante el discurso varias muestras de aprobacion, en particular al hacer mencion del impuesto de los pobres, del diezmo, de las cargas locales y de las hipotecas. Alargó la botella al tio Joaquin observando cortesmente.—Caballero Tibbets, hay mucho fondo de verdad en cuanto acaba V. de decir; el interés agrícola camina hácia su ruina á pasos agigantados, y si este caso llegase, no daria ni esto por la antigua Inglaterra (para espresar esto, el orador hizo crugir sus dedos sobre la mesa.) ¿Pero puede ponerse algun dique

áestos males? ¿Qué podemos hacer por el condado? Hé aquí la dificultad.

—A ella iba yo á parar, replicó el tio Joaquin, dice V. que no cuenta con un solo periódico en las provincias, que apoye su causa y denuncie á sus enemigos.

—No, puesto que los whigs han comprado el *Mercurio*.

—¡Oh bondad divina! ¿Cómo puede V. esperar, señor Rollick, el obtener justicia, si en una época como la presente se olvida de la prensa? La prensa, señor mio, es el aire que respiramos. Lo que necesita V. es un gran periódico nacional, indispensablemente nacional, y no una hoja PROVINCIAL que se publique cada semana, y esté sostenida y pagada liberalmente por el partido dominante. cuya existencia misma es un peligro. Sin un órgano de esta especie están Vds. perdidos, muertos, difuntos, sepultados en vida. Con semejante publicacion, bien basada, administrada y dirigida por un hombre de mundo, por un redactor en jefe que haya recibido una buena educacion. y conozca, gracias á una esperiencia práctica, la agricultura y la naturaleza humana, la mineralogía, los cereales, las garantías, las actas del parlamento, el estado

de los partidos y los intereses preciosos del órden sócial, con tal hombre, repito, y tal periódico, su triunfo es seguro. Pero es preciso que la fundacion del periódico se verifique por medio de suscriciones, por la asociacion, por la cooperacion de intereses mútuos, por medio de una gran sociedad provincial, bienhechora, agrícola y reformadora.

—Amigo, dijo el señor Rollick, no puedo menos de convenir con V. en cuanto acaba de decir: mañana pienso visitar á nuestro lord-corregidor: su nieto debe llevarle á nuestras elecciones.

—Y le llevará, si toma V. con empeño la fundacion del periódico, dijo el tio Joaquin frotándose las manos, y formó despues con sus diez dedos un círculo aéreo, como si ya tuviese allí las inocentes guineas de la futura compañía.

Toda felicidad se funda mas bien en la esperanza, que en la posesion. Me atreveria yo apostar á que el tio Joaquin esperimentaba en aquellos momentos en la region del corazon un arrobamiento que se difundia por todo su cuerpo. Hubiera sentido tal vez menos placer á haber tenido en sus manos los tesoros de Creso por espacio de

diez año, que el que esperimentaba con la sencilla aparicion profética de la diosa Fortuna, bajo la forma de una nueva especulacion.

—Yo creia, dije la mañana siguiente á mi padre, que el tio Joaquin no era tory. Mi padre que se curaba muy poco de política, abrió los ojos.

—Papá, ¿y V. es tory ó whig?

—Hay mucho que decir sobre las dos frases de tu pregunta ¿Vés á la señora Gervásia? como sabes, imprime diferentes formas en la elaboracion de los bollos de manteca. Unas veces salen de sus moldes con una corona, otras representan una vaca. Es preciso dejar á los que fabrican los moldes el cuidado de demostrar sus caprichos y su talento de artista; en cuanto á nosotros bastante hacemos con empapar bien nuestros bollos con manteca, y despues de comidos dar gracias al cielo rogándole que bendiga la lecheria; ¿lo has entendido?

—Ni una palabra papá.

—En este caso, tu homónimo Pisistrato era mas fuerte que tú. Ahora vamos á dar de comer al pato: ¿y tu tio?

—Se ha ido en la borrica que le ha prestado D. Bernardo, con el señor Rollick,

á visitar al lord de quien hablaron ayer en la comida.

—¡Oh, oh! dijo mi padre, el hermano Joaquin ha ido en busca de una marca para sus bollos.

En efecto, el tio Joaquin desempeñó en aquella ocasion un papel á las mil maravillas, y una vez en presencia del lord-corregidor del condado, analizó tan bien su proyecto y presentó unos cálculos tan acertados y seguros, que antes de terminarse mis vacaciones se hallaba instalado ya en la capital, en una muy elegante oficina de periódico, y ocupando un despacho independiente y lujoso, con un sueldo de quinientas libras como director de la *Nueva Gaceta innovadora, órgano semanal de los intereses agrícolas de los propietarios del condado de**** Aquella Gaceta se habia fundado para defender la causa de nuestros desgraciados semejantes, y comprendia á nobles y plebeyos, á propietarios y arrendadores, asi como á todos los suscritores anuales. El tio Joaquin hizo estampar á la cabeza de su periódico una corona enlazada con una balanza y un cayado: debajo de este emblema se leian estas palabras:

PRO REGE ET GREGE.

Hé aquí como encontró el tio Joaquin una marca para sus bollos de mantaca.

CAPITULO V.

—

Al regresar al colegio, parecíame haberse operado en mi vida un retroceso estraordinario. Sentíame mas niño. El tio Joaquin me habia regalado un par de botas á la Wellington. Mi tierna madre prometióme una casaquilla. Hasta aquella época habia llevado siempre vuelto el cuello de mi camisa, pareciéndose sus dos estremos á las orejas de un perro faldero; enderezáronse entonces como las de un galgo, sujetándolo suavemente con una bonita corbata negra de raso. Habia entrado ya en los diez y siete años, y me daba todo el aire de un hombre. Observaré de paso cuán insensible y rápida se me figuró, como suele suceder, la crisis de la dolencia que trasforma al

jóven Sisty el señor Pisistrato Caxton, sin que nuestros primogénitos entiendan que hemos obrado mal reclamando el título de jóvenes tanto tiempo deseado. No hemos echado de ver los preparativos graduales de la transicion: solo nos acordamos de la época notable en la que todos los signos y todos los síntomas han aparecido á la vez. Las botas á la Wellington, el frac, la corbata, el vello, precursor del bigote en el lábio superior, los deseos de afeitarse, los sueños alagüeños de jóvenes tiernas y amorosas, y un nuevo sentimiento de poesía. Entonces me dediqué á leer formalmente, empecé á comprender lo que leia, á dirigir inquietas miradas hácia el porvenir, con una idea vaga de que debia reconquistar un puesto en el mundo, y que nada se consigue sin perseverancia y sin trabajo. Habia cumplido diez y siete años y me hallaba á la cabeza de mi clase, cuando recibí las dos siguientes cartas:

I.ª DE AGUSTIN CAXTON.

«*Mi querido hijo*: Acabo de escribir al doctor Herman manifestándole que en las

próximas vacaciones te despedirás de él. Ya tienes edad para echarte en los brazos de nuestra muy querida universidad, y te creo bastante estudioso para esperar que te hagas acreedor á los honores que allá concede á sus mas dignos hijos. Ya te hallas inscritos en los registros del colegio de la Trinidad de Cambridge, y me figuro ver reflejarse en tu imágen filial mi pasada juventud. Paréceme verte divagar por aquellos nobles jardines que baña el Cam con la sinuosa vertiente de sus aguas: confundiéndome contigo mismo, acuérdome de las bellas imágenes que se apoderaban de mi fantasía cuando el armonioso sonido de las campanas resonaba en el apacible cristal del estanque *Verum secretumque Mouseion quam multa dictatis, quam multa invenitis!* Allí, en aquel ilustre colegio, si nuestra raza no ha degenerado, podrás colocarte á la altura de los jóvenes gigantes. Allí verás á los que en dignidades, en magistraturas, en la Iglesia, en el Estado ó en las soledades de la ciencia se hallan destinados á brillar como las antorchas de nuestro siglo. No te está prohibido el aspirar á igualarte con ellos. El que en su juventud puede «desdeñar los placeres y amar los días laboriosos,»

tiene á su vista una noble é interminable carrera de ambicion.

«Tu tio Joaquin cree hacer rápidos progresos en su periódico, aunque el señor Rollick se queja, y deplora que se hallen sus páginas llenas de teorías que no están al alcance de los campecinos y arrendadores, los cuales no comprenden una palabra. El tio Joaquin replica, que él formará un público antes de tener lectores dignos de sus nobles artículos, y añade suspirando, que un génio como el suyo se pierde y corrompe en una capital de provincia. Por lo visto es verdaderamente un gran hombre, y yo creo que haria un papel brillante si se hallase en Lóndres. Viene frecuentemente á comer y á dormir á casa, volviéndose al dia siguiente á su oficina. Su actividad es maravillosa, mas aun, contagiosa. ¿Creerás acaso que haya bodido por último hacer renacer la llama de mi vanidad? Metáforas á un lado, me ocupo de la recopilacion de todas mis notas, apuntes y reflexiones, y yo mismo me admiro de la facilidad con la cual las clasifico metódicamente, dándoles la forma de capítulos y de libros. No puedo menos de sonreirme al anunciarte, que segun creo, voy á hacerme autor; pero me rio de veras

al pensar que solo el tio Joaquin haya podido inspirarme tan insigne ambicion. Como quiera que sea, he leido algunos capítulos de mi libro á tu madre, y dice que son magníficos.. lo que me alienta mas aun. Tu madre tiene muy buen criterio, aunque estoy lejos de pretender que sea una sábia... lo cual es sorprendente, porque Pico de la Mirándola no sabia nada en concepto de su padre. Y sin embargo, aquel querido é ilustre maestro murió sin haber impreso una línea.... al paso que yo.... Te aseguro que me avergüenzo de mi temeridad.

«Adios, hijo mio, aprovéchate del tiempo que te resta de permanecer en el colegio, Fileleno. Un entendimiento muy adornado: en esto consiste el verdadero panteismo, *plena jovis* Dios existe en cuantas partes existe el saber, y no penetra jámas en el rincon del cerebro que está vacío, pues en él solo se alberga el vicio. Si por desgracia querido hijo, llamase este personaje á tu puerta, procura hallarte en disposicion de decirle: «Aquí no hay posada para su señoría, siga adelante su camino.»

Tu afectuoso padre.

A Caxton.»

II.ª DE LA SEÑORA DE CAXTON.

«*Mi querido Sisty*: vas á volver á casa! tan lleno está mi corazon de este pensamiento, que me parece que no puedo escribirte otra cosa. Querido hijo: vamos á tenerte pronto á nuestro lado! No mas escuela; deja de ser forastero para tu familia: nos perteneces todo entero, mi estimado hijo: vas á ser mio otra vez como lo fuiste en tu cuna, en tu lindo gabinetito, y en el jardin, Sisty, cuando mútuamente nos tirábamos margaritas. Tal vez te burlarás de mí, ¿no es verdad? Pues cuando oigo decir á tu papá que te tendremos muy pronto en nuestra compañía, me salgo quedito del salon y me subo al gabinete en donde conservo, como sabes, todos mis tesoros muy bien guardados en un cajon. Allí se encuentra tu gorrito que yo misma te bordé, la pobre casaquilla de mahon, que con tanto orgullo postergaste, y otras tantas reliquias tuyas, de aquellos felices tiempos en que te llamaba mi pequeño Sisty, y yo era tu pequeña mamá, en vez del frio y solemne título de *querida madre* que ahora me das. Yo beso todos aquellos objetos, Sisty, y les di-

go: «Me devuelven á mi querido hijo.» Tan enajenada estoy de gozo, que muchas veces, ne acordándome de los años que han trascurrido, paréceme que podré llevarte aun en mis brazos, y enseñarte á decir: *buenos dias, papá!*... Sí, bien puedes reirte: tambien yo me rio, y sin embargo, hay momentos en los que asoma una lágrima á mis ojos. Jamás podrá ser para mi lo que fuiste en otro tiempo; pero siempre serás mi hijo querido, el hijo de tu padre, el mejor de los esposos, lo mas amado que existe en el mundo para mí.

«¡Me considero tan feliz hijo mio, al ver cuán próximo está tu regreso! Así podrás alentar á tu padre que se halla entusiasmado con su libro: es preciso que lo publique. Pues qué, ¿acaso no es un hombre grande é ilustre? ¿Por qué no le ha de admirar el mundo, como nosotros le admiramos? Ya puedes figurarte cuál sería mi satisfaccion, si se diese á conocer al público, y pudiera hacer gala de su erudicion y saber. ¿Será esta la única razon que me inspire semejantes sentimientos? Existe para mi otra no menos poderosa, cual es su bondad y la nobleza de su corazon, y este se encontrará en las páginas de su libro como su sa-

ber, porque aunque esté lleno de misterios, que no se hallan á mi alcance, comprendo alguna que otra vez ciertas ideas tan claras y luminosas, que me parece inteligibles para todos.

«Tu tio se ha encargado de esta publicacion, y debe ir con tu padre á la capital tan luego como el primer tomo se halle terminado.

«En casa no ocurre novedad, escepto á la pobre Juana que está en cama con una fuerte calentura. Su enfermera, la señora Gervásia, insiste en que se halla algun tanto aliviada, á beneficio de un amuleto que le ha áplicado al pezcuezo. Tal vez sea cierta la mejoría, aunque la razon no pueda esplicarse semejantes misterios. Tu mismo padre dice: «¿Y eso por qué? Un hechizo debe ir acompañado de un vehemente deseo de parte del que lo produce, el de conseguir su fin: ¿qué otra cosa es el magnetismo sino una voluntad y un deseo?» Yo comprendo muy poco en la materia, pero en esto como en cuanto dice tu padre se encierra un doble sentido. Estoy segura de ello.

«Solo faltan tres semanas para las vacaciones, Sisty, y despues se acabó nuestra

separacion, no habrá para tí mas colegio. Tu gabinetito va á ser reformado y amueblado elegantemente mañana mismo.

«El pato sigue muy bien, á mi parecer se ha curado enteramente de la cojera.

«Dios te bendiga, querido hijo... Tu tierna y feliz madre,

C. C.»

El intérvalo que medió entre estas dos cartas y la mañana en que debia volver á mi casa paterna, me pareció uno de aquellos largos dias de zozobra y delirio pasados en la cama durante la niñéz en una de mis enfermedades. Llené maquinalmente mi deberes diarios, y una oda griega dió mi último adios al instituto Fileleno. Segun la opinion del doctor Herman, esta composicion fué obra maestra. Mandéla á mi padre, el cual para humillar el orgullo de mi triunfo, me contestó con una epístola en inglés incorrecto, parodiando todos mis barbarismos griegos, imitándolos en el idioma materno. Fué preciso tragarme la píldora, consolándome con decirme á mí mismo, que despues de haber invertido cinco ó seis años para conseguir saber escribir mal en griego, no tendria ya ocasion de poner á prueva un talento tan precioso.

Llegó por fin el último dia. Entregado á una especie de melancolia delirante, visité todos los escondrijos, que me habian sido tan familiares: la gruta de los ladrones, que habiamos cavado durante el invierno, defendiéndola con solo seis de nuestros compañeros de los ataques de toda la policia reunida de nuestro pequeño reino; la empalizada junto á la cual dí mi primera batalla, y el álamo secular á cuya sombra leia las cartas de mi padre y de mi madre.

Con mis cortaplumas de seis hojas (sin contar el sacatrapos, y un punzon) grabé mi nombre con grandes caracteres sobre mi pupitre. Llegada la noche, y dada por la campana la señal de recogerse, nos subimos á nuestros cuartos. Apenas entré en el mio, abrí de par en par la ventana, y fijé la vista en el firmamento. Ví brillar todas las estrellás, sin poder conocer la mia, la que debia guiar por el camino de la gloria y de la fortuna al jóven á quien se iban á abrir las puertas del mundo. La esperanza y la ambicion hablaban muy alto en mi alma; y sin embargo, detrás de ellas se mantenia oculta la tristeza. Lectores acordaos de los pensamientos llenos de encanto

y de melancolía, de todos los disgustos silenciosos é involuntarios de lo pasado, y de las vagas aspiraciones hácia lo porvenir que asaltaron vuestra imaginacion é hicieron un poeta del último de vosotros durante la noche que precedió á su salida del colegio.

TERCERA PARTE.

CAPITULO I.

Serian las cuatro de la tarde de un hermoso dia de verano, cuando me apeé del carruage á la puerta de mi casa paterna. Salióme al encuentro la señora Gervasia, y mientras trataba de evadir la calorosa presion de su mano amiga, presentóse mi madre con los brazos abiertos.

Tan luego como la mas tierna de las madres se hubo convencido de que no me matában de hambre, en atencion á que apenas habrian transcurrido dos horas desde mi última comida en el colegio del doctor Herman, condújome silenciosamente, atravesando el jardin, á una plazoleta debajo

de un emparrado, la cual hacia las veces de comedor campestre.—Vas á encontrar á tu padre tan alegre, me dijo enjugándose una lágrima; está con su hermano.

Detúveme. ¡Su hermano! Jamás habia oido decir que mi padre tuviese un hermano; ¿lo creerá el lector? tan raras eran las veces qué me hallaba presente cuando se discutian los asuntos de mi familia.

—¡Con su hermano! pregunté yo: ¿tengo yo acaso un tio Caxton además del tio Joaquin?

—Si, hijo mio, respondió mi madre, y añadió: solo que no ha seguido con tu padre las buenas relaciones que debieran existir entre dos parientes tan cercanos; además el capitan ha permanecido en el estrangero. Sin embargo, á Dios gracias, ya se han reconciliado.

No tuvimos tiempo de hablar mas, pues yá dábamos vista al emparrado; la mesa estaba puesta y acababan de servir los postres, que eran frutas y vino. Hé aquí los convidados que rodeaban la mesa: mi padre, el tio Joaquin, D. Bernardo, y el cuarto un personage alto y delgado, con una levita abrochada hasta la barba, tieso, marcial, magestuoso, imponente y digno de fi-

gurar en "el libro de caballeria" de mi célebre antepasado.

Apenas llegué levantáronse todos; pero mi padre, pesado simpre sus movimientos, fué el último que me estrechó en sus brazos: el tio Joaquin grabó en mis dedos el sello de su sortija; D. Bernardo me oprimia los hombros, admirándose de lo que habia crecido; mi nuevo tio me dijo con mucha dignidad: «Sobrino, dame la mano... Yo soy el capitan Rolando de Caxton;» y el mismo pato, cojo aun, sacó su pico que tenia oculto bajo el ala, y lo frotó suavemente contra mis piernas, lo cual era su saludo de costumbre: por último, mi padre, colocando sobre mi frente su pálida mano, y contemplándome por algunos momentos con una calma inesplicable, pronunció estas palabras: «Cada dia te pareces mas á tu madre, hijo mio. ¡Dios te bendig!»

Apresuréme á ocupar una silla que se hallaba vacante entre mi padre y su hermano, y apenas me senté, cuando sentí en la cabeza un calor estraodinario; la cara se me encendia, y se me hizo un nudo en la garganta: tal fué la impresion que causó en mí el ver la inusitada ter-

nura de mi padre... En aquella ocasion adquirí el sentimiento reflexivo de mi nuevo estado. Ya no era un estudiante que va á casa de sus padres durante las vacaciones, pues ahora me hallaba bajo el techo doméstico para ser uno de los miembros de la familia: ya debia, por último, considerarme como un hombre, con el privilegio de ayudar, consolar y defender á aquellos séres queridos que me habian prodigado hasta entonces su solicitud y sus cariñosos cuidados. La situacion en que ahora me encontraba debia mirarla como una crísis en la vida: la casa nos parece diferente: antes se le trataba á uno en ella como á un huésped, ó como un forastero amigo, objeto de atenciones y de afectusos halagos, niño feliz, querido y colmado de caricias por cuanto le ven. Pero volver uno á su casa para permanecer en ella, despues de determinados ya sus estudios y su vida de estudiante... de esto á la posicion que ocupa un amigo, ó un niño en tiempo de vacaciones hay una distancia inmensa. Desde este dia la familia cuenta en su seno con un individuo mas, que tiene obligaciones á que atender y deberes que cumplir. Con

derecho á las confianzas domésticas... ¡Ah! Sí: á este solo pensamiento hubiera ocultado el semblante con mis manos para llorar.

Mi padre, á pesar de su habitual distraccion, solia tener un esquisito tacto para sondear los corazones, y yo creo verdaderamente que leia entoces lo que en el mio pasaba con la misma facilidad que una página en griego. Deslizó suavemente sus brazo en torno de mi cintura, y murmuró á mi oido «chit.» Levantando luego la voz, esclamó...

—Hermano Rolando, lo que Joaquin acaba de decir, no debe quedar sin réplica.

—¡Agustin!... respondió gravemente el capitan: el señor Joaquin, si puedo tomarme la libertad de llamarle así...

—Como V. guste, contestó mi tio Joaquin.

—Caballero, repuso el capitan, me considero muy honrado con tal confianza. Iba á responder, pues, que el señor Joaquin ha tocado retirada.

—¡Muy al contrario! dijo D. Bernardo, dejando caer unos polvos en una composicion química preparada cuidadosamente por él mismo, compuesta de vino de Jerez

y de zumo de limon: ¡muy al contrario! El señor Tibbets, cuyo órgano de combatividad (lo dirémos entre paréntesis) se halla notablemente desarrollado, decia...

—Que es una vergüenza, prosiguió el tio Joaquin, y un crímen imperdonable en el siglo en que vivimos el que un hombre como mi amigo el capitan Caxton...

—De Caxton... señor Joaquin.

—De Caxton... de la mas alta capacidad militar y del mas ilustre orígen, un héroe descendientes de héroes, haya servido en el ejército veinte y tres años, y no haya ascendido mas que á capitan con medio sueldo. Esto nace del infante sistema de la venalidad de los grados, que pone á precio los mas altos honores, como se hacía en tiempo del Imperio Romano...

Mi padre levantó la cabeza; pero el tio Joaquin prosiguió antes que aquel pronunciase la primera palabra de su premeditada interrupcion.

—Un sistema al cual se puede oponer tan fácil remedio con un débil esfuerzo y un poco de union. Si señor... Y al llegar aquí el tio Joaquin dió algunos puñetazos sobre la mesa, haciendo saltar dos guindas que fueron á parar á las narices del

capitan de Caxton... Si señor; no vacilo en asegurar que me atreveria á poner al ejército bajo un pié brillante. Si los oficiales mas pobres, y los mas merecedores de recompensa, como el capitan de Caxton, se decidiesen solamente, como antes decia, á unirse y formar una gran asociacion antiaristocrática, pagando cada uno por trimestre una pequeña cantidad, reuniriamos un capital bastante para derribar á todos los que fueren indignos de los empleos que ocupan; y todos los individuos de capacidad militar y de mérito tendrian una probabilidad justa y legítima de ascender en su carrera.

=¡Ah! ahí se encierra un gran pensamiento, dijo D. Bernardo; ¿Qué contestais á eso, caballero capitan?

=Que de ninguna manera, contestó el capitan muy formalmente. En las monarquias no tiene el honor mas que un origen, y lo que decis equivaldria á violar el primer deber de un militar, su respeto al soberano.

=Al contrario, repuso D. Bernardo, deseando hacer un *quolibet* sobre la soberanía, sinónimo de la monarquia, y el soberano estampado en una moneda: muy al

contrario, porque entonces se deberian siempre las promociones á los soberanos.

=El honor, prosiguió el capitan exaltándose, y sin hacer caso de semejante salida; el honor es la recompensa del soldado. Qué me importa que me posterguen á un jóven presuntuoso que ha comprado el despacho de coronel? No me comprará por eso mis heridas y mis servicios, ni me comprará tampoco, señores, la medalla ganada por mi espada en Waterlóo. Él es el rico y yo el pobre: se titula coronel.... porque ha pagado el despacho de tal: se halla satisfecho..... muy bien. Yo en su lugar no lo estaria; yo prefiriria, como prefiero, quedarme de capitan, y fundar mi dignidad no en mis títulos, sino en mis veinte y tres años de servicio. Si por ejemplo, una sociedad de chalanes me comprase el mando de una compañia..... No quisiera faltar á la política, pero diria: Vayan enhoramala todos esos tunos.... señor Joaquin!

Apoderóse del auditorio una especie de estremecimiento al oir al capitan, y hasta el mismo tio Joaquin me pareció afectado al ver dirigir una mirada penetrante al severo oficial, sin pronunciar una palabra. Aquella pausa se parecia á la calma pre-

cursora de la tempestad: por último se encargó D. Bernardo de romper el silencio.

Mucho me alegraria, dijo, de ver la medalla que ganó V. en Waterlóo.... ¿la lleva V. consigo?

=Esta prenda, D. Bernardo, no se separa de mi corazon mientras viva. Conmigo bajará al sepulcro, y á la primera voz de mando, resucitaré con ella el dia de la gran revista. Al terminar estas palabras, desabrochóse el capitan tranquilamente su leviia, y desprendiendo de una cintita, que cosida al forro llevaba, la obra mas espantosamente mala que haya podido salir de manos de un platero (con perdon sea dicho de mi tio Caxton) para recompensar el mérito á espensas del gusto, puso la medalla sobre la mesa; apoderáronse de ella los convidados y pasó de mano en mano sin que nadie dijese una palabra.

—Es cosa muy estraña, dijo por fin mi padre, que tales vagatelas puedan convertirse en objetos de tanto aprecio y valor, ¿nó debe uno admirarse de que un hombre esponga su vida en un siglo, por lo que en el siglo venidero no le darian un boton? Un griego tenia antiguamente en grande estima algunas hojas de olivo entrelazadas en

forma de corona, colocadas sobre su cabeza.... hoy se miraria esto como un adorno ridículo: los indios de la América preferirian un adorno de cabelleras humanas, lo cual todos nosotros (escepto don Bernardo acostumbrado á estas cosas) miraríamos como un tocado de muy mal gusto; por último, mi hermano tiene en mas precio esa pieza de plata que podrá valer cinco schelines, que Joaquin sus minas de oro, ó que yo mismo la biblioteca del *Museo Británico*. Tiempo ha de llegar en que los hombres miren y tengan esa condecoracion por tan frívola como una corona de hojas y un cinturon de cabelleras cortadas de los cráneos enemigos.

—Nada hay en ello de estraño, hermano, dijo el capitan. Esta es una cosa muy sencilla para todo hombre que comprende los principios del honor.

—No digo lo contrario, repuso mi padre con dulzura: mucho me alegraria de oir como piensas sobre esta materia, la cual creo que á todos nos interesa.

CAPITULO II.

—

Discurso de mi tio Rolando sobre el honor.

—Señores, dijo el capitan respondiendo al llamamiento directo que se le acababa de dirigir; señores, Dios hizo la tierra; pero el hombre hizo los jardines. Dios hizo al hombre; pero el hombre se rehizo á sí mismo.

—Por medio de la ciencia, dijo mi padre.

—Por medio de la industria dijo el tio Joaquin.

—Por la condicion física de su cuerpo añadió D. Bernardo. El no hubiera podido

rehacerse, aunque no habitase al principio en los bosque y desiertos, si no hubiese tenido aletas como un pescado, ó si hubiese carecido de medios para haeerse entender, aun que fuese haciendo muecas como los monos. Las manos y la lengua: hé aquí caballero capitan, los instrumentos de la perfectibilidad y progreso.

—D. Bernardo, dijo mi padre meneando la cabeza; cuanto acaba V. de decir respecto á las manos, lo habia dicho ya Anaxágoras.

—Y qué quiere V. que le diga? respondió el comadron; para no incurrir en semejaantes repeticiones, sería preciso que uno no desplegase nunca sus lábios. Pero, por último, nuestrá superioridad no estriba tanto en nuestra manos, como en el tamaño que puedan tener nuestros dedos pulgares.

—Albino de Sceleto, y nuestro sábio Guillermo Lawrence, han hecho tambien igual observacion, repuso de nuevo mi padre.

¡Válgame Dios, señor Caxton! dijo D. Bernardo, ¿qué necesidad tiene V. de saberlo todo?

—Todo no; pero es cosa muy sabida que los dedos pulgares suministran ob-

jetos de investigacion á la inteligencia menos profunda, replicó modestamente mi padre.

—Señores, prosiguió mi tio Rolando, anudando su interrumpido discurso: tanto un esquimal, como cuantos sábios y cirujanos existen en el mundo, han sido provistos de manos y dedos; ¿hay, pues, algun motivo para creer que un esquimal haya sido mas hábil por esto? Señores, no le es á uno lícito reducirse de esta manera á no ser mas que una máquina. Echad por fuera una mirada, El hombre, lo repito, se rehace á sí mismo; pero ¿de qué modo? Por el principio del honor. Su primer deseo es el de sobrepujar á los demás hombres, su primer impulso el de distinguirse entre sus semejantes. El cielo coloca en su alma una brújula secreta, una aguja tocada en iman, que le indica siempre un objeto, es decir, el honor, en lo que mira como honroso el pueblo en que vive.

Hallándose pues el hombre espuesto á todos los peligros por parte de las fieras y de séres tan salvajes como él mismo, el valor se convierte para él en la primera cualidad que los hombres deben honrar: por esta razon el salvaje es valiente, por esto am-

biciona el premio de su valor, y por esto se condecora con las pieles de las fieras que ha domado, y con las cabelleras de los enemigos que ha muerto. No me digais, señores, que aquellas pieles, y aquel cuero cubierto de pelo, no son mas que una piel y un cuero; no señores, aquellos son los trofeos del honor: no me digais que son cosas ridículas y repugnantes, pues aquellas son las insignias de gloria que prueba que el salvaje se ha desprendido de su egoismo brutal, y da un precio á la recompensa que los hombres no conceden nunca, sino á los hechos que protegen su seguridad ó mejoran su bienestar. Por consecuencia, señores, nuestros salvajes han comprendido que no pueden vivir con seguridad entre sí, mientras no se convengan en decirse mútuamente la verdad; de lo cual nace que la *verdad* se convierta en principio de honor. Sin duda mi hermano Agustin tambien nos dirá que en los primitivos tiempos se atribuia á los héroes la cualidad de veraces.

—En efecto, dijo mi padre, ese es uno de los mas bellos atributos de Aquiles, segun Homero.

—De la verdad nace la necesidad de una forma de justicia, y de leyes aun incultas.

Reconocido el valor en el soldado, y la verdad en todos, el honor pasa como un depósito sagrado á manos de los ancianos que velan por la conservacion de la justicia entre ellos. Hé aquí, señores, como nace la ley.

—Pero los primeros legisladores fueron sacerdotes.

—A ese punto iba á parar, señores. ¿De dónde nace el deseo del honor, sino de la necesidad en que el hombre se encuentra de perfeccionar sus facultades para la *felicidad* de los demas, aunque, sin dudar lo mas mínimo sobre esta consecuencia, no busque el hombre su *alabanza*? Pero el deseo del honor es inagotable, y el hombre naturalmente ambiciona llevar su recompensa mas allá del sepulcro. Luego aquel que haya muerto mas leones y mas enemigos, naturalmente se inclinará á creer y esperar que poseerá en el otro mundo mejores terrenos de caza, y que se le reservará un sitio de preferencia en los banquetes celestiales. La naturaleza en todas sus operaciones le sugiere la idea de un poder invisible; y el principio del honor, es decir, el deseo de alabanzas y de recompensas, le hace celoso de la aprobacion que aquel po-

der pueda darle. De aquí nace la primera idea inculta de la religion; y en el canto de muerte que entona desde el pie de su suplicio, canta el salvaje himnos proféticos sobre las distinciones que se le preparan en el otro mundo. La sociedad marcha; se construyen chozas, y se echan los cimientos de la propiedad; aquel que mas posee tiene tambien mas poder que los demas. El poder es honrrado, y el hombre ambiciona el honor unido al poder que se funda en la posesion. De este modo se cultivan las tierras, así se construyen puentes sobre los rios, así trafica una tribu con otra, así finalmente, se funda el comercio y nace la civilizacion. Señores, todo cuanto al parecer tiene menos relacion con el honor, al acercarnos á la época vulgar de lo presente, trae su orígen del honor, y no es otra cosa que un abuso de sus principios. Si los hombres de hoy son todos comerciantes ó revendedores, si hasta los honores militares se compran, y si un tuno se abre camino hasta llegar á la dignidad de par, no les mueve otro resorte que el del honor: ¡ha! ¡el honor atribuido por la sociedad naciente á titulos esteriores y á privilegios de riquezas, en vez de concederlo como en otro tiempo al verdadero mérito'

al valor, á la justicia, á la verdad y al trabajo! Por esto digo, señores, que el honor es la única base de todo progreso del entendimiento humano.

—Has hablado como un Caton, querido hermano, dijo con admiracion mi padre. Sin embargo, sin necesidad de remontarnos á los tiempos bárbaros, en los que se estimaban tanto las cosas que no tenian ningun valor en sí mismas, ¿no es verdad (ya que tratamos aquí ahora de instruirnos), no es verdad que con esa moneda ó medalla de plata...

—No podria V. comprarse un par de botas? añadió el tio Joaquin.

¿Ni adquirirse específico alguno, prosiguió D. Bernardo, para hacer desaparecer los accesos del maldito reumatismo que contrajo V. en los campamentos durante la guerra de Portugal, sin contar con la estraccion de la bala que tiene V. en el hueso del cráneo, ni con esa pierna de palo que tanto debe disminuir los saludables efectos de sus paseos habituales?

—Señores, prosiguió con el mismo aplomo el capitan, si nos remontamos á los tiempos de la barbarie, nos remontamos á los verdaderos principios del honor. Si al-

gun mérito tiene esta pieza de plata, consiste precisamente en no tener valor alguno. ¿En dónde estaria el servicio si pudiese adquirir con ella mi pierna, ó cambiarla con una renta de 4,000 libras esterlinas? No, señores: en eso precisamente consiste su valor; en no poderla llevar sobre mi pecho, sin oir decir á mi paso; Aquel viejo inválido no es tan inútil como lo parece, pues fué uno de los valientes que salvaron á la Inglaterra y libertaron á la Europa. Pero no porque la oculte (el tio Rolando besó su medalla, y atándola á su cinta la colocó en su sitio), y la preserve de toda mirada, disminuirá su aprecio, pues este se acrecienta al pensar que mi pais no ha degradado los antiguos y verdaderos principios del honor, pagando al soldado que combatió en su defensa, con la misma moneda de que V. señor Joaquin, se vale para pagar sus botas. No, señores, no; ya que el valor fue la primera virtud que el honor engendró, la primera de donde nacen la seguridad y la civilizacion de los pueblos, debemos procurar preservarla al menos y ponerla al abrigo de los incidiosos tiros del metal corruptor, manantial perenne de los vicios de la civilizacion.

Al llegar aqui hizo alto mi tio, llenó su baso, y levantándose, dijo en tono solemne estas palabras: «Señores, el último brindis: Por los valientes que murieron en defensa de su pais.»

CAPITULO III.

—

—Vamos, hijo mio, es preciso que tomes esta tisana; has contraido un romadizo y acabas de estornudar tres veces seguidas.

—Sí, mamá, pero ha sido por haber tomedo un polvo de la caja del tio Rolando, para poder disfrutar de este honor.

—¡Ah! ahora me acuerdo, querido Sisty; ¿qué fué lo que digiste á tu papá que tanto le gustó? Como se lo digiste en latin, no pude comprender otra cosa sino del Colegio y del Olimpo.

—¡Ah!... si... «collegisse...» si; «pulverem olympicum collegissi juvat.» Esto quiere decir, querida mamá, que causa una verdadera satisfaccion el tomar un polvo de la caja de un valiente. Querida madre, de-

e V. la tisana sobre la mesa; doy á V. palabra de tomarla luego. Ante todas cosas, siéntese V... y cuénteme cuanto sepa de este famoso capitan. Primo en primer lugar, es mucho mas viejo que mi padre?

—Sin duda, contestó mi madre: aparenta por lo menos veinte años mas, pero yo creo que en realidad no se llevan mas que cinco años: tu padre siempre parecerá jóven.

—¿Y podrá V. decirme porque el tio Rolando antepone á su apellido la absurda particula francesa *de*, y por qué cortaron sus relaciones? ¿Es casado? ¿Tiene hijos?

El lugar donde pasaba esta conversacion era mi gabinete, vestido de papel nuevo espresamente para mi recepcion, el cual representaba un enverjado con flores y pájaros, todo tan fresco, tan natural tan propio; con mis libros colocados con la mayor simetria en lindos estantes, y una mesita con recado de escribir junto á la ventana. La hora seria la de las once de la noche: la luna bañaba el jardin: la ventana se hallaba de par en par abierta, y la brisa nos traia el perfume de las flores: la madre y el hijo eran los únicos personajes que figuraban en esta escena.

—Pero, querido hijo, ¿cuántas preguntas me haces á la vez?

—No me conteste V. sino á una despues de otra. Empiece V. por el principio, como hace la señora Gervasia en sus cuentos de hadas:—*Pues señor, una vez habia...*

=Pues señor, una vez habia, dijo mi madre dándome un beso en la frente; habia una vez, mi querido hijo, en la provincia de Cumberland cierto eclesiástico que tenia dos hijos: siendo muy reducidas las obvenciones de su ministerio, se vieron los dos niños precisados á abrirse por sí mismos un camino en el mundo. Inmediato al presbiterio, y en la cima de una montaña, se levantaba una antigua torre ruinosa que se mantenia en pié, la cual, con una parte del pais vecino, habia pertenecido en otro tiempo á la familia del eclesiástico; pero todo fué vendido; todo fué poco á poco desapareciendo, ¿lo oyes, hijo mio? escepto el derecho de presentacion al curato, que fué reservado para el último de los hijos, cuyo primogénito fué tu tio Rolando, y tu padre, el mas jóven. Segun creo yo, su primera querella tuvo orígen en la causa mas absurda posible, como dice tu padre; pero Rolando, que era escesivamente susceptible en

todas las cuestiones que se referian á sus antepasados, leia y estudiaba contínuamente el antiguo árbol genealógico, ó los libros de caballería, ó divagaba por entre las ruinas. Yo no puedo decir fijamente por qué nombre empezaba aquel árbol genealógico; pero segun parece, el rey Enrique II cedió ciertas tierras del Cumberland á un tal Adan de Caxton, y desde aquella época se trasmitiria el título de padres á hijos hasta la época de Enrique V. Entonces, lo que me parece mas verosímil, á consecuencia de los disturbios de este reino, durante la guerra de las *Dos Rosas*, pretendió tu padre que se interrumpia la filiacion. No se halló mas que una ó dos veces el apellido de Caxton, y sin fechas seguras hasta el reinado de Enrique VII, escepto bajo el de Eduardo IV, en el cual fué introducido un Guillermo Caxton en una de sus actas testamentarias. En efecto, en la iglesia del pueblo se admira un bello monumento de bronce, erigido á un señor Guillermo de Caxton, muerto en la batalla de Bosword, combatiendo bajo las banderas de aquel rey de infausta memoria, llamando Ricardo III. El célebre impresor Gillermo Caxton vivió tambien en aquella época: pues bien; ha-

llándose tu padre en Lóndres en casa de una tia suya, se tomó el trabajo de compulsar los antiguos pergaminos del colegio de lor heraldos de armas, y tuvo la mayor satisfaccion al adquirir la prueba de que descendia, no de aquel desgraciado Guillermo que murió defendiendo la peor de las causas, sino del grande impresor, oriundo de una arma de la misma familia, estinguida la cual, recayó la herencia en Enrique VIII. Este fué el origen del rompimiento de tu tio Rolando con su hermano, y en verdad que tiemblo al pensar que aun puede suscitarse esta cuestion.

—En este caso, madre mia, debo decir que mi tio no tuvo razon; pero yo sospecho, que alguna otra causa de disgusto existiria entre ellos.

Mi madre por toda respuesta bajó los ojos y se frotó suavemente las manos, segnu tenia de costumbre cuando se hallaba turbada.

—Vamos á ver, querida madre, ¿en qué consistia? le pregunté yo con ademan cariñoso.

—Creo, me respondió, sí, creo... es decir, me parece que ambos amaban á una misma jóven.

—¿Cómo es eso? ¿quiere V. decir que mi padre ha querido á demás de V. á otra mujer?

—Sí, Sisty, sí; y muy ciegamente, respondió mi madre; y exalando un suspiro despues de un momento de silencio, añadió: nunca me profesó cariño, y lo que es mas, hasta tuvo la franqueza de confesármelo.

—Y á pesar de esto, V....

—Me casé con él; si, prosiguió mi madre levantándo al cielo los ojos mas bellos y mas puros en que jamás amante alguno haya podido desear leer su destino.—Sí, porque el otro amor era un amor sin esperanza. Sabía que yo podria hacerle feliz, sabía que acabaría por amarme, como en efecto sucedió, hijo mio: tu padre me ama.

Al pronunciar mi madre estas palabras sonrosáronse sus mejillas, y me pareció su semblante tan virginal, tan lleno de bondad y de belleza, tan jóven aun, que lo digo francamente, para no amar mi padre á semejante criatura, era preciso que estuviese dejado de la mano de Dios y poseido por Dusio, el demonio de los Teutones, ó por Nock, el demonio marítimo de los escandi-

navos, de los cuales descienden, segun la opinion de los sábios, todos los diablos modernos, inclusos el viejo Nick y el Dueco de los ingleses.

Acerqué su mano á mis lábios; pero se hallaba demasiado embargado mi corazon en aquellos momentos para que pudiese pronunciar una palabra, y cuando prosegui lo hice desviándome un tanto del asunto.

=¿Luego aquella rivalidad indispuso á los dos hermanos? ¿Y quién era la favorecida señora?

—Nunca me lo ha dicho tu padre, ni jamás se lo he preguntado, respondió sencillamente mi madre; sin ambargo, me consta que en nada se me parecia. Era una señora muy hermosa, muy elegante, y de una ilustre familia.

—A pesar de tan relevantes cualidades, mi padre puede considerarse muy feliz en que no le atrapase... adelante; y ¿qué hizo el capitan?

—Sobrevino entónces la muerte de tu abuelo, y poco tiempo despues la de una tia materna muy rica y al mismo tiempo económica, la cual dejó á cada uno de sus sobrinos diez y siete mil libras. Tu tio adquirió con su parte por un precio enorme la antigua

torre y algunas tierras inmediatas, todo lo cual se asegura que no le reditúa al año trescientas libras. Con el dinero restante compró un despacho de oficial, y habiéndose separado los dos hermanos, no han vuelto á verse hasta la semana anterior, que ha llegado inesperadamente Rolando,

—¿Y la boda con aquella señora de tan alta alcurnia?

—No se realizó: pero se casó con otra, y quedó viudo.

—¡Hola! ¡Con que fué tan inconsecuente como mi padre! pero sin haber un pretesto plausible, ¿cómo pudo deshacerse?...

—Lo ignoro: nunca he oido hablar sobre este asunto.

—¿Tiene hijos?

—Dos: un hijo... pero de paso te advierto que no debes nombrarlo nunca. Cuando le pregunté yo si su familia era muy numerosa, tu tio me repondió muy lacónicamente: Tengo una hija y un hijo, pero...

—¡Ha muerto! esclamó tu padre con voz muy conmovida.—Ha muerto para mi, hermano mio, y nunca debes mentármelo. ¡Si hubieras visto qué semblante tan iracundo puso tu tio¡... Te asesuro que me llenó de terror.

—Pero su hija... ¿por qué no la ha traido consigo?

—Permanece en Francia. Ya nos ha hecho alguna indicacion sobre que piensa ir por ella, y le hemos ofrecido tu padre y yo hacer una visita á entrambos cuando se hallen en Cumberland.—¡Ay! ¡Dios mio! ¡Dan ya las doce! ¡La tisana está fria!

—Una pregunta mas, querida madre, una no mas. ¿Mi padre continúa su libro?...

—¡Oh! sí, respondió mi madre cruzando las manos; ya te lo leerá como me lo leyó á mi... ¡Tú lo comprenderás mejor! ¡Son tantos mis deseos de que se dé á conocer al público, para que le admire como le admiramos nosotros! ¡Ah! Si se hubiera casado con aquella elevada señora, al menos le hubiera inspirado mayor ambicion, al paso que yo no puedo mas que hacerle feliz... pero nunca un hombre grande.

—¿Pero por último accedió á la instancias de V.?

—A mis instancias, rrespondió mi madre meneando la cabeza con dulzura, no; á las de tu tio Joaquin... que por último ha conseguido captarse su confianza.

—¡Su confianza, querida madre! ¡Ah!

uego á V. encarecidamente que no se fie mucho del tio Joaquin: el mejor dia vamos á amanecer asfixiados en una mina de carbon de piedra, ó á saltar por los aires en una esplocion con alguna gran compañía nacional para estraer la pólbora de las hojas del té.

—¡Picarrillo! dijo mi madre sonriéndose; y tomando luego la palmatoria, añadió con aire pensativo, miéntras daba yo cuerda á mi reloj:

—No, lo que no puede negarse es que el tio Joaquin es hombre de mucho talento, y que posee muchos recursos... ¡y si consiguiésemos... por tí, Sisty... hacer fortuna!

¡Me asusta V. con lo que acaba de decir, madre mia! V. se chancea, no es verdad?

—¿Y si mi hermano fuese el único hombre capaz de hacerle eminente en el mundo?

—El tio Joaquin es el único hombre capaz de hacer naufragar cuantos buques surcan el canal de la Mancha repliqué yo bastante inrrespetuosamente; pero apenas pronuncié estas palabras, me arrepentí y estrechando entre mis brazos á mi madre, procuré con mis besos borrar el disgusto

que aquellas debieron causarle.

Quedéme solo en mi gabinete, y arrellanado en aquella cama en que debia disfrutar de un sueño tan dulce y tan profundo... hubiera podido figurarme que me hallaba sobre un duro jergon. Causado de revolverme y dar vueltas á un lado y á otro sin conciliar el sueño, me levanté, envolvíme en mi bata, encendí la luz y me recoste sobre la ventana. Acordéme entónces del episiodio de la juventud de mi padre, que se me acaba de referir de una manera tan incompleta, y le añadí algun colorido, llenando los lunares del cuadro, que lo presentaban á mi fantasia oscuro, y consiguiendo por este medio hacer desaparecer mis dudas y las conjeturas que habian surgido en mi imaginacion. A pesar de mi poca esperriencia llegué á comprender, grasias tal vez á las secretas simpatías de mi carácter, cómo un espíriu ardiente y apasionado habia podido caer en la calma del estudio, perdido el estímulo de una primera pasion. Entónces comprendí tambien, cómo se atempera uno á los hábitos indolentes de un matrimonio feliz, aun sin sentir amor, con una conpañera tan solícita y tan cariñosa,

pero tan poco acostumbrada á estimular una inteligencia naturalmente contemplativa, y cómo se habia dormido años enteros en el tranquilo retiro de un soltiario erudito. Finalmente pude comprender de qué manera, entrado ya en aquel periodo de la edad madura en el que todo hombre siente renacer sus instintos ambiciosos, mi padre, despojándose de la indiferencia que habia sucedido á una pasion reprimida, rendia vasallaje súbitamente, como en los mejores tiempos de su juventud, á la única verdadera dueña y señora del génio, ¡la gloria!

¡Ah! ¡con cuánta satisfaccion me asocié al tierno y apacible triunfo de mi madre! ¡Con qué placer me admiraba de la religiosa paciencia, con la cual habia ido insinuándose poco á poco en el corazon de mi padre, cambiando su estimacion en amor, y escitando en el hombre generoso y reconocido á sus cuidados, aquel cariño que le habia rehusado el hombre sábio en medio de sus abstractas meditaciones.

Vino luego á mi memoria el veterano oficial con su vista de lince, con su ruinosa torre y sus tierras improductivas; presentóse á mi fantasia durante su orgullosa ju-

ventud y sus sueños de aventuras caballeres cas, vagando por entre las ruinas ó estudiando su árbol genealógico. Pero dónde estaba su desgraciado hijo.... ¿Qué crímen tan atroz habia cometido? Este secreto me inspiraba un respeto profundo. ¡Y aquella hija tan querida, su tesoro! ¿Seria acaso hermosa, tendria ojos azules como los de mi madre, ó la nariz á la romana, y cejas negras como el capitan Rolando? Así se me pasaron horas enteras componiendo toda una historia: apagóse la luz; quedóse mi gabinete sin mas claridad que la que le prestaban los dudosos rayos de la luna, y me quedé profundamente dormido. Hallábame viajando con el tio Joaquin, en un globo, y nos veíamos próximos á hundirnos en el mar Rojo, donde habíamos sido lanzados por una ráfaga de viento, cuando vino á salvarme del naufragio la voz de la señora Gervásia, que gritó: ¡Jesus! señorito! este niño no se ha acostado en toda la noche.

CAPITULO IV.

—

Apenas me hube vestido, me apresuré á bajar faltándome el tiempo para volver á ver mis sitios favoritos; el jardinito que yo mismo habia sembrado de distintas flores, la estensa alameda y el estanque.

Al llegar al vestíbulo, me encontré al tio Rolando en una posicion sumamente dificultosa. La criada, que naturalmente era repleta, y diré entre paréntesis, que causa admiracion el ver cómo se aumenta la corpulencia y volúmen de una mujer, cuando está arrodillada en el suelo, y con la cabeza y el cuerpo inclinados hácia adelante; la criada, como iba diciendo, lavaba los ladrillos, y no era seguramente su cabeza la que daba frente al capitan. Este, que evidentemente meditaba una salida, hacia gestos

midiendo con la vista el obstáculo-parapeto que se le oponia, y que no hacia el menor caso de sus palábras demandando permiso. Pero ¡ah! la corpulenta fregatriz estaba sorda. Detúveme yo, movido por la curiosidad de ver el desenlace de aquella muda escena, y por donde rompia el tio Rolando.

Persuadido mi capitan de la inutilidad de sus avisos, se encogió, haciéndose tan pequeño como le fué posible, y se deslizó hácia la izquierda de la muralla; en aquel mismo momento, haciendo la criada un cuarto de conversion, echándose hácia la derecha, cerró completamente por medio de esta maniobra la estrecha salida, único medio de salvacion con que contaba el prisionero. Mi tio permaneció inmóvil, y á decir verdad, obró con la prudencia de un buen militar, pues no hubiera podido adelantar una pulgada sin hallarse en contacto personal con la gentil matrona que bloqueaba sus movimientos. Quitóse mi tio el sombrero y se pasó la mano por la frente en una perplexidad estrema. De repente, el cuerpo opuesto le corta toda salida por esta parte con un lijero movimiento de sus flancos. Mi tio, tocando precipitadamente retirada, se presenta á la derecha del enemigo; casi al mis-

mo tiempo, arrastrando la criada el cubo que se opone á sus maniobras, lo coloca de manera que forma una imponente barricada, la cual no tiene probabilidades de asaltar la pierna de palo de mi tio. Entonces el capitan levantó los ojos al cielo, y pude oir estas palabras que pronunció en medio de su impaciencia: =¡Que no llevára calzones!

Felizmente en aquel momento, alzando la fregatriz la cabeza, vió al capitan, y levantándose con prontitud, arrimó á un lado el cubo, haciendo una reverencia con vivas muestras de temor.

Mi tio Rolando llevó su mano al sombrero.

=Te pido mil veces perdon, muchacha, le dijo; y haciendo un medio sa udo, siguió adelante.

—Es V. tan político como valiente, tio, le dije, enlazando mi brazo con el suyo.

=Chit, me dijo apretándome y agolpándosele la sangre á la cara, cállate; así debe obrar un caballero, es preciso que sepas que para nosotros cualquiera mujer es una señora con derecho á que se respete su sexo.

Algun tiempo despues tuve ocasion de acordarme de este aforismo de mi tio, y sir-

vió para esplicarme por qué un hombre tan susceptible sobre el capítulo del orgullo de su familia, no trató nunca de desaprobar el que su hermano se hubiese casado con una mujer de tan pobre genealogía como la de mi tierna madre. Si hubiera pertenecido esta á la familia de los Montmorency, no se habria manifestado mi tio mas atento y galante que lo estaba con la humilde descendiente de los Tibbets. Profesaba el buen capitan una doctrina que no he visto nunca adoptada ni defendido por otro hombre alguno, tan vano como lo era mi tio, tratándose de la antigüedad de su raza: encerrábase aquella en los silogismos siguientes: 1.° Que el nacimiento no tiene en sí valor alguno, sino como trasmision de ciertas cualidades que deben perpetuarse en una raza de guerreros, á saber: la lealtad, el valor y el honor. 2.° Que mientras que por la línea femenina recibimos nuestras facultades intelectuales, por la masculina recibimos las morales: un hombre fino y de talento tiene por lo general un hijo fino; un hombre valiente y de pundonor, tiene un hijo valiente y pundonoroso; por consiguiente todas las cualidades que deben perpetuarse por la fuerza de la raza, son mascu-

linas, como que provienen de solo el *padre*.

Mi tio pretendia tambien que al paso que la aristocrácia tiene ideas mas elevadas, y caballerescas, el pueblo las tiene por lo general mas vivas é inteligentes. En su consecuencia, para impedir el que los caballeros degenerasen en hombres estúpidos, la union con el pueblo era no solo necesaria, sino hasta útil, con tal que fuese siempre con la parte femenina. Por último, declaraba mi tio, que al paso que el hombre es un animal grosero y sensual que necesita todo clase de asociaciones para ennoblecerse y hacerse mas fuerte, es la mujer tan susceptible de todo lo bello y generoso, que basta con que sea una verdadera mujer, para ser digna compañera de un rey. Rarezas y originales teorías, sujetas sin duda á ser controvertidas por lo que concierne á la doctrina de la raza (si no por todo lo demás); pero el hecho es que mi tio Rolando era un hombre tan escéntrico y tan lleno de contradicciones como.... como.... lo somos todos siempre que nos aventuramos á pensar en nosotros mismos.

—Vamos á ver, señor sobrino, ¿á que profesion ha sido V. destinado? me preguntó mi tio. Me temo que no ha de ser á la militar.

—No se ha tratado aun de este asunto, querido tio.

—Afortunadamente no se encuentran aun en nuestra familia letrados, ni agentes de cambio, ni arte....

Por esta suspension conocí que el recuerdo de mi ilustre ascendiente, el impresor, habia venido repentinamente á la imaginacion de mi tio, impidiéndole terminar la frase.

Aguijoneado por un resto de terquedad estudiantil, repliquéle yo:—Pero, tio, ¿no existen acaso en todas las profesiones hombres de honor y de prendas recomendables?

—No cabe duda, sobrino; pero no en todas las profesiones es el honor el principio de accion.

—Mas puede serlo; siendo hombre de honor el que la ejerza, para nada importa la profesion. Militares ha habido que fueron los mayores tunos del universo.

El semblante de mi tio tomó un aspecto reflexivo, y sus negras cejas se contrageron.

—Tienes razon, muchacho: convengo en ello, respondió con bastante dulzura; pero crees tú acaso que contemplaria yo mi ruinosa torre, si supiese que el primero que

la adquirió fué un trataute en arenques, como el primer ascendiente de la familia de los Polos, con la misma satisfaccion que la miro por saber que fué cedida á un caballero (y á un caballero descendiente de un anglo-sajon del tiempo de Alfredo), en pago de los servicios por él prestados en Aquitania y Gascuña á Enrique Plataganet? ¿Y te atreverás á sostener que hubiera yo sido el mismo hombre, si no hubiese asociado desde la infancia aquella antígua torre al recuerdo de lo que fueron y debieron ser sus antíguos poseedores en su cualidad de caballeros? Yo mismo señor sobrino, no hubiera sido considerado por V. como quien soy, si en el tronco de mi árbol genealógico hubiera V. encontrado el nombre de un tratante en arenques, aunque deba añadir yo, que un tratante en arenques pudo ser un hombre tan honrado como el anglo-sajon á quien Dios haya.

=Pues por esta misma razon, querido tio, supongo que V. cree que mi padre no hubiera sido el mismo hombre que és, á no haber hecho aquel notable descubrimiento en nuestra descendencia, del ilustre Guillermo Caxton, el impresor.

Mi tio dió un salto como si hubiera oido

silbar una bala; y tan imprudente cabriola, en atencion á los materiales de que se componia su pierna, pudo haberle hecho caer en un sembrado de fresas, á no haberle yo cogido por el brazo.

=¡Cómo se entiende! ¡Tambien tú, insolente! esclamó el capitan desaeiéndose de mi mano, así, que hubo restablecido su equilibrio: ¿acaso has heredado tambien la infame manía que mi hermano se ha metido en la cabeza? ¿Tambien tú quieres sustituir al señor Gillermo de Caxton, que combatió y murio en Boswort, con el artesano que vendía folletos y letras góticas en el santuario de la Abadía de Westminster?

—Señor tio, eso lo decidirán las pruebas,

—No, señor; no hay pruebas que valgan: eso, come todas las nobles virtudes, depende de la *fé*. Los hombres del dia, continuó mi tio con marcadas señales de disgusto, quieren sujetar á pruebas todas las verdades.

—Este será sin duda un capricho muy singular, querido tio; los hombrss lo quieren así. Pero ¿cómo podremos decir que una cosa sea verdad, mientras no esté probada?

Figurábame yo haber cogido á mi tio como con un lazo de una cuestion tan metafísica, pero nada de eso; él se deslizó al traves como una anguila.

—Señor sobrino, me dijo: cuando se trata de una verdad convenida ó contestada, cuanto encierra el corazon de mas ardiente, y su alma de mas pureza, es la creencia. ¡Probar que uno tuvo un antepasado en el reinado de Ricardo, cuando tú mismo no podrias satisfacer á un lógico de la escuela, si quisieras probarle que eres hijo de tu padre! Un hombre religioso no necesita discutir sobre la religion, puesto que esta no es una ciencia matemática: la religion se siente y no se prueba: hé aquí la razon, porqué en la religion de un hombre hay muchas cosas que no se hallan en el catecismo. ¡Pruebas! prosiguió mi tio, irritándose hasta la exaltacion; la prueba se halla en un tuno de baja esfera, en un ladron vulgar, en un malvado jacobino: la creencia está en un hombre leal, generoso, valiente y caballero. No; tú probarás cuanto quieras, pero no me quitarás nunca una creencia que me he formado.....

=La criatura mejor y mas perfecta que haya hablado alguna vez, violando el sen-

ido comun, dijo mi padre, que apareció de mproviso y en la mejor ocasion, como el Dios de Horacio, Deus ex machina. ¿Qué viene á ser eso, hermano, de que las pruebas nada influyen en tus creencias?

Callóse mi tio, y con airado ademan dió con el baston en el suelo, clavando en la arena su contera.

—No quiere creer, dije yo maliciosamente, en la existencia de nuestro ilustre antepasado el impresor.

—Oscurecióse en aquel momento la frente tranquila de mi padre.

=Hermano, le dijo orgullosamente el capitan, eres muy dueño de tener tus ideas, pero en cuanto á tu hijo debes andarle á los alcances, porque aquellas podrian manchar...

=¡Cómo marchar! replicó mi padre, y por primera vez vi brillar de sus ojos un rayo de cólera; pero se contuvo y añadió; ¡querido hermano, retira esa palabra!

=No, caballero, no la retiraré: ¡atreverse á dudar de los archivos de la familia!

=¡Archivos!... ¡vale mas una plancha de bronce en una iglesia del pueblo, que todos los volúmenes del colegio de los heraldos!

—Renegar de nuestro antepasado, de un caballero muerto en el campo de batalla!

—Por la mas infame de las causas que hayan podido defender los hombres.

—!En defensa de su rey!

—De un rey que asesinó á sus sobrinos.

—¡De un caballero que llevaba sobre su casco la cimera que corona su escudo de armas!

—Casco colocado sobre una cabeza sin sesos, pues á haberlos tenido, jamás los hubiera espuesto por un rey tan sanguinario.

—¡Por un impresor perdido, que reducia sus libros á dinero!

—Di mas bien por el sábio y glorioso importador del arte que derramó las luces sobre el mundo. ¡Preferir por su antepasado un soldado sanguinario y oscuro, cubierto con su cota de maya, al hombre, cuya memoria nunca invocan los sábios y eruditos sin el respeto mas profundo!

El semblante de mi tio se puso lívido.

—Baata, caballero, basta! Hartos insultos he sufrido, y en verdad que debia esperarlos. A V. y á su hijo les deseo buenas noches.

Mi padre se quedó petrificado, y el capi-

tan se dirigió cogeando hácia la puerta; un momento mas y se hubiera hallado en la calle. Fuime corriendo á alcanzarle, y esclamé, cogiéndole del brazo:—Tio mio, yo tengo la culpa, solo yo soy el culpable; perdone V., se lo suplico, pendónenos V. á los dos. ¡Que fatal idea se apoderó de mí para contradecirle..... cuando tan feliz se considera mi padre con la visita que V. le ha hecho!

Detuvóse mi tio con el pestillo en la mano, y acudiendo tambien mi padre tomóle la mano y le dijo:

—¿Qué valen, Rolando, todos los impresores del mundo y cuantos libros se han impreso, comparados con una herida abierta en tu noble corazon? ¡Imprudente de mí! Nunca debí decir á este muchacho cosa alguna capaz de incomodarte, querido hermano, aunque no recuerdo haberle hablado nunca del particular. Pisistrato, prosiguió mi padre con cierto embarazo; si aspiras á mi bendicion, respeta como debes la memoria de tu antepasado el señor Guillermo de Caxton; del héroe de Bosworth. Ven hermano mio, ven.

—Soy un loco, dijo el tio Rolando, por cualquier lado que mire las cosas. ¡Ah!

chiquillo como te ries á nuestras espensas.

—He dispuesto mi almuerzo sobre el cesped, dijo mi madre saliendo á nuestro encuentro con la encantadora sonrisa en sus lábios; y confio, señor Rolando, que hoy quedará V. satisfecho de nuestro té.

Así, pués: entre tanto que los pájaros cantaban sobre nuestras cabezas ó saltaban familiarmente sobre la yerva, recogiendo las migajas que les hechábamos, al paso que el sol, aun en el oriente, nada habia quitado á la mañana de su frescura, ni á las resplandecientes hojas ninguna de las perlas del rocio de la mañana, nos sentamos á la mesa con los corazones tan reconciliados entre sí, y tan dispuestos á dar gracias á Dios del bello cuadro con que la naturaleza nos saludaba, como si la sangre de los guerreros no hubiera jamás teñido las márgenes de Bosworth, y como si aquel escelente M. Caxton no hubiese sembrado la discordia entre los hombres por medio de una invencion mil veces mas incitadora de nuestros instintos belicosos, que el sonido de la trompeta y el flotar de los pendones.

CAPITULO V.

—Rolando, dijo mi padre, me acompañarás á dar un paseo por el campo romano.

El capitan comprendió que aquella proposicion era la mejor prenda de paz que podia darle mi padre; porque en primer lugar era un paseo largo, y mi padre detestaba las largas caminatas, y despues por el sacrificio hecho á su grande obra, de un dia entero de trabajo. Mi tio aceptó sin vacilar, con aquella sensibilidad esquisita que solo poseen los corazones generosos. Si no lo hubiese hecho, no hubiera podido mi padre desterrar de su corazon la tristeza por espacio de un mes. ¿Y como hubiera continuado la obra magna, si el ánimo del autor

se hallase de vez en cuando afectado por accesos de remordimientos?

Los dos hermanos partieron cogidos del brazo, dos horas despues del desayuno. Seguiles en su escursion manteniéndome á cierta distancia, admirando la firmeza con que marchaba el capitan á pesar de su pierna de palo. Era un gusto escuchar su conversacion y observar los contrastes que formaban aquellos dos medallones de la señora Naturaleza, de la grande artista de los mil y mil caractéres variados que nunca estereotipa, pues no creo que se puedan encontrar ni aun dos pulgadas exactamente iguales.

Mi padre no era un observador muy ardiente ni muy minucioso en tratándose de las bellezas del campo. Tenia tampoco desarrollado su órgauo de la localidad, que creo que se hubiera perdido hasta en su propio jardin; pero el capitan poseia el sentimiento mas esquisito del paisaje: ningun rasgo se le escapaba. Apenas llegaba al tronco de un árbol fantásticamente diforme, hacia alto para verlo mejor. Seguia con su vista el vuelo de la alondra que saltaba de entre sus pies: cuando le soplaba la brisa del monte, sus narices se dilataban como para

aspirar voluptuosamente la frescura. Mi padre con toda su erudicion, y apesar de haberle abierto el estudio los tesoros de todas las lenguas, era muy rara vez elocuente. Tenia el capitan en su decir un calor y una pasion, que unidas al acento de su vibrante voz, y á su semblante animado, daban á cuanto decia el calor de la poesía. En cada frase del tio Rolando, en cada una de las intenciones de su palabra, en cada espresion de su fisonomia, respiraba una orgullosa exaltacion; al paso que mi padre, á menos que le montasen en su caballo de batalla, mientras no se tocase al pelo de su ilustre antepasado el grande impresor, no tenia la mas mínima dósis homeopática de orgullo: ni aun se jactaba de no tenerlo. El carácter de mi padre era tranquilo y apacible, el de mi tio vivo y colérico; mi padre razonaba, mi tio imaginaba; mi padre rara vez se equivocaba, al paso que mi tio muy pocas veces tenia razon. Su nariz aguileña, su color bronceado y su mirada de fuego, formaban un noble contraste con el delicado perfil de mi padre, con su mirada tranquila y con su agradable sonrisa. Rolando tenia una espaciosa frente, profundamente surcada, que terminaba en el sitio en que los frenólogos

colocan el órgano de la veneracion. La frente de Agustin, espaciosa tambien, disimulaba mejor, á favor de su rizado cabello, las hondas huellas que imprime el tiempo y la meditacion en los semblantes. Á pesar de esto existia entre los dos hermanos una grande semejanza: cuando Rolando se hallaba animado de un sentimiento de ternura, tenia la mirada de Agustin; y cuando mi padre estaba animado de una viva emocion, se le hubiera podido tomar por Rolando. Instruido ya por la esperiencia de la vida y de los hombres, he pensado algunas veces que si en su juventud se hubieran trocado sus destinos; si Rolando se hubiese dedicado á la poesía y Agustin se hubiese visto precisado á ser hombre de accion, cada uno de ellos, por muy estraño que esto parezca, hubiera representado en el mundo un gran papel. La pasion de Rolando y su energia hubieran resaltado en sus estudios y hubiera llegado á ser un historiador y un poeta. No es solo el estudio lo que hace un escritor, sino la intensidad de su aplicacion: en la inteligencia, como en la chimenea que tengo á la vista para encender el fuego y avivar la llama, es preciso procurar la corriente del aire. Mi padre por su profundidad tran-

quila y su capacidad inteligente, con su clara razon, con la exactitud general de sus conocimientos lentamente adquiridos y meditados, con tan buenas dotes unidas á un carácter insensible á toda clase de contrariedades y reveses, y á una completa ausencia de amor propio y de vanidad, hubiera llegado á ser, lanzado en un mundo práctico, un esclarecido consejero en los negocios, un jurisconsulto, un diplomático, un hombre de Estado, y hasta un gran general..... si la dulzura de su carácter hubiera podido avenirse con los cálculos estratéjicos.

Pero como las cosas se habian dispuesto de otra manera, mi padre habia permanecido, digámoslo así, aletargado, hasta que su alma emprendió el vuelo perdiéndose en los bastos espacios de la contemplacion; y el tio Rolando, convirtiendo su apasionada energia en verdadera fiebre contínua, por los obstáculos de su lucha con los hombres, retraido mas y mas por las reglas de la disciplina y del deber, se habia estacionado tambien en su carrera, y el que hubiera podido ser un poeta, fué solo un hombre estravagante.

Y sin embargo, oh vosotras, inocentes,

afectuosas y cándidas criaturas, ¿podrán los que os conocieron y trataron, retrataros de otro modo que como fuisteis?... Si; entrambas sencillas á pesar de toda la ciencia de la una y á despecho de todas las prevenciones, rarezas y susceptibilidades de la otra! Hélos allí, á los dignos hermanos, sentados en lo mas elevado del antiguo campo Romano. Uno de los dos, mi padre, ha colocado sobre sus rodillas el libro abierto «De las estratagemas de Polyœnus,» ó tal vez de Frontin, mientras que los corderos pacen tranquilamente por las inmediaciones, y de vez en cuando se detiene un toro curioso para contemplaros en medio de la llanura, en otros tiempos campo de batalla de los ejércitos romanos.

A vuestra retaguardia se mantiene en pie y con los brazos cruzados vuestro jóven biógrafo escuchando al sábio que lee, ó al militar que con su bastón señala las posiciones que ocuparon las huestes de Agripa y los guerreros de Boadiceo.

CAPITULO VI.

—Nunca se disfruta en este pais de dos horas de buen ciempo, dijo mi tio Rolando al reunirse con mi madre en el salon, despues de la comida.

En efecto, haria unas dos horas que habia empezado á llover, y á pesar de hallarnos en el mes de julio, hubiera podido creerse que estábamos en octubre. Díjome mi madre dos palabras al oido, salí de la estancia, y diez minutos despues chisporroteaban en la chimenea las ramas de encina. ¿No podria mi buena madre haber mandado á un criado que encendiese la lumbre? El capitan Rolando, lector mio, se opuso á ello, porque estaba pobre, y recomen-

daba la economia como una virtud muy esencial.

Acercaron los dos hermanos sus sillas á la chimenea: mi padre á la izquierda, mi tio á la derecha: mi madre y yo nos sentamos para hacer una partida de paciencia.

Llegó el café—una taza para el capitan, porque los demas convidados rehusaban tomar aquel estimulante brebaje. Trajeron la taza y en ella estampado el retrato del..... duque de Wellington.

Durante nuestra peregrinacion al campo Romano, mi madre habia pedido á D. Bernardo que le dejase su cabriolé, para ir al inmediato pueblo con el esclusivo objeto de sorprender al capitan, presentándole el retrato de su antiguo general.

Mudó de color mi tio, levantose, llevó á sus lábios la mano de mi madre y se volvió á sentar.

—Cuéntase, dijo el capitan despues de un momento de silencio, que el marqués de Hastings, que de pies á cabeza es un soldado y un caballero, (lo cual no es poco decir porque su talla no tiene menos de seis pies), al recibir á Luis XVIII fugitivo en Donoinglon, amuebló su casa como lo estaban

exactamente las habitaciones que ocupaba en las Tullerías. Aquello fue verdaderamente una atencion régia guardada á un rey por uno de los descendientes de los Plantagenets, como lo es, segun sabeis, el caballero Hastings: esta galantería costó bastante dinero é hizo mucho ruido. ¿Podrá el corazon de una muger demostrar la misma delicadeza régia en una taza de porcelana? Nosotros los hombres, hermano Agustin, miramos este hecho como la cosa mas sencilla, y esto consiste en haber sido presentado tan natural y oportunamente.

—Eres tan galante con las damas, Rolando, que es una lástima que permanezcas viudo. Tú deverias volverte a casar.

Sonrióse mi tio, luego frunció el ceño, y por último exhaló un penoso suspiro.

=Debe parercerte muy largo el tiempo en tu antigua torre, querido hermano, prosiguió mi padre, con tu hija por toda compañía.

=Y el pasado, respondió mi tio, el pasado, ese mundo inmenso...

—¿Sigues leyendo tus antiguos libros de caballeria, Frosard y las *Crónicas*, *Palmerin de Inglaterra* y *Amadis de Gaula*?

=¡Oh! dijo mi tio subiéndosele los co-

lores á la cara, he procurado instruirme por medio de estudios algo mas profundos: además, añadio con una maliciosa sonrisa, vamos á tener tu obra maestra, que dará de sí para mas de un invierno.

—¡Ah! dijo mi padre, poniéndose á su vez colorádo.

—¿Sabes, prosiguó mi tio, que la señora Gervasia es una mujer muy instruida, de rica imaginacion y una escelente narradora?

—¿No es verdad, tio? esclamé yo dejando nuestra partida.

—¡Ah, si la hubierais oido contarme la *Historia del rey Arturo*, y la del *Lago encantado*, ó la de *Las mujeres feroces!*...

—Las dos me las ha contado, respondió mi tio.

—¿Las dos, eh? Querida Catalina, debemos ir sobre esto con cuidado, dijo mi padre. Estos capitanes son muy perjudiciales en una casa regular. Pero, hermano, ¿cuándo has tenido tan familiares comunicaciones con señora Geryasia?

—La primera vez, respondió al punto mi tio, en su cuarto, á donde fui por un vaso; y la segunda... mi tio se detubo bajando los ojos.

—La segunda, ¿dónde? vamos, habla.

—Ayer por la noche en mi cuarto mientras me calentaba la cama, dijo mi tio á media voz.

—¡Ah! esclamó mi madre inocentemente: he áqui la causa del inmenso boquete que ha aparecido en medio de las sábanas... bien lo decia yo que sería.....

Estoy enteramente confuso, balbuceó mi tio.

—Bien puedes estarlo, dijo mi padre. ¡Una mujer como esa que hasta ahora habia estado al abrigo de toda sospecha! Pero, vamos á ver, añadió adivinando que mi tio calculaba cuánto podrian costar doce varas de tela de holanda para reemplazar las sábanas quemadas; á ver si nos cuentas una historia de algun acontecimiento que tú mismo hayas presenciado, y que haya producido en tu ánimo una profunda impresion, pues tambien tú has sido siempre un famoso narrardor.....

—Ante todas cosas, que nos traigan luz, dijo mi madre.

Despues de haber traido palmatoria y corrido las cortinas, acercamos los cuatro nuestras sillas á la chimenea. Entre tanto se habia abismado mi tio en una sombría

meditacion, y al rogarle que empezace su narracion, pareció estar luchando con penosos recuerdos.

—¿Quereis, dijo; que os cuente algun acontecimiento que haya producido en mí una impresion profunda? Lo haré narrándoos un suceso cuyo recuerdo me ha perseguido en varias ocasiones: la relacion, señora, es un tanto estraña y triste.

—¡Cómo *señora*! querido hermano, dijo mi madre con un acento de reconvencion, colocando su pequeña mano sobre la larga, tostada y huesosa del capitan.

—¡Agustin, dijo mi tio, tu esposa es un angel! y tal vez sea yo el primer cuñado que halla aventurado semejante asercion.

CAPITULO VII.

NARRACION DE MI TIO ROLANDO.

Hice prisionero en España sin importarnos cómo ó el cuando, á un oficial francés de mi mismo grado, yo era entónces teniente. Tal era la identidad de sentimientos que existia entre mi prisionero y yo, que llegamos á ser íntimos amigos; sí, hermana, fué el mejor amigo que he tenido en mi vida, esceptuando el círculo de persona que ahora me rodea. Era un rudo soldado á quien el mundo no habia tratado bien, pero nunca le oí proferir una queja contra él; ántes por el contrario, trataba de sostener que el mundo no le habia tratado de otra manera que co-

mo él merecia. Su ídolo era el honor y el sentimiento del honor se sobreponia él á todos los demás.

Alguna semejanza existia además en nuestras relaciones domésticas. Mi amigo tenia un hijo niño aun, que era para él su existencia misma. Tambien yo por aquel tiempo tenia un hijo de la edad del suyo (el capitan se detuvo un momento; nosotros cambiamos una mirada, y cuantos le escuchaban esperimentaron en su corazon una penosa opresion). Teníamos la costumbre, hermano mio, de hablar de los dos niños, de ocuparnos y tratar de su porvenir, y de comprar nuestras esperanzas y ensueños: ambos esperábamos y soñábamos las mismas cosas: no necesitó mucho tiempo para establecer aquellas mútuas confidencias. Poco tiempo despues mi prisionero fué enviado al cuartel general, y cangeado.

Hasta el año pasado no nos habíamos vuelto á ver, pues hallándome entónces en Paris y habiéndome informado del paradero de mi antiguo amigo, supe que se hallaba establecido en Rueil, á algunas millas de la capital: fuí pues allá á hacerle una visita. A mi llegada al pueblo, me dirijo á su casa, pero la encuentro vacía y desierta. Aquel

mismo dia acababa de ser preso, acusado de un crímen horroroso fuíme á verle á la prision y supe su historia de su misma boca. ¡Ah! terminada la educacion de su hijo, al cual suponia imbuido en los principios de los hombres de honor, se lo llevó consigo á Rueil en donde habia fijado su residencia; pero el jóven hacia frecuentes viajes á París: un jóven francés, hermana mia, gusta de los placeres, y ya sabeis que Paris los ofrece á la juventud á manos llenas. El padre nada encontraba en esto de estraño, y se privaba de muchas cosas necesarias al bienestar de su vejez, por atender á los gastos de su hijo.

Algun tiempo despues de la llegada del jóven á Rueil, echó de ver mi amigo que le robaban. El dinero que tenia en su gabeta habia sido estraido sin saber cómo ni por quién, y el ladron debia ser doméstico. Creyó mi amigo que ocultándose durante la noche y espiando al ladron, lo descubriria, y así lo hizo. En efecto, no tardó en sentir deslizarse una sombra con pasos furtivos: oyó aplicar al cerrojo una llave falsa.

Lánzase de repente fuera del escondrijo, coje al ladron, y reconoce á su hijo. ¿Qué debia hacer el padre? Hermana, no va

dirigida á V. esta pregusta; ¡la hago al hijo y al padre!

—¡Debia echarle de su casa esclamé yo.

—Su deber, dijo mi padre, era de corregir el desgraciado jóven *Nemo repente turpissimus unquam fuit*.... Jamás se vuelve uno de repente un malvado.

—El padre hizo lo que le hubieras aconsejado, Agustin; respondió á su hijo, le reconvino, hizo mas aun: le puso en la mano la llave de su gabeta: «Toma cuanto puedo darte, le dijo: prefiiero morir mil veces en la miseria, antes que verte convertido en ladron.»

—Perfectamente, y el hijo arrepentido fué despues un hombre honrado.

—El tio Rolando bajó la cabeza y prosiguió.

—En efecto, el jóven aparentó haberse arrepentido, y prometió la enmienda: disculpóse con los estímulos que Paris le ofrecia, confesó que habia jugado, y todo lo demás: por último renunció á ir todos los días á la capital y hasta prometió dedicarse al estudio. Sin embargo, algun tiempo despues se alarmaron los vecinos con el rumor de robos nocturnos. Algunos hombres enmasca-

rados exaltaban y robaban á los pasajeros y hasta saqueaban las casas.

Púsose en guardia la poblacion, y la policía tomó sus medidas. Una noche llamó á la puerta de casa de mi amigo un antiguo compañero suyo de armas: era ya bastante tarde, y mi amigo (rara coincidencia, tenia como yo una pierna de palo), se habia acostado. Lavantóse, y habiendo sabido por su criado que un oficial herido y lleno de sangre le pedía un asilo, se apresuró á bajar para ofrecérselo: sin embargo la herida no era de consideracion. El huésped de mi amigo habia sido sorprendido y robado en el camino, y por esta causa habia llegado tan tarde á casa de su huésped. Al siguiente dia por la mañana se avisó al magistrado para que dispusiese el que se tomasen declaraciones al herido. Contó este su aventura, manifestando que le habian quitado algunos billetes de quinientos francos guardados en una carretera que tenia una chapa, en la cual se hallaba grabado su nombre bajo una corona (tenia título de vizconde). Quedóse á comer: el hijo no volvió á casa hasta la noche, desde por la mañana en que habia salido: al verle el herido, no pudo menos de palidecer, y prestando

malestar y debilidad, retirose á su cuarto mandando llamar antes á su antiguo compañero de armas.

—Amigo mio, le dijo, hágame V. un favor: el de ir á casa del magistrado y retirar mi declaracion.

—Imposible, respondió su huésped. ¿Qué objeto es el vuestro?

—El herido se estremeció. Lo he pensado mejor, dijo: no quiero verme envuelto á mi edad en una causa criminal; además es preciso ser indulgente. ¿Quién sabe á qué tentaciones ha sucumbido el ladron? ¿Quién sabe á qué familia pertenecerá? Tal vez á una familia honrada que se vea acaso con su crímen infamada para siempre. ¡Dios mio! Mi antiguo amigo, ¿sabe V. el castigo que espera al ladron si se le encuentra? ¡el de galeras!

—¿Y qué tenemos con esto? ¿Ignoraba el ladron á lo que se esponia?

—¿Pero lo sabia acaso su padre? esclamó el herido.

Un rayo de luz hirió á mi desgraciado amigo; cogió la mano de su huésped.—Habeis perdido el color al ver á mi hijo.... ¿Dónde le encontrásteis? Hablad.

—La pasada noche en el camino de París;

su máscara le vendió por un momento... Id á retirar mi declaracion.

—Me habeis anonadado, respondió mi amigo mas tranquilo: felizmente os engañais. Acuérdome muy bien que ayer se acostó mi hijo antes que yo, porque debia levantarse al romper el dia para ir á cazar: le dejé ya en su cama y le dí las buenas noches, acostándome yo despues.

—Me consuelo con creeros, dijo su huésped: perdonadme una sospecha que jamás saldrá de mis lábios... sin embargo, yo retiraria mi deposicion.

Mi amigo repitió á su compañero que se engañaba; pero al separarse de él, fué á su hijo, con el cual estuvo hablando de sus estudios y de su partida de caza, hasta que el padre le dijo que se fuese á acostar.—Pero padre mio, dijo el jóven, se olvida V. de darme, como tiene de costumbre, las buenas noches.,..

El padre, que se hallaba ya á la puerta de la estancia, volvió á entrar, y crédulo, como todos los padres, no pudo imaginarse que el jóven que acababa de pedirle la bendicion, no tuviese la conciencia tranquila. Mi antiguo camarada indudablemente se ha equivocado, dijo entre sí, y con una dul-

ce emocion añadió: «¡Oh! si, hijo mio, buenas noches, Dios proteja tu sueño.»

Mi amigo se fué á acostar y se durmió tranquilamente: pero despertóle un sueño triste, y se sintió agitado por nuevas sospechas; seria media noche: parecióle haber oido una voz que le decia: «Lévántate y busca.»

«Levántate, me decia mi amigo, porque »quiero citaros sus mismas palabras,» levan»téme, encendí una luz, y fuí hasta la »puerta del cuarto de mi hijo, la cual es»taba cerrada. Llamé á ella una, dos, tres »veces..... nadie respondia: no me atreví á »levantar la voz por no despertar á mi hués»ped y á los criados. Bajé entonces por una »escalera que daba salida al patio, y me di»rigí á la cuadra, en donde eché de me»nos el caballo de mi hijo... El mio, mi »antiguo compañero de batalla, apenas en»tré, relinchó... era el mismo alazan que »montaba yo en Mont-Saint-Jean. Volvíme »por el mismo camino á mi gabinete, y des»pues me dirigí silenciosamente al de mi »hijo; pero cansado de llamar inútilmente á »su puerta, me resolví á estar al acecho en »la oscuridad. Apagué, pues, mi luz y ocul»téme detrás de la puerta del pasadizo...

»apoderándose de mí un secreto terror, co-»mo si yo mismo me hubiese convertido en »ladron.»

—Hermano, interrumpió á media voz mi madre, ruego á V. que no se valga en su narracion de las mismas palabras de aquel desgraciado padre: no sé porqué me parece al escucharlas, que es él mismo el que habla.

Movió el capitan la cabeza y prosiguió:

Antes de amanecer, oyó mi amigo abrir con mucho tiento la puerta de su casa. Alguien subia por la escalera... rechina una llave en el cuarto del hijo... y el padre se introduce en la misma estancia detrás del hombre que habia entrado á oscuras en ella.

Oyóse sonar un eslabon sobre una piedra de chispa y se iluminó el cuarto, no sin tener el padre bastante tiempo para ocultarse detras de la cortina de la ventana. El hombre que acababa de encender la luz, permaneció por espacio de algunos minutos inmóvil y de pié junto á la chimenea: prestó luego oido, dirigió una inquiafa mirada á derecha é izquierda, y cerró la puerta: hecha esta operacion, se desató la careta que ocultaba su semblante.... ¿Era este acaso el del hijo

del valiente oficial? Se hallaba pálido: su frente cubierta del sudor de los cobardes; sus ojos estaban undidos como debe tenerlos un vil ladron cuando se le aparece la muerte...

Arrástrase el jóven, mas bien que camina, hácia una mesa colocada precisamente frente á la ventana, de modo que el padre oculto detrás de la cortina puede seguir todos los movimientos de su hijo; abre éste su gabeta y deposita en ella el contenido de sus bolsillos y su odiosa máscara, juntamente con una cartera en la cual estaba grabado el nombre del oficial herido. Sin duda iba á guardar tambien allí sus pistolas, pero en el momento mismo en que cuidadosamente las desmontaba sintió que le cogian el brazo, y oyó una voz que le dijo: «Detente, aun necesitas esas pistolas.»

Las rodillas del jóven chocaron entre sí por un movimiento convulsivo; «¡Perdon esclamo! volviendo entónces la cabeza, y reconociendo á su propio padre, creyó que nada debia temer, pues al pronto lo tomó por un agente de policía: tranquilizóle su vil audacia y perdió toda vergüenza.

—¡Padre mio! dijo ¡ha! no pierda V. el tiempo en reconvenciones, pues debo decirle que me persiguen y tengo los gendar-

mes á los oidos. Felizmente V. que se halla aquí podrá jurar que he pasado la noche en mi cama.... pero déjeme V. que haga desaparecer estos mudos testimonios; y enseñó á su padre su ropa llena de barro del camino.

Apenas habia acabado de hablar cuando se oyeron en la calle pisadas de caballos.

—¡Ya están ahí! esclamó el jóven: serenidad, padre mio: se trata de salvar á vuestro hijo de las galeras.

¡Las galeras! ¡las galeras! dijo el padre retrocediendo.... es demasiado cierto: ¡las galeras!

Los gendarmes tomaron las avenidas de la casa, y empezaron á llamar á la puerta. «¡Abrid en nombre de la ley!» Nadie respondia. Dirigiéronse dos gendarmes hácia la puerta trasera, la cual por último se decidió á abrirles un criado.

Vió el padre desde la ventana del cuarto de su hijo á favor de la vacilante luz de los faroles, como los gendarmes echaban pié á tierra, oyóse luego el rechinar de sus sables sobre las aceras; y una voz que decia: «Sí, aquí es, allí está el caballo tordo del ladron.... bañado aun en sudor.» Oyóse entónces chocar el aldabon sobre la puerta con

mas violencia, y resonaron nuevos gritos de «¡Que abran la puerta en nombre de la ley!»

Iluminároнse repentinamente los balcones y ventanas de todas las casas de la vecindad, y se llenó la calle de una multitud de vecinos que se agolpaban á la puerta deseosos de saber qué crimen se habia cometido en aquella casa. En esto se oyó en el interior de ella una detonacion de un arma de fuego: pocos instantes despues abrióse la puerta de par en par, y apareció en ella el veterano oficial.

=Entrad dijo á los gendarmes. ¿A quién buscais?

—A un ladron que se halla oculto en esta casa.

—Ya lo sé: subid y os lo enseñaré.

Subieron con él los soldados y los introdujo en el gabinete de su hijo: en medio del suelo estaba tendido el cadáver del ladron.

«Los gendarmes se miraron unos á otros llenos de estupor.

»Tomad lo que os han dejado, dijo el padre: coged al muerto y prended al vivo que ha derramado la sangre del muerto.»

Cargaron con el cuerpo del hijo y se llevaron al padre.

Yo asistí al proceso de mi amigo. el cua no fué muy difícil de instruir: contó á los jueces y jurados cuanto habia pasado, como lo habia hecho antes á los gendarmes. Despues, el oficial mutilado por el cañon enemigo, con una cicatriz en la cara y la cruz de la legion de honor sobre su pecho, añadió éstas palabras:

«Habia criado á mi hijo para el honor y »para la Francia: le he salvado de una vi– »da ignominiosa. ¿Habré cometido un crí– »men? Pronto estoy á expiarlo con mi vida. »¿Necesita la ley una segunda víctima? Hé– »me aquí dispuesto y satisfecho de morir »por la ley de mi país, despues de haber »vertido mi sangre por su gloria: en ver– »dad que los que me condenen no me des– »preciarán jamás; sin duda las manos que »me entreguen al verdugo derramarán des– »pues flores sobre mi sepulcro. Nada niego, »pues nunca supe mentir. Mártir del honor »al mismo tiempo que parricida, desafio á »todos los padres a que me condenen.»

Por último fué absuelto; por lo menos el veredicto del jurado equivalía á lo que en los tribunales de Inglaterra se llama un *homicida justificable*. El auditorio lo acogió con una aclamacion que ninguna severidad

en los trámites de justicia podria contener ni reprimir. La multitud hubiera querido llevarse en triunfo al acusado; pero este rechazó con una severa mirada aquella vanidosa ovacion. Volvióse á su casa, pero solo; y cuando al dia siguiente por la mañana todos sus amigos fuimos á ella á estrecharle entre nuestros brazos, lo encontramos muerto.... Se hallaba tendido junto á una cuna, que habia sin duda conservado, en la cual en otro tiempo su hijo, niño aun, habia dormido el tranquilo sueño de la inocencia, y habia sido bendecido con la primera plegaria de la felicidad paternal.

Ahora, os pregunto á vosotros, padre é hijo, ¿condenais á este hombre?

LA FAMILIA DE CAXTON.

LA FAMILLA
MOZZATI

LA FAMILIA

DE CAXTON,

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR SIR EDUARDO LYTTON BULWER.

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. JOSÉ TORA.

TOMO II.

Sevilla.—1855.

Imp. de la Libertad Centinela de Andalucía
Calle de los Lombardos.

LA FAMILIA
DE CAXTON.

POR SU EXCELENCIA EDUARDO BULWER.

TRADUCCION AL ESPAÑOL

TOMO II.

Sevilla.—1853.

CAPITULO VIII.

—

Mi padre anduvo por tres veces de un estremo á otro del salon, detúvose luego frente á la chimenea, y mirando á su hermano habló en estos términos:

—Rolando, no puedo menos de condenar semejante accion. Aquel hombre era un orgulloso; es cuanto se puede decir mas favorable para él. Concebido muy bien que Bruto halla podido matar á sus hijos, pues con este sacrificio salvaba á su patria; pero ¿á quién salvaba aquel desgraciado, víctima de un sentimiento exagerado? A nadie mas que á su propio nombre. Él no podia borrar el crímen del alma de su hijo, ni el deshonor de su memoria: solo satisfacia su

vano orgullo; y aunque él no lo pensase, aquella accion fué aconsejada por el ángel malo que contínuamente murmura en el corazon de él estas palabras: Teme la opinion de los hombres mas que la ley de tu Dios. ¡Ah, hermano mio! ¡Cuanto deben temer, principalmente almas como la tuya, no la bajeza del vicio, sino á ese vicio que se paga una falsa nobleza usurpando su púrpura real á la virtud!

Levantóse mi tio y se dirigió hácia la ventana, la abrió, asomó la cabeza como para respirar el aire fresco, volvióla á cerrar suavemente y se sentó: pero mientras habia permanecido avierta la ventana entró por ella una mariposa.

—La relacion de hechos semejantes, prosiguió mi padre con un acento compasivo, ya sea hecha por un gran trágico, ó en un estilo sencillo natural, hermano mio, siempre es util y conveniente. Penetrando en el corazon lo vuelven mas sábio, pero toda sabiduría es misericordiosa, querido Rolando. Si nos dirigimos á nosotros mismos la pregunta que tú nos has hecho, ¿podrémos condenar á aquel hombre? La razon responde como yo lo he hecho:—Compadecemos al hombre; condenamos el hecho. Nos....

cuidado Catalina, esa mariposa va á caer en la luz. Nos... ¡Ouich!... Ouich!...—Y mi padre se interrumpió por desviar á la mariposa. Volvióse mi tio, y armándose de su pañuelo, que momentos antes habia llevado á su semblante para ocultar su emocion, desvió con él á la mariposa de las luces, las cuales retiró luego mi madre. Por mi parte procuraba yo dar caza á la mariposa con el sombrero de paja de mi padre; pero no se que habilidad tenia aquel animal que nos desafiaba á todos y evadia nuestra persecucion, ya formando torbellinos y describiendo murtiplicados círculos, ó ya lanzándose sobre las fatales luces. Como movidos por un simultáneo impulso, cogió mi padre una palmatoria, tomó mi tio la otra, y en el crítico momento en que la mariposa revoleteaba perpleja en la eleccion de su hoguera funeraria, se apagaron las dos: la leña se habia casi del todo consumido en la chimenea, y nos encontramos de repente en medio de la oscuridad. En aquel momento se hizo oir la dulce voz de mi padre, como la de un ser invisible.

—¡Nos quedamos en las tinieblas por salvar á una mariposa de las llamas, hermano mio! ¿Haríamos menos por nuestros

semejantes? ¡Ah! apaguemos, sí, la luz de nuestra razon cuando la oscuridad deba faborecer la inspiracion de nuestra piedad.

Mi tio desapareció del salon antes que se hubiesen vuelto á encender las luces; siguióle luego su hermano, y mi madre y yo acercamos nuestras sillas para hablar en voz baja.....

CUÁRTA PARTE.

CAPITULO I.

Siempre he sido madrugador: ¡feliz el que lo és! ¡Dichoso el que puede disfrutar de los encantos de la mañana, bella como el amor de una jóven tierna y candorosa, y como ella hermosa, pura y virginal! La juventud de la naturaleza se comunica al corazon, como la alegría de un niño feliz¡ No sé si podrá llamarse viejo el que abandona el mullido lecho y sale á dar un paseo de madrugada; pero ¡ah! el jóven que al medio dia se encuentra en su gavinete envainado aun en su bata, y desayunándose sin apetito, no es otra cosa

que el triste reverso de la medalla, pálido espectro del que vió la primera sonrisa del sol en el oriente, y las gotas del rocío en el prado, reluciunte como esmeraldas.

Al pasar por el gabinete de mi padre, detúbeme admirado al ver abiertas ya las ventanas, aumentándose mi asombro al dirigir una furtiva mirada dentro de la misma estancia, y hallar á mi padre á vueltas con sus libros, pues no se dedicaba nunca á sus tareas literarias hasta despues de haberse desayunado. Los sábios generalmente son muy poco aficionados á madrugar, porque un sábio cualquiera que sea su edad, rara vez es jóven.—Esto es cosa resuelta, dige yo en mi interior: la obra magna toca á su término; mi padre ya no toma el trabajo como un medio de distraccion porque decididamente va á hacerse autor.

Salime por el enverjado y me encontré en el camino real. Solo la naturaleza daba ya señales de vida, pues no era hora aun para ir al trabajo, y no vi á nadie que pudiera darme los buenos días. Al revolver para introducirme por entre un espeso follage, me encontré cara á cara con el tio Rolando.

—¡Cómo es esto, querido tio! ¿Tambien

V. madruga? Escuche V..... acaban de dar las cinso.

—¿Las cinco aun? Pues he hecho una caminata muy regular para un hombre que no tiene mas que una pierna: debe haber cuamillas de aaqui á.... ir y volver.

—Ha ido V. á.... ¿supongo que sin otro objeto que el de pasearse? Nadie ha dejado aun su lecho.

—¡Oh! en las quintas siempre hay alguien de pié; los mozos de cuadra no duermen nunca. He ido á encargar dos caballos y una modesta silla de posta. Sobrino, hoy me separo de vosotros.

—¡Qué es lo que oigo, tio! ¿Tiene V. alguna queja de nosotros? Si mi necia terquedad por el maldito impr.....

—¡Nada de eso, muchacho! repuso mi tio con viveza; muy al contrario.... y me apretó fuertemente la mano.

¡Entonces, á que viene esa determinacion tan repentina? No mas lejos que ayer, tan tranquilo aun en el campo Romano, disponiendo con mi padre una escursion al castillo de C....

=Nunca puede uno echar cuentas... Es preciso que esta misma noche me halle en Lóndres.

—¿Pero volverá V. mañana?

=Eso es lo que yo no podré decir, respondió mi tio con aire sombrio, y guardó silencio por un momento. Luego apoyándose en mi brazo prosiguió: Jóven, estoy prendado de tu carácter y me gusta esa frente despejada é indiscreta, en la cual ha escrito la naturaleza estas palabras: «fiate de mí,» simpatizo con esos ojos claros y penetrantes que miran al hombre cara á cara. Es preciso que estrechemos nuestras relaciones.... que nuestra amistad sea mucho mas íntima que hasta aquí. Vendrás á verme con frecuencia á las ruinas de tu antepasado.

—Convenido; iré muy gustoso, y V. me enseñará la antigua torre...

—Y los vestigios de las fortificaciones, esclamó mi tio haciendo un remolino con su baston.

—Y la geneología...

—Tambien, y la armadura del bisabuelo de tu abuelo, la misma que llevaba en la batalla de Maston-Moor.

—Sí, tio mio, ¡y la lápida de bronce de la iglesia!

—¡Este chico es el demonio! Venga V. aquí, bribon. Intenciones tengo de romperle á V. la cabeza...

—¡Qué lastima que no huhiera quien se la rompiese á aquel tuno de impresor, antes que tuviese la imprudencia de infamarnos con una baja alianza, haciéndose padre! ¿Tengo razon tio?

El capitan Rolando dio muestras de quererse enfadar de veras, pero no lo pudo conseguir. Sacó luego la caja y tomando un polvo dijo:

—Siendo tan vasto el mundo de los muertos, ¿por qué han de venir á incomodarnos?

—Nunca podremos salir de muertos, querido tio: sus sombras por todas partes nos persiguen. En vano trataríamos de pensar ú obrar sin que antes nos hubiera sido trazado el camino por el alma de un hombre que vivió en otro tiempo. Los muertos no mueren nunca principalmente desde que..

—¿Desde cuando, muchacho? No te esplicas mal.

—Desde que nuestro célebre antepasado introdujo en Inglaterra la Imprenta, contesté yo con una majestad afectada.

Mi tio empezó á silbar, *Mambrú se fué á la guerra...*

A pesar de mi impertinencia escolar no

tuve corazon para mortificarle por mas tiempo.

—Hagámos las paces, le dije acercándome prudentemente.

—No, ya te tengo advertido que...

—La paz, tio Rolando; y ahora hágame V. el retrato de mi primita, su linda hija... pues tengo entendido que es muy linda.

—Sea la paz, dijo mi tio sonrriéndose: en cuanto á mi hija, es preciso que vengas á verla y á juzgar por ti mismo.

CAPITULO II.

Partió el tio Rolando. Antes de ponerse en camino permaneció encerrado con mi padre por espacio de una hora, acompañándole despues éste hasta la puerta en la cual formamos todos un grupo al subir en su carruaje.

Apenas se hubo marchado el capitan, traté de sondear á mi padre sobre las causas que habian ocasionado una fuga tan repentina; pero el autor de mis dias se mantuvo inexorable, y no le pude arrancar una sola palabra del secreto de su hermano. ¿Le habria confiado acaso mi tio la causa de sus disgustos con su hijo? Este secreto era un misterio, cuya memoria me perseguia incesantemente por todas partes. Pero

sobre este punto tambien permaneció mudo mi padre, tanto como mi madre, conmigo. El Sr. Caxton no pudo ocultar durante tres ó cuatro dias la inquietud y zozobra de su corazon. Ya no se ocupaba de su obra... paseábase solo y seguido del pato, sin llevar un libro en la máno. Algun tiempo despues sus hábitos estudiosos volvieron á recobrar su imperio: mi madre cortó las plumas, y el trabajo siguió su interrumpido curso.

Con respecto a mí, abandonado muchas veces á mí mismo, sobre todo por las mañanas, empezaba á pensar de contínuo en el porvenir. Aunque se me acuse de ingratitud, diré que ya no era bastante para mí la felicidad de la casa paterna. El lejano murmullo del mundo que llegaba hasta mis oídos, me impacientaba como al jóveu viajero errante por sendas y vallados, la memoria de los anchurosós mares.

Por último, una noche me llamó mi padre, y satisfaciendo á mis repetidas instancias, sin la menor afectacion, leyóme algunos capítulos de su *grande obra*. Difícil sería espresar los sentimientos que escitó en mí su lectura... habia en ellos alguna cosa de respetuosa admiracion. Era tan vasto el plan de aquel trabajo, y exigia su ejecucion

tan variados conocimientos, que me pareció que un ser sobre natural acababa de abrirme las puertas de ur nuevo mundo, que me habia ocultado siempre mi cegedad humana. ¡Cuanto tiempo y cuanta paciencia no se habrian necesitado para hacinar aquellos materiales! ¡Con cuanta facilidad acababan de ser clasificados por el sencillo método del génio! ¡Con qué sencilléz presentaba el sábio autor á la inteligencia del lector los tesoros de una vida laboriosa! Esto no pudo menos de reprimir los desordenados destellos de mi ambicion, sin humillar no obstante mi inesperiencia, porque al reconocer aquella superioridad, me decia á mi mismo: «bien puede uno vanagloriarse de tener semejante padre.» Mi padre concibió en efecto uno de aquellos libros que abrazan y reasumen una existencia, como el Diccionario de Bayle, la Historia de Gibbon, ó los *Fasti Elenici* de Clinton; pues si bien habian contribuido á su confeccion otras mil obras, solo fué para dar mas realce á la originalidad del autor; verdadero horno en donde se fundieron los vasos de oro de todos los siglos, y de cuya matriz salia la nueva moneda con su sello peculiar Afortunadamente el asunto no impidió que el autor se entre-

gase á su génio, tan sencillo é irónico á la vez, y á su claro y profundo criterio. Titulábase la obra de mi padre *Historia de los errores humanos*; mas claro; era la historia moral del género humano, escrita con la séria verdad que no escluye una sonrisa sin malicia. En efecto, algunas veces la sonrisa hacia derramar lágrimas; y hé aquí una de las propiedades de la verdadera crítica, la de contener su principio esencial, la sensibilidad. Considerábase al hombre, en aquella obra, primero en su estado salvaje, mas bien bajo el punto de vista de las relaciones positivas de los viajeros, que el de los poetas mitológicos de la antigüedad y el de los visionarios que inventan una teoría del hombre primitivo. La Australia y Abisinia suministraron á mi padre cuadros del estado de la naturaleza, tan sencillos como desnudos de arte, pintados con sus verdaderos colores, como si toda su vida hubiese permanecido en los bosques y entre salvajes. Atravesando despues el Atlántico presentaba á nuestra vista al indio de América, con su noble tipo, iluminado con una aurora de civilizacion, en el momento en que el cuáquero le quitaba su derecho de primogenitura, y los anglo sajones lo arrojavan á las

tinieblas de su origen. El autor demostraba la analogía y contrastes que existen entre aquel ser de nuestra especie y otros igualmente lejanos de los estremos del estado salvaje y del civilizado: el árabe en su tienda, el teuton en sus bosques, el greonlandés en su buque, el lapon en su carro arrastrado por rengíferos. Los dioses rústicos del Norte en su origen; despues la trasformacion del druidismo, pasando de su culto primitivo, sin templos, á las últimas corrupciones del ídolo. Levantábase al lado de aquellas creencias el Saturno de los fenicios, el Budha místico de la India, las deidades elementales de los pelagios, el Naith y el Serapis de Egipto, el Ormuz de Persia, el Bel de Babilonia, y los alados génios de la graciosa Etruria. ¿Cómo imprimió la naturaleza viviente una forma á la religion?... ¿Cómo reedificó esta el mundo? Por medio de qué influencia se formaron algunos atributos desde su cuna para el progreso de la humanidad al paso que otros eran destinados á permanecer estacionarios, ó á ser absorbidos por los demas en la guerra y la esclavitud? Todas estas graves cuestiones eran resueltas en el libro de mi padre con la precision, claridad y aplomo de un oráculo.

Anticuario y filósofo, á la par que anatómico, el autor empleaba en aquellas discusiones profundas los estudios de la ciencia sobre la distincion de las razas. Demostraba de qué manera se reproduce una raza perfecta hasta cierto punto, por medio del cruzamiento; y cómo, amalgamándose todas las razas, han sido mas inteligentes; por qué medios, segun las circunstancias locales y la fé religiosa, se operaba la fusion de diversas tribus, se mejoraban las razas y adquirian rápidamente los refinamientos de la civilizacion. Seguia luego la marcha y dispersion de los helenos desde su cuna mística á Tesalia y hacia ver que los que se establecieron en las orillas del mar se vieron precisados á entablar comunicacion por medio del comercio con los estranjeros, dando á la Grecia las maravillas de sus artes y su literatura, las flores del antiguo mundo; mientras que los habitantes de los bosques, inclinados siempre á la vida activa, armados contínuamente, y vigilando con desconfianza á sus vecinos conservaban la pureza de su orígen, pero no producian artistas, poetas ni filósofos á favor del tesoro precioso de la inteligencia. El estudio de los celtas, smirnos y americanos no era menos interesante.

Comparaba mi padre al celta, que, como en el pais de Gales, las montañas de Escocia la Bretaña y la Irlanda no unida, conserva su antiguo carácter y la pureza de su sangre, con el celta, cuya sangre va por mil canales á propagar por el mundo las costumbres y las revoluciones de París: al normando en su barbárie scandinava, con el normando convertido en modelo de caballeros desde que insensiblemente se fundió con el franco, el godo y el anglo-sajon: al sajon estacionario en la tierra de Horsa, con el sajon colonizador y civilizador del globo, cuando no era posible clasificar los diversos manantiales de su impetuosa sangre; manantiales franceses, flamencos, daneses, escoceses, irlandeses, etc. Hé aquí un rápido y descolorido resumen de los estudios, en los cuales hcaia brillar mi padre aquella verdad consoladora que lleva la esperanza al desierto de los cáfres y á la choza del salvaje, y que les revela que nada hay en el aplastado cráneo y en el color negro, que se resista á aquella ley eterna de Dios: «El perfeccionamiento; por el mismo principio que el perro, el último en categoría entre los animales en su estado salvaje, es el que mas se acerca al hombre (quiero, decir, por

la amalgama de las razas), podeis vosotros elevar á la categoría de pueblos grandes y poderosos, á los proscritos de la humanidad, objeto de vuestra compasion y menosprecio.

Pero al penetrar mi padre en el corazon de su obra, y cuando abandonando las discusiones preliminares atacaba la pretendida sabiduría de los sábios; cuando se las habia cuerpo á cuerpo con la civilizacion misma, con sus escuelas, sus pórticos y sus academias; cuando presentaba en toda su desnudéz los absurdos protegidos por los colegios de los egepcios, y á la symporia de los griegos: al probar que hasta en su estudio favorito, la metafísica, no fueron estos sino niños de teta, y á los romanos en su política mas práctica, vicionarios y aprendices; cuando siguiendo el curso del error, al través de la edad media, ridiculizadas las puerilidades de Agripa y las crueldades de Cardan, y se introducia con su tranquila sonrisa en los Salones de los charlatanes de Paris del siglo XVIII, ¡oh! entonces su ironía era la de Lucio, templada con la amable dulzura de Erasmo. Aquella no era la fria sátira de la escuela mefistofélica, sino la de mi padre: entre la mentira y el error preferia hacer resaltar la

verdad misma. Segun la opinion de mi padre, sucediéndose unos siglos á otros siglos, forman vastos ciclos, por los cuales marcha el entendimiento humano incesantemente, de la misma manera que en el Océano retrocede en una parte y adelanta en otra. De este modo tuvo su origen la verdadera filosofía en las especulaciones de los griegos, y nació todo buen sistema de gobierno de las instituciones romanas. Atribuia tambien mi padre el origen de nuestros Sydneys y Bayardos á los Hengentos, Jensericos y Atilas: salpicadas de curiosas anécdotas, de ejemplos originales y de cuantas citas ha podido hermanar el buen gusto con la ciencia, la «Historia de los errores humanos» deleitaba á la par que instruia y encantaba; la erudicion hablaba en ella con el sencillo estilo de Montaigne, ó la concision epigramática de La Bruyére. El autor vivió en cierto modo en todas las épocas de que hablaba, y esta revivian en él. ¡Ah! ¡qué novelas tan admirables hubieran podido salir de la pluma de padre! ¿Qué le faltaba pues? me preguntareis aqui... Solo tener la triste esperiencia de las pasiones de los hombres, asi como poseia la feliz intitucion de sus caracteres y debilidades. Pero el quiera contem-

plar el cuadro de la playa, debe mirar al rio y no al Océano: el caudaloso rio, espejo mucho mas reducido, nos presenta el árbol en su desnudo tronco, la choza agrupada bajo su sombra, el campanario de la ermita, los rasgos mas imperceptibles y pintorescos del paisaje: el mar solo reproduce las inmensas líneas del promontorio y los eternos astros del firmamento.

CAPITULO III.

—

—Debe tener sin duda un éxito brillante, dijo el tio Joaquin: apostaria mil contra uno.—Hablaba con mi padre sobre su libro.

—¿Pero en qué se fundan las probabilidades de tan gran resultado? V. solo habla por esperiencia, hermano Joaquin, dijo mi padre, bajándose para rascarle al pato la cabeza.

Joaquin Tibbets, no es Agustin Caxton; yo no soy un erudito, un hombre de ingenio, un prodigio...

—Basta: esclamó mi padre.

—Me parece, dijo á su vez D. Bernardo; aunque no me gusta adular á nadie, que el Sr. Tibbets no está lejos de la verdad. Aquella parte del libro que compara los cra-

nía ó cráneos de las diversas razas, es asombroso; ni Lawrence ni Pritchard la hubieran desempeñado mejor. Una obra de esa naturaleza no debe permanecer en el olvido, y estoy de acuerdo con el señor Tibbets sobre la necesidad de que cuanto antes se publique.

—Una cosa es escribir, y otra publicar; dijo mi padre con aire irresoluto. Cuando uno recorre la galería de los hombres célebres que han escrito y publicado sus trabajos; al reflexionar que se trata nada menos que de colocarse uno al lado de un Aristóteles, de un Bacon, de un Locke, de Herder, de todos aquellos profundos filósofos que inclinan ante la naturaleza frente cargadas de pensamientos, no puede uno menos de arredrarse y...

—¡Bobería! interrumpió el tio Joaquin: la ciencia no es un club en donde se admite por escrutinio: la ciencia es un océano abierto á toda clase de buques, lo mismo á la canoa que a la fragata; lo mismo cabe en él un contra-almirante, que un pescador de arenques. ¿Quién será capáz de agotar el mar? ¿Quién podria decirle al entendimiento: Los puestos de la filosofia se hallan ocupados?

—Admirablemente dicho, esclamó D. Bernardo.

—Segun eso, amigos mios, dijo mi padre casi convencido al parecer por las elocuentes metáforas de mi tio Joaquin, ¿me aconsejais que abandone mis lares domésticos? ¿Quereis que me traslade á Lóndres, ya que mi biblioteca no basta á mis necesidades; que me establezca cerca del Museo británico, y que me apresure á terminar el primer tomo?

=Así cumplirá V. con un deber para con su pais.

=Y para consigo mismo, añadió D. Bernardo. Es preciso facilitar las evacuaciones naturales del cerebro... Se rie V. de mi comparacion, D. Agustin... Bien puede V. reirse... pero yo he observado que si un hombre tiene demasiado llena la cabeza, necesita dar salida al sobrante, pues de lo contrario resulta una plétora, y toda la máquina se resiente. El hombre que solo se sentia distraido se vuelve estúpido: el peso de la opresion afectas sus nervios. Señor Caxton, no respondo de que sufra V. un ataque de paralisis.

=¡Oh Agustin! esclamó tiernamente mi madre abrazando á su esposo.

=Vamos, padre mio, ha sido V. vencido, dije yo.

=¿Y qué haremos de tí, Sisty? preguntó mi padre, ¿vendrás con nosotros y renunciarás á la universidad?

Mi tio me ha invitado á que le haga una visita en su castillo: hasta que se halle en el para recibirme, me quedaré en casa; estudiaré y cuidaré del pato.

—¡En casa solo! dijo mi madre.

=Solo enteramente, no. ¿Pues que, acaso no vendrá el tio Joaquin con tanta frecuencia como antes?

=No, hijo mio, dijo el tio Joaquin; es preciso que vayas á Lóndres con tu padre. Tú no entiendes nada de estas cosas; es preciso que me vea con los libreros, pues yo sé muy bien como debe uno manejarse con estos señores. Ademas, prepararé los círculos literarios para la aparicion del libro. Estoy persuadido que este viage perjudica notablemente á mis intereses, y lo pagará mi periódico, pero hago gustoso este sacrificio en aras de la amistad y por el bien de mi pais.

—¡Querido Joaquin! dijo mi madre afectuosamente.

—No lo consentiré, esclamó mi padre: V.

está ahora labrándose una bonita fortuna, y es útil en cualquier parte en que se encuentre. En cuanto á los libros, cuando la obra esté para ver la luz pública, podrá V. venir á Lóndres, y en una semana arreglar el negocio.

=¡Pobre Agustin! dijo el tio Joaquin con aire de superioridad y de compasion. ¡Una semana! La publicacion de una obra que ha de obtener un éxito asombroso exige meses enteros de preparativos y trabajo. ¡Oh! no soy hombre de génio, pero en cuanto á esperiencia,.. bien puede V. descansar en mí.

Pero mi padre se obstinó en la negativa, y el tio Joaquin dejó de insistir. Dispúsose el viaje de la gloria á Lóndres; en el cual fuí tambien comprendido, pues mi padre no quiso consentir en que me quedase en casa.

—No; Pisístrato, dijo el Señor Caxton, vendrá con nosotros á Lóndres y verá el mundo. El pato que se cuide solo.

CAPITULO IV.

—

La víspera tuvimos la precaucion de encargar los billetes (cuatro, contando con el de la señora Gervasia) para la diligencia titulada el Sol, recientemente establecida para el servicio de los contornos.

Aquel astro terrestre aparecia en un pueblo situado á unas siete millas del lugar de nuestra residencia, describiendo á su salida una órbita muy irregular por los pueblos contiguos, antes de brillar en la carretera su curso luminoso, recorriéndola por último, magestuosamente á razon de seis millas y media por hora.

Estábamos nosotros todos á la puerta esperando el carro celeste: mi padre con los bolsillos llenos de libros, y debajo del brazo un tomo en cuarto. «El mundo primitivo»

de Court de Gebelin, como lectura lijera; mi madre con una cestita con algunos bizcochos; la señora Gervasia con un paraguas nuevo comprado ex profeso para el viaje, y un canario en su jaula, animal muy querido de la buena nodriza, tanto por su edad como por su rigorosa educacion musical, y por último yo con las manos vacias. El jardinero con algunas sombrereras y cajas colocadas en un carreton, se hallaba á vanguardia; y el criado, que no debia incorporarse con nosotros hasta que hubiésemos tomado habitacion, estaba de vigía en una prominencia inmediata para avisarnos la aparicion del Sol, agitando un pañuelo sujeto á la punta de un baston, segun habíamos convenido.

Nuestra antigua morada parecia mirarnos tristemente con sus balcones y ventanas desiertos, con su puerta abierta de par en par, y el vestíbulo sembrado de paja y heno que habia sobrado del embalaje; aquí y acullá cofres y maletas examinados y desechados, y mas léjos otros atados ya y dispuestos para seguir á los equipajes que debia conducir el criado; las dos criadas permanecian un tanto separadas de aquella mesa revuelta, con su semblante

triste, cuchicheando entre sí, con trazas de no haber pegado los ojos en algunos dias. Todo aquello imprimia un aspecto de desolacion patética, y de abandono á nuestra mancion ordinaria, conservada hasta entónces con tanta escrupulosidad y cuidado. Hubiérase podido creer que se habia aparecido allí el buen genio del hogar doméstico, dispuesto á dirigirnos un grito de reconvencion. Los presentimientos que asaltaron á mi corazon hiciéronme volver los ojos á todo aquello que íbamos á abandonar, y exalé un suspiro al ver aproximarse el carruaje que llegaba con toda su pompa sidérea. Un importante personaje envuelto en capoton de invierno, á pesar de lo caloroso del dia, funcionario orgulloso con su título de guarda (1) nos manifestó políticamente que solo podiamos disponer de tres asientos, dos en el interior y uno en la imperial, por haber sido pedidos los restantes quince dias antes que nosotros los encargásemos.

---

(1) Los guardas de las diligencias inglesas tienen cierta analogía con los conductores de las diligencias francosas y con los mayorales españoles.

Como yo sabia que la señora Gervacia era siempre una compañera indispensable para mis queridos padres (con mas motivo en aquella espedicion, por haber estado en Lóndre otra vez, y conocer por consiguiente la capital), ocurrióme la idea de que ocupase ella el asiento de la imperial, y yo haria el viaje á pié, primitivo modo de viajar que no carece de encantos, en particular para un jóven de robustez y buen humor.

El guarda cogió á mi madre por el brazo, dejándola solo algunos minutos para que hiciese sus observaciones á mi proyecto, al cual asintió mi padre, apretándome silenciosamente la mano. Entónces le prometí reunirme con ellos en una fonda situada cerca del Strand, en donde la familia debia establecerse por recomendacion de D. Bernardo; y dirigiendo el último adios á mi madre, que seguia mirándome tiernamente por al portezuela de la diligencia, me entré en casa, mientras desaparecia el coche envuelto en una nube de polvo, semejante á uno de los héroes de Homero.

Acordéme de haber visto entre las caja, y maletas vacias una pequeña mochila

que habia pertenecido á mi abuelo materno: coloqué en ella algunos artículos necesarios, y me la puse á la espalda; cogí despue un palo que me sirviese de báculo, y emprendí mi marcha hácia la ciudad con tan lijero paso como si fuese á algun pueblecito inmediato. A media jornada me senti como era natural, fatigado y con bastante apetito; pero felizmente se apareció á la derecha del camino uno de los lindo paradores tan comunes por aquel tiempo en Inglaterra. Pero ¡ha! gracias á los caminos de hierro, aquellas casas hospitalarias no tardarán en contarse entre las cosas antidiluvianas. Sentéme pues junto á una mesa, despues de haberme desembarazado de mi carga, y pedí una frugal comida con la dignidad propia del estudiante que por primera vez se hace servir una comida que debe pagar de su bolsillo.

Mientras daba cuenta de una buena tajada de jamon amenizándola con frecuentes vasos de espumosa cerveza, apareciéronse á la puerta dos viandantes que llevaban el mismo camino: detuviéronse, contempláronme por un momento en mi ocupacion, y seducidos probablemente por el atractivo del ejemplo, entraron, tomando asien-

to al otro lado de la misma mesa que yo ocupaba. La curiosidad natural en mi edad me hizo examinar á mis intrusos comensales. El mayor de los dos podria tener unos treinta años, aunque los profundos surcos de su semblante, ajado sin duda por la disipacion y la crápula, le hacian parecer de mucha mas edad: su aspecto en conjunto nada tenia de recomendable. Su vestimenta tampoco era por otra parte muy conveniente para un viajero pedestre, pues llevaba un pantalon bastante ajustado, una especie de paletó muy entretelado, y al cuello una raida corbata de tafetan azul, tachonada de estrellas amarillas y sujeta por medio de dos enormes espigas presas de una cadenita, que completaba aquel ornamento. Hallábanse sus manos ocultas bajo unos guantes, cuyo color primitivo debió de ser de caña, y manejaba un junco de ballena, que se doblegaba bajo el peso de una enorme esfera de plomo que le servia de puño.

Quitóse luego el sombrero blanco que llevaba, y lo limpió muy cuidadosamente con su brazo derecho, dando rienda suelta á sus melenas, que se esparcieron en desórden, haciendo traicion al arte de peluquería; no

obstante, aquella cabeza, bien peinada y conservada, no hubiera tenido nada que envidiar á las pelucas que, segun nos las representan en los retratos, gastaba Jorge IV en su juventud. Nuestro personaje se habria dado pomada al pelo recientemente, á juzgar por cierto líquido que bajaba de su cabeza por la frente y los carrillos, el cual, con el auxilio tal vez del polvo del camino, imprimia en su semblante huellas mas marcadas que las que deja el sudor.

El otro viajero, su compañero, podria ser de mi edad, tal vez de uno ó dos años mas que yo, á juzgar por su juventud y fuerza muscular, su aspecto en conjunto escitaria la atencion de mas de un observador. Notábase en él no solo un semblante sombrío sino tambien todos los rasgos del tipo gitano; grandes y espresivos ojos, pelo negro como la pluma del cuervo, bucles largos y ondulantes, perfil arquileño, una verdadera finura de facciones, y unos dientes cuyo esmalte rivalizaba con la perla, cuando desplegaba los lábios para hablar ó sonreirse. Seria imposible no admirar la singular belleza de aquel semblante; y sin embargo se descubria en él una espresion de astucia y ferocidad á la vez, impresa sin

duda por la guerra a muerte establecida entre la soctedad y la raza singular que me recordaba. Por último, era preciso reconocer en el jóven viajero un aire distinguido. Su vestido se componia de una chaqueta de caza de algodon, guarnecida de terciopelo y sujeta á la cintura por medio de una ancha correa; de pantalones blancos, y de una gorra militar que se quitó y tiró negligentemente sobre la mesa al limpiarse el sudor de su frente. Volviéndose con impaciencia, fijó en mí sus ojos penetrantes, no sin ciertas altivez, y me examinó con una rápida ojeada; tendióse despues en el banco, tan largo como era, y pareció disponerse para dormir ó meditar, hasta que cumpliéndose las órdenes de su compañero, se cubrió la mesa de todas las viandas fiambres que pudo presentarles el repostero.

«Carne de vaca, dijo el mayor de los dos viajeros, acercando á su ojo derecho un lente similor; ¡vaca! dura como el cuero! y ese otro plato? Cordero: cordero que tendrá un año por lo menos, carnero, pasteles: esto huele á ráncio? ¿Ternera? no, cerdo... vamos, ¿qué quieres?

—Sírvete, respondió su compañero sin

moverse y mirando con desden cuanto habia sobre la mesa; decidiéndose luego á comer, probó uno despues de otro de todos los platos, y encogiéndose de hombros profirió por lo bajo algunas palabras de descontento. De repente lebantó la cabeza y pidió aguardiente, y habiendoselo traido, llenó medio vaso y se lo bebió de un tiron, admirándome no poco al ver su sangre fria, que denotaba una aficion habitual; porque á la verdad esperaba yo que al menos hubiese mezclado aquel veneno con agua.

=Haces mal, le dijo su compañero, quitándole la botella de delante, y echándole una razonable cantidad de agua. La *túnica* del estómago se gasta en cuatro dias con semejante cepillo. Mas vale atenerse á la espumosa cerveza, como dice Shakespeare. Ese jóven te dá un buen ejemplo. Y al hablar así me dirigió una mirada familiar. Por muy novicio que yo fuese, dejé de conocer que el vecino deseaba entablar conversacion conmigo, y no me engañaba.

—¿Gusta V. de tomar algo, caballerito? añadió luego aquel cortés personaje, describiendo un semicírculo con la punta del cuchillo.

—Gracias, caballero: ya he comido.

—¿Y qué importa? Cuando uno viaja siempre tiene apetito. ¿No quiere V.? Pues bien, yo le provoco con este vaso de vino de Canarias.=¿Va V. muy lejos, si puedo tomarme la libertad de acerle una pregunta?

—A Lóndres, si puedo llegar.

=¡Oh¡ esclamó, el viagero. Al oir su camarada aquella esclamacion, levantó los ojos, y volvi á esperimentar los efectos de su estraordinaria y fascinadora belleza. Su compañero prosiguió en estos términos:

—Lóndres es la única mansion por la cual debe suspirar todo jóven de corazon y de talento: allí es donde se ve el mundo: aquello es, como dice el Cisne Avon (1), «El espejo de la moda, y el gran molde que á todo imprime su forma.» Caballerito, V. debe ser aficionado al teatro.

—No he ido nunca.

—¿Es posible? esclamó mi interlocutor, soltando el mango del cuchillo y levantán-

(1) Shakespeare, *Enrique V*, act. 4°. La mayor parte de las citas que hace este personaje son de Shakespeare, aun cuando no se toma el trabajo de decirlo.

dolo por la punta horizontalmente. En ese caso, prosiguió con tono solemne, tiene V. mucho que ver;—no, no se lo diré á V., á menos que cubra esta mesa de guineas, y con el entusiasmo de la juventud esclamó: «Señor Peakok, doy á V. todo este oro, si quiere tan solo decirme lo que tengo que ver.»

Oir aquello y soltar yo la carcajada, fué obra de un solo momento. Perdóneseme esta jactancia, si acaso lo es, pero entre mis compañeros de colegio siempre tuve fama de muy propenso á la risa y de ser muy franco en el reir. Al oirme el jóven, frunció el ceño, reclinóse sobre su asiento suspiró.

—En verdad, dijo su compañero, que ese jóven podria decir es mundo, es un mozo aprovechado, *ha estudiado el comercio*, como dice poéticamente el Cisne. ¿No es asi, muchacho?

El jóven á quien iba dirigida esta pregunta respondió con una lijera sonrisa de indiferencia, y añadió:

—En efecto, puedo decir que el mundo, como la pobreza, tienen estraños compañeros de infancia. Pregúntame qué es hoy el mundo, y te responderé que un melodra-

ma; pregúntame que será de aquí á veinte años y te diré que será....

=¿Una farsa? dijo su compañero.

—No, una tragedia, ó una comedia las de Congréve.

—¿Y esto que es? pregunté yo un tanto sorprendido por el tono de mi contemporáneo.

—Una comedia, cuyo desenlace el triunfo del pícaro que escede en osadia á los demás. ¡Pero mi amigo tiene mala suerte!

¡*Una alabanza de sir Roberto Stanley*! Sí; Enrique Peakock, aunque tiene la imaginacion viva, no es un bribon.

=No es eso precisamente lo que yo quería decir, respondió con sequedad el jóven.

=*El hijo para tu sentido*, como dice el Cisne ¡Hola! ¡patron! Fuera toda esa batería de la mesa. Vengan vasos, agua caliente, azúcar, un limon y otra botella. ¿Fuma V., amigito? El Sr. Peakock me ofreció un cigarro.

En vista de mi negativa, se puso uno en la boca con suma delicadeza: despues de haberle humedecido la capa, lo encendió con el auxilio de una caja de fósforos que sacó su camarada, por emulacion sin duda, de su bolsillo una elegante petaca de ter-

ciopelo, bordada quizá por una linda mano, pues en su centro se leian estas palabras: *De parte de Julia*, escogió un cigarro de un aspecto mas seductor que el de su amigo, y me pareció tan familiarizado con la hoja de la Habana como lo estaba con el aguardiente.

—Ahí tiene V., caballerito; dijo M. Peakock interrumpiendo sus palabras con las aspiraciones de su lucha con el cigarro, que parecia incombustible: bé ahí un aficionado de esquisito gusto; ¡nada echa de menos, ni aun los cigarros verdaderamente reales! ¡Qué diantre! Ya se ha apagado el mio. Y de nuevo M. Peakock recurrió á su caja: esta vez su paciencia y perseverancia triunfaron, y el cigarro correspondió á los esfuerzos del fumador.

Terminada aquella operacion, esclamó M. Peakock en tono de vencedor.

—Y ahora, ¿qué os parece, hijos mios, que podríamos hacer? Afortunadamente somos tres, ¿un whist á tres? está hecho el partido: aquí hay baraja.

Y diciendo y haciendo, echó mano al bolsillo y sacó un pañuelo de seda encarnado, un manojo de llaves, un gorro de dormir, un cepillo para los dientes, una

pastilla de jabon de olor, cuatro terrones de azúcar, resto de un desayuno, una navaja de afeitar, y una baraja. Cogió esta, volvió á depositar todos aquellos variados artículos en el abismo de donde habian salido, y enderezando con su dedo pulgar la punta de una sota de bastos, hizo saltar los naipes sobre la mesa.

=Siento no poder complacer á V. pero yo no sé jugar al whist.

=¿Tampoco juega V.? Pues hombre. ¿V. ni juega ni fuma?... ¿Podrémos saber lo que sabe V. hacer? esclamó mi interlocutor frunciendo majestuosamente el ceño.

Muy consternado me dejó esta pregunta, y muy avergonzado de mi ignorancia sobre los puntos cardinales de la erudicion, segun el modo de ver de M. Peakock: asi, pues, bajé la cabeza, sin atreverme á levantar los ojos.

—Al menos, prosiguió M. Peakock, lleno de indulgencia, tiene V. la ingénua modestia de la juventud. Amiguito, V. promete; la humildad *es el primer escalon de la tierna ambicion*, como dice el Cisne. Suba V. por él, y aprenda á jugar al whist: para empezar pondremos á seis peniques el punto.

A pesar de mí falta de esperiencia de la vida práctica, tenia la ventaja de conocer algunas aventuras que pueden suceder á un jóven por los caminos, gracias á aquellos guias tan calumniados que llaman novelas; estos libros suelen ser frecuentemente al mundo interior lo que los mapamundi al mundo físico ó esterior; entonces me acordé de Gil Blas y del vicario de Vakefield. En su consecuencia parecióme que el mejor partido que podria tomar seria el de dejar tan amable compañia, y proseguir mi interrumpida marcha, satisfecha ya una de mis primeras necesidades: así pues, levanté la cabeza, y pedí la cuenta de mi comida. Al abrir el bolsillo, hecho por mi madre, que contenia por un lado una moneda de oro y en el otro varias piezas de platas, vi brillar los ojos de M. Peakock

—¡Qué pobreza de alma! dijo luego: esa avaricia afecta demasiado al corazon; el que nada arriesga, nada tiene, como dice el refran.

=El que nada tiene nada arriesga, repliqué yo con sierta entereza.

=Amiguito V. dudará tal vez de la solidez de mi fortuna, de mi capital, de *mis*

doradas joyas, como dice el Cisne.

=Hablo por mi, caballero: no soy bastante rico para tirar el dinero.

—¡Tirar el dinero! Caballerito, en que sentido usa V. de esa palabra? esclamó M. Peakock, poseido de una evangélica indignacion. ¡Tirar el dinero! ¡V. me insulta. Y levantándose con semblante amenazador se caló el sombrero hasta los ojos.

—¡Ea! déjale en paz, Enrique, dijo el viajero mas jóven, luego dirigiéndose á mi, añadió:—Amiguito, si le importuna á V., rómpale la cabeza de un palo.

—¿Qué es eso de importunar y de romper la cabeza? esclamó M. Peakock, poniéndose colorado como una langosta; pero viendo luego una sonrisa burlona en los lábios de su compañero, se volvió á sentar, sumergiéndose en un feroz silencio.

Entre tanto satisface mi cuenta; y al cargar con mi mochila, eché de ver que la tenia entre manos el jóven viajero, y leia tranquilamente las señas que yo habia cometido la imprudencia de colocar en ella.

Pisístrato Caxton. Posada de calle de Strand.

Entregómela, dejándome sorprendido semejante violacion en un jóven de tan bue-

nas maneras y *que tambien conocia el mundo*. Sin procurar disculparse por haberse tomado aquella libertad, saludóme con una imperceptible inclinacion de cabeza, y se tendió de nuevo sobre el banco. M. Peakock apenas se dignó contestar á mi saludo, hallándose absorvido en una partida de *solitario*, y pocos momentos despues me encontraba solo en el camino real. No pude, durante mucho tiempo, apartar de mi imaginacion el recuerdo del jóven de quien acababa de separarme, esperimentando una especie de presentimiento simpático por su porvenir al verle tan temprano con una compañia tan sospechosa. Pero al mismo tiempo sentia una admiracion involuntaria, producida no tanto por su apostura como por su desembarazo y desenfado, y por la superioridad indiferente que ejercia sobre su compañero, mucho mayor que él en edad.

Veníase la noche encima á mas andar, cuando distinguí el campanario de una poblacion, en la cual me habia propuesto pernoctar: oí en esto sonar una trompeta, volvíme, y vi venir una diligencia que con la misma velocidad que me alcanzó pasó delante, y desapareció luego. Sin embargo

á pesar de su lijereza, pude distinguir en la imperial al célebre Peakock, luchando aun con su cigarro, y á su jóven compañero apoyando su distinguida cabeza en una mano, y sin hacer caso de mí ni de nadie.

CAPITULO V.

Tal vez, por esperiencia propia califiqué á los demás de egoistas; pero me hallo muy inclinado á creer que los dos elementos con que ha de contar un jóven, principalmente para hacer carrera en el mundo, ó como se dice, para conseguir un resultado material y práctico, son la curiosidad y la actividad. Una curiosidad que se lance sobre todo cuanto le parezca nuevo y digno de exámen, y una actividad nerviosa que no esté lejos de la impaciencia, y que no conceda al cuerpo descanso alguno, mientras se halla frente á frente de un objeto cualquiera. Hé aquí, á mi entender, los elementos esenciales que constituyen un buen principio en la carrera del mundo.

A pesar de hallarme cansado, terminadas mis abluciones, me dió la tentacion de salir á dar un pasco, á lo cual me incitaba mas y mas el rebullir de la gente que, á favor de la claridad del gas, distinguia perfectamente desde mi ventana. Pero antes tenia otra mision que llenar; el café se hallaba inmediato á mi posada, y el mejor brevaje para un viandante..... es el té, sí, el té, á pesar de las calumnias con que se persigue aquella produccion de la China: satisfecha aquella necesidad me salí á la calle. Nunca habia estado en una poblacion grande; así es que no pudo menos de llamar vivamente mi atencion el contraste que formaban las multiplicadas luminarias que hacian de la noche dia, con el tranquilo desierto del campo en aquella misma hora.

Eché á andar por las calles, trotando, empujando y recibiendo empellones, tan pronto parándome á mirar á los balcones, como siendo llevado por el flujo y reflujo de la muchedumbre, hasta que por último, sin saber de qué manera, me encontré á la puerta de una pastelería, junto á un pequeño grupo de gente ociosa y de chiquillos de hambriento mirar. Hallábame contemplando aquel cuadro patético, pregun-

tándome á mí mismo si seria cierto que la ocupacion principal de la mayor parte de los habitantes de este mundo perecedero consistia en saber *cómo, en dónde y cuándo* se podrá comer, cuando de repente oí esclamar una voz que no me era deoconocida: *La escena pasa en Troya*, como dice Shakespeare.

Volví entoces la cabeza, y distinguí á M. Peakock señalando con su junco la puerta abierta de una fonda inmediata: en el frontispicio de la casa habia un trasparente de gas con este rótulo=VILLAR.

El hombre de la cita shakesperiana, diciendo y haciendo se lanzó por la puerta que acaba de señalar, y desapareció: seguiale su jóven compañero, cuando volviendo, la cabeza, repara en mí. Coloreáronse lijeramente sus mejillas, párase en el umbral de la puerta, y dice despues de haberme examinado por un momento.

=¡Felíz encuentro! V. no sabrá cómo se mata aquí el tiempo. Las noches fuera de Lóndres son eternas.

—¡Cómo! le respondí yo cándidamente: aquí todo me divierte, la iluminacion de las calles, las tiendas, la gente... bien es verdad que todo esto es nuevo para mí.

El jóven dió un paso hácia adelante, como invitándome á dar un paseo con él. aunque me respondió con mas amargura que melancolía:

—Una cosa por lo menos no será nueva para V., pues es una verdad que sabe de memoria el niño aun antes de abandonar su casa paterna: «Cuanto vale la pena de ser poseido, de ser comprado; *ergo* aquel que nada puede comprar, nada tiene que merezca ser poseido.»

—No creo, dije yo entrado tambien en la discusion filosófica, que uno pueda comprar cuantas cosas apetezca, en este mundo. Hé allí por ejemplo, aquel pobre tendero que tiene el aspecto de un hidrópico, de pié en el dintel de su puerta: su tienda es la mas bonita de la calle; pero estoy seguro que la cambiaria gustoso con V. ó conmigo por nuestra salud y nuestras ágiles piernas. No; yo repitiré con mi padre á todas horas, que cuanto merece la pena de ser poseido, se nos da á todos de balde, es decir, por la naturaleza y el trabajo.

—¿Eso dice vuestro padre? ¡Y V. se guia por sus máximas! No cabe duda en

que todos los padres han predicado lo mismo y otras buenas doctrinas, desde que Adan predicó á Cain; pero dudo que los padres hayan hallado en sus hijos un auditorio muy dócil.

—Peor para los hijos, respondí yo bruscamente.

=La naturaleza, prosiguió mi nuevo mentor, sin hacer caso de interrupcion, nos ha dado mucho sin duda, y la naturaleza nos obliga á aprovecharnos de sus dones.Si le da á V. el instinto del trabajo trabajará; si á mí me da la ambicion de sobre esponerme á los demas, y despreciar el trabajo, qodré sobreponerme pero no trabajaré.

—Por lo visto, repliqué yo, las doctrinas de V. están de acuerdo con las de nuestro doctor don Bernardo, y V. cree como él que nosotros recibimos el impulso de las protuberancias del cráneo.

—Sin duda, lo mismo que de la sangre de nuestras venas, y de la leche que mamamos. Además de la gota y de la tísis, existen otras cosas que se nos trasmiten por herencia.... Siendo esto así, jóven, ¿usted obrará siempre y en todo segun los consejos de su padre?

Esta pregunta hirió mi amor propio. ¿Por qué nos hemos de avergonzar de que se burlen de nuestra bondad? Hé aquí lo que nunca he podido comprender; pero en verdad me sentí humillado; sin embargo le respondí con entereza.

—Si tuviese V. un padre tan bueno como el mio, no le parecería una cosa tan estraordinaria el hacer lo que él le aconsejase.

=¡Ah! con que su padre de V. es tan bueno! Sin duda debe de inspirarle mucha confianza la índole de su hijo, cuando así le deja ir por el mundo.

—Voy á Lóndres á reunirme con él.

—¡A Lóndres! ¿vive acaso en Lóndres?

—Va á establecerse allí por algun tiempo.

—Entonces, tal vez nos volvamos á ver: tambien yo voy á Lóndres.

—¡Oh! nos veremos ciertamente, dije yo, con una franca alegría, porque mis simpatías por aquel jóven no habian disminuido, á pesar de la conversacion que acabábamos de tener, y de no aprobar yo los sentimientos que en ella habia espresado.

=El jóven se echó á reir con una risa particular: su sonido era sueve y musical, pero artificial y hueco.

—Es muy probable que no nos encontremos, dijo, Lóndres, es una gran poblacion. ¿En dónde le he de buscar á V.?

Dile entonces las señas de la posada, en la que debia hallarse mi padre, aunque las habia leido ya. Oyólas con mucha atencion, y despues las repitió por dos veces para acordarse mejor; y dirigiéndonos luego silenciosamente por una calle estraviada, nos encontramos al revolver de ella en un vasto cementerio. Al entrar en él, llamónos la atencion un jóven saboyano sentado en una losa con su organillo sobre las rodillas. El muchacho comia un pedazo de pan, que compartia con algunos ratones blancos, agrupados en torno del organillo. Tan alegre y satisfecho parecia, como si se hallase en medio del mas alegre festin.

Acercámonos los dos, y nos detuvimos delante del saboyano, el cual, al vernos, levantó la cabeza, y nos enseñó dos hileras de dientes como el marfil, con la encantadora sonrisa que caracteriza aquella raza meridional: despues dió impulso al manubrio de su instrumento.

—¡Pobre niño dije yo.

=¡Ah! ¡ah! ¿por qué le compadece V.? Segun vuestras doctrinas, Sr. Caxton, no

es digno de compasion; el quincallero hidrópico le daria de buena gana su tienda, y cuanto ella contiene, por su salud y sus ágiles piernas. ¿En qué consiste, pues, hijo de un tan sabio padre, el que nadie compadece al tendero hidrópico, y todo el mundo tiene lástima del robusto saboyano? ¿Consistirá en aquella severa verdad, mas fuerte que las lecciones espartanas, de que «el peor de los males de este mundo es la pobreza:» Echemos una ojeada á cuanto nos rodea: ¡en la misma mansion de los muertos se ve el pobre humillado! Examinemos aquel mausoleo encerrado en una verja de hierro: ¿qué dice aquella larga inscripcion? Virtud el mejor de los esposos—el mas tierno de los padres —dolor inconsolable—sueño en la esperanza, etc., etc. ¿Crée V. que aquellos sepulcros sin lápida fúnebre no encerrarán algunas cenizas que merezcan los mismos elogios? No se vé epitáfio alguno que enaltezca las virtudes de aquellos muertos desvalidos, que proclame el luto de sus viudas, ni que prometa la esperanza á los que ya no existen.

—¿Qué importa? Dios se encarga del epitáfio y de la lápida mortuoria.

—*Date cualche cosa*, dijo el saboyano.

en su melodioso patuá, sonriéndose siempre y alargando la mano: dejéle caer en ella una moneda, y el jóven demostró su gratitud, dando de nuevo movimiento al manúbrio de su instrumento.

—Eso no es trabajar, dijo mi compañero; y sin embargo, si V. hubiese encontrado al saboyano trabajando, nada le hubiese dado... Tambien yo toco mi instrumento, y tengo mis ratones que enseñar. Adios.

Acompañando con la mano su despedida, me volvió la espalda, y tomó la misma direccion que habiamos llevado para entrar, hollando sin respeto con sus plantas la mansion de los muertos.

Quedéme de pié ante el mausoleo del pomposo epitáfio, el saboyano me miraba atentamente.

CAPITULO VI.

—

El saboyano no apartaba de mí su vista. Quise entrar en conversacion con él, pero esto no era fácil. Por último le dije.

Pisístrato. Pobre niño, debes tener hambre algunas veces. ¿Te cómes los ratones blancos?

El saboyano (Levanta la cabeza, me responde con ella que nó, y acaricia los ratones.

Pisístrato ¿Quiéres mucho á los ratones? ¡ah! son tus únicos amigos, ¿nó es verdad?

El saboyano. (Sin duda ha comprendido á Pisístrato: acaricia de nuevo á los ratones, los pone suavemente sobre una lápida sepulcral, y da vueltas al manúbrio de su orgullo: los ratones jugetean sobre la piedra.)

Pisistrato. (Señalando primero á los ratones, y despues al instrumento): ¿á quien

quieres mas, á los ratones ó al organillo?

El saboyano. (Enseña sus dientes, reflexiona, se tiende sobre la yerba, hace fiesta á los ratones, y responde con gran volublidad de palabras.)

Pisistrato. (Con el auxilio del latin cree haber comprendido la respuesta del saboyano, como si hubiera querido darle á entender que los ratones están vivos, y que el organillo no lo está; y le dice al saboyano)=Un amigo vivo vale mas que uno muerto. *Mortua est viella!*

El saboyano. (Mueve la cabeza vivamente) ¡No, no! esccelenza, non é morto. (Toca un aire muy animado en su organillo acusado injustamente de estar muerto. El aspecto del saboyano parece reanimarse; su semblante revela la felicidad; los ratones saltan desde la lápida del sepulcro a su seno en donde se ocultan.)

Pisistrato (conmovido.) ¿Tienes padre? *An vivat pater?*

El saboyano (con tristeza.) No, eccelenza. (Despues reflexiona un poco.) Si, sí. (Toca un aire solemne en su organilo: se detiene, apoya una mano en el instrumento, y levanta la otra al cielo.)

Pisistrato (Le comprende, y dice): El

padre es como el organillo, muerto y vivo á la vez: la forma esterior está muerta, pero la música vive.

Pisístrato deja caer en el suelo una moneda de plata, y se aleja.

—Saboyano, Dios te favorezca y vendiga. Acabas de hacer un gran bien á Pisístrato: has corregido la rígida sabiduría de jóven desconocido.

Pisístrato se encuentra mejor despues de haberte escuchado.

Llegué á la entrada del cementerio; volví á mirar al saboyano; aun permanecia sentado entre las tnmbas de los hombres, pero bajo el firmamento de Dios. Miróme otra vez muy atentamente: al encontrarse su mirada con la mia, llevó la mano á su corazon, y se sonrió «Pobre saboyano, Dios te favorezca y te bendiga.

QUINTA PARTE.

—

CAPITULO I.

Por la noche dí á Boots (criado encargado de la limpieza del calzado y de cepillar la ropa en la posada), una moneda de cinco peniques, para que al dia siguiente me despertase temprano. Encantado el mozo con mi generosidad, informóse del camino que pensaba yo llevar en mi escursion matutina y manifestóme que podria recorrer una milla haciendo un paseo agradable, si emprendia la senda que atravesaba un parque, cuya casa de campo encontraria á unas siete millas de distancia de la ciudad.

—Tambien podrá V. ver el parque, si quiere detenerse á recorrerlo, dijo Boots; pero en este caso no se dirija V. al jardinero, pues le pedirá media corona: en la quinta se halla una buena anciana que le enseñerá cuanto encierra la posecion digno de verse, los paseos y la cascada, por medio shelin. Puede V. decir que va de parte de Roberto Boots, de la posada del Leon, añadió orgullosamente el limpiabotas: pues la anciana es tia mia y recibe con mucho agrado á las personas que van de parte de su sobrino.

No cabiéndome la menor duda de que aquellos consejos eran hijos de la mas pura hlantropia. dí las gracias á mi amigo Roberto, y le pregunté indeferente á quien pertenecia el parque.

—Al Sr. Trevanion, famoso miembro del parlamento, respomdió Roberto: estoy seguro de que V. habrá oido hablar de él.

Meneé la cabeza, cada vez mas sorprendido al ver cuantas cosas permanecian de mi ignoradas.

—En la posada del *Cordero*, prosiguió Roberto bajando la voz confidencialmente, están suscritos al *Periódico de los moderados*, y en él se presenta al Sr. Trevanion

como á uno de los individuos mas hábiles del parlamento; pero nosotros leemos el *Rayo del pueblo* en la posada del Leon, y conocemos mejor al Sr. Trevanion; le gusta navegar á dos vientos y puede ser considerado como un animal anfibio en política: además, no puede ser considerado como orador... es decir como orador de buen género; yá V. me entenderá.

Plenamente convencido de no haber comprendido una palabra del discurso del limpia-botas, le respondí sonriéndome.—¡O! ¡si! quedo enterado—y cogiendo mi equipaje, me puse en marcha en busca de aventuras. Siguióme Roberto hasta la puerta de la calle, y me repitió levantando la voz:—Caballero; acuérdese V, de decirle á mi tia que va de parte de su sobrino Roberto.

La ciudad, perezosa é indolente aun, daba pocas señales de vida cuando atravesé la calle mayor: el sol asomando por el Oriente con un reflejo pálido y descolorido parecia de notar que se avia acostado malo la víspera. Los trabajadores que encontraba á mi paso parecianme tristes y abatidos: apenas se veia avierta alguna que otra tienda; luego se aparecieron en las bocas-calles colaterales dos ó tres hombres hébrios que vol-

vian á su casa con la pipa en la voca. Con los desmayados rayos del sol naciente se desvanecia la ilusion de la noche anterior: las casas tomaban un aspecto de desolacion que no bastaban á borar los rótulos que en grandes caractéres se leian aquí y allá, ya anunciando el *té mas superior á cuatro schelines la libra*; *la llegada de una caravana de fieras de M. Sloman*, *ó las inmortales píldoras de Paracelso*. Consideréme muy feliz al dejar detrás á la ciudad; al distinguir en el campo á los segadores, y oir los gorgeos de la alondra.

Llegué á la posecion de que me habia hablado Roberto, y á la casa de campo que permanecia medio cculta por un cemicírculo de árboles, en cuyo centro ostentaba la entrada defendida por dos verjas de hierro. Por ella pasaban los amigos del dueño de la posesion, pues el público entraba por otra puerta rústica mas pequeña, gracias aun estraño olvido del propietario ó á la triste indiferencia de los magistrados del cánto, todo el mundo tenia derecho á atravesar el parque y admirar su belleza, sin exigirsele mas seguridades que las de cumplir y guardar el aviso que se hallaba fijo en la misma puerta

y contenia estas sencillas palabras: «Nadie saldrá de las sendas».

Aun no serían las ocho, y por consiguiente me sobraba tiempo para recorrer á mi sabor aquella rica heredad, y teniendo como era natural muy presente las instrucciones económicas del criado de la posada, me introduje en la casa preguntando por una señora anciana, tia de Roberto, únicas señas que este me habia dado.

Saludóme muy cortésmente una jóven á quien encontré á mi entrada disponiendo el almuerzo, y luego se dirigió con mucha solicitud hácia un rincon en el que distinguí un bulto, esclamando: «Abuela, aquí hay un caballero que quiere ver la cascada.» Empezó entonces á rebullirse el indicado bulto, y dando señales de vida se incorporó y dió á luz un semblante humano que se iluminó con una mirada inteligente al volverse hácia mí la jóven y decirme con la mayor sencillez: «La pobre ya está muy viejecita, caballero, pero se alegra aun de poder ganar medio shelin.» Diciendo y haciendo colocó un sombrero de paja en la cabeza de la anciana, la cual armándose de una muleta, emprendió la marcha con un paso que no dejó de sorprenderme.

Entonces procuré entablar conversacion con mi guia, pero no la veia muy dispuesta á la discusion y la belleza de las magestuosas calles de árboles que se presentaron á mi vista, me reconciliaron con el silencio.

A pesar de haber visitado varias casas de campo llenas de magnificencia, no recuerdo haber visto un paisage mas bello que aquel en el género ingles. En él no se advertia ninguno de aquellos rasgos feudales característicos de nuestros antiguos parques, ni sus descomunales robles, ni otros arbustos de caprichosas formas. Por el contrario, á pesar de algunos bonitos árboles en particular las hayas, todo allí anunciaba una posesion nueva, quiero decir, una posesion recientemente creada. Aun se distinguian sobre la yerba los vestigios de las encinas arrancadas de cuajo: los pastos estaban divididos por flamantes barreras cilíndricas de hierro, y las nuevas plantaciones, distribuidas con un gusto esquisito, pero faltas de aquella solemnidad secular que caracterizaba á los parques de la época de la reina Isabel: en vez de gamos, veíanse pacer algunas vacas de la raza mas fina, y carneros que sin duda hubieran obtenido el premio en una esposicion agrícola. Por

todas partes se tocaban los resultados de las mejoras modernas y del aprovechamiento del capital..... de una capital que no buscaba esclusivamente el lucro. La parte de *aborno* superaba tanto á la de *utilidad*, que no podia uno menos de decir: "El propietario trata de sacar el mejor partido posible de su posesion, pero no de su dinero.

Sin embargo, la oficiosa solicitud de la vieja por ganar su medio shelin, me previno contra el caracter del propietario. He aquí, dige yo para mi, todos los signos de la riqueza, ¿porque á esta pobre vieja que vive á la misma puerta de la mansion de la opulencia se le ha de obligar á que necesite mis seis peniques?

Díme el parabien por mi penetracion en el juicio que acababa de formar, el cual fué luego confirmado por las pocas palabras que consegui arrancar á la viejá.

—¿Debe de ser muy rico el Sr. de Trevanion? le pregunté.

—¡Oh! si, bastante rico, balbuceó mi guia.

Hallándonos en el centro de un prado, sobre un terreno desigual admirablemente plantado para embellecer el paisage, ofre-

ciendo tan pronto un punto de vista natural, como un florido vergel de árboles frutales de toda especie. "¡Ah! añadí, el Sr. Trevanion debia destinar aquí muchos mas brazos.... ¡ya hay aquí trabajo!

=Si, si.... no digo que diese ocupacion á todos los que la piden.... pero esta posesion no és lo que era en mi tiempo.

=¿Se acuerda V. de cuando pertenecia á otro dueño?

—Yo lo creo, cuando era de los Hogtons, muy buenas personas. Mi marido estaba de jardinero.... y no era aquel jardinero como los de ahora, que son muy caballeros y se desdeñan de manejar el azadon.

=¡Pobre vieja!

En vista de esto, empecé á aborrecer al desconocido propietario; ya no encontraba nada que le disculpase. Seria quizás algun aventurero que habia comprado el patrimonio de una antigua familia, sencilla y hospitalaria; un rico improvisado que olvidando á sus antiguos criados á quienes insultaba con su egoista opulencia, los obligaba á ganar su sustento enseñando las cascadas.

—Vea V. el agua.... casi agotada.... no sucedia así en mi tiempo, dijo mi guia.

Presentóse entonces á mi vista, añadiendo su último encanto al paisage, un arroyuelo cuyo lejano murmuyo habia oido ya. Volvimos á sumirnos de nuevo en el silencio siguiendo la corriente del agua, por una calle de castaños, á cuyo estremo apareció el palacio á la parte opuesta del rio. La forma de aquel edificio era magnífica, y su pórtico corintio de piedra blanca, me pareció una de las obras de mas gusto que habia visto en Inglaterra.

=¡Magnifico palacio! esclamé. ¿Viene á él con frecuencia el Sr. Trevenion?

—Si señor..... no quiero decir que se ausente á menudo, pero no sucede como en mi tiempo, en tiempo de los Hogtons que vivian todo el año en su casa, la cual parecia una estufa.... nada, nada de esto.

¡Pobre anciana! y aquellos buenos Hogtons, lanzados de su dominio hereditario! dige conmigo mismo.

Encontreme agradablemente sorprendido cuando siguiendo nuestra marcha por la calle de árboles, al hacer un pequeño rodeo se ocultó á mi vista el palacio al cual realmente nos aproximábamos, y luego descubrí la cascada, cuyo murmullo habia ya llegado á mis oidos. Esta hnbiera sido una

cosa insignificante en medio de los Alpes, pero en una posesion cultivada con el mayor esmero, sin otro contraste mas atrevido, producia un efecto encantador y grande á la vez. Estrechándose gradualmente las dos márgenes del arroyo parecian querer aprisionar el agua entre las rocas naturales unas, y artificiales otras, que daban á aquel sitio un aspecto salvage, y el torrente de la cascada caia impetuoso en un lecho que segun declaracion de mi guia era de una profundidad mortal.

—Y sin embargo, lo saltó un loco desde donde V. se encuentra, dijo la vieja.... El mes pasado hizo dos años,

—¡Un loco! ¿Cómo asi? respondí yo, y con un ojo ejercitado en la gimnásia del instituto fileleno, medí la distancia de un lado al otro del abismo en donde se precipitaba la cascada.—¿Pues qué, buena mujer, necesita uno estar loco para dar semejante salto?

Y por uno de aquellos impulsos repentinos que se haria mal en querer atribuir á la noble cualidad del valor, retrocedí algunos pasos y salté á la parte opuesta del torrente. Pero cuando volvi la vista y comprendí mejor lo que acababa de hacer, á

sangre fria, no pude menos de sobrecogerme al ver como habia espuesto mi vida; entonces conocí el peligro inmenso que había corrido, y no hubiera repetido el salto aunque por premio de mi arrojo me hubieran ofrecido toda la heredad.

—¿Y cómo volveré á pasar? le pregunté á la atónita vieja con la voz un tanto alterada..... ¡Ah! allá abajo veo un puente.

Si, pero no puede V. pasar por el puente: tiene la puerta cerrada, y la llave está en poder del amo... Ha ido V. a meterse en el jardin reservado: ¡Dios mio! ¡Dios mio! Cuando el amo lo sepa cómo se pondrá... No tiene V. mas remedio que volver á saltar... Y le verán á V. desde arriba. ¡Dios mio! ¿qué haré yo? puede V. saltar otra vez?

Movido por las piadosas esclamaciones de la pobre vieja, y no queriendo, esponerla por mi culpa á la cólera de un propietario, que era evidentemente un tirano temible, me resolví á tomar aliento para volver á pasar el peligroso abismo.

=¡Oh! ¡Si!... no tenga V. miedo, esclamé; lo que uno hace una vez, lo hace dos, si es preciso. Hágame V. el favor de apartarse un poco.

Entonces retrocedí algunos pasos sobre un terreno demasiado desigual para favorecer mi arranque. Pero el corazon me latia estraordinariamente, y en aquella ocasion conocí que un rasgo de valor en el mismo momento que uno ha llegado á vacilar, puede producir maravillosamente efectos.

—Despáchese V., dijo la vieja.

¡Vieja endemoniada! esclamé conmigo mismo, y empecé á aborrecerla. Ya apretaba yo los dientes y me iba á lanzar, cuando oí á mis espaldas una voz que gritó:

—Jóven, deténgase V.; por la puerta del puente podrá V. salir.

Volvíme al momento, y distingui á alguna distancia detras de mí (admirándome no poco de no haberle visto antes), á un hombre cuyo vestido, sencillo, sin ser el de un trabajador, parecia indicar al jardinero en gefe de quien momentos antes me habia hablado mi guia: ballábase sentado en un banco rústico á la sombra de un castaño, tendido á sus pies un enorme perro que me enseñó los dientes y gruñó á mi aproximacion.

—Gracias, buen hombre, dije yo alegremente; le confieso á V. con franqueza que

estaba lleno de espanto de tener que saltar otra vez.

—¡Ola! y decia V. que lo que se puede hacer una vez se hace dos?

—No dije *podia*, sino que *debia* hacerse.

—¡Ah! eso ya es otra cosa.

Al pronunciar estas palabras, levantóse el hombre seguido de su perro; este se acercó á mis piernas husmeando, y como satisfecho del resultado de su reconocimiento, se retiró meneandola cola.

Dirigí la vista hácia la cascada buscando á la vieja, y con no poca admiracion mia la ví alejarse con toda la ligereza que le permitian sus años.

—¡Ah! dije yo riéndome, como huye la pobre mujer, temerosa de que se lo diga V. á su amo. ¿Supongo que es V. el primer jardinero? Pero solo yo soy el culpable: por lo mismo ruego á V. que se lo diga asi si le habla sobre el particular, y sacando de mi bolsillo una moneda de plata se la ofrecí á mi nuevo guia, el cual rechazó la oferta pronunciando entre dientes algunas palabras; despues levantando mas la voz añadió.

—Vamos, eso no vale nada: no tiene V. necesidad de comprarme, jóven todo se arreglará.

—Sí, pero yo temo que el amo que tienen Vds. ha de ser poco compasivo con los criados antiguos de los pobres Hogtons.

—¿De veras? ¡Oh! ¡oh! mi amo.... ¿Habla V. acaso del Sr. Trevanion?

—Sí.

—Pues no me estrañaria que le quiten el pellejo de esa manera: entre criados es costumbre muy antigua.

Y me hizo bajar por un pequeño valle, á la izquierda de la cascada.

Nadie habrá sin duda que no haya observado, que cuando acaba uno de escapar de un peligro inminente, siente redoblarse el valor que antes tal vez le faltaba, y se encuentra hasta en un estado de agradable escitacion. Esto precisamente me sucedió á mí cuando hablaba con el jardinero, abriéndole mi corazon, y no echaba de ver que sus respuestas y entrecortados monosílabos servirian solo para obligarme á que le contase mi historia, mi viaje y su objeto, mi educacion clásica bajo la direccion del doctor Herman, y el estado de la obra importante de mi padre. Al pronto no conocí la familiarmente que se habia establecido entre mi interlocutor y yo, la cual solo pude comprender, despues de haber recorrido

varias encrucijadas de un laberinto, y al oirle preguntarme, cuando dábamos vista al arroyo, junto á una puerta de hierro:—¿Y cómo se llama V., jóven?

Estuvo vacilando un momento, pero acordándome de haber oido decir que era costumbre dar el nombre cuando se visitaba alguna casa de campo abierta al público, respondí:—¡Oh! mi apellido debe ser muy venerable para su amo de V. si por casualidad es algun bibliómano: me llamo Caxton.

—¡Caxton! esclamó el jardinero con alguna viveza; en Cumberland existe una familia de ese mismo apellido.

—Es la mia, y su gefe mi tio Rolando.

—¿Y V. es hijo de Agustin Caxton?

—Sí... ¿Ha oido V. hablar de mi querido padre?

—No entremos aun por esta puerta. Sígame V.... Por aquí. Y mi guia dando una brusca vuelta hácia una estrecha senda, me condujo á unas cien toesas de distancia del palacio, antes que yo hubiese vuelto de mi asombro.

—Perdóneme V, buen amigo, pero á donde me lleva V. por aquí?

—¡Buen amigo! ¡buen amigo! muy bien dicho caballerito: en efecto, está V. entre

amigos. Soy condiscípulo de su padre de V., y le quiero mucho: tambien conozco al tio Rolando; yo soy Trevanion.

¡Loco y ciego de mí! No debia admirarme al oir el nombre de mi guia, sino de mi inesplicable torpeza: porque aquel hombre de pequeña estatura y de un aspecto, vulgar en la apariencia, revelaba á primera vista su dignidad, y cualquiera que se hubiera fijado en él por un momento, no habria podido menos de descubrir en su sencillo traje el natural desabillé del propietario que vive en sus posesiones: el mismo perro resultó luego ser un podenco de la mas fina raza de Escócia.

Sonrióse bondadosamente el Sr. Trevanion al ver mi estupor, y tocándome en el hombro, añadió:

—Con el jardinero es con quien V. debe disculparse, y no conmigo: el jardinero es un buen mozo de seis pies de estatura.

Despues de trepar por una ancha escalera, y atravesar un pórtico, adornado de estátuas y embalsamado con la fragancia del azahar, nos hallamos en una linda sala, adornada con profusion de cuadros: en medio se veia una mesa dispuesta para el desayuno, y á uno de sus estremos detrás de

la tetera, una señora, la cual se levantó al decirle mi compañero:

—Querida Leonor, te presento al hijo de nuestro antiguo amigo Agustin Caxton: es preciso que le hagas permanecer en casa todo el tiempo que te sea posible. Jóven, conozca V. á lady Leonor Trevanion, pues es un deber en V.... las amistades de familia deben trasmitirse de padres á hijos.

Mi huésped pronunció estas últimas palabras con cierta intencion: luego tomó la cartera de la correspondencia que estaba sobre la mesa, abrióla, y sacando de ella un paquete inmenso de periódicos y cartas, se tendió en una butaca, como olvidado de mi presencia.

La señora permaneció por un momento en una muda sorpresa: y observé que habia perdido el color, poniéndose su semblante sonrosado y pálido á la vez, antes de dirigirse á mí. Sin embargo, con la encantadora gracia de una bondad sin afectacion, tomóme la mano y me hizo sentar á su lado, pidiéndome tan cordialmente noticias de mi padre, de mi tio y de toda la familia, que cinco minutos despues me hallaba ya contento y satisfecho. Lady Leonor enjugó algunas lágrimas que corrian por sus me-

jillas mezcladas con tal cual sonrisa, al oir mis candorosas respuestas, y por último, dijo:

—¿No habia V. oido hablar á su padre y á su madre de mí... quiero decir, de nosotros los Trevanions?

—Nunca, señora, respondí sin vacilar, y esto me parecia inesplicable, pero como mi padre, ya V. lo sabe, no es muy propenso á hablar...

—¿De veras? Pues cuando yo le conocí tenia mucha viveza, prosiguó lady Leonor, que volvió á un lado la cara, exalando un suspiro.

En este momento entró en la estancia una jóven tan fresca, tan deslumbradora y tan hermosa, que me hizo olvidar nuestra conversacion y el sitio en que me hallaba: entró cantando con la alegria del gilguero.

—Fanny, le dijo lady Leonor, aquí tienes á Caxton, el hijo de una persona á la cual no he visto desde que tendria yo poco mas ó menos tu edad; sin embargo, la tengo tan presente como si hubiera sido ayer cuando le ví.

Coloreáronse las mejillas de miss Fanny, y sonriéndose me alargó una mano con una

franca cordialidad, que inútilmente procuré imitar. El señor Trevanion prosiguió durante el desayuno leyendo su correspondencia y echó luego una ojeada á los periódicos, pronunciando de vez en cuando entrecortadas frases de desden é indiferencia, pero sin dejar de tomar su té que acompañaba con algunas tostedas. Levantóse luego con la ligereza que caracterizaba todos sus movimientos, y permaneció de pié por algunos momentos al parecer reflexionando: entonces me fué fácil contemplar su frente libre del sombrero de anchas alas y pude estudiar con una curiosa atencion lo brusco de su primer movimiento, seguido de una actitud tranquila: en aquella ocasion fué cuando mas me avergonzé de mi torpeza y falta de perspicácia. En su aspecto á la vez severo y benévolo, en su semblante pensador, y hasta en sus hundidos ojos, se revelaba la dignidad que solo da la cultura intelectual, verdadera distincion del aristócrata, es decir, del hombre cuya superior educacion ha desarrollado su inteligencia. Muchas veces me he acordado despues, amaestrado por la esperiencia, de aquella fisonomía en que un buen observador hubiera percibido cierta melancolía mezclada de orgullo, como la es-

presion significativa de una ambicion enérgica, contenida por una elevada filosofía y una conciencia escrupulosa; pero todo cuanto pude ver en aquella ocasion fué una vaga tristeza que me entristeció sin saber yo mismo la causa.

Acercóse luego el Sr. Trevanion á la mesa, tomó su correspondencia, y dirigiéndose á la puerta de la sala con paso lento, desapareció.

Siguióle su esposa con la vista: aquéllos ojos me trageron á la memoria los de mi madre, efecto que producian en mí cuantos ojos tenian una mirada afectuosa. Acerqué mi silla á la de Lady Leonor, y tuve mas de una tentacion de estrechar entre las mias la blanca mano que de tan cerca contemplaba.

—¿Quiere V. acompañarnos á dar un paseo? dijo miss Trevanion mirándome con ternura.

Contesté que estaba á sus órdenes de aquellas señoras, y un minuto despues me hallaba solo. Mientras la madre y la hija se habian dirigido en busca de sus chales y sombreros, cogí uno de los periódicos que se hallaban en la mesa, y empecé á examinarlo. Fijóse al punto mi vista en el nom-

bre del señor Trevanion que se encontraba en todas sus páginas: en una de ellas se le llenaba de ultrages, en otra de alabanzas. Pero en particular uno de los artículos me llamó tanto la atencion, que se me quedó impreso en la memoria, y estoy seguro de reproducirlo entero, si no á letra en su sustancia.

«En la situacion preserte de los partidos, consagra la prensa contemporánea frecuentes artículos rélativos á las cualidades ó defectos del Sr. Trevanion. Este nombre se halla sin duda colocado á grande altura en la cámara de los comunes, pero sin duda tambien, goza de pocas simpatías en el pais. El señor Trevanion es esencialmente «un miembro del parlamento:» maneja diestramente la palabra, discute bien, raciocina mejor, y es un admirable presidente para un comité. Aunque no haya querido nunca cargos oficiales, su larga esperiencia en la vida política lo ha colocado á la altura de aquellos hombres de Estado entre los cuales son elegidos los ministros. Nadie hay que pueda poner en duda su reputacion sin tacha y sus mas puras intenciones, y no hay tampoco ministerio alguno que no pueda aceptarlo como un miembro útil y honroso:

he aquí cuanto podemos decir en su obsequio. Como orador carece de la energía y entusiasmo indispensables para captarse las simpatías populares: cuenta con la atención de la cámara, pero no con el afecto de la nacion. Oráculo en las cuestiones de hacienda, es comparativamente nulo cuando se trata de las de alta política: nunca abraza cordialmente ningun partido, y jamas profundiza cuestion alguna de interés vital. La moderacion que se le atribuye se manifiesta con frecuencia por sus desdeñosas argucias, y por una pretension de filosofía y de candor originales, que desde hace mucho tiempo le ha valido por parte de sus enemigos el cargo de que navega á dos vientos. Las circunstancias pueden poner las riendas del poder en manos de semejante hombre, ¿pero ejercerá acaso en el gobierno una influencia permanente? No; el señor Trevanion desempeña el papel que su carácter y su posicion le han señalado, el de un miembro del parlamento, honrado, independiente, hábil, apto para conciliar á los hombres fogosos de ambos estremos cuando se ven arrastrados por el espíritu de partido; pero como ministro es un imposible: sus escrúpulos ocasionarian bien pronto la caida del gabinete,

cualquiera que fuese, viendo él mismo desvanecida la tal cual reputacion de que ahora goza por su indecision; porque en política, como en los negocios ordinarios de la vida, no suele llegarse al acierto sino al través de algunos yerros.

Daba yo fin á mi lectura cuando entraron las señoras, y sorprendiéndome Lady Leonor aun con el periódico en la mano, me dijo con una forzada sonrisa:

—¿Atacan á Trevanion?

=¡Qué! ¡señora! dije yo torpemente, porque tal vez el artículo que me parecia tan imparcial era el que mas veneno encerraba.—Atacar precisamente, no.

—Hace ya tiempo que no leo los periódicos. dijo Lady Leonor, al menos lo que se entiende por artículos políticos; es demasiado penoso... ¡y otras veces me gustaban tanto!.. quiero decir cuando el Sr. Trevanion empezaba su carrera, y antes que tuviese formada su reputacion.

Al pronunciar Lady Leonor estas palabras abrió la puerta, y pocos momentos despues nos hallámos en la parte de los jardines que se reserva la familia y no espone á la curiosidad del público: no pude menos de admirar los arbustos raros, las

flores exóticas y los invernáculos en los cuales se desarrollaba una maravillosa vegetacion del Africa y de las Indias.

—¿Es aficionado á las flores el Sr. Trevanion? pregunté.

Respondióme la hermosa Fanny sonriéndose.—No creo que sepa distinguir una de otra.

—Ni yo, le contesté, es decir, escepto la rosa comun y la llamada malva real.

—La quinta le gustará á V. mas dijo Lady Leonor.

Recorrimos despues toda la quinta recientemente construida, sin duda bajo los mas perfeccionados modelos: enseñóme Lady Leonor los instrumentos oratorios mas nuevos y los procedimientos mas ingeniosos para disminuir el trabajo del hombre y mejorar las operaciones mecánicas de la agricultura.

—¡Ah! se conoce que el Sr. Trevanion se dedica con preferencia á la agricultura.

La encantadora Fanny volvió á reirse.

—Mi padre, dijo, es unos de los grandes oráculos de la agricultura, y uno de los patrocinadores de todos sus perfeccionamientos; pero en cuanto á dedicarse á ella... Dudo que sepa recorrer sus propios campos.

Volvimonos al palacio, y miss Trevanion cuya franca confianza, habia producido una impresion demasiado profunda en el tierno corazon de Pisistrato II, se ofreció á enseñarme la galería de cuadros, cuya coleccion se limitaba á obras de artistas ingleses Miss Trevanion me señaló los mejores lienzos.

—¡Ah! al menos el Sr. Trevanion se dedica á la pintura.

Tambien se equivoca V. dijo Fanny inclinando su cuello de cisne, mi padre pasa por un juez competente de pintura; pero solo ha comprado todos estos cuadros impulsado por el sentimiento patriótico de alentar á nuestros artistas... Una vez comprado el cuadro estoy segura de que no lo vuelve á ver.

—¿Entoces á qué se dedica, cúal es su aficion?..;

No me atrevi á acabar la frase temeroso de parecer indiscreto.

—¿Que cuál es su aficion, me iba V. á preguntar? ¡Ah! Hace que conozco á mi padre desde... desde que tengo uso de razon; pero nunca he podido descubrir hasta ahora lo que le gusta: nada; ni aun la política, y eso que es su pasion

favorita: ¿se sorprende V.? ya le conocerá V. mejor algun dia; pero nunca sabrá este misterio.

—Té equivocas, dijo Lady Leonor, que habia entrado en la galería sin ser sentida de nosotros. Yo te diré lo que á tu padre le gusta, y cuál es su pasion favorita á la cual consagra y sacrifica todas las horas de su existencia: la justicia, el hacer bien, el honor y su pais. El hombre que á todas estas cosas se dedica, bien merece que se disculpe su indiferencia por el último geranio, por la invencion de un nuevo arado, y (aunque sea sensible para tí, Fanny,). hasta por la mas reciente obra maestra salida del pincel de Landseer, ó la última moda que haya sido honrada con los sufragios de miss Trevanion.

—¡Mamá!... dijo Fanny asomando á sus ojos las lágrimas.

Al espresarse Lady Leonor en estos términos llena de vehemente emocion, me pareció una mujer sublime.

La esposa defendiendo al esposo contra la hija y comprendiendo tan bien lo que aquella niña no sentia, á pesar de la esperiencia de todos los dias, era para mi un cuadro mucho mas bello que ninguno de

los de la galería.

Dulcificóse la mirada de Lady Leonor al ver correr las lágrimas por las mejillas de su hija, y le alargó una mano que Fanny besó con ternura diciéndole en voz baja: «Mamá, no haga V. caso de mis necias palábras, pues de otro modo tendrá V. motivo para reconvenirme á cada paso.» Dicho ssto salióse Fanny de la galería.

=¿Tiene V. alguna hermana? me preguntó Lady Trevanion.

=No, señora.

—Y Trevanion no tiene ningun hijo! prosiguió tristemente. Ambos guardamos silensio: abrióse la puerta y apareció en ella el Sr. Trevanion.

=¡Amiguito¡ dijo senriéndose, con una risa encantadora aunque estraña. Vengo en busca de V.... Temo haber faltado á ls urbanidad.... dispensadme.... En este momento me acabo de acordar. Así, pues, he abandonado mis libros, y he dejado trabajo al escribiente para venir á rogar á V. que me acompañe por media hora... media hora nada mas: tengo que recibir á una diputacion á una hora precisa, ¿usted comerá con nosotros y se quedará esta noche en casa?

=¡Ah! caballero, lo siento mucho; pero mi madre estará con zozobra si no llego á Lóndres esta noche!

=No importa, mandaremos un propio.

=¡Oh! no, gracias.

—¿Y por qué no?

Vacilé un momento y respondí.—«Mis padres acaban de llegar á Lóndres, y aun cuando yo no conozco muy bien la capital, pueden necesitarme, puedo serles útil.

Lady Leonar me puso afectuosamente la mano sobre la cabeza mientras yo hablaba.

—Muy bien, señorito, muy bien, replicó el señor Trevanion. V. figurará en el mundo por muy malo que este. No quiero decir que«haga V. carrera» como dicen los pícaros; pero si V. no sube, al menos no bajará. Ea, póngase V. el sombrero y vámonos; iremos á pié hasta la casita... Allí podrá V. esperar el paso de la diligencia.

Despedíme de Lady Leonor, y aunque hubiera deseado suplicarla que ofreciese mis respetos á miss Franny, mis labios no pudieron pronunciar una palabra mas, y mi huésped se impacientaba.

—Es menester que nos volvamos á ver pronto, me dijo amistosamente Lady Leo-

nor al dejarlos en la puerta.

En aquel nuevo paseo, el señor Trevanion caminaba delante de mi con una mano metida en el pecho, y balanceando con la otra un baston negligentemente.

—El caso es, que debiamos volver por el puente para recojer mi mochila que dejé al tiempo de saltar: ¿la habrá recogido la vieja?

=Venga V. por aquí. ¿Cuántos años tiene V.?

—Diez y siete y medio.

—Supongo que sabrá V. el griego y el latin, quiero decir, como se aprende en los colegios.

—Me parece que poseo ambos idiomas bastante bien, caballero.

—Es de la misma opinion papá?

—¡Oh! mi padre es muy difícil de contentar: sin embargo, creo que está del todo satisfecho.

—En ese caso tambien yo debo estarlo. ¿Y de matemáticas?

=Así, asi.

=Muy bien.

Al llegar aquí se suspendió nuestro diálogo durante algunos minutos, recojí yo mi equipaje y cargué con él. Al dar vista á la

casita de la anciana, me dijo el señor Trevanion brúscamente:

—Hable V., jóven, háblememe V., pues tendré una satisfaccion en escucharle. Hace dos años que á nadie he oido hablar con naturalidad.

Esta escitacion no alentó de ninguna manera mi ingénua elocuencia, pues por nada en el mundo hubiera yo hablado *naturalmente*.

—Veo que mi exigencia es intempestiva, dijo el señor Trevanion de buen humor, y además tampoco tenemos tiempo que perder, pues la diligencia no tardará cinco minutos, y este tiempo puede V. destinarlo á oir á la vieja hacer el elogio de los Hogtons y criticarme. Pero créame V., no haga mucho caso de alabanzas y vituperios. El vituperio y la alabanza se hallan aquí, añadió golpeándose en el pecho con cierto énfasis. Para convencerse V. de esto le bastará saber que los Hogtons eran la plaga de este canton; avaros y sin educacion, convirtieron su heredad en un desierto y el pueblo en un establo de cerdos. He venido yo con un capital y con inteligencia; he devuelto su felicidad á este suelo, he acabado con el pauperismo, y civilizado cuanto me rodea;

sin embargo nada merezco: no soy mas que una encarnacion del capital conducido por la educacion: una máquina. ¡Oh! no es solo la vieja la que le dirá á V. que los Hogtons eran unos ángeles, y que yo soy la antitesis ordinaria del angel. Como á pesar de darle diez shelines cada semana, le concedo el privilegio de exigir medio shelin mas á las personas que vienen a ver la posesion, de aquí nace la idea que aquellas se forman de que el rico señor Trevanion la deja morir de hombre sin otro recurso que lo que puede recoger de los curiosos. ¿Y todo esto qué significa?... A Dios. Digale V. á su padre que su antiguo amigo tiene muy vivos deseos de aprovecharse de su tranquila sabiduria: su antiguo amigo está loco algunas veces, y tiene la tristeza en el corazon. Cuando se halle V. establecido en Lóndres, escríbame cuatro renglones á Saint-James, diciéndome donde se ha instalado la familia: esto me basta.

Dirigíme hácia la puerta rústica en donde esperaba la vieja, espiando mis movimientos, es decir, los del medio chelin, cuya personificacion era yo para ella, y á la manera de la araña del poeta;

En un sombrio reposo acechaba su presa.

Mi opinion, tanto sobre las desgracias, como respecto á las virtudes de los Hogtons, se habia modificado considerablemente, ásí es que me contenté con dejar caer á mi paso, en la mano que me alargaba, la consabida moneda. Pero aquella mano permanecia abierta en la misma actitud, mientras los descarnado dedos de la otra se asian de mi brazo, de la misma manera que un tirabuzon se ase del tapon de una botella.

—Faltan tres «peniques» (1) para mi sobrino Roberto, dijo la vieja.

—¿Tres peniques para el sobrino?... ¿Y por qué?

—Esa es su gratificacion, cuando recomienda á alguno. V. no consentirá que le pague yo de mi corta propina, pues de este modo me arruinaria... Los pobres no podemos.

Prestando oidos de mercader á aquella demanda, empujé la balaustrada de madera, escapando de las garras de la tia de Roberto.

Al anochecer entraba en Lóndres.

¿Quien al ver por primera vez á Lóndres

---

(1) La cuarta parte de un schelin.

no ha visto desvanecida su ilusion? Aquellos largos arrabales que van á perderse gradualmente en la capital, impiden el efecto de la sorpresa, porque, sabido es, que solo la hay en esta materia cuando es brusca la transicion.

Juzgué muy prudente subir en un carruaje para trasportarme á la posada de... y al llegar, me encontré a mi padre andando á paso largo por la sala como el leon acabado de encerrar en la jaula; esto me indicó que no se encontraba bien. Mi pobre madre tenia mil quejas que aducir..... Por la primera vez en su vida estaba realmente de mal humor. No era aquel el momento mas oportuno para hacer yo la relacion de mis aventuras: harto haria con escuchar las de mis queridos padres, los cuales á pesar de haber andado rodando todo el dia por la capital, no habian logrado encontrar habitacion. A mi padre le habian sacado del bolsillo un pañuelo de seda, y la señora Gervasia, que debia conocer tan bien á Lóndres, no lo conocia, á causa, decia, de que todo habia sido trastornado, los nombres de las calles, los números y hasta las tiendas. Y por último, hasta el magnífico paraguas de seda que habia quedado

olvidado en el recibimiento por espacio de cinco minutos, fué reemplazado por otro antiguo, viejo y agujereado.

Acordóse repentinamente mi madre de que era preciso sacar al aire mis sábanas para evitar que contrajese yo un reumatismo ó que me quedase baldado, y con aquel objeto desapareció seguida de la señora Gervasia y de una traviesa criada que parecia pensar en que nosotros le daríamos mas trabajo que provecho. Entonces desempeñé mi comision, dando cuenta á mi padre de mi encuentro con el Sr. Trevanion.

Parecióme que al principio no fijaba mucho su atencion en mi relato hasta que pronuncié el nombre de Trevanion: al oirlo se puso pálido y se sentó tranquilamente.

—Prosigue, me dijo observando que me habia interrumpido para mirarle.

Así que le hube comunicado el mensaje de que habia sido encargado por marido y muger, medio se sonrió, y pasándose la mano por la frente se puso á reflexionar, bastante melancólicamente tal vez, porque oí algunos suspiros.

—Y Leonor... Lady Leonor, dijo por último procurando serenarse y sin levantar la

vista, Lady Leonor, quiero decir... está aun muy... muy...

=¿Muy que, papá?

—¿Muy hermosa?

=¿Hermosa? si, indudablemente; pero yo me he fijado mas en sus maneras afables que en su hermosura... ademas, Fanny, miss Fanny es tan jóven!

¡Ah! dijo mi padre recitando en voz baja los célebres versos, cuya traducion por Pope es tan frecuentemente citada:

Like leades on trees the race of man is found
Now green in youth, now with riug ont the ground (1).

—Y segun dices desean verme; pero Leonor, Lady Leonor, ó su... su marido?

=Su marido; Lady Leonor, pareció aprobar tácitamente.

—Veremos, dijo mi padre... Abre la ventana... esta pieza es sofocante.

Abrí la ventana que caia al Strand (2).

---

(1) La especie humana es como las hojas de los árboles.

Aquí verde como la juventud, allá marchita por el suelo

(2) Dilatada calle de comercio de Lóndres, paralela al Támesis.

Asomóse mi padre y estuvo mirando durante algun tiempo, á pesar de la gritería y ruido de los transeuntes y carruages. Por último, volviéndose hácia mí, díjome con semblante sereno:

=Cada hormiga camina con su carga por la colina y la lleva alegremente al hormiguero. ¡Cuán feliz soy! ¡Cuántas gracias debería dar á Dios! ¡Cuán ligera es mi carga, y cuán dulce asilo mi casa!

Al terminar mi padre estas palabras, enviró mi madre, hacia la cual se dirigió á aquel, y pasando un brazo en torno de su cintura le dió un beso en la frente. Estas caricias conyugales no habian perdido su tierno encanto; pero mi madre, que no estaba entonces de buen humor, le miró con una dulce sorpresa.

—Pensaba, dijo mi padre, en lo mucho que te debo y te amo.

CAPITULO II.

—

Hénos ya á los tres dias de mi llegada establecidos con toda la pompa y grandeza de nuéstro ajuar en la calle de Russell, á corta distancia de la biblioteca del Museo. Mi padre pasara las mañanas desde muy temprano en medio de aquel «profundo silencio, lata silentia», como llama Virgilio al mundo de los muertos: tembien nosotros podemos llamar el "otro mundo" á la mansion de los talentos, á una biblioteca.

—Pisistrato, dijo mi padre una tarde que clasificaba sus notas, mientras limpiaba sus anteojos,—una gran diblioteca es un lugar «imponente» en el cual se hallan todos los despojos de los hombres, desde el diluvio.

—Sin duda, ó mas bien un cementerio, dijo mi tio Rolando, que aquel mismo dia se habia reunido con nosotros.

—Es una Heraclia, dijo mi padre.

—Te suplico que no empieces á valerte de términos inusitados, dijo el capitan meneando la cabeza.

—Pero hombre, repuso mi padre, si Heraclia era la ciudad de los neciomanos, ue la cual evocaban á los muertos. Supoenn que me interesaba hablar á Ciceron, lo evocaba: se queria dar un paseo por el mercado de Atenas y saber noticias de dos mil años atrás, escribia mi demanda en un pedazo de papel, y un formalote mágico me donia en contacto con Aristófanes. Y todo esto á quien lo debemos sino á nuestro antepasado... ¡Agustin!

—A nuestros antepasados que escribieron libros... Tén calma Rolando.

Al llegar aquí, mi tio Rolando presentó su caja á mi padre, el cual, á pesar de su inveterado horror al tabaco, tomó un polvo, y en su consecuencia estornudó... cinco veces seguidas, para ser justo con mi tio Rolando, que acompañó cada estornudo con un «Jesus, Agustin» pronunciado con la mayor uncion.

Así que mi padre hubo dado fin á sus estornudos, prosiguió con las lágrimas en los ojos, pero tan tranquilo como antes de la interrupcion, porque era filósofo y pertenecia á la secta de los estóicos.

—Pero lo *imponente* no es eso, sino el atreverse uno á rivalizar con los talentos privilegiados, osando á decirles: «Hacédme sitio, que tambien yo quiero colocarme entre los elegidos: tambien yo quisiera conferenciar con los vivos, muchos siglos despues que la muerte haya consumido mis cenizas. ¡Ah! Pisistrato, hubiera preferido que el tio Joaquin me hubiese llevado, qué se yo adónde, antes que hacerme venir á Lóndres é instalarme entre aquellos dominadores del mundo.

Mientras mi padre peroraba, yo me habia ocupado en cepillar algunos estantes de abeto para los *espíritus selectos*, pues yo entendia un poco de carpintería, y mi madre, siempre previsora cuando se trataba de mi padre, habia adivinado que aquellas cosas eran indispensables en una casa bien montada. Así, pues, no solo se trajo mi caja con todos los instrumentos, sino que por la mañana se fué ella misma á comprar las primeras materias. Abandonan-

do por un instante mi faena.

—Querido padre, le dije, si hubiera yo contemplado en el colegio fileleno con tanta veneracion como V.; á los grandullones que me aventajaban, hubiera permanecido eternamente el último de la division de los mínimos.

—Pisistrato, tu eres tan revoltoso como tu homónimo, esclamó sonriéndose mi padre; así, pues, deja en paz á los grandullones.

Aparecióme en esto mi padre, con un semblante radiante de hermosura y buen humor, lo cual nada tenia de estraño pues acababa de disponer una habitacion para el tio Rolando, habia terminado un ventajoso tratado con la lavandera, y celebrado un consejo con la señora Gervásia sobre los medios mas eficaces de eludir las exhortaciones de los vendedores y tenderos de Lóndres. Contenta de sí y de todo el mundo, dióle un beso en la frente á mi padre que andaba á vueltas con sus notas, y sentóse á la mesa para tomar el té. Mi tio Rolando con su acostumbrada galanteria, permaneció de pié con la tetera en la mano, y despues de haber llenado metódicamente las funciones de escanciador que voluntariamente se habia impuesto, fué á echar

una ojeada á la obra en que yo me hallaba ocupado.

—Querido sobrino, en las manos de un jóven bien nacido, sienta mucho mejor una espada que un cepillo de carpintero.

—¡Ah! ¡ah! tio, eso consiste...

—¿En qué consiste? vamos, di.

—En el uso que se hace de las cosas. No le gusta á V. mucho mas ver á Pedro el Grande construyendo buques, que á Cárlos XII matando hombres?

—Pobre Cárlos XII, dijo mi tio exhalando un patético suspiro... ¡el príncipe valiente!

—¡Qué lástima que no hubiese sido mas galante con las damas!

—En el mundo no hay ningun hombre perfecto, dijo mi tio con tono sentencioso. Pero hablando formalmente, *al presente* eres tú la única esperanza varon que le queda á la familia; eres ahora... y mi tio se detuvo de improviso tomando su fisonomía un aspecto sombrío. Conocí que se acordaba de su hijo, del hijo misterioso. Al mirarle yo con un tierno interés, parecióme que los surcos de su semblante se habian profundizado, y vuelto mas blancos sus cabellos; su mirar sombrío era el de un

hombre que acababa de esperimentar un recuerdo doloroso, aunque nada nos hubiese dicho del asunto que habia motivado su separacion de nosotros algunos meses antes, no era preciso estar dotado de una estraordinaria penetracion para adivinar que su resultado no habia sido satisfactorio.

Mi tio prosiguió:

—Desde tiempo inmemorial, cada generacion de nuestra casa, ha dado á su pais un soldado. Echó una ojeada en mi rededor y solo veo florecer una rama en nuestro antiguo árbol y...

—¡Ah! querido tio, ¿pero que dirian *ellos*? ¿Piensa V. acaso que no me gustaria seguir la carrera militar? No me tiente V.

Mi tio echó mano á la caja del tabaco, y en aquel momento, desgraciadamente quizás para los laureles que hubieran podido orlar las sienes de Pisistrato de Inglaterra, nuestro coloquio privado fué interrumpido por la repentina y atronadora entrada del tio Joaquin. No ha habido en el mundo aparicion mas inesperada.

—Ya me teneis aquí, queridos amigos, ¿cómo vá, cómo estais todos? Capitan de Cáxton, siempre soy de V. Ya, á Dios gracias, estoy libre. Ya he abandonado el des-

dichado periódico de provincia: aquello no era para mi génio; como si dijéramos un occéano en una taza de té. Encadenarme yo á mezquinos y sórdidos intereses, cuando mi corazon abraza á la humanidad entera! Esto equivaldria á convertir la inmensidad del círculo en un limitado triángulo.

Dicho esto, hizo mi tio Joaquin tres evoluciones que no estaban muy de acuerdo con su teoría favorita, de la mayor felicidad del mayor número, á saber: en primer lugar vertió en una taza que recibió de manos de mi madre, la mitad del contenido de un jarro de nata; despues eliminando dos triángulos del círculo de un pastel, redujo este al tamaño mas limitado que le fué posible; y por último, situándose de espaldas á la chimenea que habia sido encendida por consideracion al capitan de Caxton, levantóse los faldones de la levita, y sin dejar de saborear el té, monopolizó en obsequio de cierto *círculo* enteramente peculiar al hombre, todo el calór de la lumbre.

—El hombre ha nacido para sus semejantes. Ya hace tiempo que me hallaba harto de tener que habérmelas con aquellos hidalguillos egoistas: vuestra partida acabó de decidirme. Ahora estoy en negociaciones

con una casa de Lóndres, que reune audacia, capital y vasta filantropía: el sábado anterior abandoné el servicio de la oligarquía, y ahora solo soy el protector de las masas; ya tengo el prospecto impreso en el bolsillo. Catalina, otra taza de té, un poco de nata y un pastelillo: ¿llano?

Así que se hubo desembarazado mi tio de la taza, sacó en efecto de su bolsillo unas pruebas de imprenta, húmedas aun; á su cabeza se leia en grandes caractéres:

LA GACETA DEL ANTIMONOPOLIO
ó
EL CAMPEON POPULAR.

Desdobló triunfalmente este papel y se lo enseñó á mi padre.

—Pisistrato, dijo este mirándolo, ahí tienes el nuevo sello que destina el tio Joaqnin á sus bollos de manteca. Un gorro de la libertad que sale de un libro abierto! Magnífico, Joaquin, magnífico.

—Es decir, la república neta, esclamó el capitan.

—Así es la verdad, dijo mi padre; pero forzoso es confesar que nada se despacha

mejor en el mercado popular, que la ciencia y la libertad.

—¿Qué quería V. decir con los bollos de menteca? No entiendo una palabra, dijo el tio Joaquin.

—Cuanto menos lo comprenda V., Joaquin, mejor se venderá la manteca, dijo mi papre volviendo á sus manuscritos.

CAPITULO III.

El tio Joaquin se habia propuesto quedarse en casa, y mi madre pasó algunos trabajillos para darle á entender que no teníamos cama que ofrecerle.

—Si que es chasco, dijo al oirlo; apenas llegué á la capital me abrumaron á invitaciones; pero no quise acertar ninguna por estar con vosotros.

—¡Cuánta bondad! dijo mi madre; y añadió, ya yo me lo figuraba, pero ya ves.....

—Nada, nada, por eso no hay que disgustarse, me iré á buscar cuarto; de todos modos ya sabreis que vendré á almolzar y á comer con vosotros; es decir, cuando mis demas amigos me dejen libre; me voy á ver terriblemente perseguido de convites. Y así diciendo, el tio Joaquin guardóse su pros-

peeto en el bolsillo, nos dió las buenas noches y desapareció.

Acababan de dar las once: mi madre se habia retirado, y mi padre puso sus libros en órden y guardó los anteojos en el estuche. Terminada tambien mi obra, sentéme á un lado de la chimenea, tan pronto pensando en los lindos ojos de Fanny Trevanion, como en los campos de batalla, en los laureles y en la gloria; pero este recuerdo hacia latir mi corazon con menos fuerza que aquel. Mi tio Rolando contemplaba la llama de la lumbre con los brazos cruzados y la cabeza baja; y mi padre, despues de haber echado una rápida ojeada por toda la sala, examinó á su hermano por algunos momentos, y acercándose á él le dijo á media voz:

—Mi hijo ha visto á los Trevanions, Rolando; se acuerdan mucho de nosotros.

El capitan se estremeció, levantóse y se puso á silbar... como lo tenia de costumbre cuando se hallaba muy embarazado.

—Sí, prosiguió mi padre, y Trevanion desea vernos. Pisistrato le ha prometido mandarles las señas de nuestra casa. ¿Se las enviará, Rolando?

—Si te parece bien, respondió el capitan

enderezándose con aire marcial... Figuréme que tenia mas de siete pies.

=Me parece bien, dijo mi padre con dulzura..... Hace ya veinte años que no nos vemos.

=Mas de veinte años, replicó el tio Rolando con una sonrisa severa, y me acuerdo que fué en tiempo de... la caida de las hojas.

=Cada siete años renueva el hombre las fibras y la materia de su cuerpo, prosiguió mi padre; en tres veces siete años hay tiempo bastante para renovar su alma... Examina, por ejemplo, á dos hombres que pasan por esa calle: ¿son menos parecidos el uno al otro que lo será su alma misma despues de pasados veinte años? Rolando, no pasa en vano el arado sobre la tierra, ni los disgustos por el corazon humano: el aspecto de la tierra se cambia con nuevas cosechas, pero es preciso profundizar mucho para levantar las piedras.

—¡Veamos á los Trevanions! esclamó mi tio; dirigiéndose luego hácia mi, me preguntó bruscamente: ¿cuántos hijos tiene?

—Una hija.

=¿Y ningun hijo?

=Ninguno.

=Esto debe contrariar á aquel pobre ambicioso. Te habrá dejado muy admirael señor Trevanion, ¿no es verdad, sobrino? Sin duda, su entusiasmo, el atractivo de su palabra, y sus atrevidas ideas son las mas á propósito para deslumbrar á un jóven.

=¡Cómo es eso de entusiasmo y de atractivo! Querido tio, si V. oyera al señor Trevanion, es tan vulgar en su manera de producirse, que admiraria como yo de, de que haya podido adquirirse tan gran fama de orador.

=¿De veras?

—Ya ha pasado por él el arado, dijo mi padre.

=Pero no el de los pesares; rico, ilustre, con una mujer como Leonor por esposa... y sin hijos.

=Si desea vernos, hermano, es porque algunas veces se alverga la tristeza en su corazon.

El tio Rolando fijó en mi padre y en mí sus ojos admirables.

=En ese caso, dijo con acento conmovido, plegue al cielo que venga, y que pueda estrecharle entre mis brazos como estrecharia á un camarada que hubiera combatido con-

migo. Pobre Trevanion... Sisty, escríbele al momento.

Senteme á la mesa y óbedecí. Mientras cerraba la carta, levanté los ojos, y ví que el tio Rolando encendia su palmatoria en la de mi padre, y que este le tomaba la mano y le hablaba al oido. Al momento adiviné que se trataba de su hijo, porque movió la cabeza y respondió con voz conmovida:—Renueva mi dolor si quieres, pero no mi oprobio. Sobre este asunto... silencio.

CAPITULO IV.

Abandonado á mí mismo durante las mañanas, divagaba solo por el vasto decierto de Lóndres. familiarizándome por grados con aquella populosa soledad, y olvidando poco á poco los encantos de la vida campestre. La enérgica actividad que me rodeaba, tan triste al principio, me pareció muy pronto alegre, y acabó por hacerce contagiosa. Empecé á fastidiarme de las doradas vacasiones de una juventud ociosa, á suspirar por el trabajo, y á pensar en mi carrera: la universidad, que habia formado en otro tiempo mis ilusiones, empezó á parecerme la mansion del tédio monástico. El ir á divagar por los claustros de nuestros colegios de Oxford ó de Cambridge

valia tanto como retrogadar desde la vida al quietismo de la tumba.

El tio Joaquin no tardó en hallarse absorvido en su nueva especulacion para la felicidad del género humano, y no le veiamos ya con tanta frecuencia... escepto á la hora de comer; porque, preciso es hacerle justicia, no desmintió su puntualidad á la mesa, aunque no se olvidára de hacernos saber los sacrificios que le costaba, es decir, los convites que rehusaba por nosotros. El capitan salia por lo regular de casa despues del desayuno, y raras veces venia á comer, retirándose por la noche, frecuentemente bastante tarde: se llevaba la llave y volvia á sus horas. Algunas veces (su cuarto estaba tabique en medio con el mio) me despertaba al oirle subir por la escalera; otras le sentia pasear por su gabinete antes de acostarse; pero con el andar de un hombre agitado, ó me parecia oir algun sordo gemido. Cada dia aparecia mas pálido, mas abatido, y sin embargo nos hablaba con apariencias de buen humor. Figuréme ser yo el único en la familia que descubria la amargura de que se hallaba lleno el corazon del viejo espertano, á pesar de toda la

reserva con que procuraba encubrirla.

Un movimiento de curiosidad, mezclado de compasion, me hizo desear saber en que empleaba los dias de ausencia que terminaban por lo comun en noches de agitacion y sobresalto, y creyéndome poseedor de su secreto pensé que tendria el derecho de consolarle en sus penas y mitigarlas.

Despues de algunos escrúpulos de conciencia, resolvíme por el último á tratar de satisfacer una curiosidad disculpable por su objeto.

En su consecuencia, una mañana, despues de haber espiado su salida, me deslice detras de él siguiéndole á una distancia razonable: hé aquí nuestro itinerario en aquel dia.—A pesar de su aparente debilidad, empezó su escursion con paso seguro, el cuerpo derecho, y el pecho hacia la plaza de Leicester, la cual recorrió repetidas veces en distintas direcciones, dirigiéndose despues por la calle de San Martin: hacia ya mas de una hora que habiamos salido de casa, y el paso del capitan empezaba á resentirse de cansancio: de vez en cuado se quitaba el sombrero y se limpiaba el sudor que bañaba su frente. Dirigióse por último hácia los dos teatros

principales y detúvose al llegar á sus inmediaciones para leer los carteles, comparando al parecer cual de los espéctaculos que en ellos se anunciaban podria tener mas probabilidades de atractivo: luego divagó lentamente por las calles inmediatas á aquellos templos de las musas, y bajó hácia el *Strand*. Al llegar allí se introdujo en un pequeño figon, y pasando yo junto á sus ventanas, le vi sentado á una mesa que contenia una frugal comida, de la cual apenas probaba alguna cosa, hallándose embebido en la lectura de los anuncios del *Times*. Terminado que hubo la lectura del periódico, y despues de tomar algunos bocados sin apetito, entregó silenciosamente el capitan su shelin, recibiendo una moneda de la vuelta: apenas tuve el tiempo necesario para retirarme á un lado cuando le vi aparecer en el dintel de la puerta. Echó una mirada á su alrededor, pero me arrimé cuanto pude á la pared para no ser visto, y seguí cubriendo su retaguardia. Ya era cerca de medio dia, y aunque la temporada de Lóndres no habia aun empezado, hallábanse sus calles animadas. Al llegar al centro de la plaza de Waterlóo, encontró-

se el capitan con un sugeto que montaba un bonito caballo bayo, y llevaba el frac enteramente abrochado como mi tio: todo el mundo dirigia sus miradas hácia aquel caballero, y al pasar por junto á él llevó el capitan, parándose, la mano á su sombrero: el ginete entoces tocó tambien con el dedo índice su sombrero y continuó su paseo.

Acerquéme á una tienda á cuya puerta se hallaba de pié un mozo, mirando como los demás.

=¿Me dirá V., amigo, le dije, quién es ese sugeto que ha pasado á caballo?

—Quién ha de ser, me respondió, con desden, el Duque.

¿El Duque?

—Si señor, Welligton.... pues está V. enterado. ¿De dónde ha salido V.?

—Gracias, le dije sin darme por entendido de su interpelacion.

A todo esto, el tio Rolando se habia metido por la calle del Regente, apresurando el paso: se conocia que la vista de su antiguo general habia reanimado las fuerzas del veterano. Al llegar dió algunos paseos bajo una de sus columnatas: mantúveme yo debajo de otra, sin perderle nunca de vista,

y jadeando y lleno de cansancio, á pesar de tenerle por un buen andarin; y no era esto lo peor, sino que el capitan habia hecho la mitad de su jornada. Sacó su reloj, se lo acercó al oido, y habiéndolo puesto á la hora, prosiguió por la calle de Bond y la de Hydg. Rendido de fatiga al llegar allí, apoyóse sobre la barandilla de hierro que circuye al Aquiles de bronce, y en una actitud que espresaba el desaliento: sentéme yo sobre la yerba y me puse á mirar la estátua; el parque comparado con las calles, estaba solitario; lo mas que se veía en él, era alguno que otro paseante á caballo y tal cual curioso de á pié. Mi tio fijaba su mirada melancólica en cuantos paseaban: uno de los cuales, de porte militar, le reconoció y se fué hácia él á hablarle: pero el capitan pareció avergonzarse de aquel saludo, y cortó la conversacion contestándole laconicamente.

Empezó en esto á oscurecer y anocheció: volvió el capitan á echar mano á su reloj, despues de haberlo examinado, bajó la cabezá y se sentó en un banco en donde permaneció inmóvil con el sombrero sobre las cejas y los brazos cruzados. Yo que no habia probado bocado desde el desayuno, em-

pecé á sentirme con hambre, pero guardá el puesto con la constancia de un centinela romano.

Aparecióse la luna, y levantándose el capitan echó á andar entrando por Piccadilly, pero con paso vacilante y el cuerpo encorbado. ¡Qué contraste formaba el inválido abatido de aquellas horas con el robusto veterano de la mañana!

¡Con cuánta satisfaccion me hubiera apresurado á ofrecerle mi brazo?... no me atreví.

Detúvose el capitan al llegar á una estacion de carruages, echó mano al bolsillos sacó su bolsa de seda, deslizó en ella los desdos volvióla á cerrar y metiósela en el bolsillo: alentado al parecer por un esfuerzo heróico, el capitan levantó la cabeza y emprendió su camino con nuevos brios.

¿Adónde va este hombre? dije yo en mi interior; á casa por lo visto! No; aun nos queda que andar.

El capitan no se detiene hasta llegar á uno de los dos pequeños teatros de Strand, y al llegar á la puerta lee el cartel y pre-

gunta si es ya hora para tomar billete de medio precio. (1).

«Ahora está dando, le responden en el despacho, y el capitan entra; tomo yo otro y le sigo, despues de haber tomado un ligero refrigerio en el café. Un momento despues me encontraba por la primera vez de mi vida, en el teatro.

No me fascinó mucho la representacion á que asistí, pues consistió en una de aquellas ridículas farsas que se representan en los teatros de segundo órden, pero lo cierto es, que los espectadores prorrumpian frecuentemente en estrepitosas carcajadas, sin que me fuera dado comprender la causa de tanta risa y algazara. Asi pues, paseé una mirada por todo el salon, y al llegar á las últimas galerías, parecióme distinguir un semblante tan sombrío como el mio. *Eureka!* Ya te encontré! Allí estaba el capitan! ¿Por qué irá este hombre al teatro, si tan poco se divierte? me pregunté á mí mismo. Mas le hubiera valido al pobre tio invertir su shelin tomando un carruaje!»

En esto apareciéronse en el solitario rin-

(1) En casi todos los teatros de Lóndres se entra por la mitad del precio durante la segunda parte de la representacion.

con del pobre capitan algunos caballeritos muy alegres y vivarachos y algunas señoritas tan divertidas como ellos. Al pronto mostróse contraido é impaciente mi tio: levantóse, y desapareció: abandoné yo tambien mi asiento y me dirigí al pasillo á esperarle: cuando llegué ya bajaba anunciándose con su pierna de palo, y yo me retiré á la oscuridad. Paróse al llegar á la puerta del café, estuvo vacilando algunos momentos y por último se decidió á entrar.

Afortunadamente estaba lleno de gente el salon, y me fué fácil deslizarme por entre la muchedumbre, sin ser visto. Ah, que espectáculo tan burlesco y patético á la vez, formaba la presencia del veterano oficial revuelto entre aquel bullicioso enjambre! Pareciáse á uno de los héroes de Homero, dominando con su talla todas las cabezas; tan notable era su aspecto, que no tardó en llamar la atencion de las señoras. Y yo, necio de mí, que al verle repentinamente convoyado por tres hermosuras con vestidos de seda, pude imaginarme que era efecto de la natural simpatía de aquel sexo amable y compasivo! Que otro móvil podia inspirar á las tres señoras, la una con un sombrero adornado con multitud de plumas blan-

cas, y las otras dos con sus ondulantes búcles, sino el de mitigar las penas del corazon, y consolar al afligido!

Habiéndose destacado de un grupo de caballeros con quienes estaban hablando, salieron al encuentro de mi tio obstruyéndole el paso.

=Sin duda busca V. á alguno, dijo una de ellas al capitan tocándole en el sombrero con el abanico.

Mitio se estremeció.

—No se engaña V., señora le respondió.

¿No podria yo llenar su lugar? repuso otro de aquellos ángeles compasivos, con una dulzura celestial.

=No, señora, gracias; respondió el capitan haciendo su mas respetuoso saludo.

—Vamos á tomar un sorbete, dijo la tercera á su vez. Me parece que se halla V. tan cansado como yo; por aquí; y cogió á mi tio del brazo para llevarlo hácia una mesa.

El capitan bajó tristemente la cabeza, y como si de repente echase de ver la clase de atencion de que era objeto, fijó en aquellas bellas Armidas una mirada de dulce reconvencion, tan afectuosa y compasiva que no hubieran podido resistir los ojos mas

atrevidos... No se habia desprendido aun de la mano que le sujetaba por el brazo porque su galanteria caballeresca se hacia estensiva hasta á aquellos seres que han renunciado á los derechos de su sexo: por fin aquella mano se desprendió por sí misma con una timidez involuntaria, y mi tio siguió adelante.

Abrióse paso por entre la concurrencia y pudo llegar á la última puerta interior: habiendo yo conocido su intencion, salime á la calle para esperarle.

¡Oh! ¡Ahora sí que vamos á casa, gracias á Dios! dije yo en mi interior: pero de nuevo me llevé chasco: Emprendió mi tio la marcha hácia un punto de reunion popular, que luego supe se llamaba las *Sombras*, pero se salió de allí antes que hubiese yo llegado, y metiéndose por una de las calles del barrio de Saint-James, llamó á la puerta de una casa. No tardó mucho aquella en ser abierta por una celosa mano, la cual volvió á cerrar dejándome plantado en la acera. ¿Quién podria vivir allí? Mientras estaba yo al acecho llegaron otras distintas personas, llamaron con igual cautela y fueron introducidas furtivamente por la misma mano.

En esto, observé que un agente de policía que se paseaba por la calle de arriba á bajo, se dirigió hácia mí.

—Cuidado con las tentaciones, jóven, dijo, mirándome con aspecto severo. Tome V. buen consejo y váyase á dormir.

—¿Quién vive aquí? le pregunté temblando al oir aquel consejo de tan siniestro agüero.

—¡Oh! demasiado lo sabe V.

=Nada sé; hace poco que he llegado á Lóndres.

=¡Ese es el infierno! respondió el agente convencido por mi naturalidad de que no le engañaba.

—¡Dios mio! á ver, ¿cómo, cómo ha dicho V.?... sin duda lo entendí mal.

—Un infierno... ¡una casa de juego!

—¡Oh! esclamé retirándome algunos pasos. ¡Pero sera posible! ¡el capitan Rolando, el veterano rígido y pobre, jugador!... Presentóse repentinamente á mis ojos la verdad desnuda, el desgraciado padre iba en busca de su hijo!... Me apoyé sobre el pilar de un reverbero, y tuve que hacer un esfuerzo para no echar á llorar.

Hallábame absorto aun, cuando oí abrir la puerta; por la cual vi salir al capitan: co-

nociendo por la direccion que tomó que se retiraba á casa, apresuré yo el paso, y haciendo un pequeño rodeo llegué antes que él. Mis padres que no me habian visto en todo el dia se hallaban consternados con mi ausencia: sufrí de buen grado sus reconvenciones, prestando haberme arrastrado la curiosidad por calles lejanas y desconocidas para mí, en las cuales me habia perdido: tomé luego un bocado por via de cena, metíme en el cuarto y me acosté. Cinco minutos despues, resonaban por la escalera los pasos fatigados del capitan.

SESTA PARTE.

—

CAPITULO I.

—No lo sé, dijo mi dadre.

¿Y qué era lo que no sabia mi padre?—Decia este que no sabia que la felicidad fuese el término final de nuestra existencia.

¿Y á quién iba dirigida esta respuesta, hecha en términos tan escépticos?

Vamos á verlo. Hará como cosa de media hora que el señor Trevanion se halla sentado en el salon de mi casa, y despues de haber tomado dos tazas de té, recibidas de la blanca mano de mi madre, se encuentra tan contento y satisfecho como en su propia casa. El señor Trevanion ha venido con otro

de los antiguos amigos de mi padre, sir Sedley Beaudesert, al cual no habia vuelto á ver desde su salida del colegio.

Es preciso que te diga, antes de pasar adelante que esto pasa á las nueve de una noche apacible y serena del verano anterior; que las ventanas se hallan abiertas de par en par; que uno de nuestros balcones está lleno de flores, gracias á los cuidados de mi madre; que aunque estamos en Lóndres, el aire es puro, fresco y suave; que la calle yace tranquila, turbando solo esta tranquilidad alguna que otra vez el ruido de los pasos de las personas que se retiran silenciosamente á sus casas. Estamos en una tierra clásica, no lejos del antiguo y venerado museo, severo edificio monástico, con sus tesoros de erudicion, respetado aun por el gusto del siglo. El silencio del templo parece consagrar cuanto le rodea. El capitan Rolando se halla junto á la chimenea; esta se encuentra apagada, y sin embargo, el capitan oculta su semblante detrás de un abanico. El señor Trevanion y mi padre han acercado sus sillas y se han sentado al lado el uno del otro en medio de la sala. Sir Sedley Beaudesert se ha recostado contra la pared, junto á la ventana y detrás de mi

madre, cuyo semblante aparece mas lindo y gracioso que nunca al contemplar á su Agustin en medio de sus amigos. Y yo con un codo sobre la mesa, y sosteniendo la barba con la mano izquierda, contemplo con admiracion á sir Sedley Beadesert.

¡Oh tipo estraordinario de una raza que rápidamente desaparece! Tipo de la flor y nata de los caballeros, es preciso que haga aquí un paréntesis para describirte.

Si Sedley Beaudesert era contemporáneo de mi padre y del Sr. Trevanion; pero sin afectar el ser jóven parecia serlo aun. Todo respiraba en él juventud: el traje, el metal de voz, las maneras, la mirada, y no obstante descubria cierta dignidad que no era la del jóven. A los veinte y cinco años se habia conquistado en otro tiempo la gloria de un marqués francés del antiguo régimen, la reputacion del hombre mas seductor de su tiempo: popular con nuestro sexo, era, querida lectora, el favorito del vuestro. A mi entender es un error el suponer que para hacerme de moda no se necesite talento: Sedley estaba de moda y tenia talento; habia viajado mucho; habia leido mucho, en particular obras de viajes, de historia y bellas letras; hacia versos con cierta inge-

niosa originalidad; su conversacion solia ser interesante y sus modales y urbanidad esquisitos: tenia carácter y honradéz, y al atractivo que sus palabras producian, se añadia la sinceridad de sus actos.

Sir Sedley Beaudesert permanecia soltero y en su edad aun conservaba el aire de juventud, que le hubiera podido proporcionar un matrimonio por amor. De buena familia, rico, popular como hé dicho, y no obstante se traslucia en su mirada cierta esprecion de melancolía; sí, aquella frente tán tersa y tan pura se oscurecia incesantemente por la sombra de los pesares.....

—Repito que no lo sé, dijo mi padre. No he visto nunca un hombre que haya encontrado una felicidad completa. Los unos quieren adquirir riquezas, otros quieren gastarlas, este obtener un empleo, aquel crearse un nombre, pero todos ellos saben muy bien que no es la felicidad lo que buscan: el interés personal es el móvil universal. Ahora, con respecto á esta noble distincion entre el interés personal vulgar, y el interés personal ilustrado cuanto mas ilustrado sea este, menos influencia ejerce en nosotros. Decidle á un jóven que acaba de dar á la prensa una obra portentosa, ó

de pronunciar un magnífico discurso, que no será mas feliz por alcanzar la celebridad de Milton ó el poder de Pitt, y que seria mas provechoso para su felicidad el cultivar una quinta, vivir en el campo, y alejar en cnanto sea posible la época del asma y de la gota, y os responderá francamente: «Lo sé tambien como vosotros; pero poco cuidado me dá el ser ó no feliz: lo que he resuelto ser, si puedo conseguirlo, es un escritor célebre, ó primer ministro» Así piensan casi todos los jóvenes en el mundo: la ley de la naturaleza es marchar adelante, y V. no puede decir á los hombres ni á los niños:—Estate quieto en la silla y no rompas los zapatos.

=En este caso, respondió el Sr. Trevanion, si le digo á V. que no soy feliz, su única respuesta será, que obedezco á una ley inevitable.

=No, yo no trato de sentar que la felicidad del hombre dependa de una ley inevitable: lo que sí digo es, que el hombre á su pesar, por una ley inevitable, vive para alguna cosa mas elevada que su propia felicidad, puesto que no puede vivir en sí mismo, ó para sí mismo, por muy egoista que quiera ser. Cada uno de sus deseos es

un lazo que le encadena á los demas: el hombre no es una máquina, forma parte de una máquina.

=Tienes razon, Agustin, dijo el capitan Rolando; el hombre es un soldado y no un ejército.

=La vida es un drama y no un monólogo, prosiguió mi padre. «Drame» es una palabra del verbo griego «obrar:» cada actor desempeña en el drama algun papel que conduce á la marcha de la accion general: hé aquí el objeto para el cual lo ha creado el autor. Represente V. su parte, y asi podrá seguir la comedia adelante.

—¡Ah! dijo con viveza el Sr Trevanion; en eso consiste la dificultad, en desempeñar el papel: cada actor contribuye á la accioon y no obstante debe desempeñar su parte sin saber cual será el desenlace. Ahora bien, voy á confiar á V. el secreto de mi vida política, ó que esplica todos mis contratiempos y disgustos, (porque á pesar de mi posicion los he sufrido)—*Carezco de convicciones.*

=Efectivamente, respondió mi padre, porque en todas las cuestiones hay dos frases, y V. debe fijarse en las dos.

=Esa es la dificultad, repuso el Sr. Tre-

Vanion sonriéndose. Para ser á propósito para la vida política, no deberia ver el hombre mas que una de las dos: era preciso que se pusiese de acuerdo con un partido, y que se afiliase á él ciegamente.

—Se ha esplicado V. bastante para darme á entender que no deberia pertenecer á un partido, pero no para que sepa la causa que le impediria ser feliz dijo mi padre.

—Se acuerdan Vds., dijo sir Sedly Beaudesert, de una anécdota del primer duque de Portugal? En las cuadras de su casa de campo de Holanda, tenia una galeria, en la cual se daban conciertos semanales para que se distragesen sus caballos, los cuales estarian sin duda muy divertidos. Lo que le hace falta á Trevanion es un concierto semanal. Sin embargo, ¿quién habrá que no le tenga envidia? Sin la vida es un drama, su nombre impreso en caracteres colosales y en grandes carteles, llama la atencion del público en todas las esquinas.

—¿Quién me ha de envidiar? esclamó el señor Trevanion. ¿Pues qué, no es V. acaso mas digno de escitar envidia? Cuénteme V. sus disgustos y pesares: solo uno le

aqueja á V., y es tan absurdo que se avergonzaria de revelarlo. ¡Oh sábio Agustin! ¡Oh rígido Rolando! escuchadme. Olivares era perseguido incesamente por un espectro, y Sedley Beaudesert por el miedo á la vejéz!

—Sin embargo, dijo mi madre formalmente, soy de parecer que debe poseerse un gran fondo religioso ó un gran cariño hácia los hijos, en los cuales renace uno, para reconciliarse con la idea de envejecer.

—Mi querida señora Caxton, dijo sir Sedley, á cuyo semblante habia subido una llamarada al escuchar al Sr. Trevanion, pero que era ya dueño de sí mismo, acaba de hablar V. tan admirablemente, que me ha infundido valor para cofesar mi debilidad. En fecto temo el volverme viejo. Todos los goces de mi vida han sido los de la juventud: he esperimentado un placer tan puro la en la simple sensacion de vivir, que me aterra la vejez al verla venir con sus ojos apagados y su blanca cabellera. He vivido como la mariposa; he visto pasar el verano, contemplo marchitas mis flores, y siento que me abandonan las alas al primer soplo del invierno. Sí, envidio á Trevanion,

porque en la vida política no hay vejez ni juventud: mientras uno pueda trabajar nunca es viejo.

—Mi querido Beaudesert, cuando San Amable, patron de la ciudad de Riom, en Auvernia, hizo su viaje á Roma, le servía el sol como un criado; durante las horas de calor, le llevaba el sol los guantes y la capa, y así que el tiempo cambiaba, abria el sol un paragua y le preservaba de la lluvia. También V. quisiera que le fuera sirviendo en su viaje particular, y tiene V. razon, pero ante todo debe uno ser santo, y después tendrá el Sol á sus órdenes.

Sonrióse sir Sedley, pero cambióse su sonrisa en un suspiro al responder: «De muy buena gana me convertiria en un santo siempre que el sol fuese mi centinela en vez de ser mi correo. Todo cuanto le pido es permanecer estraordinario, y ya ve V. que ni aun acompañando á San Amable deja de marchar Señora Caxton, los dos nos hemos entendido y estamos de acuerdo en que es la cosa mas triste del mundo el envejecer, por mas que uno haga para permanecer jóven.

—Rolando, ¿y qué dices tú de estos dos descontento? preguntó mi padre.

Volvióse el capitan penosamente en su sillon, porque el reumatismo se le habia fijado en un hombro y esperimentaba profundos dolores en su pierna mutilada.

—Digo que el sentirse estos hombres fatigados por ir desde Brentfort á Windsor, consiste en que nunca han conocido el vivac y la batalla.

Volviéronse los dos descontentos á mirar al veterano: primero se fijaron sus ojos en los profundos surcon de su semblante de aguila, y luego en su pierna de palo.

Durante este tiempo se habia levantado mi madre silenciosamente bajo pretesto de buscar su labor en la mesa, junto á la cual se hallaba el tio Rolando, y estrechó á este la mano.

—Señores, dijo mi padre, no creo que mi hermano haya oido hablar nunca de Nichocore, el poeta cómico, y no obstante acaba de traducirlo por una frase feliz: «El mejor remedio contra la embriaguez, dice Eichocore, es una inesperada desgracia.» siendo esto asi, una cadena de desgracias positivas debe ser de mucho provecho contra la embriaguez crónica.

Nada contestaron ambos descontentos, y mi padre cogió un libro voluminoso.

CAPITULO II.

—Amigos mios, digo mi padre levantando la vista del libro y dirigiéndola á la visita: yo sabia un remedio mucho mas suave que una desgracia, que á Vds. dos les probaria admirablemente.

=Veamos el remedio, repuso sir Sedley.

—Llevar una bolsita con azafran en la boca del estómago.

—¡Vamos, Agustin! dijo mi madre en tono de reconvencion.

Sin hacer caso de la interrupcion, prosiguió gravemente mi padre:

—¡Nada hay mas probado para infundir valor! Rolando no necesita azafran porque es soldado. El deseo de batirse y la esperanza de la victoria infunde en el co-

razon un calor que se conserva en él mucho tiempo y sostiene el sistema vital.

=Esos son cuentos, dijo el Sr. Trevanion.

—Pero los hombres de un temperamento como el de Vds. deben valerse de medios artificiales, por ejemplo, el de echar nitro en el caldo desde tres á diez granos (los animales engordan con el nitro) ó mejor aromas terrestres como los que existen en los pepinos y en las coles. Un caballero de gran consideracion hacia que todas las mañanas al tiemqo de despertarse le introdujesen en la nariz un terron de tierra fresca. Tambien es un remedio bastante probado el frotarse ligeramente la cabeza con aceite mezclado con agua rosada. Pero yo preferiria la bolsita de azafran en...

—¿Sisty, quieres darmes mis tijeras? dijo mi madre.

=¡Pero hombre, que de patrañas nos está V. contando! dijo el Sr. Trevanion: entremos en la cuestion de una vez.

=¡Patrañas! dijo mi padre abriendo los ojos. Consulte Vd. pues á lord Bacon. V. necesita conviccion; la conviccion procede de la pasion; la pasion nace del va-

lor, y este de una bolsita con azafran. Beaudesert, V. por su parte quiere ser siempre jóven: cuanto mas tiempo se vive, mas dura la juventud. No hay medio mas seguro de llegar á la longevidad que una bolsita de azafran en la...

—Sisty, ¿quiere darme mi dedal? dijo mi madre.

—Usted se divierte á nuestras espensas, dijo sir Sedley sonriéndose. ¿Con que el mismo remedio nos curaria á entrambos?

—Si señor replicó mi padre; ¿y quién lo duda? La boca del estómago es el gran plexo central de los nérvios llamados ganglios, y de allí parten para la cabeza y el corazon. Sisty, ¿no te acuerdas que un dia nos lo demostró don Bernardo?

=Sí, dije yo, pero no recuerdo haber oido hablar nunca á don Bernardo de tal bolsita de azafran.

=¡Cnán niño eres! no consiste la medicina en la bolsita de azafran, sino en la fé que se tiene en ella.

Aplica la fé al centro nervioso, y todo irá á las mil maravillas, esclamó mi padre.

CAPITULO III.

—Cuidado que el tener una conciencia demasiado escrupulosa es una cosa diabólica dijo el miembro del parlamento.

—Tampoco es una cosa muy angelical el que pierda uno los dientes de delante, dijo exhalando un suspiro el hombre á la moda.

Entonces levántose mi padre, y metiendo la mano en el chaleco *more suo* pronunció su famoso

SERMON
Sobre la conexion de la fé y de la resolucion.

Este sermon gozaba de mucha fama en nuestro ciulo doméstico, aunque hasta ahora no ha visto la luz, porque estoy seguro que el lector no lee las memorias de la

Familia de Caxton con la idea de encontrar en ella sermones: por consecuencia, su nombradía no irá mas lejos. Todo lo mas que sobre él podré decir, será, que en mi vida he oido una peroracion mas bella, y que demostraba incontestablemente, á mi al menos, los saludables efectos de una bolsita de azafran aplicada al gran centro del sistema nervioso, pero el sábio declara que «un loco no conoce lo que le hace parecer pequeño á los ojos de los demás, y que se niega á escuchar al que le dá un buen consejo.» No quiero decir con esto que los amigos de mi padre estuviesen locos, y sin embargo esta definicion sobre la locura podia aplicárseles con mucha propiedad.

CAPITULO IV.

En efecto, el famoso sermon no produjo la conviccion, sino la discusion. El señor Trevanion se mostro lógico, y Beaudesert sentimental. Solo mi padre se mostro firme en su bolsita de azafran. Cuando el rey Juan I, dedicó al duque de Bnekinghan su *Meditacion sobre la Oracion Dominical*, dió una razon muy sensata por la eleccion que hizo en el duque para concederle este honor. «Esta meditacion, dijo el rey tiene por testo una súplica muy breve y sencilla, y muy adecuada, por consiguiente para un cortesano; porque los cortesanos por lo comun, pasan por no tener tiempo ni gusto para recitar largas plegarias, prefiriendo *misa corta y comida larga*.

Soy de parecer que por una razon aná-

loga dirigió mi padre al hombre á la moda y al político, aquella breve moraleja de la bolsita de azafran; además estaba evidentemente persuadido de que si podia lograr el que se decidiesen á esplicársela, no necesitarian otra, faltándole gusto y tiempo para largas istrucciones. Y la bolsita de azafran salia siempre á colacion en cada periódo del argumento, y traida tan oportunamente! Cualquiera hubiera tomado á mi padre por uno de aquellos antiguos guerreros plebeyos de una urdalia popular, á los cuales se prohibia servirse de espada ni lanza y combatian con un saco de arena, arma muy terrible cuando solo estaba lleno de arena; ¡pero un saco de azafran era irresistible! A pesar de luchar mi padre con dos combatientes, no pudieron estos resistir á una arma semejante. Despues de infinitas esclamaciones por parte del señor Trevanion, y de largas y patéticas quejas de sir Sedley Beaudesert, abandonaron francamente el campo, aunque sin confersase vencidos.

=Basta, dijo el hombre político, veo que V. no me comprende: yo me guiaré por mi propio impulso.

El libro predilecto de mi padre era el

de los *Coloquio* de Erasmo, los cuales acos- acostumbraba á decir, presentaban una leccion ó un ejemplo en cada una de sus páginas. Cojiólo, pues, al tiempo de res- ponder al Sr. Trevanion.

—Queriendo Rabirio hacer levantar de la cama á su criado Syro.—Ya me meneo contestó Syro.—Ya veo que te meneas, replicó Rabirio; pero no *meneas nada.*» Volviendo, pues, á la bolsita de azafran.... proseguia mi padre, cuando le interrumpió el señor Trevanion medio amostazado.

—¡Lleve el diablo vuestra bolsita de aza- fran! pero dulcificando su mirada y metién- dose los guantes, volvióse hácia mi padre y mudó de conversacion con mas urbani- dad de la que acostumbraba á usar al menos habitualmente.

—A propósito, Mrs, Caxton, prosiguió ya debia heber avisado á V. que Lady Leonor llega mañana sin otro objeto que el de avisar á V. Agustin permaneceremos en Lóndres algun tiempo, y aunque esté esto tan desierto, existen aun personas de dis- tincion á las cuales presentaría gustoso á V. y á su...

—Gracias, respondió mi padre: el mundo de V. y el mio son dos mundos distintos:

V. pertenece al de los hombres y yo al de los libros. Ni Catalina ni yo podemos alterar nuestras costumbres, aun por los mayores amigos: ella tiene muchísimas ocupaciones y yo tan bien.

El señor Trevanion insistió, redoblando sir Sedley Beaudesert iguales pretensiones con su acostumbrada dulzura. Ambos se vanagloriaban de conocer á los literatos á quienes tanto se alegraria mi padre de tratar, aunque manifestaba al propio tiempo que dudaba mucho poder encontrar literatos mas elocuentes que Ciceron, ó mas festivos que Aristófanes: pero suponiendo que existiesen, añadía, preferiria consultarles en sus libros á hablarles en una sala. Por último, permaneció firme en su resolucion, y firme igualmente se mantuvo el capitan Rolando, aunque sin tener que contestar á tantos argumentos.

Entonces volvióse hácia mi el señor Trevanion.

—Al menos este caballerito se alegrará de ver el mundo.

Al oir estas palabras brillaron los tienos ojos de mi madre.

—Querido amigo, dijo mi padre, alarmado con la proposicion, se lo agradezco á

V. infinito; ya hablaremos Pisistrato y yo sobre el particular.

Marchóse la visita. Mis padres, mi tio y yo salimos al balcon para disfrutar del aire á la claridad de la luna.

—Agustin dijo mi padre despues de algunos momentos, sentiria que hubieses reusado por mi las nuevas relaciones que te ofrecian tus antiguos amigos, y...

—Hemos sido dichosos sin ellas por espacio de diez años. Catalina, prosiguió mi padre. No son mis pobres amigos tan felices como nosotros: el contentarse uno con su felicidad, es una máxima que vale tanto como el libro de oro de Pitágora.

—¡Cuan desfigurado está Trevanion! ¡Cuanto ha cambiado! observó el tio Rolando: ¡Tan vivo é impetuoso como era antes!

—Ha empezado por lanzarse á trepar la montaña con demasiada precipitacion, dijo mi padre, y he aquí porque se han agotado sus fuerzas.

=¿Y crees preguntó con cierto aire de duda el tio Rolando, que Lady Leonor venga mañana.

—Sí, respondió mi padre con calma.

El tono particular que empleó el tio Ro-

lando al dirigir á mi padre aquella pregunta, pareció iluminar repentinamente á mi madre, cuyo instinto de mujer la alarmó. Vila estremecerse y hasta palidecer al reflejo de la luna, fijando los ojos en mi padre, mientras su mano, que tenia yo entre las mias se agitaba con un temblor convulsivo.

Al punto la comprendí. Si, aquella lady Leonor era la antigua rival cuyo nombre habia ignorado haste entonces. Pero mi padre conservó un aspecto tan apasible, y un semblrute tan tranquilo, que ella respiró con mas libertad, y desasiendo su mano de entre las mias, la pasó dulcemente por el hombro de mi padre. Algunos momentos despues me hallaba en el balcon solo con el capitan Rolando.

=Sobrino, dijo mi tio, tu eres jóven y estás destinado á hacer renacer el nombre de una familia de caida. Tu padre ha hecho bien en no negarse terminantemente á la oferta de Trevanion de introducirte en el gran mundo. Con respecto á mí, nada tengo ya que hacer en Lóndres, no habiendo encontrado lo que habia venido á buscar aquí. Hé llamado á mi hija y cuando llegue regresaré á mi antigua torre;

el hombre y las ruinas acabarán de caer á un tiempo.

—¡Qué diantre! Tio, déjeme V. trabajar y ganar dinero, y entonces repararemos la ruinosa torre y volveremos á adquirir el antiguo patrimonio. Mi padre venderá la casa; le dispondremos una biblioteca y vi- Viremos juntos bien unidos en medio de una buena posesion, como en otro tiempo nuestros antepasados.

Mientras que yo hablaba, tenia mi tio fija la vista en una esquina de la calle, en la cual medio se distinguia un bulto con la claridad de la luna. ¡Ah! dije siguiendo con la vista la direccion de la del capitan, aquel hombre me ha llamado la atencion al verle pasar por la acera dos ó tres veces y levantar la cabeza hácia nuestro balcon. Pero teniamos ann visita, y se me olvidó.

Antes de terminar mi frase, ahogando mi tio un suspiro, salio bruscamente de la sala, bajó la escalera y le ví en la calle, permaneciendo yo aun en el mismo sitio petrificado por la sorpresa. Permaneci en el balcon, pero sin perder de vista aquella sombra misteriosa: ví al capitan atravesar la calle sin sombrero; estreme-

cióse la sombra, revolvió la esquina y desapareció.

Lancéme entonces á la calle en vusca de mi tio y llegué muy á tiempo para evitar el que diese una caida. Al tiempo de sostenerle, y al reclinar su cabeza sobre mi pecho, le oí decir entre dientes: ¡El es!.... él es! Ha espiado mis pasos! se arrepiente.

CAPITULO V.

Al siguiente dia se verificó la visita de Lay Leonor... que para mi mayor tormento vino sin Fanny

Quizá el incidente de la víspera produjo algun goce secreto en el corazon de mi tio que le rejuveneció, por decirlo así; pues lo cierto es que al entrar lady Leonor me pareció que por lo menos se habia quitado diez años de encima. Habia con grande esmero sido sepillado su frac, que llevaba abrochado hasta la barba, lo cual no le impedia que luciese su nueva corbata. En suma, el pobre capitan se habia reconciliado con la satisfaccion de su orgullo, y en efecto tenia un aspecto de dignidad que se hacia mas notable con la animacion de su semblante: su aire era severo y marcial,

como si se hubiera encontrado á la cabaza de un destacamento dispuestó á rechazar la carga de un regimiento de coraceros franceses.

Mi padre, por el contrario, se presentó como de costumbre, con su inseparable bata, pues jamás se vestía hasta la hora de comer, y esto en atencion á su querida Catalina. Aunqne no hubiese olvidado la visita que esperaba, nada anunciaba en su semblante la emocion, escepto una ligera compresion de sus lábios.

Lady Leonor estaba encantadora; pero no pudo disimular el ligero temblor nervioso que esperimentó al tomar la mano, que le alargaba mi padre, con una de las suyas, mientras presentaba la otra ál capifan Rolando, cuyo frio saludo no pudo menos de observar. Sin embargo, este, no pudiendo resistir á las benévolas miradas de Lady Leonor, fué de allí á poco á sentarse á su lado. Esto de parte del veterano fué un acto marcado de desercion y un súbito é inesperado abandono de bandera. Despues, sin esperar á que mi padre dijese una palabra, dirigióse Lady Leonor hácia mi madre con una cordialidad tan dulce y seductora en sonrisa y en su voz, que á pesar de conocer

tan á fondo el tierno corazon de mi madre no pude menos de admirarme de que no se arrojase en los brazos de Lady Leonor; estoy seguro que para no hacerlo tuvo necesidad de un grande esfuerzo. Llegóme el turno á mi vez, y cuanto Lady Leonor me dijo, y lo que añadió luego sobre mi en la conversacion general, restableció en la visita la satisfaccion y la alegría, al menos en la apariencia.

No tengo presente el asunto de la conversacion, y eso que dudo que nadie tuviese mas memoria que yo, pero lo cierto es que se pasó una hora hablando incesantemente. Con un interés de curiosidad, y un exámen que quisiera hacer imparcial, yo comparaba á lady Leonor con mi madre. Comprendo la fascinacion que la elevada señora debió ejercer en la juventud de los dos hermanos, tan diferentes uno del otro. Lo que caracterizaba á lady Leonor era el *encanto*, un encanto indefinible, aunque no era esta la única gracia de una educacion esmerada, y entraba por mucho en su persona: aquel encanto parecia nacer mas bien de una simpatía natural. Sea quien fuere la persona á quien se dirigía, parecia absorbe en aquel momento toda su aten-

cion, é interesar todas las facultades de su alma. Poseía un don para hablar verdaderamente estraordinario: cuanto le decia á uno parecia la continuacion de lo que uno mismo le hubiera dicho, de la misma manera que si adivinase sus pensamientos y los manifestase en alta voz. Aunque dotada de un talento muy cultivado, estaba enteramente exenta de pedantismo: una palabra, una alusion bastaban para hacer ver su vasta instruccion, sin mortificar á los ignorantes. Sí, era la única mujer que hubiera podido escoger mi padre por compañera de su vida literaria, y la que hubiera impreso á su erudicion una forma elegante. Por otra parte, en los sentimientos de lady Leonor existia una nobleza innata que debió cautivar súbitamente á un hombre del carácter del tio Rolando: era imposible que hubiera resistido a aquella distincion que la designaba como la digna Orinda de un jóven Amadis.

No era dificultoso adivinar que lady Leonor era ambiciosa, y que amaba la gloria por la gloria misma; era orgullosa, y que daba un precio (un precio exagerado) á la opinion del mundo, todo lo cual se ponia de manifiesto al hablar de su marido ó de su hija. Paréceme que estimaba los talentos

del uno y la hesmosura de la otra, bajo el punto de vista de la superioridad social ó del brillo de la moda, midiendo estos dones de la naturaleza de la misma manera que el Dr. Herman me habia enseñado á medir la altura de una torre, por la dimension de la sombra que aquella proyecta sobre la tierra.

Querido padre, V. al lado de una mujer semejante no hubiera pasado una parte de su vida lleno de temores é incertidumbres entre los borradores de una grande obra.

Usted, mi querido tio, en compañía de aquella mujer, no se hubiera dado nunca por satisfecho con una pierna de palo y la medalla de Waterlóo. Comprendo muy bien porque el activo y ardiente Sr. Trevanion, como lo pintais en su juventud, entregado enteramente á la agitacion del gran mundo, conquistó el corazon de la noble heredera.

Sin embargo, el Sr. Trevanion ¿no ha encontrado la felicidad al lado de una mujer semejante, y ha sido ella mas feliz en la agitacion de su vida? no: héla allí, al lado de mi madre que la escucha y admira, con sus ojos azules humedecidos, y entreabriendo sus dos lábios de coral; Leonor parecia marchitada. ¿Fué tan linda como

mi madre lo es ahora? Nunca, pero fué mas bella. ¡Cuánta delicadeza en sus perfiles, y cuán acentuados á pesar de toda su delicadeza! Su fisonomía es seductora aun. pero se halla ya como eclipsada por las pruebas crueles que debió sufrir su génio ambicioso, y su carácter nervioso é irritable.

No conozco aun la vida privada de mi tio, pero en cuanto á mi padre, estoy seguro que si hubiera sido mas grande en la tierra al lado de lady Leonor, habia sido menos digno del cielo.

Por último una visita tan temida estoy seguro, por tres pérsonas, no se terminó sin que yo prometiese ir aquel mismo dia á comer en casa de los Trevaniones.

Apenas nos vimos solos exaló mi padre un profundo suspiro, y recorriendo con su vista satisfecha cuanto le rodeaba, dijo: «Ya que Pisistrato nos abandona, es preciso consolarnos por su ausencia... Que vayan á buscar á Joaquin, y nos iremos los cuatro á tomar el té Richmond.

—Gracias, Agustin respondió el tio Rolando, pero no tengo necesidad de hacer esta espedicion, te lo aseguro.

—¿Bajo la palabra de honor? le preguntó mi padre acercándose á su oido.

—¡Bajo palabra de honor!

—Pues yo tampoco.—Entonces prosiguió mi madre.—Catalina, Rolando, y yo, solos saldremos á dar un paseo y regresaremos á tiempo para ver como le sienta á este jóven Anacronismo, el vestido nuevo que acaba de encargar á Lóndres. Propiamente hablando deberia asistir al convite con una manzana en la mano y una paloma en su pecho... Pero no, los atenienses no conocian aun esta moda; no se introdujo hasta el tiempo de Alcíbtades.

CAPITULO VI.

Fácil es calcular el efecto que en mí produciria el comer en casa de Trevanion, en donde tuve una conversacion tirada con lady Leonor. De regreso á casa, despues de haber contestado á las innumerables preguntas hijas de la curiosidad paternal, dije á mi padre con cierto temor y bajando los ojos: «Querido padre, mucho le agradeceria á V. que no tuviese ningun inconveniente, en... en...

—¿En qué, hijo mio? preguntó mi padre con dulzura.

—En aceptar una oferta que me ha hecho

Lady Leonor de parte del señor Trevanion: este necesita un secretario. Ademas de su buen carácter para disimular mi inesperiencia me estimula el saber que en su opinon me será fácil ponerme al corriente en el cumplimiento de mis deberes. Lady Leonor (proseguí con dignidad) dice que esta colocacion será para mi un paso importante en la vida política: aunque otra cosa no sea, querido padre, conoceré el mundo, y aprenderé lo que creo mas útil que todo cuanto se enseña en la universidad.

Mi madre dirigió á su esposo una mirada de ansiedad: «en efecto no seria mala ocupacion para Sisty,» dijo con timidéz; despues tomando aliento añadió: «precisamente esta carrera es la que mas le conviene...»

Mi tio tosió. Mi padre limpió sus anteojos con aire pensativo, y despues de una larga pausa, dijo:

—Bien puedes tener razon, Catalina: me parece que Sisty no es muy á propósito para la vida estudiosa, y que le convendria mas una vida activa. ¿Pero cuál es el objeto de la colocacion que Trevanion quiere darte?

—Los negocios públicos, padre, contesté

tomando brios, el de consagrarme al servicio de mi pais.

—Siendo asi, dijo mi tio, nada tengo que decir. Pero me parece que un jóven robusto, y descendiente de los antiguos Caxtones, encontraria en el ejército...

—¡En el ejército! dijo mi madre juntando ambas manos y dirigiendo á su pesar una mirada á la pierna de palo de mi tio.

—¡El ejército! repitió mi padre con disgusto. Segun tu modo de pensar, Rolando, la mision del hombre sobre la tierra no es otra que la de recibir balazos en su cuerpo. Pisistrato ¿te gusta la carrera de las armas?

—No, porque disgustaria tanto á V. como á mi tierna madre... á no ser así, confieso...

—¡Papœ! esclamó mi padre interrumpiéndome por su esclamacion clásica. Ahí tiene V., señora Caxton, las consecuencias del nombre desagradable y ambicioso que le puso V. á este muchacho: ¿podia ser un Pisistrato otra cosa que el tormento de su familia? En la idea de servir á su pais reconocia yo á Pisistrato enteramente, *Pisistratus ipsissimus*. Si tuviese aun otro hijo (*Dii meliora*) no tenias mas que llamarle

Erostrato para que incendiase la iglesia de San Pablo, la cual, (entre paréntesis,) fué construida en su orígen con las piedras de un templo de Diana. Entre las dos carreras, Pisístrato, debes preferir la de servir á tu país con una pluma de ganso antes que pasar con una bayoneta las costillas de un desgraciado indio... pues por ahora no creo que en servicio de el país haya necesidad de matar gente mas que en la India... ¿No es así, Rolando?

—La India es un campo magnífico de batalla dijo mi tio con gravedad; es un plantel de grandes capitanes.

—¿Lo crees así? En este caso estas plantas exigen un terreno mucho mas vasto que se utilizaria mejor cultivándolo. En verdad que cuando considero que los primeros capitanes del mundo acabarán por ser metidos en una caja de siete pies de largo á lo mas, me admiro al reflexionar sobre el espacio que se necesita para desarrollarse en aquella especie de *arbor mortié*. Sin embargo, Pisístrato, volviendo á tus pretenciones, pensaré en ellas y las consultaré con Trovanion.

—O mas bien con lady Leonor; dije yo imprudente. Mi padre se estremeció lige-

ramente y soltó mi mano que tenia entre las suyas. Sentíme herido en mi corazon por la intemperancia de mi lengua.

—En ese caso que se encargue tu madre de la comision, respondió con sequedad mi padre, al mismo tiempo que se informe, si lo cree conveniente, de quien te ha de cuidar la ropa blanca.

—¡Oh¡ no; esclamó mi madre: para eso prefiero que vaya á la universidad. Yo creí que permaneceria todo el dia en casa de Trevanion y por la noche vendria á dormir á casa.

—Si no conozco mal á Trevanion no debe pensar mucho en dormir su secretario. Pobre muchacho, no sabes lo que deseas! Y sin embargo, á tu edad, yo... Mi padre se interrumpió bruscamente. No; prosiguió despues de un largo silencio y como en un monólogo: no, el hombre no obra mal mientras se dedica al servicio de los demas. El filósofo que contempla los mares desde la cima de un peñasco, es una imágen menos noble que el marinero que lucha denodadamente contra la tempestad. Ademas, ¿no podria mi hijo ser otro yo, mi *alter ego* cuando así me convenga? No imposible.

Revolvióse mi padre en su sillon, y colocando la pierna izquierda sobre la rodilla derecha, me miró cara á cara, y sonriéndose me preguntó.

—Pero. Pisistrato, ¿me das palabra de llevar siempre la bolsita de azafran.

CAPITULO III.

—

Acabo de dar un gran salto en mi narracion... Estoy en casa de lady Leonor, entre la familia de Trevanion. Bastó una conferencia habida entre el hombre de Estado y mi padre para que se decidiese, á lo cual contribuyeron poderosamente las siguientes palabras que pronunció con énfasis el señor Trevanion: «Agustin, una cosa te prometo que nunca estarás ocioso.»

Cuando pienso en mi mismo, me convenzo de que mi padre tenia razon, que conocia mi carácter y las tentaciones á que dejase la universidad para entrar tan prematuramente en el mundo de los hombres, sabia muy bien que era yo tan inclinado á los placeres que empezando por hacer fal-

taltas en la univeosidad, hubiera acabado por consumirme á fuerza de trabajo á fin de recuperar el tiemqo perdido.

Mas razon tenia mi padre aun al pensar que por muy capaz que yo fuese de dedicarme al estudio, no habia nacido para literato.

Sin embargo, se trataba de un esperimento: me hallaba en sazon, y si la esperiencia faltaba, un año de retraso no era en realidad un año perdido.

Héme pues, instalado hace ya algunos meses en casa del Sr. Trevanion. El invierno toca á su fin. y el parlamento se halla abierio. Trabajo incesantemente... mas aun, que lo hubiera hecho enun colegio de Cambridge. Voy á describir mis ocupaciones de un dia para que pueda el lector formase una idea de las de los demas.

El Sr. Trevanion se levanta á las ocho, y haga el tiempo que quiera, sale á dar un paseo de una hora á caballo, antes de desayunarse. A las nueve se desayuna en el gabinete de su esposa, y á las nueve y media se presenta en su despacho, en donde encuentra corriente la tarea que voy á esplicar.

Todas las noches, ó mas bien, todas las mañanas, es dicir, á las tres de la mañana al volver de la cámara de los comunes, entra el Sr. Trevanion en su despacho y deja sobre la mesa una nota, especie de memorandum para el referido secretario. Para que vea el lector si las indicadas notas eran de un género vaciado, voy á copiar á continuacion una, la primera que encuentre mas á mano de las muchas que conservo.

1.° Tomar notas de cuanto se ha dicho en la cámara de los lores durante estos últimos siete años, sobre el cultivo del cáñamo.

2.° Tomarla asimismo en el Diario de Sesiones de cuanto se ha dicho relativo á la emigracion de Irlanda.

3.° Buscar en el tomo 2.° de la *Historia del hombre*, por lord Kames, el capitulo sobre la lógica de Reid: no sé en donde para la obra.

4.° ¿Cómo termina el verso que empieza por *Lumina conjurent inter* etc. etc.? ¿Este verso es el citado por Gray? Véase.

5.° Fracastor ha dicho:

«*Quantum hoc infecit vitium quot adiverit urbes.*»

¿No deberia leerse *infecerit* en vez de *in-*

fecit? Si no lo sabe V. pregúnteselo á su padre.

6.° Escribir cuatro cartas segun la minuta que he dejado, sobre asunto eclesiásticos.

7.° Copiar de los cuadros estadísticos de la poblacion el término medio de nacimientos y de defunciones durante los últimos cinco años en el Devonshire y el Lancashiro.

8.° Escribir otras seis cartas á mis electores, manifestándoles que no tengo ninguna influencia con el gobierno.

10 Ver, si tiene V. tiempo, cuando podrán verle los libros nuevos que se hallan sobre el velador.

11. Me interesa saber, todo cuanto se haya dicho y escrito relativo al maiz ó trigo de Turquía.

12 Longino dijo en alguna parte algo sobre el disgusto que dejan los estudios á los que no se tienen aficion, (la vida política tal vez). ¿Qué hay sobre el particular?

Nota. El *Longino* no se halla en mi catálogo de Lóndres, pero debe estar aqui, no me cabe duda, en una caja arrinconada en los desvanes.

13. Rectificar los cálculos que he for-

mado sobre la contribucion de pobres: en alguna parte debe haber equivocacion, etc. etc.

En verdad que mi padre conocia al Sr. Trevanion cuando dijo que necesitaba un secretario que se pasase sin dormir. Para tener preparado el trabajo que precede, á las nueve y media, tenia que levantarme antes de amanecer, y aun así dan las nueve y media y estoy ocupado buscando á Longino, cuando llega el Sr. Trevanion con un paquete de cartas.

Leida la correspondencia, me entrega la mitad de dicha cartas, las que exigen contestacion, para lo cual me hace indicaciones verbales, especie de conversacion taquigráfica. Mientras escribo, el Sr. Trevanion lee las Gacetas, examina lo que hago, y añade anotaciones, las mas para el parlamento ó para su correspondencia recorre los periódicos políticos de la mañana, hace acotaciones para estractar, y comparar con otros que tendrán tal vez veinte años de fecha. A las once se dirige al comité de la cámara de los comunes, pero dejándome muchísimo que hacer hasta su regreso á las tres y media. A las cuatro desliza Fanny la cabeza por la puerta del despacho...

y yo pierda la mia. El Sr. Trevanion desaparece por el resto del dia cuatro veces á la semana: come con Bellamy ó en el club, y á las ocho me espera en el parlamento, en donde es indispensable mi asistencia por si necesita pedirme alguna esplicacion ó noticia. Luego me despide, generalmente con otra nota de instrucciones.

Sin embargo, tengo mis dias de huelga. Los miércoles y sábado tiene el Sr. Trevanion convidados, y su mesa se vé rodeada de los hombres mas eminentes de los dos partidos; ó mas bien á ninguno, lo que viene á ser lo mismo. El mártes me regala lady Leonor un billete para la ópera, y llego al teatro, por lo menos á tiempo de ver el baile. Me convida á conciertos y á reuniones, porque paso por ser un primogénito de grandes esperanzas, y soy tratado como debe serlo un Caxton que tiene el derecho, si lo cree conveniente, de poner un *De* delante de su apellido. Me he vuelto muy elegante y muy adicto á la *toilete*, cosa muy natural á los diez y ocho años. Admiro cuanto hago, y cuanto me rodea, inclusa miss Fanny, de quien estoy locamente enamorado: pero esto no impide que la niña me destroze el corazon coqueteando con dos miembros de

la cámara de los comunes, con sir Sedley Beaudesart, un oficial de guardias, un embajador, y (la atrevida), hasta con un obispo con peluca, que segun dicen, va á casarse de segundas nupcias.

Pisístrato pierde su color sonrosado y enflaquece; su madre asegura que así está mucho mejor, lo cual atribuye el hijo modestamente á la tijera de su sastre Stultz y á sus botas charoladas. El tio Jodquin le augura un brillante porvenir, pero su padre le examina tambien y escribe al Sr. Trevanion.

«Querido Trevanion:

«He rehusado el que mi hijo gane sueldo alguno: déle V. un caballo y dos horas al dia para que lo monte. Su afeetisimo amigo.

AGUSTIN CAXTON

Al siguiente dia era yo poseedor de una magnifica yegua baya y daba un paseo ecuestre al lado de Fanny Trevanion.

CAPITULO IV.

No he hecho mencion de mi tio Rolando en el capítulo anterior. Partió, dirigiéndose á Francia en busca de su hija, pero su ausencia se va haciendo mas larga de lo que creíamos. ¿Buscará tambien allí como aquí á su hijo?

Mi padre ha concluido la primera parte de su obra en dos tomos voluminosos. El tio Joaquin hace algun tiempo está bastante triste y á penas sale, escepto los domingos en que nos reunimos todos á comer en casa de mi padre; se ha encargado de vender el manuscrito á un editor.

—No espere V. que hagamos gran negocio, dijo el tio Joaquin guardando el re-

ferido manuscrito entre dos cartones encarnados que pertenecieron en otro tiempo á una de sus difuntas compañías; no tenga V. grandes pretensiones sobre el precio, estos libreros nunca se aventuran mucho en una obra de autor desconocido: es preciso ir á suplicarles para que se dignen echarle una ojeada.

—¡Ah! dijo mi padre, con tal que la publicasen por su cuenta, no habia de ser muy exigente respecto á las demás condiciones. «De una pluma venal, dice Dryden, no puede salir nada grande.»

—Pero no por ser Dryden, deja de ser muy necia semejante observacion, replicó el tio Joaquin. Mas le hubiera valido saber el oficio.

—¡Oh! y muy bien que lo sabia, dije yo cuando se valia de la pluma para llenar sus bolsillos.

—Sin embargo, señor Anacronismo, su pluma no era venal. A un panadero no se le puede llamar venal porque venda sus panes, pues solo lo será cuando venda su conciencia. Dryden solo vendia sus panes.

—¿Si nosotros vendemos los de V., esclamó enfáticamente el tio Joaquin, en mil libras esterlinas cada tomo, haremos mal negocio?

=¡Mil libras esterlinas cada tomo! esclamó mi padre: dudo que Gibbon sacase mas.

—Tampoco contaba Gibbon con un tio Joaquin que mirára sus intereses, dijo el Sr. Libbets, riéndose y frotándose las manos. ¡Sí¡ ¡Dos mil libras esterlinas por los dos tomos! es un sacrificio pero yo siempre recomiendo la moderacion.

—Me consideraria feliz, sin duda, si dejase alguna utilidad el libro, dijo mi padre medio fascinado; tanto porque este muchacho es bastante gastador, como por V., querido Joaquin; pues tal vez le hiciese al caso la mitad de dicha suma.

—¡A mí, querido hermano! esclamó el tio Joaquin; ¡á mí! ¡Yó, que en realizando mi nueva especulacion seré millonario!

=Tiene V. entre manos alguna nueva especulacion, querido tio? ¿Se puede saber cuál es? pregunté con interés.

—¡Silencio! respondió el tio Joaquin acercando su dedo índice á los lábios y echando una mirada en torno de nosotros, silencio y silencio!!!

Pisístrato. Alguna gran compañia para derribar las dos cámaras del parlamento?

El Sr. Caxton. Me parece que ha de

ser alguna cosa mas nueva, pues á juzgar por los periódicos, no necesitarán las dos Cámaras del auxilio del tio Joaquin para dar al traste la una con la otro.

El tio Joaquin. (Misteriosamente). ¡Los periódicos! ¿No Lee V. acaso los periódicos con frecnencia, Agustin Caxton?

El señor Caxton. Sin duda los leo, Joaquin Tibbets.

El tio Joaquin. ¿Y si pór medio de mi especulacion (Calentándose el tio Joaquin y estendiendo sus manos á la lumbre) se encontrase V. con un periódico de las dimenciones del *Times*?

El señor Caxton. (Con inquietud.) Me alarma V., Joaquin.

El tio Joaquin. Y si le hiciese á V. escribir en este mismo periódico, que será mas bien... un primer Lóndres (*á leader.*) (1)

El Sr. Caxton. (Hace retroceder su sillon, se apodera de la primera arma que encuentra á mano, y lanza al tio Joaquin con una frase en griego)

---

(1) A leader es la palabra técnica de que se vale la prensa inglesa para designar el artículo que reasume las sesiones de las cámara, ó trata de la órden del dia

El tio Joaquin. (Sin intimidarse.) No hay inconveniente en que escriba V. tambien en griego cuanto quiera.

El Sr. Caxton. (Con mas calma y aplomo.) Querido Joaquin ¡es V. un grande hombre! Escuchamos.

Empieza el tio Joaquin.

Pero tal vez mis lectores habrán observado que este ilustre especulador tenia en realidad ideas muy felices. Sus especulaciones contenian siempre en el fondo algo de sólido por áridas que esteriormente pareciesen, y hé aquí lo que hacia de mi tio un hombre tan peligroso. La nueva idea de que se acababa de apoderar estoy seguro de que hará un dia la suerte de alguno, y lo digo con sentimiento, al pensar cuánto ha perdido la familia. Sépase, pues, que se trataba nada menos que de establecer un periódico diario bajo la forma y el plan del *Times*, porque debia imitar el cuadro inmenso de aquel astro de la prensa cotidiana.

En él todas las materias hubieran encontrado cabida; y hubiera contado con corresponsales celosos y entendidos en todas las partes del globo, que le hubieran puesto al corriente de cuanto interesese al

entendimiento humano, desde los trabajos de los misioneros en las islas del mar Sud, ó las investigaciones de los viajeros que parten en busca de la ilusion geográfica que llaman Combouctou, hasta la última novela publicada en París, ó la mas reciente correccion de un testo griego hecha en las universidades de Alemania. ¿Cuánto no hubiera hecho para cumplir con su destino de recrear, instruir é interesar?... Ni en los tres reinos unidos, ni en el imperio británico, ni hasta bajo la capa de los cielos, existe un solo hombre que no hubiese sentido sus efectos en la cabeza, en el corazon, ó en su bolsa. El mas escéntrico entre los ciudadanos de la república intelectual, hubiera encontrado en él su lectura favorita.

—Reflexionad sobre la marcha del entendimiento humano, sobre la pasion de instruir con economía, y vereis cuan poco se han satisfecho las necesidades del siglo con los periódicos trimestrales, mensuales y semanales! ¿Habremos de darnos por satisfechos con un periódico político semanal? No: y vosotros sabeis que tenemos que con él para las cuestiones que interesan mucho mas á las masas que la política. Apenas mi *Times* literario vea la luz pú-

blica no podrán menos de admirarse las gentes al ver como han podido vivir sin él: bien es verdad que no han vivido: han vegetado ó padecido en las cuevas como los *Troggledikes*.

—Trogloditas, dijo mi padre con calma: de *troqle*, caverna, y *dume*, descender. Los trogloditas habitaban la Etiopia y sus mujeres eran comunes para todos.

—En cuanto á este último punto, repuso el tio Joaquin que aceptaba dócilmente la correccion, no quiero decir que el público lleve las cosas hasta ese estremo; pero una comparacion nunca es exacta en todos sus términos, y el público no seria menos Troglodístico, ó como quiera V. llamarle, comparativamente á lo que llegaría á ser bajo la luz de mi *Times* literario, el cual, amigos mios, va á hacer una revolucion completa en el mundo. La literatura bajará de sus alturas para entrar en los salones, en las chozas y en las cocinas. El dandy mas insignificante y la mujer mas coqueta encontrarán alguna cosa de gusto en sus columnas, así como el hombre de negocios y el que se halla parapetado detrás de su tienda adquirirán algun nuevo conocimiento práctico. Mi periódico será el cuadro de los

progresos contínuos de la teología, de la medicina y hasta de la jurisprudencia: la odalisca se recreará en su harem con su lectura, como el indio tendido bajo las anchas hojas del plátano. Veráse en él la política reducida á las justas y reducidas proporciones en las transaciones de la vida, y la literatura á la superior elevacion en el pensamiento del género humano. Al contemplar la grande idea que he concebido, mi corazon se estasía y se llena de orgullo.

Mi padre se quedó absorto, entusiasmado: levantóse con emocion y dijo formalmente;

—Querido Joaquin, felicito á V. por su gran pensamiento! Dice V. bien; va á obrar una revolucion y á formar insensiblemente la educacion de los hombres. Le aseguro á V. francamente que me llenaria de noble orgullo si escribiese un artículo en semejante periódico. ¡Joaquin, va V. á inmortalizarse!

—Yo lo creo, dijo el tio Joaquin modestamente; pues aun no sabe V. lo mejor, aun no le he dicho en lo que consiste la verdadadera utilidad de la empresa...

¡Ah! sí; será...

—¡La seccion de *anuncios*! esclamó mi co, abriendo ambas manos y alargando los tiedos como los hilos de una tela de araña. di señor, los anuncios! Mi *sueño dorado*. Sa parte de anuncios, ateniéndonos á los Lálculos mas moderados, no producirá cincuenta mil libras esterlinas anuales. Querido Pisistrato, no pienso casarme nunca: vas á ser mi único heredero; abrázame.

Diciendo y baciendo me estrechó mi tio Joaquin entre sus brazos, sofocando con este tierno arrebato la prudente duda que iban á espresar mis lábios.

Mi pobre madre dijo entre llorosa y placentera.

—*Mi* hermano habia de ser el que pagase á *su* hijo cuanto ha hecho por mí.

Mi padre daba con precipitacion paseos á lo largo del salon con una emocion en él inusitada, y repetía:

—Hasta ahora he sido un ente inútil, sí, enteramente inútil: la verdadera gloria consiste en consagrarse al servicio de los demás. En adelante no seré de los últimos, no, no seré de los últimos.

En esta ocasion triunfó el tio Joaquin. Habia encontrado el único anzuelo con el cual se podia pesear á un hombre de ca-

rácter de mi padre, y el pez lo habia tragado. ¿Pero que mas? no me hallaba yo mismo, apesar de mi natural travesura, absorto y conmovido al ver como con toda su savidurí a se dejaba seducir por locas ilusiones?

—Silencio, me dijo el tio Joaquin, despues de haberme abrazado; ni una palabra á el Sr. Trevanion ni á nadie!

=¿Pero por qué?

=¿Que por qué, preguntas? ¡Pues qué si mi pensamiento llegara á traslucirse, ¿crees que no me lo robarian? ¡Por Dios, sobrino! dame palabra formal de callar como un muerto.

=Sin embargo, mucho me alegraria, dijo mi padre, de saber la opinion de Trevanion.

Eso equivaldria á consultarlo con el pregodero. Agustin, me he puesto en vuestras manos y fio en vuestro honor. Sobrino: los secretos del hogar doméstico son todos agracos, son...

=Basta, querido tio, basta: no desplegaré mis lábios.

—¡Ah! dijo mi madre, descansa Joaquin; estoy segura de que no dirá una palabra.

=Por eso le he confiado el secreto, contestó mi tio. ¿Me traerá un vaso de agua

con unas gotas de aguardiente... y un bizcocho? estoy padeciendo horriblemente del estómago.

Entonces examiné al tio Joaquin..... Pobre tio Joaquin, cuánto habia enflaquecido!

SETIMA PARTE.

—

CAPITULO I.

Mucho dudo que el tio Joaquin conociese á Demócrito de Abdera, pero indudablemente existia grande analogía entre su filosofía y la de aquel sábio estravagante. A semejanza de aquel, poblaba este los aires de colosales imágenes, cuya sombra se difundia sobre todos sus delirios y profecías; su influencia modificaba todas sus sensaciones y todas sus ideas, ¿qué digo? estuviese despierto ó dormido, su existencia no era otra cosa que la reflexion de una ilusion grandiosa.

Tan pronto como el tio Joaquin se apode-

ró del manuscrito de la «Historia de los errores humanos,» comprendió que habia hallado «el punto de apoyo» por tanto tiempo buscado en vano, y que por último podia imprimir, á su placer, movimiento al mundo caxtoniano con la palanca de Arquímedes.

Uno á dos dias despues de la conversacion de que he dado cuenta en mi capítulo anterior, encontré al tio Joaquin que salia de la caja del banquero de mi padre, y desde aquella fecha no dejó de visitar á su familia todos los dias de la semana, inclusos los domingos. En efecto, apenas se pasaba dia sin que fuese á hablar largamente con su cuñado: ¿iba acaso á darle cuenta de todas sus entrevistas con los editores? Por lo comun iba á parar á su «Times literario que habia desvanecido tambien la imaginacion de mi padre; y una vez encendido el hierro, era mi tio un hombre demasiado hábil para no manchar lo mientras estuviese caliente.

Cuando me acuerdo de la candidéz que demostró el sábio de corazon generoso en aquella crisis de su vida, confieso que siento hácia él menos compasion que asombro. Despues de veinte años de una erudiccion

indolente, vimos renacer repentinamente en su alma la noble ambicion que es el instinto del hombre de genio: la preparacion formal de una obra grande sobre la cual era preciso llamar la atencion del mundo, habia restituido insensiblemente al modesto solitario, á los encantos de este mundo ruidoso, escitando en él los nobles remordimientos de haber hecho tan poco hasta entonces por sus semejantes. ¿Era bastante por ventura, el haber escrito dos tomos en 4.° de la «Historia de los errores humanos?» ¿No era acaso su deber, ya que se le presentaba ocasion favorable, declarar al error, siempre triumfante, aquella guerra á muerte, incansable, que es la caballeria de la ciencia? San Jorge no disecaba los dragones muertos; luchaba con los dragones vivos. Tambien Lóndres, con su atmófera de las grandes capitales que añade al soplo vital su oxígeno magnético, escitó las pulsaciones de aquel corazon poco antes entorpecido. En su retiro campestre no leía mas que los autores antiguos, y vivia como en los siglos pasados. En Lóndres, durante los intérvalos de su trabajo, y principalmente cuando la obra acababa de suspenderse, se dedicó mi padre á la literatura contemporánea, la cual obró

en su mente una revolucion prodigiosa. No se parecia el autor de mis dias á la generalidad de los literatos y aun de los lectores científicos, que en medio de su respeto supersticioso á los muertos, están siempre prontos á sacrificar á los vivos: mi padre hacia justicia á la facilidad maravillosa que caracteriza á los autores del siglo actual, por el cual entiendo, no solo esta época, sino desde el principio del siglo. «Lo que distingue la literatura contemporánea, decia mi padre discutiendo este punto con el señor Trevanion, es el «interés humano:» es verdad que los escritores no son ya sábios que hablan á otros sábios, sino hombres que se dirigen á los demas hombres; no porque haya ahora menos sábios, sino porque el público que lee es mas numeroso. Los autores de todos los tiempos buscan lo que interesa á sus lectores: lo que interesaria á una veintena de monges ó de hombres eruditos, no es lo que puede interesar á un público. El mundo literario que fue en otro tiempo una oligarquia, se ha convertido en nuestros dias en una república: el estado general de atmófera es la causa que nos impide el distinguir as dimensiones de tal ó cual astro. ¿No estamos viendo que con la educacion de las

masas se ha formado la literatura de las afecciones? Todas las opiniones hallan un intérprete; todos los sentimientos un oráculo.

Por aqui se podrá venir en conocimiento de las causas del cambio que se habia operado en mi padre. Como decia Roberto Hall del doctor Kippis, habia acumulado tantos tomos sobre su cabeza que tenia oprimido el cerebro; por último, la electricidad se comunicó al corazon, y este enviá al cerebro su espiritu vivificador para que le confortase. Pero dejando á mi padre sometido á sus influencias, y entregado á contínuas pláticas con el tio Joaquin, paso á ocuparme de mi humilde persona.

Mis hábitos, gracias al Sr. Tevanion, no eran los mas á propósito para trabar relaciones de amistad con los ociosos: contrájelas con algunos jóvenes mayores que yo en edad, empleados en los misterios ó pasantes de abogado: estos jóvenes no carecian enteramente de talento; pero no se habian dejado absorver aun por la rutinaria práctica de los negocios. Sus horas de estudio y de trabajo les disponian en gran manera á disfrutar de algunas horas de distraccion; asi es que al reunirnos formábamos una corpora-

cion de jóvenes felices y de buen humor. Pero como no contábamos con bantante dinero para ser muy estravagantes, ni con bastante tiempo para ser muy disipados, no nos exedíamos en nuestros pasatiempos. Mis nuevos amigos poseian una admirable erudicion en materia de treatros, y desde la ópera al baile, desde *Hamlet* hasta el último vaudeville traducido del francés, conocian por la punta de los dedos toda la literatura dramática, como asimismo á todos los actos y actrices de todos los teatros.

Sin embargo, es preciso hacerles justicia; mis amigos no se mostraban indiferentes á una ciencia mas formal y necesaria en el mundo, y que no siempre es la mejor del mundo, pues hablaban tan familiarmente de los actores de la política militante, como de los héroes del nuevo drama, y se constituian en árbitros concienzudos de las pretensiones rivales de los hombres de Estado. No pretendian hallarse iniciados en todos los misterios de los gabinetes estrangeros (escepto un supernumerario del Foreing-office,, que se alababa de saber lo que haria la Rusia de la India... cuando se la quitase á la Inglaterra); pero en cambio la mayor parte habian penetrado los mas

íntimos secretos de nuestro gobierno. Es verdad tambien que fieles al sistema de la subdivision del trabajo, cada uno de ellos hacia su observacion particular sobre un ministro especial; á semejanza de aquellos hábiles quirúrgicos, que conociendo minuciosamente la estructura general de nuestra máquina fundan su reputacion anatómica en algun órgano particular, uno eligiendo el cerebro, otro el estómago, aquel los sesos y estotro contentándose tal vez con el dedo meñique. Asi, pues uno de mis amigos se habia apropiado el ministerio del interior, otro las colonias, y un tercero, al cual proclamamos por un futuro Talleyrand, ó por lo menos un cardenal de Retz, se habia dedicado al análisis de sir Roberto Peel, para poder denunciar todos los pensamientos de este profundo é insondable político. Abogados y empleados del gobierno, todos tenian una grande idea de sí mismos, hablando con mas entusiasmo de lo que *serian* algun dia, que de lo que *harian*. Mis amigos se distinguian por una semejanza de familia que los caracterizaba, y consistia en una superabundancia de vida y actividad, una franca ambicion, un ardor sério y alegre á la vez en las horas del trabajo, y una fe-

licidad de estudiantes durante las horas de ócio y de recreo.

Entre ellos y sir Sedley Beaudesert existia el mas perfecto contraste, y la casa de este, particularmente por la tarde, siempre estaba para mí abierta. Su morada con sus ventanas que daban al parque de Saint-James, y sus lujosos espejos y butacas, era admirable. Su trato en sociedad era seductor, y en sus relaciones de amistad estremadamente afectuoso.

La candorosa sencilles que manifestaba en política este personaje, contrastaba agradablemente con su finura en materias de gusto. Acuérdome haberle oido decir durante la discusion del bill sobre la cerveza: «los pobres no debian beber cerveza, pues este brevage predispone demasiado el reumatismo; la mejor bebida para un trabajo forzado es el champaña seco.

A pesar de su indolencia, sir Sedley no se mostraba indiferente á las desgracias del género humano.

Ante todas cosas, como propietario de tierras se veia constantemente asediado por un enjambre de infelices campesinos, de ancianos indijentes, de cobradores de las sociedades de beneficencia y de labradores

que habian venido á menos.

Era ademas como hombre de mundo el blanco donde se dirigian todas las reclamaciones legítimas del bello sexo. Desde la desgraciada duquesa cuyo retrato habia él llevado en otro tiempo incrustado en la caja del tabaco, hasta la simple aplanchadora, todas eran hijas de Eva, todas tenian derecho á las simpatías de Sir Sedley como buen hijo de Adan.

Por último como apasionado á las artes y fiel servidor de todas las musas, veia Sir Sedley Beaudesert á cuantos pintores, actores, poetas y músicos, eran acogidos por el público con poco favor, volver la vista hácia él, en busca de su sonrisa protectora como el girasol marchito se vuelve hácia el sol. Añádase á todos estos la caterva de los que habian oido hablar de la generosidad de Sir Sedlay Beadesert, y se podrá formar una idea cabal de cuanto le costaria semejante reputacion. Mucho dudo que las rentas de Sir Sedley, por muy cuantiosas que fueran, bastasen para cubrir su presupuesto anual; y si lo conseguia, lo deberia tal vez á las dos reglas que su filosofia le bia impuesto, á saber: no contraer deudas, ni juzgar nunca: admirables votos que

muy rara vez se encuentran en la vida de los hombres de mundo, y que yo creo poder atribuir á su buen carácter. Compadecia en el alma á un desgraciado perseguido por sus acreedores. «Pobre hombre, decia, cuán penosa debe de ser su vida, respondiendo siempre: ¡no!» cuán mal conocia á esta clase de gentes!... como si un deudor dijese alguna vez ¡no! Preguntáronle á Brummel si le gustaban las legumbres, y contestó que se comió un dia un guisante pequeño. De la misma manera confesaba Sir Sedley Beaudesert que un dia jugó una gruesa partida á los cientos: «Tuve la desgracia de ganar, añadia al hablar de su imprudencia, y no olvidaré nunca la pena que se dibujó en el semblante del que perdió. A no ser que siempre perdiese, el jugar seria para mí un verdadero purgatorio en la tierra.

—¡Qué diferencia del Sr. Trevanion á sir Sedley! El Sr. Trevanion miraba con gran indiferencia la caridad individual! Si una congregacion necesitaba una iglesia, un pueblo reclamaba una escuela, ó un puente para el rio, cogia el Sr. Trevanion la pluma, sacaba cuentas, formaba cálculos y encontraba la suma exacta qne buscaba

bajo una forma algebráica, y la pagaba como hubiese pagado la cuenta de su panadero. Justo es confesar que el hombre desgraciado, cuyas penas consideraba dignas de su compasion, no acudia á él en vano: pero lo admirable es ver cuán poco generoso era por estos medios, pues el Sr. Trevanion se convencia dificilmente de que un hombre digno de compasion fuese tan desgraciado que tuviese necesida de dinero.

Sin embargo, creo, que el señor Trevanion hacia positivamente mas bien que sir Sedley; pero lo hacia como una operacion de la inteligencia, rara vez por un impulso del corazon. Siento tener que añadir que la gran diferencia consistia en que la desgracia en torno de sir Sedley parecia tomar mayores dimensiones, y desvanecer al contacto del señor Trevanion. Tan luego como este se aparecia con su génio activo y penetrante, renacia, el aliento al trabajo, reparaba enérgicamente sus pérdidas, y todo tendia á su mejoramiento con rapidéz. En donde sir Sedley se presentaba con su generoso corazon, se difundia bajo su influencia una especie de entorpecimiento; tendíanse las gentes por el suelo y gozaban perezosamen-

te de los rayos de aquel sol liberal. La benevolencia se hacia sentir en el uno como el vivo soplo de los inviernos del Norte, y en el otro, como el estío de la indolente Italia. El invierno es sin duda un escelento tónico pero todos preferimos el verano.

Para probar cuán amable era sir Sedley, diré que le amaba, y apesar de esto me infundia celos. De cuantos satélites giraban en rededor de mi encantadora estrella, Fanny Trevanion, aquel astro tan amable, era para mí el mas temible. A pesar de que yo me consolaba con la indolencia de la juventud, con que sir Sedley Beaudesert tenia la misma edad del padre de Fanny, cuando estaban juntos los dos, hubieran podido pasar por hijos del señor Trevanion. Ninguno de los dos jóvenes, mis contemporáneos, tenia con mucho los encantos de sir Sedley Beaudesert, pues si bien á primera vista podia ser eclipsado por un semblante mas fresco y sonrosado que el suyo, no necesitaba mas que hablar ó sonreirse para confundir á toda una cohorte de elegantes. Porque lo que habia de mas seductor en él, era la espresion de su fisonomía, en la que se revela una bondad en estremo candorosa y, por decirlo así, infaltil. Ade-

más, conocia tambien á las mugeres? Halagaba tan naturalmente su flaco sin parecer intentarlo, y dirigia sus afecciones con una dignidad tan seductora! Por último, bien fuese por todas sus gracias, bien por su reputacion particular, ó por su prolongado celibato y la dulce melancolía de sus sentimientos, lo cierto es que siempre conseguia interesarlas. A mi mayor enemigo no le deseo otro mal, si tiene veinte y cinco años, que encontrarse con un sir Sedley Beaudesert con sus cuarenta y siete años por rival.

Fanny me tenia indudablemente en una perplexidad continúa. A veces me creia amado; casi al momento se desvanecia tan dulce esperanza en la frialdad de una mirada indiferente, ó de una sonrisa de ironía. Esta niña mimada del mundo, parecia tan inocente en medio del exceso de felicidad que la rodeaba, que se olvidaban todos sus defectos en la atmósfera de alegria que se respira á su lado. Por otra parte, á despecho de su encantadora insolencia, se encerraba en ella un escelente corazon de muger bajo su aspecto de ligereza. Apenas conocia que le habia incomodado á V. se deshacia en dulces y humildes caricias que cicatri-

zaban la herida; pero cuando se le figuraba haberle consolado demasiado, nada habia que urgiese mas á la coquetuela que martirizarle otra vez. Heredera de un padre tan rico, ó mas bien de su madre (pues la rica era lady Leono), se veia naturalmente rodeada de admiradores, no enteramente desinteresados; y hacia bien mortificándolos. ¡Pero *yo*! ¡Ah! pobre muchacho, ¿porque le habia de parecer yo mas desinteresado que los demás? ¿Como habia de poder leer cuanto pasaba en mi corazon? ¿No era yo bajo el aspecto de fortuna el mas indigno de sus pretendientes, y debia por consiguiente parecerle el mas mercenario? Jamás habia pensado en su dote, y si alguna vez me habia venido á la memoria solo habia sido para hacerme palidecer y llenarme de inquietudes. Entonces abdicaba mi amor todas sus pretenciones, pero mi desesperacion á su vez desaparecia á la vista de Fanny como desaparece un espectro al primer rayo de la aurora. ¡Cuán dificil de convencer de las categorias de clase es el jóven que viendo antes sus ojos el mundo del porvenir levanta en él castillo en el aire! en la fantasia de mi orgullosa imaginacion figurábame ya

orador, hombre de Estado, embajador, ministro.... Dios sabe cuantas cosas mas.

Aunque Fanny hubiese descubierto el estado de mi corazon, este seguia siendo tanto para el Sr. Trevanion como para su esposa, un abismo insondable que no merecia la pena de ser sondeado. Indudablemente se hallaba demasiado ocupado el Sr. Trevanion para pensar en tales bagatelas, y lady Leonor me trataba como á un niño... como un hijo suyo segun la bondad que me dispensaba. Pero apenas observaba lo que pasaba á su lado. En medio de un brillante círculo de poetas, de literatos y de hombres políticos, interesada en los trabajos de su marido y trazando los planes de su futuro engrandecimiento, vivia lady Leonor como una fiebre continúa. Aquellos ardientes ojos dirigian tan lejos sus orgullosas miradas oomo si buscasen mundos que conquistar, que el mundo que tenia á sus pies desaparecia á su vista. Queria á su hija con frenesí y se fiaba de ella enteramente: jamás la vigilaba. Lady Leonor se mantenia sola en la cima de una montaña envuelta en una nube.

LA FAMILIA DE CAXTON.

LA FAMILLA
DESCAZON.

LA FAMILIA
DE CAXTON,

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR SIR EDUARDO LYTTON BULWER.

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. JOSÉ TORA.

TOMO III

Sevilla.—1855.

Imp. de la Libertad Centinela de Andalucía
Calle de los Lombardos.

LA FAMILIA

DE CASTON.

NOVELA ORIGINAL EN CUATRO

POR SIR EDUARDO LYTTON BULWER.

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. JOSÉ TUBIA.

TOMO III

Sevilla.—1855.

IMP. DE LA LIBERTAD (CENTINELA DE ANDALUCÍA)
Calle de los Sombreros.

CAPITULO II.

Con motivo de haber marchado al campo el Sr. Trevanion con su familia, tuve todo un dia de asueto: el objeto de esta espedicion fué el de avisar á un ex-ministro, pariente lejano de lady Leonor, el cual entraba en el reducido número de las personas con quienes el señor Trevanion consultaba sus negocios. Con tan plausible motivo, el de mi asueto, fuíme á ver á sir Seley Beaudesert: hacia tiempo que queria sondearle sobre cierto asunto, y nunca me atrevia; pero en esta ocasion hice propósito de llevarlo á cabo.

Sir Sedley se halla examinando un cuadro muy malo que acaba de comprar un

artista jóven para alentarle en su carrera

—¡Hola! amigo, esclamó al entrar en su gabinete, en V. pensaba no hace mucho... espéreme V. un momento; (Summers era su ayuda de cámara), tenga V. la bondad de guardar este lienzo para hacerlo embalar y enviarlo á la quinta... Esa pintura prosiguió volviéndose hácia mi, ha de colocarse en un lugar espacioso si ha de hacer algun efecto. Tengo una galería con pequeñas claraboyas que dan una entrada á una débil luz. Es admirable lo bien que me ha venido esta galeria para ciertas adquisiciones.

Tan luego como hubo desaparecido el cuadro, exhaló sir Sedly un profundo suspiro, como si acabara de echarse de encima una pesada carga, y prosiguió mas alegremente.

—En efecto me acordaba de V. ahora mismo. Y si V. no tomase á mal el que un antiguo amigo mio de su padre se mezclase en los negocios del hijo, me alegraria mucho de saber de boca de Trevanion las ventajas que piensa proporcionar á V. algun dia, en recompensa de tanto trabajo como...

—Mi querido sir Sedley, soy aficionado

al trabajo; estoy enteramente contento...

=Sí, pero con la condicion de que no ha de ser V. toda su vida el secretario de un hombre, el cual á falta de otras ocupaciones con los demas hombres, me parece que se dedicaria á enseñar á los campesinos el arte de construir sus casas de labranza segun las mejores reglas arquitectónicas. Querido amigo, Trevanion es un hombre insufrible... es imposible que nadie pueda permanecer á su lado tres minutos sin sentirse lleno de fastidio. Y V. que se encuentra en la mejor edad para ser feliz, prosiguió sir Sedley con una compasion evangélica, ¡ha de consumir tan tristemente su vida sin disfrutar de ningun placer!

—Está V. muy equivocado, sir Sedley; yo no tengo motivo alguno de queja: además, ¿no le he oido á V. mismo que un hombre puede pasar su vida sin hacer nada, y ser infeliz?

—No he sentado semejante premisa hasta haber pasado del número cuarenta; dijo sir Sedley, obscureciéndose ligeramente su frente.

—Y sin embargo, nadie creerá que halla llegado V. á ese número, dije yo con una

artificiosa adulacion, la cual me conducia á mi objeto..... miss Trevanion, por ejemplo, le...

Detúveme: sir Sedley me dirigió tan severa mirada cuanto sus hermosos ojos azules lo permitian.

—Y, ¿qué decia V. de miss Trevanion?

—Que á pesar de verse rodeada de los jóvenes mas elegantes de Lóndres, seguramente le preferiria á V. á todos. Dije esto como una saeta, pues estaba resuelto á indagar hasta qué punto eran mis temores fundados.

Levantóse sir Sedley, y colocando familiarmente su mano sobre la mia, me respondió.

—¿Será posible que miss Trévanion le atormente á V. aun mas que su padre?.

—No le comprendo á V., sir Sedley.

—Yo á V., sí, y esto basta. Una jóven como miss Trevanion es cruel hasta que descubre que tiene un corazon. Es muy peligroso que uno aventure el suyo por una mujer, cualquiera que sea, que no haya dejado de ser coqueta. Amigo mio, si V. llevase una vida menos austera, le aborra-

ria el disgusto de oir estas lecciones indirectas. Hay hombres que siembran flores, y los hay que plantan árboles. V. pertenece al número de los últimos, y planta un árbol, bajo el cual, conocerá V. bien pronto que no puede crecer ninguna flor; si al menos produjese algun fruto y diese sombra, santo y bueno; pero cuidado con que el dia menos pensado se vea V. en la precision de arrancarlo, porque entonces... sí, querido amigo, aquel dia, se encontraria V. arrancado para siempre con sus raices.

Estas palabras fueron pronunciadas por Sedley con un énfasis tan formal, que esperimenté repentinamente la desaparicion de las dudas que al principio me aquejaban. Guardó silencio, sacó su caja de tabaco, abrióla, tomó un polvo, y despues de esta larga pausa prosiguió con su natural buen humor:

—Querido amigo, no desperdicie V. ocasion para ver mundo. Se lo repito á V.; diviértase lo que pueda, pues cómo le decia poco há, ¿á qué conduce el pesado trabajo á que se encuentra V. condenado? En cambio hay hombres mucho menos eminentes que Trevanion, que se creian en la obligacion de ayudarle á V. á entrar en una

carrera, y que le sacarian á V. un empleo; cosa que él no hará jamás. Trevanion no sacrificaria un átoma de su independencia para pedirle un favor á un ministro. Está tan persuadido de que el trabajo es la felicidad de la vida, que por puro cariño le hace á V. trabajar, sin cuidarse de su porvenir, suponiendo que esto es cosa de los padres, y sin tener en cuenta que los afanes que esperimenta V. ahora, á nada conducen. Piensa V. en todo esto, pues bastante le he molestado.

Quedéme absorto y perdí el uso de la palabra. ¡Cómo le sorprenden á uno estos hombres de mundo! A mí al menos me sucedió con sir Sedley Beaudesert, ir por lana y volver trasquilado: habia ido á su casa á sondearle, y el sondeado lo fuí yo de pies á cabeza. Sin embargo, con su acostumbrada delicadeza y á despecho de su horrible franquesa espresada de una manera tan seductora, sir Sedley no se escedió en sus amistosos consejos ni soltó una palabra que pudiera herir la cuerda sensible de mi amor propio... no me hizo la mas ligera observacion sobre la inmensa distancia en que me habia colocado la fortuna, de miss Trevanion.

Me hice cargo de que haria un papel muy ridículo si tomaba el asunto con calor y tartamudeaba alguna contradicion equivoca, y alargando la mano á sir Sedley Beaudesert, tomé mi sombrero y salí.

Apenas me hallé en la calle me dirigí maquinalmente hácia la casa de mi padre, por donde no habia paracido hacia algunos dias. No solo habia tenido mucho que hacer, sino que ademas, y lo digo con vergüenza, los placeres del mundo habian absorbido mis horas de descanso. Además, miss Trevanion habia llenado mi corazon tan esclusivamente, que sin el menor remordimiento dejé á mi padre que luchase solo como una pobre mosca en la trama del tio Joaquin. A mi llegada á la calle de Rusell, la araña y la mosca se hallaban cara á cara. Apenas me vió entrar el tio Joaquin se lanzó en mis brazos esclamando: «Felicita á tu padre... no, felicita al mundo!

—¡Qué hay, tio! resdondí con un triste esfuerzo para espresar una apariencia de alegría: ¿se publica por fin el *Times* literario?

—¡Oh! es asunto concluido hace ya mucho tiempo: hé aquí una muestra de los caractéres de imprenta que hemos elegido

para los primeros artículos Y el tio Joaquin, cuyos bolsillos se hallaban siempre provistos de alguna prueba húmeda aun, metió en uno de ellos la mano y sacó una hoja mónstruo. «Esto es asunto concluido; estamos reclutando los colaboradores, y la semana próxima, ó la inmediata lo mas tarde, echamos á volar el prospecto. Pero, Pisístrato, de lo que queria hablarte era de la grande obra.

—Querido padre, ¿se vendió por fin... ¡Oh! ¡cuando me alegro!

Mi padre se sonrió.

—Materialmente vendió, no; esclamó mi tio. No señor, no hemos querido venderla. Cuando todos los libreros se echen á nuestros pies, como se echarán algun dia, se venderá el libro. Agustin, este libro hará una revolucion, formará época, será el emancipador del génio, oprimiendo hasta ahora bajo el yugo de una servidumbre-mercenaria. *¡Este libro!..*,

Examinaba yo á mi vez con curiosidad el semblante de mi padre y el de mi tio, cuando observé que el de mi padre se coloreaba ligeramente y limpiando sus anteojos me dijo con arire tímido:

—Ya lo ves, Pisístrato, á pesar de los

malos ratos que el pobre Joaquin se ha dado para que los libreros editores reconociesen el mérito que él ha encontrado en la *Historia de los Errores humanos*, nada ha podido conseguir.

—Nada de eso todos reconocen la maravillosa erudicion de la obra: su....

Tiene V. razon replicó mi padre, pero no creen que pueda venderse, y por consiguiente son bastante egoistas para no comprarla. Es verdad tambien que un librero dijo que entraria en tratos con migo siempre que yo consintiese en eliminar del libro la parte que trata de los hotentotes y de los cafres, de los filósofos griegos y de los sacerdotes egigcios, dejándolo reducido á la sociedad moderna, y titulando la obra *Anécdotas y viajes por Europa.*

—¡Mentecato! dijo entre dientes el tio Joaquin.

—Otro creia que omitiendo todas las citas, se podria dividir la obra en pequeños capítulos, dándole por fitulo *Hombres y Costumbres.* Un tercero ha tenido la candidez de manifestar que aunque la obra no tiene salida, como por lo visto el autor posee algunos conocimientos de historia, tal vez se sacase mas partido publicando

una novela histórica producto de mi *pluma pintoresca*... ¿No fueron estas sus palabras, Joaquin?

Joaquin se hallaba demasiado indignado para poder hablar.

«...Con tal que yo introdujese un enredo de amor y llenase tres tomos en 8.° de veinte y tres renglones por página, ni mas ni menos.»

Por último, dimos con un hombre de bien, que me pareció tan hombre de bien como especulador. Despues de hacer una multitud de cálculos para probarme que no le quedaba utilidad alguna, me ofreció generosamente asegurarme la mitad de estos beneficios negativos con tal que yo le garantizase la mitad de los gastos positivos. Pensando estaba yo en la proposicion cuando se le ocurrió á tu tio una idea sublime que ha abierto á mi libro un nuevo horizonte.

—¿Y cuál es? pregunté con el acento del desconsuelo.

—La idea que acabo de concebir respondió mi tio, volviendo por último en sí, es la siguiente. Los autores son desde tiempo inmemorial presa de los libreros: sí; han vivido en los graneros y se han ahogado

en medio de la calle tragando una migaja de pan que les echaba una mano caritativa. Milton, como todos sabemos, vendió su *Paraiso perdido* en diez libras esterlinas! pero seria nunca acabar si fuese á citar los innumerables ejemplos que existen de esta naturaleza. Esos libreros, señores, esos libreros son... ballenas... que nadan en océano de oro líquido, y que se alimenta de la sangre de los autores, como los vampiros de la de los niños. Por último llegó á su término la paciencia de los autores: sonó para ellos la hora de la libertad, y como un solo hombre han esclamado; Seamos libres... y los autores rompieron sus cadenas. Si acabamos de inaugurar la institucion de la *Gran sociedad de autores confederados*, por cuyo medio Pisistrato, y sobre este punto llamo tu atencion, cada autor será el edictor de su obra... es decir, si forma parte de la sociedad. Ya no veremos en lo sucesivo las obras inmortales en manos de especuladores mercenarios, sometidas al exámen de un gusto sórdido. ¡Se acabaron las ventas inicuas y los padecimientos de los autores! ¡Ya no se ahogarán los grandes poetas trágicos en medio de la calle con una miga de

pan, ni se venderán mas *Paraísos perdidos* por diez libras esterlinas! El autor presenta su trabajo á una comision de exámen nombrada al efecto, la cual lee el manuscrito; la sociedad lo publica, y el autor recibe el producto de la obra de mano del tesorero, despues de descontar una cantidad módica que por via de comision queda en la caja de la sociedad.

—En efecto, querido tio, todos los autores que no encuentren editor, acudirán á vuestra sociedad fraternal... será una sociedad muy numerosa.

—Sin duda.

¿Y si la especulacion fracasase?

—¡Fracasar! ¿y por qué?

—Porque como V. no ignora, todas las negociaciones mercantiles que invierten un capital en un artículo que no ha sido pedido, tienen en sí mismas un gérmen de ruina. Ustedes empiezan publicando obras que los libreros se niegan á publicar; ¿por qué? porque los libreros no pueden darle salida. Con que sacamos en consecuencia que cuanto mas sean los negocios que haga la sociedad, mayor será su déficit, y cuanto mas numerosa sea, mas apurada será su situacion: es evidente.

—¡No señor! la comision elegirá las obras que sean dignas de publicarcarse.

—Entonces que ventajas reportan los autores de las demás? Tanto me daria entregar mi manuscrito á un librero como á una comision de autores. Además, el librero no es rival mio, estoy inclinado á creerlo, será probablemente un juez mas autorizado para fallar acerca del mérito de un libro, asi como serlo un comadron por lo que concierne á un niño recien nacido.

—En verdad queridísimo sobrino, que formas un juicio muy desfavorable de la grande obra de tu padre, puesto que ningun librero quiere comprarla.

El argumento era especioso, y yo me hallaba sin saber que responder, cuando intervino el Sr. Caulon con una sonrisa apologélica.

=El caso es querido Pisistrato, que quiero publicar mi obra sin disminuir la paqueña fortuna que he de legarte un dia. El tio Joaquin establece una sociedad para publicarla.... ¡Viva la sociedad del tio Joaquin! A caballo dado no se le mira el pelo.

En esto entró mi madre con su semblante sonrosado que volvia de una espedicion á

las tiendas con la señora Gervasia. Con su alegria al saber que me quedaba á comer nos hizo olvidar de los demás. Por una casualidad que no sentí, el tio Joaquin estaba realmente aquel dia convidado á comer fuera. Tenia otros hierros á la lumbre además del *Times literario* y de la *Sociedad de autores confederados*, porque acababa de concebir el proyecto de cubrir las casas de fieltro (el cual, segun tengo entendido, se llevó despues á efecto por otras manos, y habia encontrado un hombre rico (un sombrerero me parece), el cual se hallaba favorablemente dispuesto para la prensa, y le habia suplicado que le acompañase á comer con el objeto de que le esplicase los pormenores.

CAPITULO III.

Acabábamos de comer y nos hallábamos asomados los tres al balcon como en nuestros tiempos mas felices: mi madre me hablaba en voz baja, como temiendo molestar á mi padre que parecia reflexionar...

¡Ay! ¡ay! ¡Qué es esto, Dios mio! ¡aquí, aqui me acaba de picar en el puescuezo: en la cabeza—que se me mete en la oreja! ¡ay!

Pido á Vds. una y mil veces que me dispensen por haberme interrumpido tan bruscamente en mi narraccion, pero es preciso que sepan lo que acaba de sucederme, y les ruego encarecidamente que me crean por la salvacion de mi alma. Pues señor, estaba sentado en mi gabinete, que es bastante os-

suro, cerca del anochecer, cuando insensiblemente se me escapa la pluma de entre los dedos: me arrellano en el sillon y empiezo á contemplar la lumbre, porque aun cuando nos hallábamos á fin de junio hacia mucho frio. Pues señor, héte aquí, que cuando mas embebido estaba en mis meditaciones, siento que me sube una cosa por la nuca, y casi maquinalmente llevo allí la mano y tropiezo... ¿con qué? me preguntarán V... ¡Ah! he aquí la gran dificultad; con una cosa casi negra, y de un tamaño bastante regular: tal fué mi sorpresa, que sacudí la cabeza con violencia y la cosa fué á parar... no sé donde. El *que* y el *donde*: he aqui la dificultad en todas las cuestiones. Apenas hubo desaparecido la cosa cuando sentí no haberla examinado mas de cerca. Tal vez fuese un gusano de oido, insecto que me inspira un hor.or profundo, pues estoy convencido de que reaimente se introducen en los oidos. He aqui un punto sobre el cual toda discusion conmigo, segun los principios de la ciencia, es inútil. No he olvidado aun la viva impresion que me causó una historia que me contó una noche la señora Gervasia, de una señora que durante muchos años sufrió horribles dolores la

cabeza: «Nada pudo conseguir el arte,» como dicen los epitáfios—murió: hízosele la autopsia, abriéronle la cabeza, y se encontraron en ella un nido de gusanos de oido; ¡pero qué nido, Dios mio, que nido! Los gusanos de que se trata son los animales mas prolíficos y tiernos para su progenitura: ponen los huevos como las gallinas, y sus crias, apenas abren los ojos al mundo, van á refugiarse debajo de sus madres... ¡Qué escena tan tierna! Figúrense Vds. una familia de gusanos instalada en sus tímpanos respectivos.

Pero es el caso que el insecto era de un volúmen algo mayor que el de un gusano de oido: tal vez perteneciese á la familia de los «Forficulidæ,» llamados «Labidoura, mónstruos cuyas entenas tienen treinta articulaciones. En Inglaterra existe gran variedad de aquellos, pero á despecho de los naturalistas, y gracias sean dadas á la Providencia, rara vez se encuentra aquella variedad, que es infinitamente de mayores dimensiones que el gusano de oido comun ó «forficulada auricularia. ¿Y si fué un avispon? Indudablemente tenia negra la cabeza y las entenas grandes. Los avispones me causan mucho mas horror si es posible que los gu-

sanos del oido: dos avispones matan á un hombre y tres á un caballo de tiro de seis dedos sobre la marca. Sin embargo, el pájaro voló: ¿pero á dónde se fué? muy bien pudo guarecerse en uno de los pliegues de mi bata, ó de mi pantalon, ó en cualquiera otro escondrijo de los muchos que entre nuestra ropa pueden servir de guarida á los gusanos y á los avispones. Despues de practicada una minuciosa requisa en toda mi persona, me persuadí de que el insecto no estaba encima de mi. Reconozco la alfombra, las inmediaciones de la chimenea, la mesa; nada, non inventus! ¡inencontrable! Me consuela la bárbara esperanza de que el animalito ha ido á parar á la lumbre y ha muerto achicharrado. Mi espíritu abatido se reanima y me retiro prudentemente al otro estremo del gabinete: cojo la pluma, y muy contento y satisfecho empiezo mi capítulo. Héme ya entregado á mi trabajo, cuando siento, ¡ay! una nueva picada, caballeros, y justamente en el mismo sitio de antes! ¡Ah! ¡por todos científicos por no haber hecho el análisis del insecto á fin de resolver si era un «forficulidæ» ó un «auricularia. Llevé ambas manos á mi nuca con un estremecimiento convulsivo: el insecto habia volado.

Si, ¿pero á dónde? Este á donde es una pregunta horrible, puesto que el insecto se ha presentado por dos veces á pesar de todas mis precauciones, y exactamente en el mismo sitio: manifiesta una tendencia marcada á establecerse en los cuarteles que ha elegido: me amenaza con fijarse sobre mí como un pobre importuno en tal ó cual parroquia: ¿no es esto una cosa sobrenatural y espantosa? Te aseguro, carísimo lector, que todo mi cuerpo sufre en este momento una horrible congoja: todas sus partes se han estremecido al contacto del insecto dañino, gusano ó avispon, forficula ó lavidoura. ¿Y quién, pregunto ahora, se pone á escribir un capítulo en situacion tan alarmante?... Hija mia, hazme el favor de tomar esa palmatoria y examinar con cuidado, allí, por bajo de la mesa. ¡Qué buena muchacha, ahi, querida, una cosa asi como negra, con dos cuernos, y un si es no es abultado.—Caballeros y señoras, vosotros los que habeis cultivado la lengua fenicia, sabreis que Belzebú, estudiado mitológica y eutomológicamente, es ni mas ni menos que Baal—Zebub— el «júpiter-mosca, un emblema del atributo destructor, el cual se encuentra mas ó menos en todas las familias

de insectos; en su consecuencia, segun la observacian de M. Paque Knight en sus «Investigaciones sobre las lenguas simbólicas,» los sacerdotes egipcios se afeitaban todo el cuerpo inclusas las sejas, por temor de cobijar sin saberlo á algunos de los mas pequeños zebubs del gran Baal. Si llegase á persuadirme que el negro vicho permanece aun sobre mi cuerpo y que el sacrificio de mis cejas le habia de privar de su refugio, por el alma de los Ptolomeos, habia de hacer, ó por mejor decir; haré y voy á hacer... muchacha, tira del cordon de la campanilla. ¡Juan!... ¡mi... mi petaca! No hay en todo el mundo un insecto que pueda resistir á los vapores de la hierba de la Habana. Perdona, amado lector, y hazte cargo de que no soy yo el primero que haya terminado un capítulo... en humo.

CAPITULO IV.

Todas las cosas tienen su destino en este mundo perecedero, hasta una cosa negra que se le sube á uno por el cogote. Sombra desconocida, ¿qué haré de tí?= Vaya una una comparacion.

Me parece amada lectora que me concederá V. que si llegase á sucederle un lance como el que acabo de describir, y se sintiera correr por junto la oreja á algun individuo de las familias de que he hecho mencion en el anterior capítulo, abandonaria V. su acostumbrada calma y su inocente bordado. ¿No esperimentaria V. un ataque nervioso? Pero lo peor del caso es que V. se avergonzaria de decirlo, y se creeria obligada á mostrarse contenta, y á tomar parte en la conversacion, ocultando su inco-

modidad: ¡Cuantas veces otras causas distintas de los insectos producen un efecto semejante! Cada cual tiene su cuidado secreto, su preocupacion, su cierta cosa entre un recuerdo y un sentimiento, su gusanillo, al cual aun no se ha atrevido á analizar.

Hallábame pues, sentado junto á mi madre procurando sonreirme y hablar con ella como en los tiempos felices; pero me sentia inquieto, agitado, preocupado deseando echar una mirada en torno de mí, refugiarme en mi soledad interior; deseando examinar mi corazon y encontrar la causa que tanto me aterraba, porque me hallaba confuso y aterrado. Mi madre, que por su parte era bastante curiosa en todo lo concerniente á su querido Anacronismo, lo era aquella noche mucho mas que de costumbre. Preguntóme dónde habia estado, qué habia hecho, cómo habia pasado el tiempo; ¿y Fanny Trevanion? (sea dicho entre parentesis, la habia visto tres ó cuatro veces, y la encontraba muy linda) ¿y Fanny Trevanion? Mi madre queria saber exactamente el concepto que habia yo formado de ella.

Entre tanto, ¿qué hacia mi padre? Parecia sumergido en sus meditaciones, dejando que mi madre y yo siguiésemos nuestra conver-

sacion. Uno de mis brazos se hallaba apoyado en el respaldo del sillon de mi madre, y sus manos oprimian una de las mías: preguntáhame y le respondia tan pronto tartamudeando, ó ya con un violento esfuerzo de volublidad, hasta que por último al oir una pregunta que me fué mas derecha al corazon que las demás, volví con ansiedad la cabeza, y mis ojos se encontraron con los de mi padre que los tenia fijos en mí, como lo estaban en otra ocasion cuando, sin que nadie supiese la causa, me ví atacado de una verdadera languidez y me dijo mi padre: «es preciso que te lleven á un colegio.» En aquella mirada reconocí toda la ternura paternal: de todos modos no era como creíamos la grande obra lo que preoeupaba la imaginacion de mi padre lo que estudiaba con un interés de autor tambien era el corazon de su hijo. Al leer en aquellos ojos hubiera querido arrojarme en sus brazos y contárselo todo... ¿y todo lo qué? Señora, lo ignoraba, como ignoro lo que era aquella cosa negra que tan cruelmente me atormentó anoche.

—Pisístrato, dijo mi padre con dulzura, mucho temo que hayas olvidado la bolsita de azafran.

=No, padre, no lo he echado en saco roto, contesté yo, procurando sonreirme.

Mi padre prosigió,

—Todo el que lleva consigo la bolsita de azafran. hijo mio, tiene el ánimo mas tranquilo de lo que parece estarlo el tuyo.

=Querido Agustin, dijo mi madre con solicitud, el chico está contento y muy satisfecho.

Mi padre hizo una señal negativa con la cabeza y dió dos ó tres paseos por el gabinete.

=¿Avisaré que traigan luces, padre mio? ya ha anochecido y V, querrá leer.

=No, Pisistrato, quien va á leer sois vosotros, y esta hora del crepúsculo en la mas oportuna para el libro que voy á abriros.

Y asi diciendo, cogió una silla que colocó entre la de mi madre y la mia, y se sentó con gravedad: permaneció largo rato en silencio con los ojos bajos, y despues, mirándonos á mi madre y á mi alternativamente:

—Querida esposa, dijo por último con una especie de solemnidad, voy á hablaros de mí, tal como yo era antes de que me conocieses.

A pesar de la oscuridad distingui que el

semblante de mi madre mudó de color.

—Hasta hora, Catalina, has respetados mis secretos tierna y lealmente: hoy es llegado el momento en que puedo revelarlos á tí y á nuestro hijo.

CAPITULO V.

—

PRIMEROS AMORES DE MI PADRE.

«De muy tierna edad me quedé sin madre, mi padre era un hombre intrépido, tan indolente que apenas se levantaba de la silla, y sucedia con mucha frecuencia pasarse los dias sin hablar una palabra como un dervis de las Indias: en su consecuencia mi educacion y la de Rolando fueron adecuadas á nuestros gustos. Rolando cazaba, pescaba ó leia todos los libros de poesía y los romances caballerescos que contenia la biblioteca de la casa paterna, bastante rica en este genero de obras: ocupábase tambien en aglomerar copias del árbol genealógico, á cuyo objeto no se mos-

traba del todo indiferente mi padre. Mi aficion á los estudios profundos dejóse traslucir desde mi temprana edad, y felizmente hallé en M. Tibbets, tu padre, un preceptor, Catalina, que á no ser por su modestia hubieras podido rivalizar con Porson. Para el trabajo era un segundo Budeo, y como este solia decir frecuentemente: Que el único dia de su vida en que habia perdido tiempo, fué el de su boda, en el cual solo pudo leer seis horas. Bajo la direccion de tan laborioso maestro no podia yo menos de salir un sábio, asi fué que salí de la universidad bastante cargado de palmas académicas, y emprendí mi carreaa en el mundo bajo los mejores auspicios.

«Instalado ya en el tranquilo alberge de mi casa paterna, empecé á reflexionar sobre la senda que debia emprender para alcanzar gloria. Al pié de la colina en cuya cima se hallaban las ruinas del castillo que Rolando compró despues, estaba el rectorado. Aunque no esperimentase yo hácia aquellas ruinas la veneracion romanesca de mi hermano, porque los recuerdos clásicos me interesa mas vivamente que los feudales, deseaba sin embargo trepar á la colina y

levantar en ella el edificio de mi porvenir en medio de los escombros del que la mano del tiempo habia hecho desaparecer.

»Al entrar un dia en el antiguo patio en donde crecian á su sabor las zarzas entre las piedras, me encontré con una señorita que sentada en mi asiento favorito examinaba las ruinas: parecióme hermosa, mas hermosa que cuantas hasta entonces habia visto: en una palabra, me sentí fascinado con sus encantos. Sentéme algun tanto separado de ella y empecé á contemplarla sin deseár hablarla: pero no tardó en sacarme de mi arrobamiento la aparicion de un caballero de elevada estatura, imponente, de edad respetable y de agradable fisonomía, el cual saliendo de entre las ruinas mas lejanas se dirigió hácia nosotros seguido de un perro. El animal se vino ladrando adonde yo estaba, llamando la atencion del caballero hácia mi y hácia la señorita: acercóse el buen señor, llamó al perro y me dijo que le dispensase con muy finas maneras. Despues de haberme mirado con curiosidad, hízome algunas preguntas acerca del ruinoso castillo y sobre la familia á la cual habia pertenecido, de cuyo nombre y antecedentes era sabedor.

Cuando supo por nuestra conversacion que yo era el descendiente de los antiguos caballeros Caxton y el hijo mas pequeño del humilde rector que era su representante actual, díjome que él era el conde de Raimforth, el primer propietario del contorno; pero que habia visitado tan pocas veces aquel pais durante mi niñez, que aquella era la primera vez que yo le veia. Sin embargo, su hijo único, que prometia mucho, era condiscípulo mio de una universidad. El jóven lord se habia distinguido por su aficion á la literatura y á las ciencias, y nuestra amistad era ya íntima cuando salió del colegio para viajar.

»Al oir mi nombre, tomóme cariñosamente la mano el conde de Raimforth y presentándome á su hija: «Hé aquí, mi querida Leonor, le dijo, al Sr. Caxton, de quien tu hermano tantas veces nos ha hablado.

»En una palabra, mi amado Pisístrato, rompióse el hielo, entablaronse las relaciones, y lord Raimforth despues de decirme que para desquitarse de su larga ausencia venia á pasar la mayor parte del año en el castillo de Campton, exigió de mi que le visitase. Hícelo así; la amistad de lord Rainsforth hácia mí iba cada vez

en aumento, y le visitaba con frecuencia.»

Hizo alto mi padre, y viendo que mi madre fijaba en él los ojos con una especie de interés melancólico, inclinóse hácia ella y la dió un beso en la frente.

»Nada tiene esto de particular, hija mia, la dijo.»

Esta fué la única vez, al menos que yo sepa, que mi padre dió á su esposa este dictado de la ternura paternal: pero nunca tampoco le habia oido hablar en un tono tan sentimental y solemne: ni siquiera una cita.... parece increible! No, no era mi padre el que hablaba, era otro hombre.

CAPITULO VI.

—

Nada tiene esto de particular, hija mia. Sí, iba con bastante frecuencia á visitar á lord Rainforth, y empecé á tenerle por un hombre notable. Una timidez sin mezcla de orgullo, (aunque parezca estraño) y su aficion á los tranquilos estudios literarios, le habian impedido representar en los negocios públicos un papel para el cual era muy á propósito; pero la fama de talento y de talento que gozaba, le habian hecho popular, y su popularidad le dió grande influencia, hasta en la formacion de ministerios; al menos asi lo creo. Por último accedió á pasar al estrangero con una comision diplomática, que fué para él, sin duda, un manantial de crueles disgustos, cuando tan alhagüeña se presentó á su

imaginacion la idea de retirarse del mundo y vivir tranquilamente en una apacible soledad. Lord Rsinsforth apreciaba el talento, y se interesaba eficazmente por los jóvenes que lo poseian: su familia debia al talento los altos honores á que habia sido encumbrada, y su antepasado el primer par de su nombre, llegó á ser un célebre jurisconsulto. Su padre se hizo célebre por sus trabajos científicos, y Leonor y lord Pendawis, los hijos del conde, eran dignos de los títulos de sus antepasados: identificábase, pues, aquella familia con la aristocrácia del talento, y parecia mucho menos orgullosa al propio tiempo de pertenecer á la nobleza: es preciso poner de vista esta circunstancia en el trascurso de mi historia.

Lady Leonor participaba de los gustos de su padre y de su modo de discutir (entonces no era aun heredera). Por último, me habló su padre de unos proyectos para el porvenir. Era aquella una época en que la revolucion francesa obligaba á los hombres políticos á echar en torno suyo una inquieta mirada para robustecer el órden existente por medio de alianzas con los de la nueva generacion que manifesta-

ban capacidad y podian ejercer cierta influencia en sus contemporáneos.

Las distinciones universitarías se contaban, (al menos en aquel tiempo) en el número de los pasaportes populares que abrian á los jóvenes las puertas para entrar en la vida pública. Tal fué el cariño que lord Rainsforth me tomó, que me sugirió la ambicion de aspirar á un asiento en la cámara de los comunes: un miembro del parlamento á todo podia aspirar, y lod Rainsforth tenia bastante influencia para garantizar mi eleccion. ¡Qué perspectiva tan deslumbradora para un jóven que aun se acordaba de las oraciones de Tucídides, y sabia de memoria los discursos de Demóstenes! Ya ves, querido hijo, que no era yo entonces lo que soy ahora.,... mas claro; amaba á Leonor Compton, y por consiguiente era ambicioso. Ya sabes cuan ambiciosa es aun, pero yo no podia modelar mi ambicion por la suya. No podía resolverme á entrar en el senado de mi pais como el instrumento de un partido ó de un protector, como un hombre que quiere hacer allí su fortuna. Aun no he podido saber si las opiniones políticas de lord Rainsforth estaban de acuerdo con las mias. Las opinio-

nes de un hombre de mundo que ha adquirido la esperiencia de los hombres y de las cosas, podrian dificilmente convenir con las de un jóven inesperto, lleno de iluciones y de entusiasmo.

Pero aun en el caso de que hubiese sido las mismas, conocia yo que no podia aspirar á igualarme con la hija de mi protector. No; estaba dispuesto á abandonar mis inclinaciones de sábio y literato, y á valerme de todos mis recursos para labrarme por mí mismo la fortuna á que aspiraba; entonces podria llamarme independiente, y tenia derecho para hablar de mi ambicioso amor. No veia las cosas, Lady Leonor, de la misma manera y en todos aquellos, planes nada encontraba que cautivase su imaginacion; sin embargo, escuchó mis proyectos, con aquella seductora benevolencia que conserva aun y con la cual parece identificarse con los que la hablan. Pero al oirme discurrir sobre la brillante perspectiva de los triunfos parlamentarios delante de su padre, me dirigia una mirada de aprobacion: tal vez esto consistiera en que lord Rainsforth diese mas valor á aquellos por no haberlos merecido, y se propusiera ornar con ellos su frente

con el auxilio de intermediario. Cuando á mi vez ponderaba yo las ventajas de la independencia, oscurecia ligeramente el semblante de Leonor, la cual veía las cosas por el prisma de las preocupaciones del mundo, y con aquella ambicion mundana que se encamina siempre al poder y al efecto. Una parte del palacio miraba á Oriente. «Que lástima, dije un dia, que no se haga una plantacion en este terreno!— ¡Plantar! esclamó lady Leonor; se necesitarian veinte años por lo menos para que los árboles llegasen á su altura regular: no, padre mio, vale mas levantar una tapia y coronarla de macetas de flores y plantas.» Hé aquí de manifiesto su carácter: no tenia paciencia para esperar á que los árboles creciesen, una tapia se levantaba mas pronto, y las plantas parásitos le presentarían su pintoresca alfombra. Lord Rainsforth no buscaba la alianza de la alta nobleza, limitándose á encontrar un hombre para su hija, y encontró en mí cuanto necesitaba: un jóven de una antigua familia, que á una ardiente imaginacion unia aquella especie de honrosa ambicion de la cual participaba él mismo, aunque sin haberla puesto en juego. Pero Leonor, Dios

me libre de decir que me amaba... daba á entender en algunas cosas que era posible que me amase. En mi situacion di tregua á mis esperanzas, haciendo un esfuerzo para dominar las influencias que me rodeabañ: por último, ansiando emprender la profesion que debia á mi entender hacerme el mas favorito de la fortuna, me marché, á Lóndres á estudiar leyes.

—¡Es posible! esclamé yo.

Sonrióse tristemente mi padre y continuó.

=Entonces todo me parecia posible. Seguí el foro durante algunos meses, al cabo de los cuales pude ya leer mas claramente en el libro del porvenir: entonces conocí los obstáculos que tenia que vencer, para lo cual me sentía con fuerzas bastantes. Durante las vacaciones permanecí en Cumberlam y encontré á mi llegada allí á Rolando, que sin abandonar su carácter aventurero, á pesar de no haber ingresado aun en el ejército, acababa de llegar despues de una ausencia de dos años, que babia invertido en dar la vuelta al continente á pié. Al entrechar en mis brazos aquella especie de caballero andante, me abrumó á reconvenciones por haberme dedicado á la abogacía.

Nunca habia habido un abogado en la familia; y me parece que fué en aquella ocasion cuando le dejé petrificado con el descubrimiento del impresor. Tambien fuí yo á mi vez presa de un triste presentimiento, nó sé si de celos ó temor, al saber de boca de Rolanbo que visitaba con mucha frecuencia el palacio de Compton. Rolando encontró á lord Rainsforth en casa de un propietario de las inmediaciones, y le acogió muy afablemente, en primer lugar por ser hermano mio tal vez y despues por el mismo Rolando.

No me atrevia, prosiguió mi padre, á preguntar á Rolando qué le parecia de Leonor, pues esto me costaba mucho trabajo; y al ver que tampoco él me lo preguntaba, empecé á temblar.

Fuimos juntos á Compton, en donde permanecimos algunos dias, y en el camino apenas desplegamos los lábios.

Al llegar aquí, introdujo mi padre la mano derecha en el pecho del chaleco. Todos los hombres tienen sus manías que revelan lo que pasa en su interior; aquella operacion indicaba en mi padre un esfuerzo mental significaba que iba á argumentar, á demostrar, á moralizar ó á pre-

dicar. Por consiguiente, por muy atento que yo estuviese ya á su narrativa, sentí por una simpatía magnética y mesmérica redoblarse en mí la facultad auditiva tan pronto como la mano de mi padre se hubo deslizado entre camisa y chaleco.

CAPITULO VII.

EN EL QUE MI PADRE PROSIGUE SU HISTORIA.

»No hay creacion mistica, tipo, símbolo ó invencion poética destinada á contener un sentido abstracto que no se halle representado en el genéro femenino, dijo mi padre con la mano sepultada en el chaleco. Citaré solo á la Esfinge, el Enigma, la Quimera, Itis, cuyo velo jamás ha descorrido hombre alguno. Estas cuatro, Catalina, son todas mugeres. Tambien lo era Proserpina, que debe estar siempre en el cielo ó en el infierno, y Hecate, que era una cosa de dia y otra de noche. Las Sibis las eran mugeres, como lo eran las Harpías las Furias, las Parcas, las Valkirias y has-

ta la misma Hela: finalmente, todas las representaciones de ideas oscuras, inescrutables é imponentes, pertenecen al género femenino.»—Bendito sea mi padre. Agustin Caxton se hallaba en su terreno, y empecé á temer no perdiese el hilo de la historia y fuese á estraviarse en el laberinto de ciencia. Afortunadamente al detenerse para tomar aliento, sus ojos se encontraron con los azules de mi madre, que nada tenia ciertamente de comun con las Esfinges, las Quimeras, las Furias, las Parcas y las Valkirias, y sea porque su corazon ó su razon le advirtiese que acababa de anunciar una asercion muy poco galante y difícil de sostener, ó por otra causa muy distinta, lo cierto es que su frente se serenó, y sonriéndose prosiguió de esta manera:

»Leonor era incapaz de engañar á nadie á sabienda. ¿Hubiéramos sido engañados Rolando y yo, cuando sin ser fátuos, los dos hermanos creian que si se hubieran atrevido á declarar francamente su amor no lo habrian intentado en vano? ¿Crees tú, Catalina, que una muger pueda realmente amar (no mucho tal vez, pero un poco) á dos, tres ó seis hombres á la vez?

—Eso es imposible, esclamó mi madre

respecto á lady Leonor, mucho me llama la atencion su... no se que nombre darle.

=Ni yo tampoco, querida amiga, dijo mi padre sacando la mano del pecho, como si el esfuerzo fuese demasiado dificil para el problema insoluble: pero mi opinion sobre el particular es, que antes que una jóven haya depositado su cariño en un solo y único objeto, siente que su capricho, su imaginacion, su ambicion su curiosidad, ó sabe Dios lo que, ocultan aun á sus propios ojos el pálido reflejo del astro que ha de alumbrarla. Para juzgar á Rolando no debes figurártelo tal como hoy le ves, triste, viejo taciturno: represéntatelo uno de aquellos carácteres que emprenden un orgulloso vuelo en las regiones de la imaginacion, ó que se exaltan por medio de la poesia indefinible de la juventud; con un cuerpo robusto, una mirada brillante y orgullosa con un corazon del cual brotan los nobles sentimientos como las chispas de la fragua. Lady Leonor tenia tambien una imaginacion ardiente y aquel carácter de fuego debió escita su interes: por otra parte, tenia una imaginacion muy cultivada..... ¿me será permitido decir con vanidad, al cabo de tantos años, que su talento espe-

rimentaba un placer al asociarse al mio? Cuando una muger ama, se casa ó establece, llega á ser entonces... un todo; un ser completo. Pero una muger como Leonor es un conjunto de muchas mugeres; contraste vivo que amaba los contrastes. Me parece que si uno de nososros se hubiese aventurado á declararse Leonor se hubiera introducido en su corazon, lo hubiera examinado, sondeado, interrogado, y despues le hubiera dado una respuesta franca y generosa: por último, aquel que se hubiera adelantado hubiera tenido menos probabilidades de oir un *No*: pero ni el uno ni el otro habló palabra. Tal vez fuese mayor su curiosidad por saber si habia hecho una verdadera impresion, que su deseo de producirla. Esto no quiere decir que nos engañe voluntariamente, pero todo cuanto la rodeaba era una pura ilusion; las nubes se forman antes de venir el dia. Sea de esto lo que fuere, no tardamos Rolando y yo en adivinarnos mútuamente, y de aqui nacieron la irialdad, los celos y las querellas.

—Padre mio, vuestro amor seria muy violento sin duda, para desunir los corazones de dos hermanos semejantes.

—Si lo era, respondió mi padre. En medio de las ruinas del castillo, y en el mismo sitio en que por primera vez ví á Leonor, se hallaba un dia Rolando sentado entre piedras y escombros, meditando, y con la cabeza entre las manos. Acerquéme á él y pasando mi brazo al rededor de su cuello, le dije: Hermano, los dos amamos á la misma muger: mi carácter es el mas dulce y apacible, y se sentirá menos vivamente afectado con su pérdida. Adios, querido hermano; él te favorezca: dame la mano porque voy á marchar.

—¡Agustin dijo mi madre en voz baja, apoyando su cabeza en el pecho de mi padre.

=«Este fué nuestro primer disgusto, porque Rolando levantándose al punto empezó á derramar lágrimas, y dando patadas en suelo insistia en abandonas la plaza, alegando que el habia venido el último, que no tenia esperanza alguna y que era un insensato. Hallándonos en esta contienda apareciόse una antigua criada de casa que habia llegado hasta aquellas ruinas para entregarme una carta. Aquella carta era de Leonor y en ella me suplicaba que le dejase un libro que le habia ponde-

rado mucho. Mientras con aire irresoluto la conservaba en mis manos antes de abrirla. Rolando reconoció la letra del sobre y desapareció.

»No volvió á poner los pies en casa, ni supimos que habia sido de él. Acordándome de contínuo de loe violentos arranques de su carácter fogoso, llegué á alarmarme y partí en su busca. Solo al cabo de muchos dias de pesquisas logré encontrarle en una miserable chosa situada en un terreno inculto del Cumberland: estaba tan desfigurado que apenas pude conocerle. En fin, acabamos por hacer un convenio y regresar á Campton: la incertidumbre era cauel, y uno al menos de nosotros debia arriesgarse y saber su destino. ¿Pero quién se declararia primero? Echamos suste y me tocó á mi.

»¿Y qué sensacion esperimsnte en aquel momento solemne cuando iba á pasar el Rubicon, cuando sentí renacer en mi alma aquella secreta esperanza que me habia estimulado durante tanto tiempo, y habia sido para mí una una nueva vida? Creeme querido hijo, la edad mas feliz es aquella en que ya no puede agitarnos la fiebre que se apodoró de mi. Aquellos desórdenes tur-

ban esta vida tranquila que el cielo concede al hombre que piensa: nuestras almas debieran estar en la tierra como las estrellas y no como meteoros y cometas tempestuosos... Todas mis vacilaciones renacieron á la vez. ¿Qué podia ofrecer á Leonor á su padre? una carrera de trabajo pasivo... por otra parte, cualquiera que fuese la respuesta, no existia para mi mas alternativa que la del dolo.,. ó mi propio desconsuelo, ó la desesperacion del noble corazon de Rolando.

»Llegamos á Compon. El conde deRainsforth no visitaba á los propietario del territorio, en aquel tiempo mucho menos cultos que hoy, lo cual esplica claramente nuestra situacion con respecto á Leonor. y la de esta respecto á nosotros: mi hermano y yo éramos casi los únicos jóvenes que veia en aquella vasta recidencia Pero casualmente acababa de terminar la temporada de Lóndres, y la quinta se vió llena de huéspedes que llegaban todos los dias. Yo nos era imposible, tanto á Rolando como á mí, ver tan frecuentemente al objeto de nuestras penas: entre ella y nosotros se habia interpuesto una barrera de señoras distinguidas y de elegantes caballeros, y cuando

tan poco tiempo hacia, podiamos considerarnos como de la familia, nos vimos precisados á darnos por satisfechos con alguna que otra sonrisa ó mirada furtivas. Ademas, ¡era la conversacion tan diferente! Antes podia yo hablar de literatura... y estaba en mi elemento: Rolando podia contar sus ensueños, manifestar su amor caballeresco por lo pasado, y definir osadamente el porvenir desconocido: y Leonor instruida y nobelesca, simpatizaba con el uno y con el otro hermao: tambien su padre les escuchaba con interés... ¡pero abora!...»

CAPITULO VIII.

En el que mi padre llegó al desenlace de su historia.

—«De nada sirve en el mundo, dijo mi padre, el saber todas las lenguas que las gramáticas enseñan y los diccionarios desfiguran, si al mismo tiempo no sabemos la lengua del mundo. Esta es una lengua distinta, Catalina, esclamó mi padre con exaltacion: es una anáglifa; una anáglifa hablada, querida amiga: bien puedes conocer todos los geroglícos de los egipcios, como sabes el A. B. C. que si no conoces la anáglifa de nada servirán para penetrar los

verdaderos misterios de la casta sacerdotisa (1).

»Ni Rolando ni yo conocíamos una sola letra simbólica de la anáglifa, ni sabíamos hablar y mas hablar de personas de las cuales no teniamos la menor noticia, ni de cosas que nunca nos habian interesado. Cuanto se nos figuraba del mayor interés se convertia en pueril ó pedantesco, y lo que mirábamos como una cosa frivola y vulgar era lo mas esencial del mundo. Háblale al estudiante que dedica el dia de vacacion á pescar anguilas con una aguja doblada ó guisa de anzuelo, de las maravillas del Océano, de las leyes de los mares, ó de los bancos de coral y de las náyedas de la mitología clásica, y verás como el muchacho lleno de disgusto esclama: «¡Déjeme V. en paz pescar mis anguilas!» Y el estudiante tendrá razon, puesto que su objeto al salir de su casa ha sido el de pescar y no el de oir descripciones de los bancos de coral, ni de las náyades de la mitología clásica.

---

(1) La anáglifa era peculiar á los sacerdotes egipcios: el geroglífico era generalmente conocido de las personas bien educadas.

»Lo mismo sucedia á los huéspedes del castillo; todos pescaban anguilas. y nos teniamos que abstener de pronunciar una sola palabra sobre la pesca de perlas y los bancos de coral. Ahora me preguntarás, querido hijo, por qué no pescábamos tambien; y á esto te diré que nos hubiéramos visto menos apurados si nos hubieras rogado que pescásemos una sirena. ¿Empieza ya á penetrar una de las causas porque permití que te lanzases al mundo tan jóven? Porque entre aquellos galantes pescadores, habia uno que se daba tan buena maña á pescar, que hacia parecer á las anguilas mas gordas que los salmones.

»Trevanion y yo habiamos estudiado juntos en Cambridge, y sido íntimos amigos; jóven aun hizo como nosotros su entrada en el mundo; no era muy rico, como yo, y de una familia casi igual á la mia; antigua pero decaida. Sin embargo, existia una diferiencia entre los dos: él se hallaba relacionado con la alta sociedad, y yo no conocia á nadie. Como yo, no tenia otras rentas que el sueldo que disfrutaba como

fellow del senado universitario (1). Pues aunque Trevanion se hubiese adquirido una gran reputacion en Cambridge, no era tanto por sus talentos por muy distinguidos que fuesen, como por considerársele predestinado por su carácter y actividad á la vida pública. Todo lo emprendia, y si no en todo, salia bien en muchas cosas. A la vez era miembro de una sociedad de conferencias políticas y de un club de economistas: orador sempiterno, brillante, lleno de paradoxas, pródigo de flores retóricas, en fin, distinto de lo que es hoy, porque temiendo á la imaginacion en su carrera, ha dedicado sus contínuos esfuerzos á reprimirla. Pero su imaginacion tendia á lo que nosotros los ingleses llamamos sólido, y que por lo vasta; compararia de buena gana, Catalina, no con una ballena que nada por el inmenso Occéano de la ciencia por solo el placer de nadar, sino á un pulpo que estiende hacia delante todas sus patas seguro de que algo cogerá. Apenas salió Trevanion de la universidad y se trasladó á Lóndres, su repu-

(1) Título á vez honorario y retribuido que se concede en Inglaterra en las universidades de Cambridge y de Oxford.

tacion y su palabra deslumbraron á sus protectores: empeñáronse en que habia de tomar asiento en el parlamento, y lo consiguieron: cuando regresó al castillo de Compton ya habia ocupado la tribuna y obtenido un triunfo ciñendo su frente con una nueva aureola de gloria. No podria yo haceros comprender, viéndole hoy con la frente surcada y con sus maneras bruscas y desabridas, lo que fué Trevanion en todo el vigor de su juventud.

»En efecto, tened en cuenta, amigos mios, que Trevanion, Rolando y yo éramos entonces jóvenes, es decir, que nos diferenciábamos de lo que ahora somos, lo que la rama verde difiere del madero que tiene en su almacen el carpintero. Ni el hombre ni el árbol podrian convertirse en objetos útiles si no hubiesen perdido su sávia y su verdor: entonces se operan en nosotros trasformaciones muy originales las mas veces, y cambiamos de nombre. El árbol tierno ya no es árbol, es la puerta de una casa ó el mástil de un buque: el jóven, se ha trasformado en un soldado con una pierna, en un estadista de hundidos ojos, en un sábio con gafas en las narices y chinelas en los pies. Preguntando Myscilo (mi

padre deslizó de nuevo la mano entre camisas y chaleco), preguntando Myscilo al gallo, prosiguió, qué fué en otro tiempo Pitágoras, á ser cierto lo que nos cuenta Homero de la guerra de Troya, respondióle el gallo con desden: «¿Cómo habia de saber Homero una palabra de estas cosas, si en aquel entonces él era camello en la Bactriana? (1)» Segun la doctrina de la metempsicosis. Pisistrato, cuando Trevanion, Rolando y yo nos hallábamos en lo que llamaré nuestro sitio de Troya, podias ser tu muy bien un camello en la Bactriana.

«Aun podreis echar de ver que Trevanion tiene una hermosa cabeza, pero la principal belleza de su fisonomía consistia entonces en su vivacidad inquieta, y en su espresion intelectual: además era su conversacion tan variada y fluida; abundaba tanto en materias de actualidad! á la aproximacion de este astro toda esta sociedad frívola se iluminaba con súbito resplandor; escuchábasele, se le admiraba y alababa, y cada cual repetia: Trevanion es hombre de gran porvenir.

Si hubiera sido sacerdote de Serapis durante cincuenta años, no habria poseido

(1) Luciano, el sueño de Myscilo.

mejor la anagtifa. Sin embargo, no le hacia yo por aquel tiempo esta justicia, porque nosotros, sábios y pensadores abstractos, nos inclinamos demasiado en nuestros primeros años á fijar más la atencion en la profundidad de la inteligencia ó del saber de un hombre, que en la estension de la superficie que esta inteligencia ó este saber pueden abarcar. El riachuelo que serpentea por la pradera puede contener una agua tan pura y cristalina, como la que se encierra en una sombría cisterna de algunos pies de profundidad: no, no fui justo con Trevanion; no veia en él la personificacion del bello ideal de lady Leonor se encerraban muchas mujeres: tambien en Trevanion veia muchos hombres. Poseía el saber para recrear su espíritu, la elocuencia para deslumbrar a su imaginacion, la hermosura para embellecerse, la especie de reputacion que podia seducir su vanidad, una probidad honrosa y una rectitud á toda prueba. Pero principalmente era ambicioso, no como lo éramos Rolando y yo; ambicioso como Leonor; no para realizar una idea grandiosa en un corazon novelesco, sino para adquirir los goces materiales y visibles del mundo esterior.

«Leonor y Trevanion eran los dos hijos de aquel gran mundo. Yo no lo veia, Rolando tampoco, y Trevanion no parecia hacer la corte á Leonor.

«Sin embargo, habia llegado el tiempo de esplicarse; el palacio empezaba á verse abandonado de sus huéspedes, y como lord Rainsforth se complacia con mi compañía, proporcionóme un dia en que paseábamos por el jardin, la ocacion que yo buscaba. Porque no tengo necesidad de decirte, Pisístrato, prosiguió mi padre mirándome fijamente, que todo hombre de honor, principalmente si ocupa un estado inferior en la sociedad, antes de abrir formalmente su corazon á la hija, debe dirigirse al padre, cuya confianza le impone este deber.» Yo bajé con rubor la cabeza.

«No sé como fué, continuó mi padre, que lord Rainsforth hizo recaer la conversacion sobre Leonor. Despues de haberme hablado de los adelantos reservados á su hijo que volvia á Inglaterra, añadió: «Regularmente entrará mi hijo en la vida política, y creo que no tardará en casarse; entonces pondrá cesa y solo le veré de tarde en tarde. Con respecto á mi Leonor ... no puedo conformarme con la idea de tener que

separárme de ella enteramente; hé aquí por qué aunque se me tache de egoista, no quiero que se case con un hombre rico que me separaría de ella para siempre. Preferiría que eligiera á cualquiera que se conformase con vivir en casa la mayor parte del año, lo cual me proporcionaria un nuevo hijo y no me privaria de mi hija. No exijo que mi yerno viva en el campo; eso no, porque sus ocupaciones le llamarian con frecuencia á Lóndres. Poco me importa el punto en donde asida; lo que deseo es no alterar el órden establecido en mi casa. V. sabe, añadió con una sonrisa á mis ojos significativa, cuantas veces le he manifestado que con respecto á Leonor no abrigo una ambicion vulgar. Su dote no será de consideración, porque mis posesiones se hallan rigorosamente vinculadas y estoy demasiado acostumbrado a gastar mis rentas todas para que me proponga ahora economizar. Pero mi hija tiene inclinaciones que no exigen gastos, y al menos mientras yo viva, en nada alteraré mi sistema de vida. Si ella elije un hombre cuyo talento, simpatizando con el suyo, le proporciona una posicion antes de que yo cierre los ojos, verá cumplidos sus deseos.»

«Despues de pronunciar estas palabras, detúvose lord Rainsforth, y entonces,... no sé cómo ni en qué términos, se declaró todo.... mi amor, durante tanto tiempo mudo, tan tímido, tan desconfiado, tan perplejo. Espliqué la estraña actividad que la esperanza de ser correspondido había inspirado á un carácter tan tranquilo como el mio; mi resolucion de dedicarme al estudio del derecho—mis esperanzas de brillar en esta carrera con la perspectiva de un objeto que hacia para mí fácil el trabajo, y lleno de atractivos el estudio. El foro era una carrera menos brillante que el parlamento, pero ¿nó debia el hombre sin fortuna procurarse ante todo la independencia? Por último, Pisístrato, egoista ruin, me olvidé en aquellos momentos de Rolando, y hablé como quien debate una cuestion que considera de vida y de muerte.

«Así que hube terminado, fijó en mi sus ojos lord Rainsforth con un aire, aunque triste cariñoso «Querido Caxton, me dijo, confieso que algunas veces he deseado.... sí; lo he deseado desde que le conocí á V..... pero, por qué haber guardado durante tanto tiempo.... No lo sospechaba yo.... ni Leonor misma, estoy seguro de ello.»—

Detúvose despues de pronunciar estas entre-cortadas palabras: De todos modos, espliquese V. con Leonor como se ha esplicado conmigo; quizás no sea aun demasiado tarde... Sí; vaya V. á verla.»

«¡Demasiado tarde! ¿Qué siguificaban estas palabras? Dejóse lord Rainsforth al révolver una senda, permitiéndome reflecsionar acerca de una respuesta que para mí era un enigma. Dirigíme con paso lento hácia el castillo en busca de lady Leonor, entre confiado y temeroso de encontrar sola. Junto á un gabinetito habia un invernadero en donde acostumbraba ella á sentarse de madrugada: hácia allí encaminé mis pasos.

«Aun tengo presente aquel gabinete—aun veo sus paredes cubiertas de dibujos hechos por ella muchos de los cuales representaban parajes que juntos habíamos frecuentado—aun tengo presente el sencillo mueblaje que revelaba su gusto de artista—aun veo sobre la mesa hasta los libros que recordaban nuestra lectura predilecta. Sí veíase allí un ejemplar del *Taso*, en el cual leimos el episódio de *Clorinda*: un *Esquilo* de donde lo habia traducido yo el *Prometeo*. Podrá parecer esto pedantería:

quizás lo sea, pero probará al mismo tiempo las simpatías que unian al literato con la joven aristocrática. Aquel gabinetito era el santuario de mi corazon: hacíame creer mi vanidad que respiraba yo el mismo ambiente que lo embalsamaba, y que veria realizados allí mis ensueños de felicidad doméstica. Introdújeme en él, eché en torno mio una mirada escudriñadora: turbado y confuso, me adelanté con paso tímido y encontré á Leonor apoyada la cabeza en su mano, mas animada que de costumbre y bañados sus ojos en lágrimas. Acerqué quedito una silla á la mesa, cuando distingo un guante en el suelo: era de hombre aquel guante. Acuérdome de haber visto en mi juventud un cuadro holandés que se denominaba *El Guante*, cuyo asunto era un asesinato. El pintor representó un lago pantanoso lleno de matas de juncos, cuyo sombrío celage despertaba en en el alma ideas terroríficas y criminales. Dos hombres que al parecer habian llegado allí casualmente, ceñalaban con el dedo un guante manchado de sangre, y cambiaban una mirada que denotaba que no necesitaban hablar para entenderse: el guante contaba su propia historia. Aquel cuadro me dió que pensar

en mi juventud, pero nunca habia despertado en mí tan tristes pensamientos como aquel guante natural que ví en el suelo: ¿pero por qué? La teoría de los presentimientos comprende una de estas preguntas, que por mas que se repitan no encuentran en ella contestacion satisfactoria. Me revestí de ánimo, por último, y dirigí la palabra á Leonor.

Hizo alto mi padre. La luna que se habia aparecido en el firmamento derramaba su claridad sobre la tierra, y á su luz ví demudado el semblante de mi padre: los recuerdos de su juventud le habian rejuvenecido, y parecia un jóven; pero qué espresion tan dolorosa la de su fisonomía! Si un recuerdo tan solo de una escena penosa le preocupaba tan hondamente, qué efecto no debió producir en él la realidad! Involuntariamente cogí su mano que mi padre apretó convulsivamente, diciéndome, despues de exhalar un profundo suspiro: «¡Era demasiado tarde! Trevanion era el feliz prometido de lady Leonor, su amante rendido y aceptado. No le envidio ahora, querida Catalina, Levanta la cabeza, querida esposa mia, levanta la cabeza.

CAPITULO IX.

—

«No obstante, esperimentó Leonor honda pena al oir mi declaracion, debo hacerle esta justicia, y llevó la tierna espresion de sus simpatías hacia mí, hasta acriminarse con nobleza á sí misma; pero todo esto no fué mas que un bálsamo para mi herida. Abandoné pues el palacio, y renuncié del derecho: mi máquina toda se vió privada del único resorte de su actividad, de su principio vital, hasta que pudiese volver á ocuparme de mis libros. Pero aquella desesperacion, aquel anonadamiento, aquel disgusto del mundo, se habrian sin duda prolongado hasta el fin de mis dias, si el cielo por su infinita misericordia, Pisistrato, no me hubiese deparado á tu madre. Por eso

bendigo á Dios dia y noche, y bendigo á tu madre, porque he sido y soy..., ¡oh! ¡sí, soy el mas feliz de los hombres!

Mi madre se arrojó sollozando en los brazos de su esposo, y se retiró despues sin pronunciar una palabra, mientras la seguia mi padre con los ojos bañados de lágrimas. Asi que se hubo salido, dió dos ó tres vueltas por la habitacion sin decir una palabra, se acercó á mí y poniéndome un brazo en el hombro, me dijo quedito:

=¿Comprendes, hijo mio, por qué te he contado todo esto?

En parte, si señor. Le doy á V. gracias padre mio.

No pude articular mas palabra, y sintiendo que me flojeaban las piernas me senté.

=Hay ciertos hijos, prosiguió mi padre sentándose á mi lado, hay ciertos hijos que en las faltas y en las locuras de su padre creerian encontrar una disculpa para las suyas; no te comprendo en este número, Pisistrato.

=En la historia que acaba V. de contar, padre mio no veo faltas ni locuras; todo es en ella muy natural y muy triste.

—No has reflexionado bien, antes de contestarme de ese modo, dijo mi padre.

Gran locura y gran falta fueron en mi, el abandonarme á ilusiones que no descansaban en base alguna; el encadenar todo el provecho de mi existencia al capricho de una criatura mortal como yo mismo. El cielo no quiso que la pasion del amor se convirtiese en nuestro tirano, y el amor ya no lo es para la generalidad de los hombres. Los delirantes como nosotros, verdaderos solitarios en medio de sus libros como yo, ó semi-poetas como el pobre Rolando, nos buscamos nuestra propia enfermedad. ¡Cuántos años languidecí, aun despues de que tu madre me hubiese proporcionado esta felicidad doméstica que no estimé en un principio. Lo repito, el gran resorte de mi vida estaba roto, no me cuidaba ya del tiempo, y hé aquí por qué ves hoy á Nemesi despertarse un poco tarde. Dirijo la vista al pasado, deploro las ocasiones perdidas, lo infructuoso de las facultades con que Dios me ha dotado. En vano he procurado galvanizar los órganos paralizados por una tranquilidad personal y héme aquí avergonzado de mis vanos estudios, dejándome llevar por las seductoras palabras del tio Joaquin, que, no permita Dios sean tambien locuras. Sin em-

bargo, he vuelto á ver á Leonor, y ha dicho conmigo mismo en medio de mi estupor: «¡A qué viene todo esto!.... ¡tanta zozobra, tanto abatimiento por una hermosura que desaparece, por una criatura mundana! pero este es el mundo. Las cosas mortales se marchitan; las inmortales aparecen con mas lozania á medida que nos acercamos al sepulcro.

«¡Ah! esclamó mi padre suspirando... no me hubiera sucedido esto si cuando contaba yo tu edad hubiese descubierto el secreto de la bolsita de azafran.

CAPITULO X.

—Padre mio, y ¿cómo lo tomó Rolando?

=Con toda la indignacion y el orgullo de un hombre que para nada cuenta con la razon: mi pobre hermano lo sintió mas por mí que por él. Cuanto habló contra Leonor me pareció absurdo, y tanto se enfureció contra mí, por que yo no participaba de su cólera contra ella, que regañamos de nuevo: siguióse á este disgusto nuestra separacion y estuvimos años enteros sin vernos. Cuando nos vimos de improviso en posesion de nuestra insignificante herencia, destinó Rolando, como sabes, su parte á recuperar las antiguas ruinas y á proporcionarse un despacho de oficial, lo cual fué siempre su sueño dorado; consiguiólo y se marchó tan enfurecido como siempre. Mi

parte de herencia sirvió de disculpa á mi indolencia, porque bastaba á todas mis necesidades, si bien al dejar de existir mi anciano maestro me nombró tutor de su hija á la cual me resolví á tomar por esposa creyéndome bastante rico para hacer renuncia de mi título de individuo del senado académico (1) dedicándome de nuevo al estudio.

«Entretanto recibí un gran consuelo, del cual, segun confesion suya, participó tambien Rolando: el padre de Leonor acababa de morir, recayendo en su hija todo los bienes que no se hallaban vinculados en la línea masculina. Leonor, pobre á pesar de su categoría, me hubiera visto trabajar, hacerme su esclavo: ¿pero Leonor, rica? esta nueva posicion habría entre los dos un insondable abismo, y me hubiera anonadado. Hé aquí, pues, un consuelo para mí; pero un débil consuelo porque no podia ella borrar el pasado, este recuerdo de una esperanza fallida, este sentimiento doloroso que incesantemente traia á mi memoria

(1) Las atribuciones de los *fellows* cesan cuando se casan. El orígen de este título se remonta á la época en que solos los eclesiásticos lo obtenian.

lo que yo habia perdido para siempre. Rodeábame un vacio espantoso: si hubiese frecuentado mas el trato de los hombres en vez de recrearme en los delirios de la soledad, habria desarrollado todos los recursos de mi energía para soportar con mas dignidad lo que se me figuraba una fatalidad irreparable; pero el retiro consume todas nuestras fuerzas, porque no existe ser alguno que mas que el hombre, necesite del aire y el sol. Ahora comprendo la causa por qué algunos de nuestros grandes ingénios han vivido en las capitales, y por lo mismo, digo y repito que bastante es un sábio para una familia. Fiándome de tu honradez y de tu honor, hijo mio, me he apresurado á ponerte en contacto con el mundo: habré cometido un yerro con esto? Demuéstrame con tus obras que nó, hijo mio: *sigue mi precepto, mas bien que mi ejemplo*, dijo el sábio.

«El mundo se halla constituido de esta manera, y tan general es la ley del movimiento, que todo parece decirle al hombre: «¡trabaja, trabaja!»

Levantéme de la silla en estremo conmovido, aunque tranquilizado por estos consejos paternales, cuando se abre la puerta

de improviso y.... ¿quién entró? Fué *cosa ó persona, el ó ella. ellos ó ellas*, estoy seguro de que ni ellos ni ellas, entrarán en este capítulo. No, jóven y curiosa lectora, tu curiosidad me envanece en estremo, pero por mas que quiera complacerte no puedo decírtelo aun. Sin embargo, ya que en ello te has empeñado, y al ver que me diriges unas miradas tan cariñosas, te diré que quien se encajó tan bruscamente sin anunciarse y sin darnos tiempo para preguntarle *¿á quién busca V? fué—La conclusion del capítulo.*

OCTAVA PARTE.

CAPITULO I.

—¿Quien entró en la sala de la casa ocupada por mi padre?—¡Una hada!!! vestida de blanco—pequeñita, donosa, con hermosos bucles negros como el azabache que ondulaban sobre sus hombros—con rasgados ojos tan brillantes, que chispeaban como no lo hubieran podido hacer los ojos de un simple mortal. Detúvose el hada frente á nosotros, y á vista de una aparicion tan súbita como estraña, nos estremecimos, permaneciendo al pronto como estátuas. Por último, mi padre, mas atrevido y prudente

que yo, y mas capaz por consiguiente de ponerse en comunicacion con los seres etéreos de otro mundo, tuvo el atrevimiento de dirigirse hácia el diminuto ser, y bajándose para examinar sus facciones, preguntóle:—¿Qué quiere V. hermosa niña?

¡Hermosa niña! ¿Con qué en resumidas cuentas venimos á parar en una hermosa niña? ¡Cuán felices deberiamos considerarnos si todos los seres que tomamos por hadas se convirtiesen en hermosas niñas?

—Venga V., respondió la niña con un acento estraño y asiendo los faldones de la casaca de mi padre. Venga V.; ¡mi pobre papá está tan malo! Temo... corra V.... venga á salvarle.

—Al momento, esclamó mi padre: Pisistrato, donde está mi sombrero? Hija mia, vamos á salvar á tu papá.

—¿Pero quién es tu padre? le pregunté, lo cual no se le hubiera ocurrido nunca al autor de mis dias, que no se informaba jamás del nombre de los padres enfermos, cuando le tiraban los hijos del faldon de la levita. ¿Como se llama tu papá?

Miróme la niña sin desplegar sus lábios,

y luego echó á llorar amargamente: apareció se en aquel momento en el dintel de la puerta una mujer, toda una señora, la cual nos saludó dirigiéndose en seguida á la pequeña hada en estos términos:

—¡Ah! miss, debias haberme esperado y no alarmar á estos señores subiendo las escaleras de este modo. La culpa, caballero, túvola el cochero que me entretuvo á la puerta de la calle con unas exigencias tales y unas demandas!—Siempre hacen lo mismo esas gentes cuando dan con señoras solas, caballero, y....

=¿Pero qué se le ofrece á V.? esclamé yo mientras estrechaba mi padre entre sus brazos á la niña que no dejaba de llorar.

=Verá V., caballero (otra reverencia). Es pues el caso, que el caballero hasta anoche no llegó á nuestro hotel, al hotel del Cordero, junto al puente de Lóndres;=se ha puesto malo,—tiene la cabeza trastornada... Enviamos, pues, al punto en busca del médico, el cual examinó la cifra del saco de noche, y preguntó: «Es este caballero pariente del Sr. Caxton que vive en la calle de Russell?» y respondió esta niña: «Es el hermano de papa, á cuya casa vamos.» Así, pues, caballero, como el criado del hotel se

hallaba ausente, he tenido que tomar un carruage; la niña ha querido venir conmigo, y...

—¡Rolando! ¡Enfermo Rolando! ¡Pronto, pronto, pronto! esclamó mi padre, y sin soltar á la niña que tenia en sus brazos se precipitó escaleras abajo. Seguíale con su sombrero, del cual se habia olvidado, como se hará cargo el lector. Casualmente habia un carruage á la puerta, pero la enviada del hotel no queria dejarnos subir hasta que se evidenciase que no era el mismo que á ella la habia traido, despues de lo cual nos metimos en él dirigiéndose al hotel del Cordero.

Sentada la sirvienta frente á frente de mi padre, no dejó de insistir en que dejase á la niña que continuaba sentada sobre sus rodillas, interrumpiéndose á sí misma para venir á parar en la larga relacion de los motivos que la habian abligado á despedir al otro cochero, el cual, á fin de aumentar el precio de la carrera, habia tenido por conveniente elegir el camino mas largo. Durante esta esplicacion de su conducta, salpicada de episódios, no se olvidaba de ahuecarse de vez en cuando el vestido, disculpándose por su descuidado toilete, sobre to-

do cuando fijaba sus ojos en mi corbata de raso ó en mis charoladas botas.

—Así que hubimos llegado al hotel del Cordero, la criada, con la dignidad de que revestia todos sus movimientos, subió delante de nosotros por una escalera que parecia interminable. Detúvose al llegar al tercer tramo para tomar aliento y esplicarnos en forma apologética, que el hotel estaba lleno de gente, y que si el caballero permanecia hasta el sábado podia ser trasladado al número 54, en donde disfrutaria de vistas á la calle y de chimenea. Deslizándose entonces mi primita de los brazos de mi padre, adelantose y nos hizo una indicacion para que la siguiésemos: detuvímonos con ella frente á una puerta, en la cual, despues de haberme prestado oido, se introdujo de puntillas: detras de ella entramos los demas.

Al resplandor de una bugia vimos el semblante de mi pobre tio encendido por la calentura, y observamos su vaga y rutilante mirada. ¡Ah! ¿existe nada de mas terrible que el verse uno frente á frente de una cara conocida que carece ya de inteligencia, y cuyos ojos no os reconocen? He aqui un espectáculo que basta para desconcertar

el materialismo involuntario de nuestras relaciones habituales con aquellos que nos estiman, porque no encontrando ya aquella alma que tan bien respondia en otro tiempo á la nuestra, al punto echamos de ver que era alguna cosa oculta bajo aquella forma visible, y no la forma misma, lo que interesaba nuestro corazon. Quizás no se haya agravado la situacion del enfermo; pero esa boca que al vernos no se sonrie ya, esos ojos que nos miran como si les fuésemos desconocidos, esos oidos que no reconocen nuestra voz... todo esto nos revela que el amigo á quien buscamos ya no existe allí. Nuestro mismo cariño se vé rechazado por la frialdá de esta acogida, y esperimenta un terror vago y supersticioso. ¡Ah! ¡no! el motor de aquellos sentimientos sútiles é indispensables que se confunden en la palabra cariño, no era la materia, que subsiste allí como antes, era aquella *cierta cosa* etérea, intangible y eléctrica, cuya ausencia nos espanta.

Yo permanecia petrificado. Mi padre estrechó una mano que se mostró insensible: solamente la niña pareciá tomar parte en nuestras sensaciones; luego, acercándose á la cama del enfermo, apoyó la cabeza sobre su pecho...

—Pisistrato, me dijo mi padre al oido... si estuviera aquí tu madre...

Indiquéle por medio de una seña que iba por ella: acababa de ocurrirme el mismo pensamiento. La rancia sabiduría del padre, y la activa juventud del hijo, comprendieron á un tiempo mismo su inutilidad en el cuarto del enfermo... Echábase allí de menos la presencia de *mujer*.

Tomé pues la puerta y me lancé escaleras abajo. Así que sentí el aire libre, esperimenté una especie de aturdimiento del cual me fueron sacando gradualmente los encontrones que recibia de los transeuntes, el ruido producido por los carruajes y los otros mil ruidos de Lóndres. ¿Cuál es, pues, este misterio intelectual que existe en la atmósfera de la vida colectiva? ¿qué contagio es ese que adormece el corazon, y escita el cerebro? Un momento despues elegí entre la interminable hilera de carruages de alquiler el mas ligero tílburi, tirado por el caballo mas robusto, dirigiéndome, no á la calle de Rusell, sino en busca del doctor M. H. á quien conocia como médico de la familia de Trevanion. Afortunadamente encontré en su casa al docto facultativo, y me prometió que se ha-

Haria junto al enfermo antes que yo hubiese vuelto. Fuíme desde allí á mi casa y puse en conocimiento de mi madre, con las precauciones debidas, el objeto de mi venida.

Al llegar al hotel del Cordero nos encontramos al médico recetando y dando disposiciones: la actividad que desplegaba, nos indicó la gravedad del peligro. Despues fuíme á buscar al cirujano que ya habia sido llamado. Felices aquellos que ignoran el movimiento indescriptible que reina por momentos en la habitacion del enfermo, mientras la muerte y la vida se disputan esta frágil máquina que ignora lo que por ella pasa, abandonándose enteramente al terrible enemigo que la ataca y á la ciencia que lucha por defenderla: en verdad que es un triste espectáculo el que ofrece la vista de ese brazo inanimado cuyo pulso consulta el médico con sus bellos, inclinado sobre el lecho del dolor, apretando serenidad ante los que procuran leer en sus miradas.—Ha sido abierta la vena y corre la sangre, sangre negra y coagulada; pero prestad atencion, el paciente ha recuperado la palabra, ¡ah! si alguna comprendeis de las que articula su seca boca, solo sir-

ve para destrozar vuestro corazon por su incoherencia. Tal vez en medio de sus horribles padecimientos, envueltos en sus pies con los sinapismos y con una cantárida en la nuca, vaga por las sendas de un prado esmaltado de flores, ó se lanza por las esferas celestiales. Renace por fin la calma y se concilia con el sueño. ¡Cuán tristemente preocupado vela uno aquel sueño, crítico tal vez! Con cuánta ansiedad se espera que despierte, que pronuncie alguna palabra racional, que asome á sus lábios la sonrisa—sonrisa que apenas perceptible le hace á uno llorar de júbilo y repetir en voz baja: ¡gracias á Dios, gracias á Dios!

Acabo de reasumir todas nuestras angustias: felizmente pertenece este cuadro al pasado. El tio Rolando nos ha hablado—ha recuperado el conocimiento—mi madre está recostada en la almohada de su cama—su hija le abraza—despues de una permanencia de seis horas, se despide el cirujano de nosotros con halagueño semblante, y mi padre recostado en la pared se cubre la cara con las manos.

CAPITULO II.

Parecíamos haber salido de un sueño, porque no hallo mas que esta comparacion vulgar para espresar la prontiiud y rapidéz con que habia pasado todo. Despues de aquella horrible noche esperimentaba una apremiante necesidad de verme solo y de respirar el aire libre. Mi corazon rebosaba en agradecimiento hácia el cielo que nos habia librado de una fatal catástrofe; ahogábame en el reducido espacio de aquella habitacion, en la cual tan penosamente me habian contenido las personas queridas que en ella se hallaban. Hay momentos en los que nos parecemos al ciervo herido que se lanza á los bosques, ó al fiel perro que se oculta en un ricon para gemir.

Escapéme pues del hotel y fuime á vagar por las calles desiertas aun: era precisamente la hora que precede al alba; hora la mas triste de las veinte y cuatro del dia, principalmente en Lóndres. Parecióme el vientecillo de la mañana de una frescura, y mi corazon se espació en la soledad. El cariño que inspiraba mi tio, tenia un no sé qué de muy notable: no era el frio cariño que debe bastar comunmente á las personas entradas en años, porque se mezclaba en él la ardiente simpatía que en nosotros despierta la juventud. Existia aun en aquel hombre original tanto fuego y vivacidad, tantas y tan poéticas ilusiones, una exaltacion tan honerosa, que dificilmente podia uno convencerse de que habia dejado de ser ya jóven. Conservaba en el quijotismo de sus ideas respecto al honor y en sus sentimientos novelescos todo el entusiasmo de la juventud, sin que bastarian á amortiguarlo ninguna especie de sinsabores; singular fenómeno en una época en la que á la edad de veinte y cuatro años quieren los jóvenes parecer *gastados*. La breve temporada que llevaba de vivir en Lóndres me habia convertido en un hombre de mundo mas viejo de corazon que

mi tio; y añada V. luego la profunda pena que le consumia, aquella muda y cruel pena! Era el capitan Rolando uno de esos hombres que se apoderan del pensamiento de uno, que forman de bueno ó mal grado parte integrante de su existencia. La sola idea de que el capitan podia morir llevando en el corazon todo el peso de su dolor, parecíame colocar á la Providencia en contradiccion consigo misma. quitar á la vida uno de sus fines mas sagrados, al menos á la mia—porque es de saber que me habia yo impuesto como un deber el buscar al hijo y presentárselo aquellos lábios que en otro tiempo se habian sonreido con tanta dulzura. ¡Loado sea Dios! ya está el tio Rolando fuera de peligro, y si tiemblo aun, es porque como el náufrago, veo todavía el escollo en que debió perecer, y oigo mugir la voz del abismo.

Sumergido en mis delirios, detúveme creyendo oir sonar un reloj; en efecto, conté las cuatro, y echando una miráda en torno de mí, observé que me habia alejado del centro de la ciudad y que me hallaba en una de las calles que conducen del Stran á Leicester Square. Por do quiera reinaba el silencio. Al pasar por un

grande almacen á cuya entrada se veia un pórtico con columnatas, llamóme la atencion un jóven profundamente dormido sobre las gradas del establecimiento: servíale de almohada uno de sus brazos, estendiéndose el resto de su cuerpo sobre el declive de la escalera. Su vestido remendado y vuelto á romper por varias partes, conservaba aun cierta apariencia, un cierto no se qué, que denota la vana pretension á ser superior en la sociedad, pretencion que hace mas desagradable á la vista la miseria, porque demuestra que no ha triunfado sino despues de una lucha con la vanidad. Esa fisonomía no me es desconocida, dije para mí al acercarme, porque en efecto á pesar de la palidez de su semblante no cabia equivocacion en el aspecto de orgullo feroz que conservaba hasta en sueños: por lo demas las mismas facciones regulares, los cabellos negros, la gracia particular del viagero á quien encontré en el camino de=á Lóndres, que se separó de mí en el cementerio dejándome con el saboyano y sus ratones blancos. Retiréme detrás de las columnas del pórtico, y me pregunté á mí mismo si un conocimiento tan pasagero como el nuestro me

autorizaria para despertar al dormido jóven, cuando hé aqui que un ajente de policía viene á poner término á mi irresolucion cogiéndole del brazo y sacudiéndole con violencia: «Este no es sitio de dormir, le dijo con el tono resuelto de su profesion, levántese V. y váyase á su casa!... Dispertóse el jóven sobresaltado, restregóse los ojos y fijólos en el agente con tanta altivez, que el inteligente conservador del órden público, creyó probablemente que no era la necesidad la que le habia obligado á elegir semejante cama: así pues, con voz mas melosa y en forma casi respetuosa, añadió: «Jóven, V. ha bebido: ¿puede ir V. por su pié á su casa?

—¡A mi casa! ¡Sí! respondió el jóven, estendiéndose de nuevo sobre las gradas, —ya ve V. que la he encontrado.

—¡Pardiez! creo que se va á dormir de nuevo, murmuró el agente. Ea, vamos, vamos, eche V. á andar, antes que tenga que hacerlo por fuerza.

Mi antiguo conocido dirigió una mirada en rededor suyo.

=Agente, le dijo con una sonrisa particular, ¿cuánto cree V. que podrá costar esta habitacion, no por toda la noche, porque

como se vé ya viene el dia, sino por una una ó dos horas? Es una mansion original y á pesar de esto, me conviene. ¿Estara bastante bien pagada con un schelin ¿Si ó no?

=Tiene V. gana de chancearse, jóven, le respondió el agente de policía con un aire cada vez mas blando, y abriendo instantáneamente la mano.

=¡Vaya, pues, por un schelin, y negocio concluído! Pero advierto á V. que la tomo al fiado: buenas noches.

Y diciendo y haciendo instalose el jóven tan resueltamente en los escalones del almacen, y se quedó el agente tan suspenso, que no pude menos de soltar la carcajada y salir de mi escondrijo.

Mireme el agente de policía:—Caballero, me dijo, conoce V. á este... á este...

—¿A este caballero? le respondí con gravedad; sí, puede V. dejarnos= y deslicé en la mano del agente de policía el precio convenido del alquiler de la habitacion. Examinó la moneda, examinóme despues á mí, volvió la vista á derecha é izquierda de la calle, y meneando la cabeza se alejó por último. Acerquéme entonces al jóven y le toqué en el brazo, diciéndole al

propio tiempo: ¿Se acuerda V. de mí, caballero?... ¿Qué hizo V. de M. Peakock?

El jóven desconocido (despues de un momento de reflexion.) Muy bien me acuerdo de V.: su nombre es Caxton.

Pisístrato. ¿Y el de V?

El jóven desconocido. Si dirige V. la pregunta á mis bolsillos; me llamo *Pobre diablo*: los bolsillos simbolizan al hombre *Pése al diablo* si consulta V. á mi corazon —(Examinándome de pies á cabeza.) Me parece que el mundo le trata á V. bien, señor Caxton! ¡No se avergüenza V. de estar hablando con un perdido que se queda á dormir en los tramos de una escalera!... Verdad es que nadie le ve á V.

Pisístrato (con aire dogmático.) Si hubiese vivido en el siglo anterior, tal vez hubiera encontrado á Samuel Johnson tendido sobre las gradas de una escalera.

El jóven desconocido (levantándose.) Ha venido V. á interrumpirme el sueño, aunque conozco que el haber pagado mi inquilinato le autoriza para ello. Demos un paseo juntos. Nada tema V., yo no limpio bolsillos.., todo menos eso.

Pisístrato. Dice V. que me trata bien el mundo. Mucho temo que á V. le haya

tratado muy mal. No le diré á V: ¡*valor* porque me parece que tiene V. bastante,— pero si le diré *paciencia*, cualidad que no todos poseen.

El jóven desconocido (examinándome de nuevo atentamente.) ¿Y me dirá V. porqué se ha parado á hablarme?=para hablar á un quidan á quien no conoce—ó de quien nada bueno puede decir.

Pisístrato. Porque me he acordado de V. con mucha frecuencia; porque me interesa V., porque=y dispénseme—quisiera protegerle en cuanto me fuese posible—es decir si es que V. necesita proteccion.

El jóven desconocido. ¡Necesitar!... cuándo soy la necesidad personificada! Yo tengo necesidad de todo—necesito dormir—necesito comer=necesito de esa paciencia que V. me acaba de recomendar—de paciencia para morirme de hambre. Hé hecho un viaje desde Paris á Boulogne-sur-mer, á pata y con doce sueldos en el bolsillo por todo capital, y he ahorrado aun cuatro. Con este dinero me entré en un villar de Bolonia y gané con que pagar mi trasporte y comprar tres panecillos. Ya ve V. que para hacer fortuna no me falta solo el capital. Si con cuatro sueldos he podido ganar diez

francos en un rato, cuánto no ganaria con un capital de cien francos y durante el trascurso de un año? Hé aqui aplicada la regla de tres cuya operacion haria ahora mismo si no me doliera tanto la cabeza. Pues bien con los tres panecillo: me he mantenido tres dias, y el último mendrugo me sirvió anoche de cena. Así pues, encargo á V. que se ande con tiento en cuanto á ofrecer dinero, (se entiende por vía de proteccion): porque ya ve V. que no podré dejar de aceptarlo. Le debo advertir á V., sin embargo, que no espere que se lo agradezca=no conozco el agradecimiento.

Pisístrato. No es V. tan perverso como trata de parecerlo. Yo quisiera hacerle á V. un favor de mas monta que el de ofrecerle lo poco que poseo. ¿Quiere V. ser franco conmigo?

El jóven desconocido. Creo que en cuanto venimos hablando no he podido serlo mas.

Pisístrato Tiene V. razon; tampoco yo me andaré con embages. No exigiré de V., si en ello tiene inconveniente, el que me diga su nombre y condicion; pero dígame al menos si tiene parientes á quienes po-

der dirigirse. No; lo interpreto por ese signo de cabeza. ¿Pero, se avendrá V, á trabajar por salir de ese estado, ó acaso— y dispénseme V. la pregunta—solo en un villar cree que se pueden ganar diez francos con cuatro sueldos?

El jóven desconocido (reflexionando.) Le comprendo á V. No he trabajado nunca... Odio el trabajo; pero si me es posible no rehuso el trabajar.

Pisístrato. Le es á V. posible. Sí: el hombre que puede ir de París á Bolonia con doce sueldos en el bolsillo y ahorrar cuatro—el hombre que puede aventurar esos cuatro sueldos con una fria confianza en sus manos... aunque sea para manejar un taco de villar; el que puede vivir por espacio de tres dias con tres panecillos y despertarse al cuarto tendido en las aceras de una capital con el orgullo que brilla en esos ojos... ese hombre posee cuanto necesita para dominar la fortuna.

El jóven desconocido. Pero ¿trabaja V?

Pisístrato. Sin descanso.

El jóven desconocido. Pues de ese modo estoy dispuesto á trabajar.

Pisístrato. Ahora bien, ¿y qué es lo que V. sabe hácer?

El jóven desconocido (con su sonrisa particular.) Muchas y útiles cosas. Divido en dos partes una bala colocada en la punta de un cortaplumas:—conozco la tercia oculta de Coulon el maestro de esgrima; poseo dos ó tres idiomas, además del inglés, los hablo como un indígena y comprendo su jerga: entiendo todos los juegos de naipes conocidos;=represento comedias y tragedias, y soy un buen saltimbanquis;=bebo hasta enterrar al mismo Baco debajo de la mesa; tengo un secreto para hacer que cuantas mugeres me gusten se enamoren de mí... se entiende, siempre que hayan pasado por los primeros amores. ¿No he de poder con tan esclarecido talento ganar un decente salario, llevar guante amarillo y tener tilburi? Ya ve V. que mis deseos no pueden ser mas modestos.

Pisístrato. Me ha dicho V. que posee dos idiomas como un indígena: supongo que uno de ellos será el francés.

El jóven desconocido. Sí.

Pisístrato. Quiere V. dar lecciones?

El jóven desconocido (con altivez). No. Soy *caballero*, lo cual significa en inglés alguna cosa de mas ó de menos que un getleman=caballero, quiere decir bien na-

cido, libre. Los maestros de idioma son esclavos.

Pisístrato (imitando involuntariamente al Sr. Trevanion.) ¡Palabrería!

El jóven desconocido (mostrándose primero serio, y despues risueño.) Tiene V. razon... Pero no sirvo para enseñar: ¡fresco estaban mis discípulos! Propóngame V. otra cualquiera cosa.

Pisístrato ¡Otra cualquiera cosa! ¡Como hay tanto en que escoger! ¿V. posee el francés para hablarlo y escribirlo pues eso basta. Déme V. las señas de su casa.... ¿Quiere V. venirse conmigo?

El jóven descocido. No; todos los dias al anochecer me encontrará V. en el punto que me indique. No tengo señas que dar, porque no puedo presentarme delante de nadie con estos harapos.

Pisístratro Pues se hallará V. el jueves próximo, á las nueve, en este mismo sitio: entre tanto ya habré encontrado alguna cosa que pueda convenirle. En el interin... (Desliza su bolsillo en la mano del jóven desconocido.—N B.— Bolsillo no provisto.)

(El jóven desconocido, con el aspecto de un hombre que cree hacerle á uno mucho

honor, se guarda el bolsillo. Se nota cierta cosa tan particular en aquella completa ausencia de emocion, cuando uno se re socorrido por la mayor de las casualidades en el momento mismo de ir á perecer de hambre, que esclama Pisistrato:)

Pisistrato. En verdad, señor *Pese al diablo*, si es este el un nombre que mas os ag,ada, que no sé porqué me he de haber interesado por V. la madera de que ha sido V. heche, me parece llena de nudos, y sin embargo soy So opinion que en manos de un hábil escultor, pudiera convertirse en un instrumento precioso.

El jóven desconocido (sorprendido) ¿Lo cree V. así en realidad? ¿De veras? Pues entonces es V. el primero en opinar de ese modo. La misma madera con que se constituye un cadalso aprovecharia para un mástil de buque. Voy sin embargo, á decir á V. sin embargo á decir á V. la causa porqué ha esperimentado ese capricho hácia mí, que consiste en que los fuertes simpatizan con los fuertes. Tambien V. podria domar á la fortuna.

Pisisirato. Una palabra mas—Si es esto cierto. si existe entre nosotros una secreta simpatía, forzoso es que haya re-

ciprocidad de sentimientos: ea pues, decidmelo, por que si alguna probabilidad hay de que los pueda ser útil, será principalmente porque seré capaz de llegar hasta vuestro corazon.

El jóven desconocido (visiblemente conmovido.) Si fuese un bribon tan consumado como debia serlo, fácil me seria responder á V. Para ser mas franco, aplazo la respuesta. Adios, hasta el jueves.

El jóven desconocido desaparece en el laberinto de pasages que serpentean en rededor de Leicester-Square.

CAPITULO III.

A mi regreso al hotel encontré á mi tio entregado al mas dulce sueño y no me separé de él en toda la mañana. Apenas vino el cirujano por la tarde, y oí de su boca que la calentura disminuía notablemente, y que el enfermo podia considerarse ya fuera de peligro, me creí en el deber de ir á casa del Sr. Trevanion para disculparme acerca de mi ausencia: la familia permanecia aun en el campo. El mismo Sr. Trevanion tardó algunas horas en ir á su casa, y recibió con gran pena la noticia de la enfermedad de mi pobre tio, y aunque siempre muy ocupado, acompañome al hotel del Cordero con el objeto de ver á mi padre y consolarle. Afortunadamente el tio Rolando adelantaba nota-

blemente en su mejoría, y el Sr. Trevanion llevó su delicadeza al estremo de darme algunos dias de licencia.

Libre de mi desasosiego por lo que respecta al tio Rolando, traté de ocuparme de mi nuevo amigo, al cual no habia preguntado sin misterio si sabia perfectamente el francés. En efecto, seguia el Sr. Trevanion en aquel idioma una activa correspondencia con los paises estranjeros, y mi ausilio no podia serle sino de muy escasa utilidad en este; pero aunque mi principal lo hablase y escribiese correctamente, en cuanto á las reglas gramaticales, no lo poseia con bastante perfeccion para satisfacer su pasion de purista clásico, porque es de advertir que el señor Trevanion era un terrible *medidor de palabras*; prurito que solia darle muy malos ratos á veces, y á mi tambien por concomitancia. Sus limados discursos eran el producto mas frio y delicado del arte oratoria, obras maestras digna del pórtico de marmo de loa estóicos de Atenas, en los que se pasaba por tamiz cada espresion, y se buscaba metódicamente la cadencia y rotundidad de cada periodo: nada en ellos haria el oido, pero nada tampoco exaltaba el corazon. Tal aversion

profesaba á los vulgarismo, que hubiera hecho á semejanza de Canning una perífrasis de dos líneas por evitar llamar *gato* á un gato: solo en sus discursos improvisados se traslucia indiscretamente un rayo de su verdadero talento. Calcúlese ahora cuanto trabajo no produciria tan escesivo refinamiento de gusto á un hombre que no escribia en su lengua, y que tenia por corresponsales, ya á un ilustre político, ya á un académico—mayormente cuando conocia bastante aquel idioma estrangero para apreciar todas las delicadezas y elegancias en el decir, que él no podia emplear. Ocupábase el Sr. Trevanion por aquella época de un trabajo estadistico dedicado á una sociedad científica de Copenhage, de la cual era miembro honorario: hacia cerca de tres semanas que aquel documento tenia en tortura á toda la familia, y en particular á la pobre Fanny que entre todos nosotros era la que mejor sabia el francés; pero el Sr. Trevanion decia que su estilo se resentia de cierta afeminada elegancia de tocador. Una brillante ocasion, pues, se me ofrecia para introducir á mi nuevo amigo, y poner á prueba el talento de que yo le suponia dotado, y para aprovecharla hice

recaer la conversacion sobre *Las observaciones acerca de los tesoros mineralógicos de la Gran Bretaña y de Irlanda*: título de la memoria dedicada á los sábios de Dinamarca. En efecto, merced á ciertos ingeniosos circunloquios, hice mencion de la amistad que habia trabado con un jóven familiarizado con todos los secretros de la lengua francesa, el cual podia sernos de utilidad suma en la revision del manuscrito. Conocia yo al señor Trevanion demasiado bien para que fuese á relatarle las circunstancias de mi encuentro con el referido jóven, porque en este caso no habria confiado su clásico escrito á semejante bagamundo.

Por fortuna, en medio de sus numerosas atenciones, olvidóse el hombre de Estado de pedir informes sobre el particular, y fiándose de mi recomendacion entregóme el manuscrito antes de marcharse de Lóndres.

—Mi amigo es muy pobre, le dije con timidez.

—¡Ah! esclamó vivamente el Sr. Trevanion, si se trata de una obra de caridad, dele V. mi bolsillo, pero no el manuscrito. Si realmente es persona capaz de desempeñar el trabajo que se le confia, ya es

otra cosa, pero es preciso que lo examine yo cuando lo tenga terminado, para poder decir lo que vale.... quizás nada!

Tan poco complaciente se manifestaba aquel hombre apreciable hasta en sus acciones mas recomendables.

¡Oh! nada tema V. por esa parte: estoy seguro de que posee la necesaria aptitud.

—En ese caso, repuso el Sr. Trevanion, vamos á la cuestion, y—abrochándose los bolsillos: si no me gusta su trabajo nada le doy; si me satisface, veinte guineas... ¿Dónde estan los periódicos de la tarde? Y un momento despues el miembro del parlamento se habia olvidado del estadista para leer el *Time* y el *Glove*.

Sintiéndose bastante bien mi tio, fué trasportado el jueves á casa, y aquella misma noche, fiel á mi cita, dirigíme en busca de mi amigo: al dar el reloj las nueve llegábamos ambos al punto designado, pudiendo haberse dividido entre los dos la palma de la puntualidad. Habíase aprovechado del tiempo trascurrido desde nuestra entrevista para reparar las averías de su traje; pero á pesar de observarse aun en su persona un no sé qué de estravagante desaliño, su andar seguro y la resolucion de

su mirada revelavan una especie de distincion esclusiva de la aristocrácia de la sangre, la cual no carecce nunca de las dos cualidades que tal vez la produzcan; á saber, el valor y la ambicion de mando. Por lo comun, antes que de una naturaleza enteramente civilizada, suele ser aquella distincion la compañera de una naturaleza semisalvaje. El árabe y el indio de América, la poseen, y tengo la persuacion de que se encuentra mas frecuentemente entre los caballeros y los barones de la edad media, que entre los acircalados *gentlemen* de nuestros modernos salones.

Estrechámonos la mano y dimos juntos algunos paseos silenciosamente. Por último rompió el jóven el silencio dando principio á este diálogo:

El jóven. Me temo que os hayais convencido de que era mas dificil de lo que creiais el hacer que se mantenga de pié el saco vacio. Cuando la tercera parte, al menos, de los que han nacido para el trahajo no lo encuentran, ¿que razon hay para que yo lo encuentre?

Pisístrato. Tengo el corazon bastante curtido para creer que nunca falta el trabajo á los que de tan buena fé lo buscan.

Decíase de un hombre célebre por la religiosidad con que cumplia las palabras: «Que si habia prometido una bellota, y todas las encinas de Inglaterra no habian producido ni una sola, era capaz de enviar á buscarla á Noruega.» Si necesitase trabajo y no lo encontrase en Europa me iria á América; pero vengamos á la cuestion; he encontrado para V. una cosa muy conveniente á sus inclinaciones, y que quizás pueda abrirle el camino á una honrosa independecia. No es asunto para tratado en la calle, ¿dónde iremos?

El jóven (despues de cierta vacilacion). He tomado una habitacion á donde puedo llevar á V. sin escrúpulo... Quiero decir que no vivo entre estafadores y gente de mal vivir.

Pisístrato (entusiasmado y cogiendo al jóven por el brazo). Vamos pues.

(Pisistrato y su compañero cruzan el Támesis por el puente de Waterlóo y se detienen frente á una casa de modesto aspecto. El jóven saca una llave del bolsillo, abre la puerta y sube seguido de Pisistrato hasta un cuarto tercero; al llegar allí enciende una luz y se descubre una pequeña habitacion regularmente amueblada. Pisistrato

pone de manifiesto el manuscrito y espliea lo que hay que hacer en él. Siéntase el jóven, acerca la luz y pasa rápidamente la vista por alguna de sus páginas.—Pisístrato tiembla al ver que se detiene ante una tabla de guarismos y de cuentas. En verdad que esto no es muy seductor... no obstante, apenas formarian parte aquellos guarismos del trabajo reducido esencialmente á una simple correccion de estilo).

El jóven (con lijereza). Aquí debe de haber alguna equivocacion. Espere V. Ya se en qué consiste. (Vuelve algunas de las primeras hojas, y con rápida exactitud enmienda una equivocacion de una cuenta bastante complicada.)

Pisístrato (absorto). Es V. un matemático consumado.

El jóven. ¿No le dije á V. que dominaba todos los juegos que estriban aun mismo tiempo en el azar y en el cálculo! Para esto es necesario tener una cabeza aritmética: un gran jugado hubiera podido ser tambien un gran hacendista, si en vez de dedicarse á los naipes se hubiese dedicado á la hacienda. Estoy seguro que no encontrareis tanto entre los que hacen apuestas en las carreras de caballos, como entre los

jugadores de oficio, uno solo que no tenga una escelente cabeza para el cálculo y para los números... Por lo que respecta al lenguaje de este manuscrito francés, me parece bastante bien; solo observo algunos idiotismos mas bien ingleses que franceses pero lo que hay que corregir es muy poca cosa, para que sea retribuida.

Pisístrato La retribucion de un trabajo mental no se aprecia por su cantidad sino por su calidad. Si se hace V. cargo de él, ¿cuándo estará despachado?

El jóven. Mañana (y guarda el cuaderno en un cajon).

Entretuvímonos despues hablando sobre diversas materias por espacio de una hora pasada la cual me confirmé en la buena opinion que habia formado del talento natural de este jóven; pero era su talento tan perverso y descarriado en su direccion y en sus instintos, como el de un novelista francés. Daba muestras de poseer en un alto grado la parte mas sólida de la facultad de razonar; pero le faltaba enteramente aquella otra facultad que poetiza y purifica á la inteligencia misma—la *imaginacion*. En vez de usar de precauciones contra ella, sostengo con el capitan Ro-

lando, que la imaginacion es una segunda razon, una razon divina que nos estravia menos que la otra. Tal vez nos haga cometer desaciertos en nuestra juventud; pero no serán aquellos de un carácter sórdido ó degradante. Sostiene Newton que uno de los destinos finales de los cometas, es el de alimentar y mantener en su estado normal á los mares y los planetas por medio de la condensacion de los vapores que contienen. Del mismo modo no pueden menos de fortalecer nuestra sabiduria y de esclarecer nuestro entendimiento, las inconstantes chispas de una imaginacion verdaderamente sana y vigorosa=ó para hablar como Newton=deben alimentar nuestros mares y nuestros astros. Hallábase tambien privado mi nuevo amigo de aquellas luces ideales que hubieran hecho de él el hombre de negocios mas positivo, teniendo en cambio rasgos de talento en abundancia y de la peor especie; pero imaginacion, ni por asomo. Era la suya una de aquellaa inteligencias que sirven en una cárcel de lógica y que no pueden ó no quieren ver nada mas allá de sus barreras: una naturaleza semejante es positiva y escéptica á la vez. A pesar de su juventud,

creyó conveniente mi desconocido amigo empezar pronunciándose por las infinitas complicaciones del mundo social. Juzgando por su propia esperiencia, al decir suyo desgraciada, hallábase basado el sistema del mundo en un estado de guerra y de mala fé.

Si el mundo se hubiese formado esclusivamente de pillos, indudablemente hubiera hecho su carrera. Este modo de discurrir sutil é insocial á la vez, no hubiera sido peligroso en un carácter apático; pero corria riesgo de que fuese terrible tratándose de un individuo que á falta de imaginacion encerraba pasiones ardientes y numerosas. Nuestro jóven se dejaba llevar de todas las emociones que destruyen de la manera mas segura la dicha de la mísera humanidad. No podia uno contradecirle sin que montase en impetuosa cólera; no se le podia hablar de riquezas sin que se reflejase en su semblante la palidéz de la envidia. Ultimamente, todas las dotes naturales de este desgraciado, sus ventajas físicas, su talento, su confianza en sí mismo, su intrepidéz, su audacia que se traducia en arrogancia, no servian para otra cosa que para prevenir en contra suya á cuantos le habian admira-

do. Irascible, envidioso, atrevido, indudablemente era malo; pero sus malos instintos se moderaban por la frialdad misma de su cinismo y sus pasiones se exalaban espontaneamente en irónico despecho. Parecia privado de toda susceptibilidad moral, y cosa notable hasta en un carácter tan orgulloso, no por eso conocia mejor el verdadero punto del honor: atormentado hasta el esceso por ese deseo de elevarse que se llama vulgarmente ambicion, se mostraba sin embargo completamente indiferente por toda clase de celebridad; insensible á la estimacion de los hombres, lo único que deseaba era conseguir su objeto, importándole poco el brillar ó el útil á los demas, porque solo buscaba en el resultado el derecho de despreciar á un mundo odioso á su vanidad y los medios de disfrutar de los placeres que su temparamento le hacia ávidamente apetecer. Tales eran los rasgos que mas resaltaban en un carácter que, por muy funesto que fuese, me interesaba, y que á pesar de sus vicios, me parecia no solo capaz de enmendarse, sino que tambien de poner en juego los elementos de cierta grandeza. ¿Debe desesperarse de un jóven de veinte años que posee en el mas alto grado

el talento para concebir y el valor para ejecutar? Ademas, ¿no se encierran en todas las facultades que pueden hacernos grandes, las que pueden hacernos buenos? El gérmen de un Sidney ó de un Bayardo se encontraba en el salvage escandinavu ó en el indómito franco. ¿Qué seria del mejor de los hombres si de repente se viese obligado á vivir en guerra con todo el mundo? Ahora bien: en guerra con todo el mundo se *hallaba* aquel jóven feróz y orgulloso— por su culpa tal vez, porque él era el que buscaba la guerra; y si se quieren las virtudes de la paz en el salvage, es preciso colocarle en una mansion de paz y tranquilidad.

No quiero decir con esto que en mi primera entrevista consiguiese analizar de este modo su carácter: aquí no hago mas que reasumir las impresiones que iba recibiendo á medida que trataba mas aquel cuyo destino trataba de cambiar.

Al separarme de él, le dije:—¿Por quién he de preguntar cuando vuelva mañana?

—¡Ah! Ya puedo decirle á V. ahora como me llamo: mi nombre es Vivian, Francisco Vivian.

CAPITULO IV.

—

Acuérdome que en mi niñéz estuve divirtiéndome una mañana junto á las tapias de mi jardin, viendo las maniobras de una araña que se hallaba muy atareda en medio de su tela. Primero estuvo saboreándose con una mosca doméstica cuya sangre chupaba con calma y dignidad; pero cuanto mas entretenida se encontraba en tan agradable ocupacion, héte aqui que aparecen á sus ocho ojos dos moscas mas, y detras de ellas un moscardon, todos los cuales fueron cayendo en sus redes. Atribulado se encontraba el industrioso insécto con forma tan inesperada, y no sabiendo sobre que presa lanzarse, abandona á su primera víctima

y se dirige contra las otras dos; pero el zumbido del moscardon viene á detenerla... Preséntase en medio de su perplejidad una avispa iracunda y colérica. A su vista tiembla la araña, abandónala repentinamente el valor... permanece inmóvil, turbada entre los hilos de su tela, y renunciando al cabo de unos dos minutos á la empresa, toca retirada y va mas que de prisa á refugiarse en su agujero. Confieso que me encuentro con corta diferencia en la misma situacion de la araña que acabo de presentar en escena. Mientras solo tenia que ocuparme de mi mosca, todo iba á las mil maravillas; pero desde que oigo zumbar alguna cosa en cada estremo de mi tela (principalmente desde que se ha presentado la furiosa avispa que se agita en el ángulo mas inmediato) no sé á quien he de despachar primero, y lo mas doloroso es que no tengo como el industrioso insecto un agujero en donde esconderme, dejando á los que vengan detras de mí que se despachen á su gusto. Imitemos sin embargo el ejemplo de la araña, refugiándonos en el laverinto íntimo de mi propia historia.

La enfermedad de mi tio y la renovacion de mis reaciones con Vivian, fueron natu-

ralmente causa bastante para distraerme de la desgraciada pasion que habia concebido por Fray Trevanion. Miestras estuvo la familia ausente de Lóndres (ausencia que se prolongó mas allá del término fijado) tuve tiempo para recordar la tierna historia de mi padre y la moral que con ella quiso evidentemente inculcarme; ella me hizo tomar tan buenas resoluciones que al regreso de Franny, la volví á ver sin afectarme; hasta evité en lo posible el influjo de su fatal encanto, aprovechando la escusa que me suministraba la larga convalecencia de mi tio, para interrumpir nuestros paseos á caballo.

Era natural que consagrase á mi familia el tiempo que me dejaba libre el Sr. Trevanion; yo no frecnentaba ningun baile ni reunion, y hasta me abstenia de asistir á diarias comidas del miembro del parlamento. En un principio me dió Franny algunas bromas, con su ordinaria malicia, sobre mi despedida del mundo, pero eso no bastó á retraerme de mi firme propósito. Al mismo tiempo tenia yo muy buen cuidado de que no descubriese mi secreto alguna mirada de reconvencion, cuando aquella locuela intentaba ponerme de este modo en ridículo.

Entonces se mostró Franny resentida ó desdeñosa y dejó de entrar en el despacho de de su padre: despues, cambiando de repente de táctica se apasionó de una manera estraña por la lectura, y siempre estaba entrando, ya por un libro, ya á hacer una pregunta.

Pero como quiera que fuese, ello es lo cierto que yo era desgraciado. Cuando traigo á mi memoria aquella época de mi vida me entristezco aun, al solo recuerdo de mis padecimientos de entonces; mi salud se resintió notablemente de ellos: temia igualmente las pruebas del dia y las angustias de la noche, y no contaba con otras distracciones que mis visitas á Vivian, y las horas que pasaba en el seno de mi familia. Este asilo fué el que me sirvió de salvaguardia en aquella crísis de mi vida: aquella atmósfera de honor exenta de vanidad y fragante de tranquila virtud, fortalecia todas mis resoluciones; y al dejarla, salia armado de valor para combatir la mas violenta de las pasiones de la juventud, y para resistir al mismo tiempo las malas tentaciones que pudieran exaltarme en una compañía tan perniciosa como la de Vivian. Sin la influencia de una

familia como la mia.—sí habia logrado conducirme con las personas bajo cuyo techo estaba, como la probidad lo exigia—no me parece hubiera podido escapar del contagio de aquella revolucion contra la Providencia y el mundo, que nace en el corazon enfermo de un amor contrariado por la fortuna, revolucion cuya mas viva espresion eran los sofismas de Vivian. Pero, gracias al cielo, despues de haber pasado algunas horas en la habitacion en que podia admirar el profundo dolor del veterano, de cuyos cárdenos lábios jamás salió una queja—ó cuando me hallaba en presencia de la tranquila calma, con la cual habia pasado mi padre por pruebas iguales á las mias—bajo la doble influencia de la tierna sonrisa de mi madre y de la inocencia de Blanca (nombre de la pequeñita bada á la cual amaba ya con el cariño de un hermano), no podia dejar de conocer que la mansion en que me encontraba contenia cuanto basta para dulcificar la copa de la vida aunque hubiese estado rebosando en hiel y acibar.

El Sr. Trevanion habia quedado mas que satisfecho del trabajo de Vivian, porque quedó asombrado: no se limitaba aquel á

correcciones, muy reducidas por cierto pues habia sustituido términos que aclaraban ó robustecian la idea misma que se queria espresar: además de la equivocacion de la cuenta con tanta precision enmendada, habia hecho al márgen algunas anotaciones para indicar la necesidad de fortalecer la cadena de argumentos para la investigacion de algunos nuevos hechos. Un talento como el del Sr. Trevanion se hallaba mas que otro alguno en estado de apreciar las observaciones espontáneas de aquella lógica natural que no se funda en el menor conocimiento de la materia de que se trata. Confió, pues, á Vivian, bastante trabajo para que la pródiga remuneracion que por él se le daba cumpliese la promesa hecha por mí de proporcionarle una ocupacion independiente: mas de una vez me pidió el Sr. Trevanion que le presentase mi amigo, pero me evadi siempre de hacerlo... bien sabe Dios que no por celos, sino temeroso de que el lenguaje y las maneras de Vivian no disgustasen á un nombre que detestaba la presuncion y no comprendia mas originalidad que la suya.

Sin embargo, Vivian, que tenia facilidad para el trabajo y no podia sugetarse á el

con asiduidad, solo le dedicaba algunas horas del día: era pues de temer que su ociosidad le hiciese caer de nuevo en sus funestas costumbres y en la compañía de sus antiguos amigos, con tanto mayor motivo, cuanto que con su cínica franqueza me confirmaba en mis temores. Resolví, pues, dedicar algunas noches á disminuir su *fastidio* acompañándole por las calles ó quizás llevándole á algun teatro.

El primer cuidado de Vivian, asi que se vió en disposicion de hacerlo, fué el de restaurar su aspecto esterior. Merced á las dos facultades de observacion y de imitacion inherentes siempre á las personas dotadas de una inteligencia como la suya, tardó bien poco en vestirse con aquella gracia característica del gentleman de Inglaterra. Verdad es que durante los primeros dias de su metamórfosis, aun se echaban de ver en él algunos vestigios de su abandono natural con respecto al traje ó á su comercio con la gente de mala ralea; pero poco á poco desapareció todo. Primero, suprimió una ambiciosa corbata con un cuello postizo vuelto, y despues las barnizadas espuelas; por último, el diabólico instrumento, que era propiamente una daga á la cual ser-

via de puño una bala de plomo, cedió el lugar á la caña comun propia de nuestra tranquila capital. Igual cambio, aunque menos sensible, se hizo tambien estensivo á sus gestos y á su conversacion: desapareció algun tanto lo brusco de sus maneras, y su modo de habla se hizo mas adecuado y quizás mas afable. Era, pues, evidente que no se mostraba insensible al noble placer de ocuparse de un trabajo recomendable, y de poder decir que sabia aprovecharse honrosa de su talento. Un mundo nuevo empezaba á brillar ante sus ojos, aunque él solo lo distinguiese al través de la niebla.

¡Tal es la vanidad del hombre, mísero y mortal! Lo que quizás aumentáse el interés que esperimentaba por Vivian, á pesar de las muchas cosas que en él me disgustaban, era una especie de ascendiente moral, que á mi entender adquirí sobre su carácter feroz. Cuando nos encontramos por primera vez en la carretera, y cuando dimos el paseo por el cementerio, no estaba aquel escendiente de mi parte. Pero al presente le volvia á ver despues de haber recorrido en la sociedad una esfera mucho mas dilatada que la suya; ha-

bia visto y oido á los hombres mas eminentes de Inglaterra, y lo que otras veces me habia desvanecido hasta cierto punto, ya solo me causaba lástima. No podia ocultarse al carácter activo y observador de Vivian el cambio que en mí se habia operado, y bien fuese por envidia, bien por un sentimiento mas noble, ello es que no le repugnaba el aprender de mí á eclipsarme y á recuperar su primera superioridad, porque le causaba pena el reconocerse inferior á mí. Escuchábame, pues, dócilmente cuando le indicaba las obras que trataban de las diferentes memorias que le llevaba á copiar y á revisar. Con su talento y todo, carecia Vivian de gusto literario; habia leido poco, y á pesar de la diversidad de ideas que habia adquirido, fácil era echarlo de ver por las citas familiares que hacia frecuentemente del reducido número de obras, la mayor parte dramáticas, que conocia perfectamente. Dedicábase, sin embargo con ahinco al estudio, devorando su disgusto, lo cual me hacia augurar muy favorablemente de su fuerza de voluntad para alcanzar el objeto que se propusiese. ¿Habria esperimentado yo esta am-

bicion si le hubiese comprendido bien? Esta ya es otra cuestion, tanto mas difícil de resolver, cuanto que existian en aquel carácter tan original como novelesco, abismos que no habia podido sondear.

No alcanzaba á esplicarme á mí mismo, por ejemplo, el contraste que formaba su indolente franqueza con su reserva suspicaz: aquella resaltaba en nuestras conversaciones todas, en las cuales no procuraba parecer mejor de lo que era: no era esta menos patente en el cuidado con que eludia toda especie de confianza que pudiera descubrirme los secretos de su vida que queria ocultarme. ¿Cuál era el pais de Vivian? ¿En dónde habia estudiado? ¿por qué se veia reducido á proporcionarse recursos para vivir, y con cuales habia vivido? hé aquí los puntos sobre los que parecia haber jurado callarse ante el altar de Harpócrates, dios del silencio. Y no obstante, ocurriansele con frecuencia una multitud de anécdotas sobre cuanto habia visto, y acerca de estraños personages á quienes nunca nombraba, aunque hubiesen sido sus inseparables compañeros: debo, sin em-

bargo, para ser justo, decir que en su precoz esperiencia de las malas compañías, descubria en él cierta honradez relativa. Vivian habia recorrido todos los lupanares y las sentinas del vicio, mostrábase indiferente hacia sus antiguos compañeros en el mal, y consideraba el vicio y la virtud con la indiferencia de un poeta dramático para quien el hombre honrado y el malvado no son mas que personages de teatro. Pero en vez de reprenderse á sí mismo el haber sido cómplice en actos reprobados por la probidad, si contaba algun fraude ingenioso, aparecia como simple testigo, pero no como cómplice en él. A medida que los lazos de nuestra amistad iban estrechándose, fué adquiriendo el rubor ó la vergüenza instintiva que insensiblemente produce el trato con las personas acostumbradas á distinguir el bien del mal, y de repente dejó de contar las historietas en que representaba el principal papel sus antiguos compañeros, de las cuales habia sido en un principio el gárrulo narrador.

En cuanto á su familia solo me hizo mencion de ella una vez, por una causa tan inesperada como estraña.

—¡Ah! esclamó cierto dia, deteniéndose repentinameute al frente de una estampería: ¡cuánto se parece ese dibujo á mi madre!

¿Cuál? le pregunté con presteza, vacilando entre una estampa que representaba una vírgen de Rafael y otra de la *Muger del bandido*.

Sin satisfacer mi curiosidad, Vivian me separó de allí á pesar de mi resistencia.

—¿Queria V. mucho á su madre? le pregunté despues de un momento de silencio.

—Como el tigre quiere á la suya.

—Aunque no sea muy conveniente la comparacion.

—O como el perro de presa quiere al amo que le suelta para la lucha. ¿Le gusta á V. mas esta otra?

—Mucho menos: ¿seria acaso del agrado de nuestra madre?

—Mi madre... ¡ya murió! respondió con voz conmovida.

Entonces estreché amistosamente su brazo.

—Ya le comprendo á V. me dijo con una sonrisa cínica; pero hace mal en condolerse por mi pérdida. Este es un recuerdo triste para mí... en la cual no deben to-

mar parte los que me aprecien.

¿Por qué razon?

Porque no era mi madre la que en el mundo se conoce por una mujer honrada... no por eso la quise menos...pero doblemos la hoja.

No, Vivian puesto que tan adelante ha ido V., le ruego que prosiga. ¿Vive aun su padre?

¿Subsiste aun de pié la columna del incendio de Lóndres, el *Monumento*?

=Creeo que si... ¿pero que nos interesa eso?

—Ni á V. ni á mí nos interesa gran cosa, pero mi pregunta responde á la suya.

No queriendo insistir me abstuve de hacer preguntas á Vivian sobre este delicado punto: debo añadir, sin embargo, que si no hacia de mi la mayor confianza, tampoco hizo esfuerzos por captarse la mia. Escuchábame con gusto al hablarle del señor Trevanion (porque le confesé con franqueza mis relaciones con este personaje, aunque sin decirle una palabra acerca de Fanny) prestándome grande atencion cuando le describia la brillante sociedad que acababa de abrirme. Pero si alguna vez dando ensanche á mi pecho sacaba la conversacion

de mis parientes y del hogar doméstico; ó me mostraba un disgusto impertinente, ó se revestia de un aspecto tan sarcástico que me veia precisado á interrumpirme sin terminar la frase, y á volverle las espaldas poseido de un sentimiento de indignacion. Particularmente un dia, propúsele presentarlo á mi padre, lo cual deseaba yo en realidad, convencido de que un contacto semejante no podria menos de conjurar el enemigo malo que se hallaba poseido; pero respondióme con una sonrisa sardónica:

=Querido Caxton, tal fué la aversion que cobré desde mi niñez al *Telémaco*, que con el fin de hacerlo mas soportable hice una parodia de él.

—¡Y qué!

=¿No temeria V. que con la misma predisposicion de ánimo, sí me ocurriese hacer una caricatura de Ulises?

Desde este dia permanecí por espacio de tres ó cuatro sin ver á Vivian; y en verdad que no le hubiese visto al quinto á no haberle encontrado en el teatro de la *Grande Opera*: recostado Vivian en una columna contemplaba la interminable hilera de carruajes que iban llegando al único templo que ha permanecido en voga en la Babi-

lonia británica. Carrozas, berlivas y cabriolets que ostentaban blasonados escudos de armas, tirados por briosos corceles, iban uno en pos de otro abriendo sus portezuelas á las elegantes y hermosas damas y á lor condecorados caballeros, flor y nata del mundo aristócratico. No pude menos de esperimentar cierta compasion al contemplar á aquel jóven abandonado, sin amigos, que examinaba con ambiciosos deseos y con una celosa desesperacion aquel mundo esclusivo para el cual se creie predestinado. Una sola mirada lanzada sobre aquella sombria fisonomía, me permitió leer lo que pasaba en aquel corazon mas sombrio aun. No habia participado tambien yo, en cierto modo, de aquella emocion? pero la mia no era escitada en el vestíbulo de un teatro y á la vista del lujo, de la riqueza y de la holgada grandeza, sino á la puerta del Parlamento en donde los hombres que han adquirido sus nobles títulos y cuyas palabras deciden de los destinos de Inglaterra me estrujaban y oprimian para dirijirse á la arena política, ó cuando el rumor de la gloria salido de un círculo de salon hacia abrir paso á un personaje notable en las artes y en las letras. ¿Quién no ha espe-

rimentado la impresion del contraste entre la luz que brilla y su propia oscuridad?.... ¡pero ah! jóven hay que sin estar predestinado á ser un Temístocles vé turbado su sueño con el recuerdo de los triunfos de Miltiades. Acerquéme á Vivian y le toqué en el hombro.

¡Hola! esclamó con un tono menos ácre que de costumbre: me alegro de volverle á ver á V. y de poder pedirle perdon; porque el otro dia le ofendí. Pero si va V. á hablar á las almas del purgatorio de las felicidades del paraiso, sus respuestas no pueden ser muy alagüeñas. ¡No vuelva V. á hablarme de padres ni de hogares domésticos! basta ya con lo dicho, ¿no es asi? Ya veo que V. me perdona. ¿Por qué, V. que puede, no va á la ópera?

—¿Y quién le impide á V. el que vaya si quiere? Convengo en que los billetes cuestan desmedidamente caros; pero no obstante, si es V. filarmónico no debe privarse de esta diversion.

—¡Oh! me adula V. si cree que me privo por razones de economía. La otra noche estuve en la ópera, pero no quiero volver: ¿qué distraccion proporciona la música?

—Convengo con V., pero no distraen

menos las luces, las decoraciones y el espectáculo mismo. Sin embargo, no creo que la ópera sea una distraccion muy útil para V. ni para mí: enhorabuena que sea para los ociosos ricos un medio de recreo tan inocente como cualquiera otro, pero semejante distraccion debe acabar por enervar las fuerzas.

—Yo creo, por el contrario, que es un estimulante horrible. ¿Sabe V., Caxton, por muy sensible que le sea el oirlo, que empiezo á cansarme ya de esta *honrosa independencia*? ¿En qué vendrá á parar? En tener guantes amarillos y cabriolé.... ya tiene V. los guantes... y vendrá el cabriolé.

—Lo que estimula y alimenta nuestros deseos es el centro en que vivimos. Usted se halla en el gran mundo, y si lo desea, puede encontrar en él un estimulante; con respecto á mí, querido amigo, conozco que me falta el mundo; mi imaginacion necesita espacio, ¿me comprende V.?

—Lo comprendo y simpatizo con V. pobre Vivian; pero todo vendrá por sus pasos contados; tenga V. paciencia! hoy le repito á V. esta palabra como la mañana que le sorprendió á V. la aurora tendido so-

bre las baldosas de Lóndres. Mientras tanto, no pierde V. el tiempo y se prepara para mayores empresas, ilustrándo su entendimiento con el estudio y la lectura. ¿Cómo ha de volar V. ante de tener alas? Viva V. ahora, para sus libros; mas adelante.... magnífico palacios hay cuyas puertas se hallan abiertas, asi para los pobres como para los ricos.

=¡Los libros, los libros! ¡Ah! ¡cómo se se conoce que es V. hijo de un sábio! ¡No son los libros los que abren á los hombres el camino del mundo y de los goces de la vida!

=Eso es lo que no podré decir; pero conozco, amigo mio, que á V. le hace falta el estudio. Usted queria hacer su carrera en el mundo con la prezteza con que se hace trabanjado y pasar una vida tan agradable como la de los que viven sin trabajar; vivir como la indolente mariposa y tener sin embargo toda la miel de la industriosa abeja. Finalmente; y esto es lo mas dificil, quiere V. que cada planta le abra en un momento sus pétalos y que se llene la colmena de miel antes de un cuarto de hora. ¡Paciencia, paciencia!

Vivian exaltó un suspiro feroz:

—Conozco que se halla encarnada en mi

la naturaleza del vagamundo, porque deseo volver á mi antigua vida de actividad y de movimiento, que no me permitia un momento de reflexion.

Entre tanto llegábamos en nuestros paseos al estrecho corredor que conduce á la entrada del teatro, junto á cuya puerta se hallaban dos ó tres jóvenes conversando. Como Viavian habia callado, llegó la voz de uno de ellos á nuestros oidos; regularmente respondia á alguna pregunta, porque dijo soltando la carcajada:

—Ah! ah! ah! tengo un medio mas pronto y eficaz de hacer fortuna: el de casarme con una jóven rica.

Estremecióse Vivian y volvióse á mirar á aquel jóven, que tenia muy buen aspecto: despues de examinarlo de pies á cabeza, volvióse hacia mí con una sonrisa de satisfaccion.

—Indudablemente, le dije interpretando esta sonrisa, tiene V. razon. La situacion de V. es aun mas ventajosa que la de ese jóven que fia todo su porvenir á una buena dote.

El semblante de Virginia se puso como la grana, pero antes de que tuviese tiempo para responderme, uno de los interlocuto-

res del bullicioso círculo, despues de haber celebrado con descompasadas risas la fatuidad de su compañero, le dijo:

=A propósito, querido, si le hace á V. falta una jóven rica, ahi tiene V. á una de las que mas dinero tienen en Inglaterra... Pero debo advertir que semejante empresa es superior á las fuerzas de un segundon por muy respetable que sea su apellido: deberia ser por lo menos un conde para aspirar á la mano de Fanny Trevanion.

Este nombre pronunciado de aquella manera me atravesó el corazon como una saeta... Esperimenté un calofrio, y al levantar los ojos ví á lady Leonor que con miss Trevanion bajaba de su carruaje para entrar en el teatro. Detuviéronse al reconocerme, y me acerqué á una ligera indicacion de Fanny, la cual me dijo:

=¿V. por aqui? ¡que felicidad! Suba V. á nuestro palco; aunque no sea mas que por un minnto.

=Pero si estoy sin vestir, le respondí atribulado y sin poder dejar de acompañar á la madre y á la hija que seguian entrando: al mismo tiempo se apoyaba Fanny en mi brazo: los curiosos que obstruian la entrada, nos hicieron paso y debieron fijar en

mí sus envidiosos ojos.

—En verdad, prosiguió Fanny, podria decirse que procura V. huir de nosotros; ¿no es asi?

—Veo, le dije con sonrisa afectada cuando ví que esperaba mi respuesta, que se ha olvidado V. de que no tengo tiempo libre para asistir al teatro... ¿y mí tio?

—¡Ah! hoy hemos estado mamá y yo á verle en su casa de V.; ya está casi bueno. ¿No es verdad, mama?... No puedo espresar á V. cuanto le estimo y le admiro; figúraseme un viego Douglas de la edad media... Pero ya se impacienta mamá. Véngase V. á comer con nosotros mañana; ¿me dá V. palabra?... No le digo á V. á dios, sino hasta la vista;—y se deslizó Fanny en el brazo de su madre. Siempre buena y condescendiente lady Leonor, esperó á que terminase este diálogo, ó mas bien monólogo.

Volvime en busca de Vivian y le encontré paseando por el pasaje arriba y abajo fumando furiosamente un cigarro que acababa de encender.

—¿Con qué segun eso, me dijo sonriéndose, la jóven rica, que no me ha parecido menos hermosa, es la hija de ese se-

ñor Trevanion cuyas elucubraciones ha tenido V. á bien someter á mi exámen? No me habia dicho V. que era riquísima... lo cual habria sido yo, á no ignorar, como V. conoce, cuanto concierne á ese mundo deslumbrador de que V. forma parte! Hasta ignoraba que fuese miss Trevanion de una de las mas ricas familias de Inglaterra.

—Si el Sr. Trevanion está rico... muy rico; dije ahogando un suspiro.

—¡Y es V. su secretario! Ay, amigo mio, bien puede ofrecerme V, su panacéa, porque lo que es V. ya no la necesita.

—No le entiendo á V.

—Y sin embargo, entendió V. como yo hace poco al jóven del corrillo: V. vive con la familia de la jóven rica.

—¡Vivian!

—Pues qué, digo algun absurdo?

—Vamos al caso: supuesto que trae V. á colacion el dicho jóven... yo le recordaré la respuesta de su compañero... de que es preciso ser un conde para pretender la mano de Fanny Trevanion.

—Eso equivale á decir que para aspirar á poseer un millon es preciso ser millonario. Sin embargo, creo que los que reunen mi-

llones empiezan por peniques.

=Esa idea Vivian, debe ser muy consoladora para V. y servirle de estímulo; tengo mucho que hacer, buenas noches.

=Buenas noches, me dijo Vivian, y nos separamos.

Encaminé mis pasos hácia el hotel del Sr. Trevanion y penetré en el despacho, en donde me esperaba un rimero de papeles. Sentéme resueltamente á escribir, pero á la mitad del estracto de una memoria sobre la colonia de Sierra-Leona se me deslizó la pluma de la mano y mis ideas tomaron opuesto rumbo. Hubieran podido oirse las pulsaciones de mi corazon, porque me hallaba combatido por una calentura nerviosa á causa de la terrible sensacion que acababa de esperimentar. Aun resonaba en mis oidos la apacible voz de Fanny;—seguia mirándome aun, casi suplicantes sus dulces y espresivos ojos, y despues creia oir súbitamente como un eco mofador aquellas palabras: «Deberia ser V. por lo menos un conde para aspirar...» ¿Pero aspiraba yo acaso? ¡Eran tan insensato, tan criminal que me convirtiese en un traidor doméstico!... ¡No; mil veces no!— ¿Pues qué hacia entonces en aquella casa?=

¿por qué seguir embriagándome de aquel veneno que gastaba todos los resortes de mi vida? A estas preguntas que me hubiera hecho á mí mismo mucho tiempo antes, si hubiese tenido uno ó dos años mas, se apoderó de mi un terror mortal: se retiró la sangre de mi corazon y esperimenté un frio glacial.=¡Marcharme de esta casa! ¡Dejar á Fanny! ¡no ver mas aquellos ojos! ¡no volver á oir aquella voz! No; antes morir víctima de dulce veneno, que de espantoso destierro! Me levanté y abrí las ventanas—dí con agitacion algunos pasos por la estaucia, sintiéndome incapaz de resolver nada ni de pensar en nada. ¡Enteramente trastornado!..., Por último, haciendo un violento esfuerzo sobre mí mismo, me acerqué á la mesa resuelto á proseguir mi trabajo, aunque solo fuese para recuperar mis facultades y encontrár fuerzas para soportar mi propio tormento. Tomo un libro, despues otro con impaciencia, cuando... ¡qué es lo que de repente se ofrece á mi vista! El semblante de la misma Fanny con su aire de tierna y afectuosa reconvencion.... su retrato en miniatura! Sabia yo que algunos dias antes habia hecho aquel retrato un jóven artista á quien protegia el Sr.

Trevanion: supongo que lo llevaria á su despacho para examinarlo y que se quedó allí olvidado. El pintor habia sorprendido la espresion particular de su fisonomía—su sonrisa inefable—tan encantadora, tan maliciosa— hasta su actitud favorita—inclinada su cabeza en su hombro de Hebe—su mirada semivelada por los abundantes y sedosos bucles de su hermosa cabellera. Poseído de un nuevo acceso de locura, caigo de rodillas y lleno el retrato de besos y de lágrimas... ¡qué lágrimas!—No oigo abrir la puerta—no veo mas que una sombra fugaz que se desliza sobre la alfombra... pero percibo una mano temblorosa que me toca en el brazo... me estremezco. La misma Fanny se inclina sobre mi.

—¿Qué es esto? me pregunta con voz cariñosa. ¿Qué ha sucedido? ¿Corre peligro vuestro tio—alguno de vuestra familia? ¿por qué llorais?

No puedo articular palabra, pero oculto el retrato entre ambas manos para que no pueda ver Fanny lo que contienen.

—¿No respondeis? ¿No he sido siempre vuestra amiga?.... ¿casi vuestra hermana? ¿Será preciso que llame á mamá?

—Sí, sí, llamadla.

—No, no iré sin que me diga V. antes qué tiene V. qué es lo que V. me oculta.

Y con la inocencia con que una hermana juega con su hermano, cogióme con sus manos las mias.... fué descubierto el retrato y hubo un momento de silencio... Dirigí mis ojos anegados en lágrimas á Fanny que habia retrocedido algunos pasos y bajaba los suyos ruborizada. Parecióme haber cometido un crimen—alguna accion derhonrosa, y no obstante reprimí—¡si, loado sea Dios!—reprimí el grito que iba á escaparse de mi coraron: «Compadecéos de mí, porque os amo!»

Solo di rienda suelta á un hondo gemido.—¡Triste adios á mi perdida dicha! Levantéme despues, y dejando el retrato sobre la mesa, le dije con voz á mi pareeer firme:

=Miss Trevanion, como fuisteis tan buena para mí cual una hermana, daba un adios de hermano á vuestro retrato, está tan parecido... tan...

=¡Adios! repitió Fanny sin levantar la vista.

=¡Adios—hermana!... porque.... Dirigíme precipitadamente hácia la puerta y al llegar á ella volvíme para añadir con una

sonrisa forzada:—porque en mi casa dicen que yo... que no estoy bueno; que este trabajo es superior á mis fuerzas; ya sabeis que las madres tienen ideas estravagantes y—y—ya hablaré mañana á vuestro padre. Adios miss Trevanion, ¡Dios os bendiga!

NOVENA PARTE.

CAPITULO I.

—

Y mi padre dió puntos á sus tareas literarias.

Oh jóven lector—quien quera que seas, ¿habrás podido borrar de tu memoria el recuerdos de aquellos tiempos en los que encerrado aun en tu corazon el secreto de tus disgustos y sinsabores, volvias la espalda á los frios y adustos semblantes del mundo para volver á la casa paterna, tranquilo santuario de la familia, en donde encontrabas con sorpresa la apacible acogida de todas las noches? ¡Qué contraste entre tu agi-

tada juventud y aquella generacion que te precedió en la arena de las pasiones—la generacion de tus padres—jóvenes quizás tambien algunos años antes, pero que habiendo llegado á la edad madura, parecian disfrutar de la tranquilidad de los siglos, de ese encanto que se difunde en torno de las estátuas del arte griego! ¡Cuanto no apreciabas entonces aquella monótona rutina, en donde iba á apagarse la agitacion febril de los primeros años, aquellas ocupaciones regulares que bastaban á su felicidad doméstica, y aquellos ratos de esparcimiento pasados frente al astro del hogar, cada cual en su sillon ocupando su sitio favorito! ¡Qué contraste con tu vida turbulenta! ¡Con cuánta afeccion no eras entonces recibido! ¡Con qué sencillez tan natural se te hacia lugar como si nada de particular hubiese ocurrido... al paso que esperimentabas en tu corazon todos los sacudimientos de un mundo arrancado de su eje por los desatados elementos! Sentábaste, sin embargo, subyugado por aquella trauquila felicidad de la cual no podias participar hacias un esfuerzo por sonreirte, seguias con la vista las fugaces chispas de la chimenea, y muy probablemente, no des-

plegabas los lábios hasta que llegada la hora tomabas tu palmatoria para arrastrarte penosamente hasta tu solitario dormitorio.

En toda la noche habia podido yo pegar los ojos ni siquiera me habia acostado sin haberme despedido de Fanny Trevanion; y apenas amaneció el siguiente dia me fuí á divagar sin saber por donde. Tengo una vaga idea de una continuacion de largas y solitarias calles, del curso del Támesis que parecia correr en sombrio silencio, allá lejos, muy lejos para perderse en un golfo de eternidad invisible. Acuérdome aun de los árboles, del cesped, de las juguetonas voces infantiles; debí correr del uno al otro estremo de Babilonia británica, pero no empezó á despejarse mi memoria hasta que poco antes del medio dia llamé á la puerta de mi casa. Subí pracipitadamente la escalera y entré en la habitacion que solia reunirse la reducida familia; porque desde que vivíamos en Lóndres habia dejado mi padre de ocupar un gabinete separado, contentándose con lo que solia llamar un rincon, el cual era bastante capaz para contener dos mesas un sillon, y algunas sillas atestadas de libros. En el ángulo opuesto de aquel *vasto*

rincon se hallaba mi tio sentado, convaleciente aun, formando guarismos con una mano descarnada en un librito de tapas encarnadas; por que has de saber, que mi tio Rolando era el hombre mas metódico del mundo en sus gastos.

La fisonomia de mi padre espresaba mas benevolencia que de costumbre: tenia una *prueba* delante de sí—la primera prueba de su única obra; ¡de la *Grande obra*! ¡Si, se hallaba ya indudablemente en presa!... ¿Sabes, lector, lo que es la primera prueba de la primera obra?.., pregúntaselo á un escritor cualquiera. Mi madre habia salido con la fiel Gervasia, sin duda á recorrer la plaza y las tiendas. Hallándose de esta manera ocupado los dos hermanos, natural era que mi entrada no hiciese tanto estrépito como una bomba, ó como una cantatriz, ó como un trueno, ó como cualquiera otra de las cosas que metian ruido por aquel entonces!... ¿Que puede meter ruido hoy dia?—hoy en que la mas admirable de todas las cosas es nuestra familiaridad con las cosas admirables,=hoy, que decimos con indiferencia: «Ya tenemos otra revolucion en Paris!=¡A propósito, se ha armado en Viena una camorra de todos los demonios,»

=hoy, que el príncipe de Joinville pesca en los estanques del Claremont; hoy que apenas se vuelve uno para ver pasar á Meternich por el muelle de Brighton!

Mi tio meneó la cabezá hablando en voz baja consigo mismo: mi padre, como os lo he dicho, dió punto á sus tareas literarias.

Si así te lo dije, lector, me engañé; no dió punto á sus tareas literarias, puesto que lo que leía era su prueba. Sonrióse, y dirigiéndose hácia mi señalómela con el dedo (su prueba) con aire dramático que podia traducirse por estas palabras: —Hé aquí, Pisistrato, á mi recien-nacido en mantillas.

Cogí una silla y sentéme entre mi padre y mi tio. Al contemplar tan pronto al uno como al otro, esperimenté, Dios me lo perdone, un sentimiento ingratitud y de rebeldia hácia los dos á la vez. ¡Cuán llena de amargura no se encontraria mi alma para esperimentar una sensacion semejante! Los pesares de su juventud son sin duda vituperablemente egoistas! Levantéme de la silla y me acerqué á la ventana que estaba abierta: á la parte de afuera se hallaba colgada la jaula con el canario de la señora Gervasia. El animalito que se habia

acostumbrado ya á la temperatura de Lóndres, cantaba que era una delicia, pero asi que observó que le miraba yo tristemente y hasta con aspecto sombrio, suspendió sus gorjeos y fijó en mi una mirada oblicua y sospechosa. Así que se hubo convencido de que no le hacia daño, empezó el pajarillo á modular algunas notas tiernas, interrumpiéndose como si esperase una señal de aprobacion, hasta que por último, desvanecidas todas sus dudas, y convencido de que yo inspiraba mas lástima que miedo, empezó á cantar un aire tan dulce, que no tengo la menor duda de que procuraba consolarme, á mí, su antiguo amigo de quien habia abrigado injustas sospechas! Sus cánticos plañideros fueron derechos á mi corazon: cuando los hubo terminado saltó desde uno de los palitos de la jaula á los hilos de alambre y volvió á fijar en mi sus inteligentes ojos. Entonces sentí llenárseme los mios de lágrimas, y me retiré quedándome en pié en medio de la sala sin saber que hacer ni donde ir. Los infólios habian absorbido de nuevo la atencion de mi padre, una vez corregida su prueba; y el tio Rolando despues de haber echado los broches á su libro de gastos y

de limpiar cuidadosamente su pluma, me observaba al través de sus espesas cejas. Levantóse súbitamente y golpeando el suelo con su pierna de palo, esclamó:=Deja por vida mia, esos malditos libros, hermano Agustin, y mira á ese chico. ¿No te revela la espresion de su semblante? Penétralo si puedes.

CAPITULO II.

—

En esta ocasion fué, en efecto, cuando mi padre dió punto á sus tareas literarias y se levantó prontamente: sorprendido mi tio al ver que no se le contestaba, rompió el silencio.

—¡Ah! ya comprendo... habrá cometido alguna falta y te habrá disgustado! qué demonio. Agustin, todos hemos sido jóvenes, y debemos ser indulgentes. Solo cuando se trata de... Ven aqui, Sisty; ¡voto á cribas! ven áqui te digo.

Mi padre apartó suavemente la mano del capitan, y se adelantó hácia mi con los brazos abiertos, y un momento despues sollozaba yo sobre su corazon.

¿Pero de qué se trata? esclamó el capitan Rolando; ¿luego nadie quiere decirme de que se trata? Creo que será cuestion de dinero, hijo pródigo. Afortunadamente tu tio tiene mas del que necesita. Vamos á ver, ¿cuánto te hace falta? Cincuenta, ciento, dosciontas libras esterlinas? ¿Si no hablas, como puedo proporcionártelas?

—¡Chit! hermano, no es este asunto de los que se arreglan con dinero: ¡pobre hijo mio! ¿Con qué lo he penetrado? ¿Puso el otro dia el dedo en la llaga cuando...

=¡Si, padre mio, si! ¡he sido muy desgraciado! pero ya estoy mas tranquilo, y puedo contároslo todo.

Mi tio se retiró lentamente hácia la puerta: su esquisita delicadeza le hizo creer que su presencia podria quizás ser un inconveniente entre el padre y el hijo.—No, tio, le dije alargándole la mano, no se vaya V. Tambien V. puede aconsejarme... fortalecer mi animo. Hasta ahora he sabido poner á salvo mi honor... ayudarme á mantenerlo.....

Al oir el capitan Rolando la palabra honor puso la cabeza erguida sin decir una palabra.

Entonces lo conté todo, al principio con cierto embarazo, y en términos incoherentes, pero con mas aplomo á medida que avanzaba en mi relato.

Sé muy bien que no se acostumbra entre los enamorados el tomar por confidentes á los padres y á los tios. A juzgar por esos «espejos de la vida» llamados comedias y novelas, eligen aquellos para confiar las penas de su corazon á los criados, ó á los amigos adquiridos en la calle como adquirí yo al pobre Francisco Vivian. Pero por lo que toca á los padres y á los tios se muestran discretos como en la tumba. Qué quieren Vds? la familia de Caxton era muy original, en nada obraba como las demas.

Asi que hube terminado mi relato, levanté los ojos y pregunté en ademan suplicante:—Decidme ahora, ¿no me queda ninguna esperanza... ninguna?

—¿Por qué no tenerla? respondió bruscamente el tio Rolando. La familia de Caxton vale tanto como la de Trevanion, y con respecto á ti, sobrino, cuanto puedo decir es, que esa jóven hubiera podido hacer peor eleccion.

Despues de haber estrechado la mano de mi tio, me volví hácia mi padre con la es-

presion de la ansiedad y el temor; porque sabia que á despecho de sus hábitos de anacoreta, pocos hombres formaban un juicio mas resto que el suyo sobre las cosas de este mundo cuando se proponia examinarlas de cerca. Es sorprendente sin duda que los sábios y los poetas se hallen dotados de aquella penetracion comun á los demas hombres, aunque raras veces se dignen servirse de ella en provecho propio. ¿Y cómo la adquirieron?... Como quiera que sea, yo no apartaba los ojos de mi padre, y antes de que hablase conocí que era preciso renunciar á la vaga esperanza que el tio Rolando habia escitado en mí.

—Hermano, dijo meneando la cabeza, los hombres que formula códigos y leyes para los demas, no paran mientes en una genealogía, como no vaya acompañada de buenas y productivas tierras.

—Trevanion no era tan rico como Pisístrato cuando se casó con lady Leonor, repuso mi tio.

—Indudablemente; pero lady Leonor no era entonces una heredera, y su padre veia las cosas bajo un punto de vista diferente de cualquiera otro par de Inglaterra. En cuanto á Trevanion mismo, creo poder de-

cir que no es preocupado respecto á las clases sociales, pero se halla dotado de un buen sentido imperturbable: en particular se estima á sí mismo por su carácter de hombre práctico, y seria una locura el hablarle del amor y de las afecciones de la juventud. En el hijo de Agustin Caxton, poseedor de un capital de mil quinientas á mil seiscientas libras, verá un partido que ningun hombre prudente que ocupe su posicion podria acertar para su hija. En cuanto á lady Leonor...

=¡Lady Leonor nos está obligada, Agustin! esclamó el capitan Rolando cuyo semblante tomó un aspecto sombrío.

—Leonor es hoy lo que fué siempre.... Como debimos nosotros preveerlo si la hubiésemos conocido mejor; lady Leonor es la mujer ambiciosa, la mujer que brilla en el gran mundo..... ¿no es así, Pisistrato?

Nada respondí—estaba demasiado embargado mi corazon...

—¿Y la jóven te corresponde?... Pero vaya una pregunta la mia! esclamó el tio Rolando... Esto me parece muy natural. ¡Estrella! ¡estrella! Esa familia siempre fue fatal para nosotros... Por vida mia, Agustin,

que nadie sino tú tiene la culpa... ¿Por qué dejaste á tu hijo en esa casa?

—Mi hijo es un hombre... al menos en el corazon, sino por los años... ¿Está en nuestra mano el sustraer al hombre de las pruebas y de los peligros de la vida? ¿No vinieron estas pruebas y estos peligros á buscarme en mi misma casa? respondió mi padre con dulzura.

Mi tio anduvo por tres veces de un estremo á otro de la sala, y haciendo alto de repente, cruzóse de brazos en la actividad del hombre que toma una resolucion.

—Si ella te corresponde, dijo, tu deber está claramente indicado; tu no puedes sacar partido de esta ventaja, y has hecho bien en abandonar la plaza: permaneciendo allí te esponias á una tentacion demasiado fuerte.

—¿Pero qué disculpa voy á dar al señor Trevanion? pregunté con timidéz; ¿qué historia inventaré? Si llega á sospechar algo él, tan penetrante como descuidado mientras tuvo confianza, descubrirá todos mis subterfugios y...

—Eso es claro, respondió mi tio, y no hay que recurrir á subterfugios.—Señor

Trevanion, has de decirle, debo abandonar esta casa—¿Por qué causa? te preguntará.—No puedo decirla, le responderás. Si acaso insiste:—Pues bien, señor, ya que V. quiere saberla, es porque amo á vuestra hija; yo nada tengo y ella es muy rica. Usted no aprobaria mi amor y en su consecuencia me retiro. Hé aquí el proceder digno de un caballero inglés.... ¿Qué te parece, Agustin?

—Que cuando habla tu instinto, Rolando, siempre discurres bien. ¿Puedes usar ese lenguaje, Pisístrato, ó iré yo á hablar por ti?

—Que vaya él mismo; dijo el tio Rolando, y así podrá juzgar mejor de la respuesta: es jóven, tiene penetracion y puede ya desempeñar un papel en el mundo. Quién sabe si le responderá Trevanion: «Ornad primero vuestra frente de laureles, y despues poseereis á vuestra hermosa, como los caballeros de otros tiempos.» De todos modos, sobrino, sabrás á qué atenerte.

—Iré, respondí resueltamente, y cogiendo el sombrero salí de la estancia. Al llegar á la primera meseta sentí un ligero rumor á mis espaldas y percibí el contac-

lo de una manecita con las mias. Volvíme con presteza y mis ojos se encontraron con los tiernos y melancólicos de mi prima Blanca.

—No te marches aun, Sisty, me dijo con acento cariñoso... Te esperaba aqui porque habia oido tu voz, y no me atreví á entrar en la sala por temor de disgustarte.

=¿Y para qué me esperabas, Blanca mia?

=¡Oh! tan solo por verte. Pero tienes los ojos colorados. Ah! primo mio... Y antes de que pudiese eludir su accion súbita me echó los brazos al cuello para abrazarme. No se crea por esto que Blanca era pródiga en caricias como lo son comunmente los niños á su edad, pues aquel abrazo debia mas bien atribuirse á la sinceridad de su corazon. Correspondí á Blanca en la meseta de la escalera, acabé de bajar. Aun no habia llegado á la puerta de la calle, cuando oí la voz de mi padre, el cual se llegó á mi y pasando su brazo por debajo del mio:—¿No nos interesa á los dos? me dijo; pues vayamos juntos. Yo estreché aquel brazo y partimos silenciosamente. Asi que hubimos llegado frente á la casa del Sr. Trevanion, le dije con alguna vacilacion:

—¿No sería mejor, padre mio, que yo subiese solo?... Si esta entrevista produce una esplicacion entre el Sr. Trevanion y yo, ¿no pareceria indicar vuestra presencia que veninos como suplicantes, ó que confio en que?.... ¿No seria esto rebajar nuestra dignidad?

—Indudablemente; sube solo y yo te esesperaré, dijo mi padre.

—Pero de manera alguna en la calle... ¡Oh! esto no; padre mio, esclamé conmovido, porque aquel proceder suyo era tan contrario á sus hábitos, que esperimentaba yo cierto remordimiento por haber turbado de aquella manera la tranquila y serena dignidad de su vida, confiándole mis primeros sinsabores.

—Hijo mio, no sabes cuanto te amo: yo mismo lo ignoraba hasta hace poco. Escucha, querido hijo, ahora veo en ti á mi primogénito, y no en el otro, en... mi grande obra. Déjame obrar: entra, hé allí la puerta.

Estreché entre las mias la mano de mi padre, y me convencí de que mientras aquella mano correspondiese al apreton de la mia, no me dejaria aislado en el mundo la pérdida de Fanny Trevanion. ¡Oh! ¡no!

nada se ha perdido en el mundo mientras le quedan á uno sus padres. ¡Cuántos motivos de ambicion y de esperanzas! ¡Cuantos motivos para ahogar nuestras penas.... y no amargar con ellas su existencia!

CAPÍTULO III.

Entré en el despacho del Sr. Trevanion en una hora en que rara vez se encontraba en él, pero no habia pensado en ello, y vi sin sorpresa que contra su costumbre se hallaba sentado en su sillon leyendo uno de sus autores clásicos favoritos, en vez de discutir en uno de los comités de la cámara de los comunes.

—Sea V. bien venido, señorito, me dijo al verme entrar, ¿cómo me abandonó V. esta mañana? la reunion de mi comité se ha aplacado... porque el presidente cayó enfermo... los hombres que se ponen malos no debian hacerse elegir para la cámara! Hé aqui por qué me encuentra V. en mi despacho hojeando á Propercio. El doc-

tor Parr tiene razon: no es un autor tan elegante como Tibulo. ¿Pero qué tiene V., por qué no se sienta? parece que ese aspecto tiene asi, algo de gravedad... ¿quiere V. decirme alguna cosa?

Y dejando á Propercio sobre la mesa, fijó en mí el Sr. Trevanion una mirada séria y penetrante.

—Mi querido Sr. Trevanion, le dije con tanta firmeza cuanta pude afectar, ha sido V. muy bueno para mí, despues de mi padre y de mi tio no hay hombre á quien mas estime y respete que á V.

El Sr. Trevanion. Bien, ¿pero qué ocurre? (Aparte y en voz baja.) ¿Y en qué habrá abusado de mi confianza?

Pisístrato. No lo atribuya V. á ingratitud sí le digo que renuncio á mi empleo... que dejo la casa en que fuí tan feliz

El Sr. Trevanion. ¡Dejar la casa! Ea, vamos, confieso que le he impuesto á V. una carga demasiado pesada.... en adelante no trabajará V. tanto. Perdone V. á un economista... mi escuela tiene la falta de considerar a los hombres como á máquinas.

Pisístrato (Asomando una ligera sonrisa á sus lábios). ¡Oh! no, ¡no es esa la cau-

sal No tengo queja alguna.... si pudiera permanecer aquí no desearia que me aliverase V. de trabajo.

El Sr. Trevanion (examinándome atentamente). Y su padre de V. aprueba el qué su hijo me deje de este modo?

Pisístrato. En un todo.

El Sr Trevanion (despues de reflecxionar un momento). Ya caigo en la cuenta. Quiere enviarle á V. á la universidad para que sea como él un erúdito: pero eso no puede ser. Usted nunca será erúdito..... no tiene V. el temperamento que para serlo se necesita. Jóven, aun cuando parezca yo indiferente, sepa V. que cuando quiero sé hacer el estudio de un carácter y penetrarlo muy pronto. Hace V. muy mal en dejarme, porque ha nacido V. para el gran mundo... y yo puedo abrirle á V. en él una honrosa carrera: lady Leonor lo desea así... lo quiere.... por interés hácia vuestro padre, y por interés al hijo. No he pedido nunca un favor á los ministros, ni lo pediré nunca..... (Al llegar aquí el Sr. Trevanion se levantó súbitamente y con la cabeza ergida, y dando intencion á sus palabras, añadió): nada pido á los ministros, pero cuando uno mismo

es ministro puede dispensar su proteccion á quien bien le plazca. Escúcheme V.: voy á confiar un secreto ásu honor. Antes que el año termine, seré ministro: quédese V. conmigo y está hecha su fortuna; tres meses atrás no le hubiera hablado á V. en estos términos. Mas adelante le haré entrar en el Parlamento.... ahora no tiene V. la edad aun: trabaje pues entre tanto. Ahora, siéntese V. á despachar ese cúmulo de correspondencia atrasada.

—Mi querido señor Trevanion, le respondí tan conmovido que apenas podia articular una palabra, y cogiendo una de sus manos que estteché entre las mias; no me atrevo á daros las gracias.... no puedo..... pero no conoceis mi corazon.... no es la ambicion, no, lo que le ocupa; si pudiese yo permanecer aquí para siempre, con las mismas condiciones.... si, aqui (y miraba con desesperacion el sitio en donde la víspera dejé á Fany....) pero no es posible. Si lo supiéseis todo, seriais el primero en decirme: marchaos.

=Si ha contraido V. deudas, dijo con frialdad el consumado político, ha obrado V. mal, muy mal.... no obstante....

=No señor, no; peor aun.

—¡Peor dice V.! imposible: ¿qué cosa peor puede hacer un jóven? mas concluyamos; haga V. lo que guste, hasta el dejarme sin decirme el por qué. Vamos, ¿quién le detiene á V.? déme la mano y...

—No puedo separarme de V. de este modo.... yo.... yo.... señor, la verdad, se me escapa de los lábios, he cometido la temeridad, la insensatez de olvidarme, al ver á miss Trevanion, de que yo era pobre, y....

=¡Ah! esclamó el señor Trevanion con calma, pero cubriéndose de palidez su semblante: indudablemente, es una desgracia... ¡y yo que me vanagloriaba de conocer á los hombres! En verdad que nosotros los pretendidos hombres prácticos somos unos zotes: ¿y habló usted de su amor á mi hija?

—Nunca, señor Trevanion, nunca hubiera cometido semejante cobardia estando en vuestra misma casa, honrado con vuestra confianza... ¿Cómo habeis podido pensarlo?... Confieso que me atreví á amarla, ó mejor decir que reconocí demasiado tarde que no podia permanecer insensible á los encantos de miss Fanny... pero declarárselo á vuestra hija... pedirla su amor en cambio

del mio... Tanto hubiera valido descerrajar vuestra gabeta. He tenido la franqueza de confesaros mi locura, por que locura fué y no un acto vergonzoso.

El señor Trevanion se dirigió hácia mi, que me hallaba junto á la biblioteca, con viveza, y cogiéndome cordialmento de la mano, me dijo:

=El comportamiento de V. en esta ocasion, ha sido digno del hijo de tal padre y le invidió semejante hijo. Pero por muy sensible que para mi sea, no puedo dar á V. la mano de mi hija...

—Creedme, señor, nunca puede...

—Mas tened entendido que al rehusaros á mi hija, no tengo para nada en cuenta la distancia que nos separa: todos los hombres bien nacidos son iguales; y de no serlo cualquiera pretension de superioridad vendria de rechazo contra, quien como yo, debe á su esposa toda su fortuna. Pero al mismo tiempo, en las circunstancias en que nos encontramos, ocupo en el mundo una posicion que es solo una consecuencia de mi fortuna; una posicion debida al trabajo de mi mismo para dominar mi carácter y sacrificar los ensueños que hicieron el encanto de mi juventud... Si, á este pre-

cio, he conseguido, que me haya costado, convertirme en esta máquina política que llaman los ingleses hombres de Estado. Poco á poco vi llegar el objeto de mi ambicion, la influencia, y os repito que dentro de poco ocuparé en el gobierno un alto puesto, en el cual confio prestar importantes servicios á la Inglaterra, porque nosotros los políticos ingleees, por mas que digan la prensa y el populacho, no somos egoistas traficantes en destinos. Hace diez años rehusé formar parte del ministerio con las condiciones misma que voy ahora á entrar en él; nosotros tenemos fé en nuestras opiniones, y solo aceptamos el poder para ponerlas en práctica. No dudo que tendrá enemigos en este gabinete, porque al entrar en el consejo de ministros no dejamos la envidia á la puerta; formaré parte de la minoria de mis cólegas, y se muy bien lo que debe suceder. Como todo hombre que está en el poder, necesito robustecerme por medio de alianzas, y mi hija puede proporcionarme la de la familia de Inglaterra de quien mas necesito; armazon político cae como un castillo de naipes si descuido el mover los resortes de que puedo disponer. Esta es la causa por-

qué rehusaré la mano de Fanny, no solo V., sino á cualquiera otro hombre que tuviera veinte veces vuestra fortuna, (sea la que fuere.! Tal ha sido siempre mi pensamiento al cual se asoció activamente lady Leonor, porque estas cuestiones de familia son de la esclusiva incumbencia de una mujer; en la politica, este es su departamento especial. Esto en cuanto á nosotros concierne; con respecto á V., amigo mio, si no fuese yo el padre de Fanny, y si vuestro pariente mas inmediato, y no hubiese mas que pedir la mano de Fanny para obtenerla, á pesar de su dote, os diria: huid de una carga que un hombre entre mil, no podria soportar=de una carga pesada para el corazon, para el orgullo, para el talento, y para el valor. ¡Deberlo todo á una mujer! esta es la mas fatal de las obligaciones, la subversion de la regla, y el medio mas seguro de estinguir cuanto en nosotros existe de energia viril. Vos no sabeis, como yo, lo que es esto: mi mujer no fué rica hasta despues de habernos casado, y esta circunstancia me libró de la triste nota de haber ido á casa de una mujer rica. Pero debo decirolos con franqueza, sino nos hubiera sobrevenido aquella fortuna estaria yo mas envanecido,

colocada á mayor altura en la opinion, y sería mas feliz que lo que he sido, y que podré serlo nunca con todas las ventajas que proporcionan las riquezas. Lo repito, aquella fortuna fué una carga muy pesada para mí, y no obstante, nunca Leonor me ha dicho una palabra que pudiera herir mi orgullo. ¿Sería su hija tan indulgente? por escesivo que sea el amor que profese á Fanny, dudo mucho que tenga el corazon tan grande como su madre. Manifiesta V. en su semblante la incredulidad... es muy natural. ¡Ah! cree V. que quiero sacrificar la felicidad de mi hija á una ambicion política: loco pensamiento, propio de un jóven inesperto.... Fanny sería desgraciada con V. No dudo que no sea ella de esta opinion... pero al cabo de cinco años, lo sería. Fanny representará una duquesa encantadora, una condesa, una gran señora, nunca la mujer de un hombre que todo se lo daba! No, no; desengañaos; jamás sacrificará su felicidad Os hablo ingenuamente como puede hablar un hombre á otro hombre...como un hombre de mundo puede hablar á otro que apenas entra en él, en una palabra, con el corazon en la mamo. ¿Que decís á esto?

—Que reflexionaré acerca de cuanto me

ha dicho V. Bien conozco que me habla V. con toda lealtad, como pudiera hablar un padre á un hijo. ¡Permítame V. que me retire, y el cielo le proteja á V. y á los suyos!

—Id con Dios mientras quedo haciendo iguales votos; sin que os haga ahora el ultraje de ofreceros mis servicios; pero acordaos de que teneis el derecho de exigirlos... en todos tiempos y ocaciones. Una palabra mas: al marcharos, llevaos con vos este consuelo... triste consuelo hoy sin duda... pero muy grande para el porvenir. En una situacion crítica en que hubiérais podido escitar la cólera, el desprecio, ó la compasion, habeis arrancado de un hombre de corazon estregado una honrosa admiracion jóven como sois me habeis hecho, con mi pelo cano, formar una opinion mas justa de los hombres. Decírselo así á vuestro padre.

Cerré la puerta despacho y me retiré con lentitud, pero al llegar á la de la escalera abrió Fanny repentinamente la del comedor y me invitó por un movimiento de cabeza á que entrase. Estaba muy pálido y en sus párpados se veian vestigios de sus lágrimas.

Vacilé un momento y mi corazon latió

con violencia: bulbuceé algunas palabras, y haciendo un respetuoso saludo me apresuré á salir.

Creí haber oido pronunciar mi nombre pero quizás me engañasen mis oidos. Afortunadamente el portero, de formas hercúleas, suspendió la lectura de su periódico, y abandonando su sillon de cuero vino á abrirme la puerta; momentos despues me habia reunido con mi padre.

=Todo concluyó, le dije con una sonrisa resuelta. Ahora conozco, padre, padre mio, cuánto debo agradeceros la enseñanza que me habeis dado con vuestras lecciones y vuestro ejemplo: porque, debeis creerme, yo no soy desgraciado.

CAPITULO IV.

—

Volvimos á casa y al subir la escalera encontramos á mi madre que estaba alarmada al ver el triste semblante de mi tio y la salida de mi padre conmigo. Condújonos mi padre sin decir una palabra á un gabinetito que habia amueblado mi madre para sí y para Blanca: al llegar allí enlazó mi mano con la de la mujer que tan maravillosamente le habia alentado y fortalecido en las rudas pruebas de la vida, y volviéndose hácia mí:—La naturaleza, dijo, te ofrece aquí tu consuelo.=Dicho esto salióse del cuarto.

¡Ah! sí, cuán cierto era, ¡oh madre mia! que la naturaleza habia colocado en tu sencillo y tierno corazon el manantial de

las mas dulces palabras! acudimos al hombre en busca de filosofía, y pedimos consuelo á la mujer. Sí, lo que no hubieramos confiado á hombre alguno, ni aun á aquel que fué para mí el mas tierno y cariñoso de los padres, se lo revelé á mi madre sin ruborizarme: mis debilidades infinitas, mis inumerables sinsabores, las penas todas que formaban el tormento de mi vida. Tus lágrimas, madre querida: de que sentia bañada la frente, fueron para mí el bálsamo de la Arábia, y mi corazon acabó por aletargarse dulcemente al mágico influjo de tu mirada.

Llegada la hora de comer hice un esfuerzo para reunirme con mi familia, y no pude menos de esperimentar sumo agradecimiento al ver la consideracion de que fué objeto mi tristeza: solo se recurrió para alentar mi espíritu al cariño, á un cariño, tranquilo y no interrumpido: La locuaz Blanca, como inspirada por una simpatía instintiva, estuvo taciturna, y procurando reprimir su vivacidad infantil, vino á mi lado á pasos quedos. Despues de la comida, nos trasladamos á la sala, y cuando las luces difundieron en ella la claridad, cuando se hubieron corrido las cortinas, y

el paso de algnno que otro carruaje por la calle nos recordaba que existía fuera otro mundo, ademas del nuestro,—mi padre tomó la palabra.

=Es cosa sabida, dijo con aspecto pensativo que pueden aplicarse con buenos resultados ciertas yerbas para determinadas enfermedades del cuerpo. Si nos sentimos malos y recurrimos á nuestro botiquin no echamos mano al acaso del primer frasquito ó de los polvos que se nos vienen á mano: el entendimiento médico, es el que conoce las virtudes especiales de cada medicamento y mide exactamente sus dósis.

—¿Quién lo duda? repuso el tio Rolando. Acuérdome de un ejemplo latente que voy á citar en apoyo de tu aserto. Durante mi permanencia en España, enfermamos á un tiempo mismo mi caballo y yo: enviaron por una medicina para el caballo y por otra para el ginete, pero por un infernal descuído me tragé yo la medicina del caballo y el caballo se tragó la mia.

—¿Y que resultó? preguntó mi padre.

=Que murió el caballo, respondió mi tio con acento de amargura..... Hermoso bruto, bayo con cabos blancos y una estrella en la frente.

=¿Y á tí, qué te sucedió.?

—Yo debí morir tambien, segun declaró el facultativo; pero para matar á un hombre de mi regimiento, se necesitaba algo mas que una droga de botica.

—Venimos pues á parar al mismo resultado, prosiguió mi padre, yo con mi teoría y tú con tu esperiencia; es decir, que no se puede tomar una medicina con impremeditacion, y que un cambio de frascos puede matar á un caballo: en esto estamos conformes. Ahora bien, al tratarse de los remedios del alma, ¡cuán raras veces se vé que no se olvide la saludable regla que el buen sentido dicta á cada uno para su cuerpo!

—¿Y cuál es el remedio del alma? preguntó el capitan. Shakspeare digo algo sobre el particular, y si la memoria no me es infiel, asegura «que no hay ciencia que baste para curar un alma dolorida.»

—No lo creo, hermano. Lo que dijo Shakspeare, fué, que la medicina, propiamente dicha, no lo conseguiria; por lo demas, no era hombre que fuese á amenguar los recursos de su arte: por otra parte, ¿no fué

(1) ¿Cant thou not minister to á mind ¡discased?
Macbeth, acto V, escena 3.ª

él mismo un gran médico para el alma? (1).

=¡Ah! ya te entiendo, hermano; ¡ya tenemos tus libros en danza! Segun eso, ¿crees que cuando un hombre tiene el corazon destrozado por las desgracias, que cuando pierde su capital ó su hija (Blanca, acércate aquí, hija mia), crees te decia, que con aplicar un tópico de imprenta á la parte dañada, irá todo á las mil maravillas? Mucho me alegraría poder encontrar un remedio semejante.

—¿Quieres esperimentarlo?

=Sí, con tal que no esté en griego.

CAPITULO I.

—

Opinion fantastica de mi padre acerca de la higiene y de la terapeutica de los libros.

Mi padre sepultó segun costumbre su mano derecha debajo del chaleco.

—Sí admitimos, dijo, la autoridad de Diodoro con respecto á la inscripcion de la gran Biblioteca de Alejandria—y no veo la razon por qué Diodoro no sea tan buena autoridad como cualquiera otro—¿qué tendreis que oponerme? añadió mi padre con acento interrogatorio y paseando una mirada en torno suyo.

Mi madre se creyó mas particularmente interpelada, y por un motivo de cabeza

afirmativo, aceptó á Diodoro como autoridad... Fortalecida de este modo su opinion, prosiguió mi padre en estos términos.

—Sí, pues, como decia, admitimos la autoridad de Diodoro hé aquí la inscripcion de la gran Biblioteca egipcia.

LA MEDICINA DEL ALMA.

Esta frase, pues, se ha convertido en un lugar comun, en un adágio vulgar, y las gentes repiten distraidamente que los libros son la medicina del alma. Y asi es la verdad: ¿pero cómo deben administrarse sus medicamentos? he aquí la cuestion.

—Eso no lo has dicho ya, por los menos, dos veces, repuso bruscamente el capitan. ¿Y para qué traer ahora á colacion á Diodoro? Eso lo sabe el hombre de la luna mejor que yo.

—Si me interrumpís á cada paso, será el cuento de nunca acabar, dijo mi padre con acento que espresaba á la vez la súplica y la reconvencion.

—Tened juicio, chiquillos.... á Rolando y Blanca me dirijo, dijo mi madre, que dejando su labor amenazó á mi tio con su aguja y hasta le pinchó lijeramente en el hombro.

=Picante estás, querida mia, *rem acu* dijo mi padre parodiando el equivoco clásico de Ciceron (1), y ahora que esa punta ha corregido el interruptor, todo marchará como sobre alfombras. Decia, pues, que los libros cogidos al acaso no podrian curar las enfermedades y las penas del alma: se necesita toda una ciencia para elegirlos y aplicarlos *secundum artem*. Personajes he conocido, que agoviados por un profundo pesar recurrieron á una novela ó al último libro recomendado por la moda: tanto valdria tomar una gota de agua rosada contra la peste: la literatura lijera de nada sirve cuando gime el corazo abrumado por el peso de un dolor efectivo. ¡Ah! Goethe dió pruebas de ser un médico consumado y de saber lo que se hacia cuando, segun me han contado, habiendo perdido á su hijo se dedicó al estudio de una ciencia, nueva enteramente para él. En una afliccion como aquella no puede uno distraer su corazon recreándole, es fuerza arrancarle á si mismo, abstraerle, des-

(1) Has tocado la cuestion con un tacto muy agudo.... *acu*. Dijo Ciceron á un senador que era hijo de un sastre, aludiendo á la aguja.

carriarle en un laberinto. Para las penas de la edad madura y de la vejez, recomiendo un curso continuo de ciencia y de séria argumentacion,—á guisa de contra-irritacion: asi se produce la reaccion del cerebro sobre el corazon. Si es la ciencia de digestion demasiado dificil (porque no todos tenemos una cabeza matemática) Buscad alguna cosa que se halle al alcance de las inteligencias mas limitadas, pero que sea propia al mismo tiempo para otra mas privilegiada; una lengua muerta, ó una lengua viva, el griego, el árabe, el esnandinavo, el chino ó el galo. Cuando se trata de uña pérdida de intereses, debe aplicarse el remedio menos directamente sobre la inteligencia: yo recetaria algun cordial, ó alguna medicina elegante. Porque si es el corazon el enfermo y dolorido cuando pierde alguno de sus cariñosos objetos, la cabeza es la que padece por una pérdida de dinero. Aqui tenemos un remedio admirable en los poetas de primer órden. En efecto, tened en cuenta que los poetas de mas noble y vasto ingenio encierran en sí dos hombres enteramente distintos,—el hombre de imaginacion y el hombre práctico, y la mezcla feliz de es-

tos dos elementos es lo que conviene á las enfermedades del alma, mitad imaginativa, mitad práctica. Veis á Homero, por ejemplo, tan pronto perdiéndose confundido entre los dioses en las esferas celestes, como descendiendo á los usos mas plebeyos de la vida real: el poeta de circunstancias, el *á propósito* como con delicadeza suma le titula Gray: pero conservando siempre bastante imaginacion para seducir y encantar el espíritu mas frio. Teneis además, á Virgilio, muy inferior á Homero; es verdad,

.....*Virgil the vvise*
VVhose verse vvalks highsst, but not fies (1)

segun la opinion de Covvley. Sin embargo, es Vigilio un ingenio bastante grande para reunir en sí los dos hombres—para llevaros á la pradera, y no solo haceros oir el caramillo pastoril, sino enseñaros tambien á cultivar la tierra y á podar las viñas. Teneis á Horacio, á ese hombre de mundo encantador que llorara con vosotros los reveses de la fortuna sin despre-

(1) El armonioso Virgilio, cuyos doctos acentos tan alto se remontan, pero nunca vuelan.

ciar los goces de la vida, demostrándoos tambien que el hombre puede ser feliz con un corto capital, y en una pequeña posicion, *vile modicum ó parva rura*.

Ahí teneis tambien á Shakspeare, el que mejor realiza entre todos los poetas la misteriosa dualidad del simple buen sentido y de la imaginacion de sublime vuelo. Aun podria citaros otros muchos á quienes no necesito nombrar, pero á los que podeis dirijiros con confianza, seguros de que no os responderán como vuestro severo filósofo ó vuestro intratable estóico, que nada habeis perdido.—Dejaos llevar por ellos y os conducirán dulcemente fuera de este mundo, lejos de sus desgracias y sus pesares para introduciros en otros antes de que os hayais apercibido de ello—en otro mundo en que sereis bien recibidos aunque no os traigais de él mas que el polvo de vuestros zapatos. ¿Hay cosa mas seductora para vosotros, hipocondriacos y hombres de corazon gastado, que un curso de rápidos viajes, particularmente de aquellos viajes primitivos por paises desconocidos, maravillosos, poblados de leyendas? ¡Cómo escitan vuestra curiosidad! ¡Cómo os vigorizan y os hacen sacudir

vuestro marasmo! Id con Herodoto á visitar la Grecia que acaba de surgir, ó el antiguo Oriente cuyas colosales ruinas os hace admirar, ó dirigíos con Carpino y Rubruquis á la Tartaria, «al encuentro de los caromatos de Zagathai cargados de casas, y vereis una gran ciudad andando.» Contemplad ese vasto imperio de los tártaros en el que los descendientes de Zengis «se multiplican y se dispersan en el inmenso espacio del desierto, que cual el Océano carece de límites.» Embarcaos con los primeros navegantes de los mares septentrionales para encontraros en el rigor del invierno entre las serpientes marinas y los osos. ¿Y qué pensais del piadoso entusiasmo de Cristóbal Colon, de la varonil firmezá de Hernan Cortés, de la ruda audacia de Pizarro... del imperio de Méjico... de la ciudad de oro de los peruanos?... y de la Polynesia que se halla separada del mundo como lo estuvo la antigua Bretaña? y de los indios de la América del Norte, y de los insulares de las mares del Sur? Con semejante régimen, se verá ahogada vuestra hipocondria por la impetuosidad, por la juventud, y por una vivacidad aventurera. Tambien poseo

un escelente remedio contra ese vicio del alma, al cual llamaré espíritu de secta—no el sentido religioso,—preocupacion mezquina y vulgar que os hace aborrecer á vuestro mas próximo vecino porque como los huevos duros cuando vosotros los comeis en tortilla—ó contra la comezon de curiosear y murmurar, ó contra la exagerada susceptibilidad que os hace creer que ha llegado el fin del mundo porque tocó la escoba la téla de araña cuyos progresos contemplaban los ojos de vuestra inteligencia... Contra todo esto nada hay mejor que un curso de historia general. No te asombres, querida esposa mia, la historia disipa admirablemente los vapores del cerebro, y lo esclarece y purifica de una manera mas positiva que el eléboro que propinaban los médicos de la antigüedad y de la edad media. ¡Ah! en medio del desquiciamiento de los imperios y de los reinos. cómo se cierne vuestra alma sobre las animosidades pueriles del proceso en que os envolvieron por el derribo de una pared medianera! ¡Cuán superior no se hace á la desdichada creencia de que el universo entero se interesa en vuestras querellas con Juan ó con Pedro.

—«Ya veis que solo puedo indicaros algunos remedios de esta magnífica farmacopea... Innumerables son sus recursos, pero cuanta prudencia no se necesita en su eleccion! Acuérdome de haber curado á un viudo, inconsolable por la pérdida de su esposa, que se resistia obstinadamente á tomar medicamento alguno, con un curso de geología. Asi que hubimos llegado á la estratificacion, dejé que el manantial de las lágrimas se difundiese por las masas de los cristales refrigerantes, y antes de que hubiésemos salido del período terciario, entre las cretas y las margas conchilíferas, se hallaba dispuesto á pasar de segundas nupcias. ¿Te ries. querida Catalina? pues no es cosa de risa. Otra cura, aunque no tan maravillosa, hice en Cambridge con un estudiante que seguia la carrera eclesiástica, el cual se vió súbitamente atacado de un acceso de frio escepticismo despues de leer á Spinosa. Ninguno de los teólogos que le receté en un principio dieron el menor resultado, en vista de lo cual mandé que se le suministrasen con dulzura los capítulos que tratan de la fé, en la obra de Abraham

Tucker (1); tambien tu debias leerla, Sisty; despues le receté á Fichte en grandes dósis, y por último le prescribí el régimen de los metafísicos escoceses con algunos baños de trascendentalismo aleman; habiéndole convencido entonces de que la fé no era un estado antifilosófico del alma, y demostrándole que podria creer sin comprometer su juicio—porque tenia un amor propio feroz —recurrí á mis teólogos á los cuales estaba ya en disposicion de digerir: desde entonces se puso ta robustan su constitucion teológica, que se ha absorvido dos beneficios de la iglesia y un decanato. En su vista ha concebido el pensamiento de formar uno

---

(1) Abraham Lucker, citado aquí por el Sr. Caxton, fué un teólogo del siglo XVIII que ha conservado alguna reputacion entre los del actual, aunque todos los anglicanos no lo consideran como constante orthodoxo. Nació en Lóndres en 1705 y perteneció á la universidad de Oxford. Su principal obra fué la *Investigacion de la luz natural*, siete tomos en octavo. Escribió además: los *Estudios sobre el libre albedrío, la presencia y el destino*. Tambien publicó para uso de sus hijas, su correspondencia con su mujer, bajo el título de *Cuadro de un amor inocente*. [A Picture of artless love.]

biblioteca distribuida segun mi sistema de terapéutica y de farmácia, cuyas obras en vez de llevar en el catálogo los títulos generales de *Filología*, *Ciencias naturales*, *Poesía*, etc. etc., habrán de ser clasificadas segun las enfermedades físicas y moradles, á las cuales deben aplicarse desde un ataque de gota hasta un romadizo.—Para esta última enfermedad, una obra de literatura ligera equivale al agua de cebada con leche. Pero si sentís, prosiguió mi padre con gravedad, si sentís afligido vuestro ánimo por un pesar, como una monomomía =si porque el cielo se ha negado á satisfacer tal ó cual deseo de vuestro corazon, os creis desgraciados para toda vuestra vida, =¡ah! dedicaos entoncos á la lectura de la biografia. Allí encontrareis en los hombres virtuosos y en los hombres grandes, ejemplos dignos de imitacion: allí conocereis que lugar tan reducido ocupa un solo disgusto en la vida: allí vereis una desgracia igual á la vuestra, descrita en una página escasa de la obra: por muy hondamente que le haya afectado, no por ella interrumpe el héroe su marcha triunfante! creiais que el águila habia perdido un ala... solo se le arrancó una pluma! Ved, por último, cuando

se ha llegado á la meta, cuando la hora suprema ha sonado, á lo que se reduce una vida importante:—á un resúmen de hechos positivos que redundan en pró de los intereses de la humanidad. Si, amigos mios, la biografía es el único remedio para aquellos que tienen el corazon ulcerado. Me has ofrecido, Rolando, hacer una prueba de mis medicamentos: toma uno de ellos=y mi padre alargó un tomo al capitan.

Mi tio leyó el siguiente título: *Vida del reverendo Roberto Hall.*—Hermano, le dijo, este fué disidente y á Dios gracias yo soy anglicano ortodoxo hasta la médula de los huesos.

=Roberto Hall, respondió con dignidad mi padre, fué un hombre de valor y todo un soldado á las órdenes del *gran general.*

Al oir el capitan estas palabras no pudo menos de llevar instintivamente el dedo índice á la frente haciendo un respetuoso saludo al libro, á lo militar.

=Pisistraio, tengo otro ejemplar para ti: el que he dejado á Rolando es el mio; guarda este que compré ayer esprofeso.

=Se lo agradezco á V., padre mio, dije con aire distraido, no pudiendo comprender

de qué me había de servir la *Vida de Roberto Hall*, ni como había de producir la misma receta iguales efectos en mi tio veterano achacoso, que en el sobrino, mozo imberbe.

—Nada os he dicho, prosiguió mi padre inclinándose, del libro de los libros, porque es el árbol de la vida, *lignum vitaae*, la panacéa universal. Ya te acordarás, Catalina, de lo que varias veces te he dicho:—No podemos mantenernos en buen estado sino colocamos alguna cosa precisamente en el centro del gran sistema ganglionico de donde parten todos los nérvios que difunden su dulce influencia por la economía. Hablo de la *bolsita de azafran*. (1)

---

(1) Para la mayor inteligencia de este capítulo, creemos conveniente dar al lector alguna noticia acerca de Roberto Hall.—Nació el 2 de mayo de 1764, murió, jóven aun, en 1831. A la edad de 14 años predicaba ya, pero cualquiera que fuese su facilidad en el decir, no dejó de perfeccionar su talento con su carácter. Su aficion al trabajo era tan estraordinaria que contrajo una enfermedad en la médula espinal, manantial de dolores atroces, que interum-

pian sus estudios y le hacian revolcarse por el suelo hasta que el acceso se calmase. Estudió en Aberdeen con Mackintosh, y su laboriosidad hizo que se les llamase el Platon y el Herodoto de la universidad. La piedad de Roberto Hall, fué igual á su ciencia, pero su inmensa reputacion y la influencia de sus sermones que se estendieron mas allá del círculo de las congregaciones anabaptistas, se esplica asi mismo por el carácter de algunos de sus textos tomados de la política de su tiempo: uno de sus discursos mas notables fué una especie de oracion fúnebre de la princesa Carlota. Ocupóse en otro de la reforma parlamentaria, en otro de la libertad de la prensa. Todos estos sermones fueron en efecto bellos discursos y bajo el punto de vista literario, se aproximan mas que otro sermon alguno inglés, á las composiciones oratorias de la cátedra francesa. Algunas de las plegarias de Roberto Hall, contienen nobles y piadosos sentimientos, y su famoso acto de fé (la oracion en que se ofrece enteramente á Dios) tiene cierta solemnidad católica. Tambieu escribió artículos de revistas periódicas, entre otros una crítica de los ensayos de J. Forster, el único, pre-

dicador moderno á quien se cita como rival suyo. Pero para comprender la particular simpatía del Sr. Caxton, padre, por Roberto Hall, es preciso saber que el sábio y elocuente orador estaba como el mismo Sr. Caxton, sujeto á las distracciones que hacen asomar una sonrisa al lector de estas memorias de familia. Su entusiasmo por aquel carácter de tan buen temple se justifica por último por las penas mortales y las torturas físicas que tan cruelmente pusieron á prueba á Roberto Hall, y que le hicieron perder mas de una vez la razon. Pero nada alteró su fé en Dios, y nada pudo arrancarle de la escupulosa observancia de sus deberes.

CAPITULO VI.

Despues de desayunarme al siguiente dia por la mañana, cogia el sombrero para salir, cuando mi padre, observando por mi semblante que no habia yo pegado los ojos en toda la noche, me dijo con dulzura:

—Mi querido Pisístrato, ¿no has tomado aun mi receta?

=¿Qué receta, padre mio?

—A Roberto Hall.

=Es verdad que no la he tomado aun, le respondí sonriéndome.

—Pues tómala antes de salir, hijo mio, créeme, te probará mejor el paseo.

Confieso que me costó alguna repugnancia el obedecer aquella órden. Me volví á mi cuarto y sentéme á cumplir con el deber que me habia impuesto mi padre. ?Existe alguno entre vosotros, queridos lectores mios, que no haya leido *la vida de Roberto Hall*? Si así fuese, le diria parodiando al gran capitan Cuttle de Cárlos Dickens (1) «Cuando encuentres esta obra, toma nota de ella.» Para leer á Roberto Hall poco importa que seas anglicano, presbiteriano anabaptista, independiente, cuákero, unitario, filósofo ó escéptico; sí, á cualquiera secta que pertenezcas, procura leer la *vida de Roberto Hall*; porque su vida es la de un hombre á quien no se puede contemplar sin sentir uno renacer su valor.

Habia terminado la lectura de esta biografia, que no es larga, cuando oí en la escalera la pierna de palo del capitan: abríle la puerta, y al entrar con el libro en la mano, me encontró con el libro en la mano tambien.

•

---

(1) Personaje de la novela Dombey y su hijo.

=Ahora bien, sobrino mio, me dijo el tio Rolando cogiendo una silla, ¿te ha sentado bien la receta de tu padre?

=Sí, tio, grandemente.

=Tambien á mí, ¡Por el dios Júpiter, Sisty, que este Roberto Hall es todo un hombre! Deseoso estoy de saber si el remedio ha obrado en nosotros dos de la misma manera: dime pues los efectos que en tí ha producido.

=Con mucho gusto. Me parece, querido tio, en primer lugar, que un libro como este debe ser laludable á cuantos viven en el mundo, como se vive en él de ordinario, porque nos introduce en un círculo separado, del cual nos ocupamos muy poco. Roberto Hall se ofrece á vuestra vista como un hombre que se ha propuesto directamente un objeto religioso, y que cultiva sus facultades estraordinarias encaminándolas á este fin, procurando en cuanto sea dable, perfeccionar su alma para obrar el bien en la tierra y hacerse cada dia mas digno del cielo. Es un hombre que desempeña un deber sublime, y en cierto modo vé solo la vida espiritual: un hombre tan poseido de la conciencia de la inmortalidad, tan fuerte en

el lazo que le liga con Dios, que sin ninguna afectacion de estoicismo, sin ser insensible al dolor físico—y dotado al mismo tiempo de un temperamento demasiado nervioso para no sentirlo mas vivamente que otro alguno—goza no obstante de una felicidad, de que de hecho carece. Es imposible no estremecerse de una admiracion que eleva vuestra alma al mismo tiempo que es anonada, al leer el compromiso solemne por medio del cual se consagra á Dios. Esta ofrenda de su alma y de su cuerpo, de su vida y de su santidad, de su talento y de su reputacion hecha, al principio divino é invisible de toda bondad, obligándonos á reconocer de hecho le mezquina parcialidad de nuestras propias miras y de nuestras esperanzas, nos arranca de este egoismo que lo exije todo y no concede nada. Pero este libro ha herido principalmente la fibra sensible de mi corazon, por el rasgo característico que nos indicaba mi padre, como peculiar á la biografía en general: en él he podido recorrer una senda sembrada de graves estudios, de grandes pensamientos y de una generosa actividad.=Y sin embargo, me he dicho á mi mismo avergonzándome; ¡cuán

reducido no es el sitio que ocupan en esta vida los sentimientos que han ejercido su tiranía sobre la mia! Y no por eso fué este hombre un frio y austero mártir del ascetismo; fácil es descubrir en el no solo una notable sensibilidad y tiernas afecciones, sino tambien una voluntad enérgica y el fuego de todas las naturalezas vigorosas. Si ahora comprendo mejor lo que debe ser para el hombre la existencia.

—Estamos conformes, me dijo el capitan; pero no es eso lo que mas me ha admirado. Lo que he visto en ese libro, es el valor. En él veo á una desdichada criatura revolcándose por el suelo en medio de las mas crueles angustias, y martirizada desde su niñez por una misteriosa é incurable enfermedad. Pues bien; este héroe, porque heróico es semejante proceder, la soporta; hace mas, la desprecia, desafia sus tormentos, y como dice el libro, «aunque fué su destino el padecer dia y noche, la ley de su vida era una viva fruicion.» Roberto Hall me ha dado una leccion á mí, soldado veterano, que no creia necesitarla.... en materia de valor se entiende. Pero cuando llegué á aquel pasage en el que, en medio de los crueles parasismos á los que

se siguió su muerte,, dice; «¿Es verdad que no me he quejado?=¡No—No he querido quejarme!» Cuando leí esto, me estremecí y esclamé: «¡Rolando de Caxton, has sido un cobarde! y á tratarte como lo merecias, tiempo há que te hubieran despojado de tus insignias al frente de tu regimiento!»

—Segun eso, repuse yo, tenia razon mi padre; enfiló bien sus cañones y tuvo magnífica puntería.

=Debió apuntarlos del sesto al noveno grado sobre el parapeto, dijo mi tio apoderándose de la metáfora, porque en mi opinion es la mejor elevacion para los cañones y los morteros, cuando se quiere enfilar una obra de mortificacion.

=En este caso, capitan, carguémos valerosamente con nuestros sacos, y marchen de frente.

—¡Flanco derecho!—esclamó mi tio, tan tieso como un huso.

—Si es posible, no volver la vista atrás.

—Carguemos de frente al enemigo—¡Guardias! á la bayoneta!

—¡La Inglaterra espera que cada cual cumplirá con su deber, como dijo Nelson!

—¡Un ciprés ó un laurel! esclamó mi tio.

UNIVERSIDAD DE CADIZ
3740401154